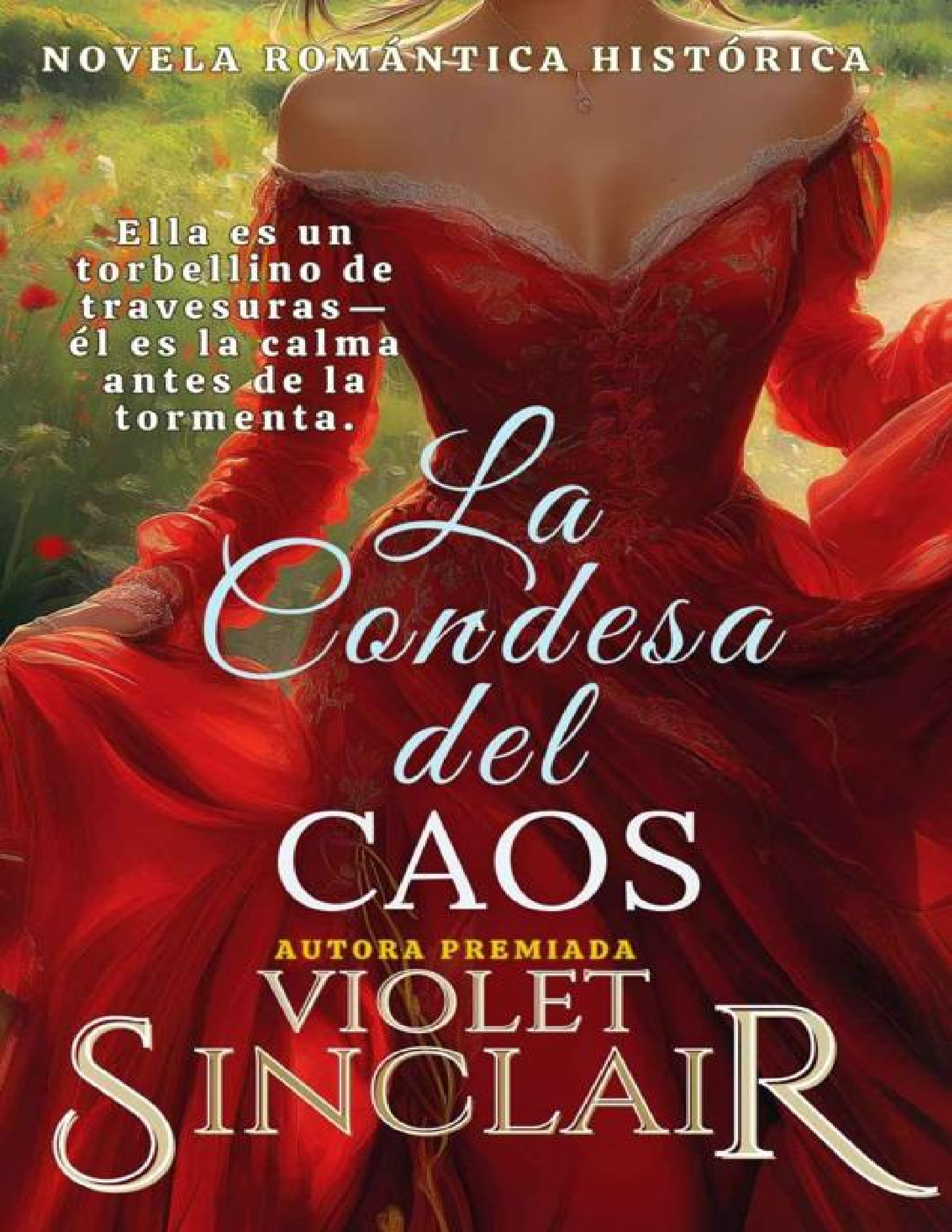

NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA
Ella es un torbellino de travesuras—
él es la calma antes de la tormenta.
La Condesa del CAOS
AUTORA PREMIADA
VIOLET SINCLAIR

La Condesa del Caos

Novela romántica histórica

Violet Sinclair

Derechos de autor © 2024 por Violet Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin permiso por escrito del editor o del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contents

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. Capítulo 25

26. Capítulo 26

27. Capítulo 27

28. Capítulo 28

29. Capítulo 29

30. Capítulo 30

31. Capítulo 31

32. Capítulo 32

33. Capítulo 33

34. Capítulo 34

Epílogo

Step Into a World of Romance and Revelry!

Also by Violet Sinclair

About Violet Sinclair

Capítulo 1

Mordaunt Grange, Yorkshire, 1815

La celebración del compromiso se cernía sobre Lizzie como una tormenta inminente, similar a las que azotaban los páramos de Yorkshire más allá de las ventanas. Las arañas de cristal resplandecían en lo alto, su luz áspera contra la seda carmesí de su vestido—un color en el que Lord Mordaunt había insistido, tan audaz y exigente como el hombre mismo. El mismo carmesí de las chaquetas de caza que vestían sus antepasados, cuyos retratos se alineaban en el gran salón, cada rostro portando la misma boca cruel y nariz aguileña que su descendiente había heredado.

A través de las altas ventanas, los páramos se extendían infinitos y oscuros, el brezo y la aulaga engullidos por la noche que se aproximaba. El paisaje salvaje más allá parecía burlarse de la alegría forzada del interior, donde la crema y nata de la sociedad de Yorkshire se reunía para celebrar su encarcelamiento.

—Su padre parece estar de mejor ánimo —observó Lady Ashworth, materializándose al codo de Lizzie con el sigilo practicado de una matrona de la sociedad—. Es asombroso lo que la perspectiva de un buen matrimonio puede hacer por la constitución de uno. Y qué magnífica propiedad... —Sus ojos astutos captaron la postura rígida de Lizzie—. Aunque usted parece algo menos entusiasmada, querida.

El estómago de Lizzie se revolvió, pero controló sus facciones en la neutralidad educada que su crianza exigía.

—Disculpe —logró decir, con la voz tensa—. Necesito tomar aire.

No esperó una respuesta, sabiendo que los chismosos se regodearían con su descortesía. Que lo hicieran. Pronto tendrían escándalos más sustanciosos que discutir.

La biblioteca la llamaba, sus enormes puertas de roble parcialmente abiertas, prometiendo santuario. Lady Elizabeth Ashworth vaciló en el umbral, la voz de su padre resonando en su memoria: "Los libros, mi querida niña, son el único refugio verdadero en tiempos de aflicción". ¿Cuántas horas había pasado en la biblioteca de Ashworth House, acurrucada en un desgastado sillón de cuero mientras Lord Thomas Ashworth se perdía en sus preciosas antigüedades? La riqueza de su padre le había proporcionado todas las comodidades imaginables, pero ni siquiera las arcas de los Ashworth podían protegerla de su propio error.

En el interior, volúmenes encuadernados en cuero se alineaban en las paredes en filas ordenadas, sus lomos dorados captando la luz del crepitante hogar. El aroma a cera de abejas y papel añejo la envolvió mientras cerraba suavemente la puerta, amortiguando los sonidos de la orquesta y la alegría forzada del exterior. Esta biblioteca, como todo lo demás en el mundo de Mordaunt, hablaba de riqueza más que de sabiduría—cada volumen elegido por su encuadernación más que por su contenido. Su padre se habría horrorizado ante tal ostentación sin sustancia.

Qué irónico que Mordaunt, quien la había cortejado con tanto fervor y encanto, resultara ser nada más que un jugador refinado con deudas crecientes. Ella había aceptado el compromiso antes de saber de los comerciantes impagos que golpeaban sus puertas, de los hijos ilegítimos que se negaba a mantener, de la cáscara vacía en que se había convertido su supuesta fortuna. Había creído que era un duque digno de su título, un hombre cuya admiración por ella era tan sincera como halagadora. Pero había descubierto demasiado tarde que Mordaunt solo admiraba su dote y la seguridad que esta le prometía.

Su mano se aferró al borde del escritorio mientras la amargura surgía dentro de ella. Había intentado romper el compromiso, pero Mordaunt había rechazado sus súplicas, desestimando sus objeciones con una fría sonrisa y amenazas veladas. Le había dejado claro que consideraba su fortuna como ya suya y que no la liberaría de la trampa en la que había caído.

—Te encontré.

La voz se deslizó entre las sombras, haciendo que el corazón de Elizabeth vacilara. Se había criado con Shakespeare y Homero, se le había enseñado a enfrentar la vida con ingenio y sabiduría, pero nada en su formación académica la había preparado para la intención depredadora en ese tono.

Lord Mordaunt emergió de entre las imponentes estanterías, la luz de la luna y del fuego luchando sobre los planos de su rostro. Era hermoso al modo de las antiguas estatuas de mármol: toda fría perfección y bordes afilados. Su ropa de noche, impecablemente confeccionada en azul

medianoche, enfatizaba la anchura de sus hombros y la gracia depredadora de sus movimientos. Pero eran sus ojos los que la mantenían paralizada: oscuros como pozos en invierno, con algo moviéndose en sus profundidades que hacía que su pulso se acelerara, y no por placer.

Se movía como un depredador, cada paso una deliberada reclamación de espacio, de aire, de posibilidad. El sutil aroma de su colonia —sándalo y algo más agudo, más amargo— la alcanzó antes que él. Llenó sus pulmones como humo, dificultándole la respiración.

—Mi señor —dijo ella, levantando la barbilla—. Simplemente necesitaba un momento de respiro.

—¿De nuestra celebración de compromiso? —Se acercó más, cada paso medido—. Uno podría pensar que estabas... reticente.

—Estoy reticente. —Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas, flotando en el aire entre ellos como humo—. Este arreglo...

—Es vinculante. —Cerró la distancia entre ellos, obligándola a retroceder hasta que sintió el borde de un escritorio de lectura presionando contra su espalda—. Tu fortuna lo asegura, querida mía.

El término de cariño cayó de sus labios como miel envenenada. Las manos de Lizzie se cerraron en puños a sus costados, sus uñas clavándose en las palmas. El dolor la ayudó a anclarse contra la creciente marea de pánico. Se obligó a mantener su mirada, aunque cada instinto le gritaba que apartara la vista, que se hiciera más pequeña, menos un objetivo. —No seré intercambiada como ganado, mi señor. Encuentre otra novia para...

Su mano salió disparada, los dedos envolviéndose alrededor de su brazo superior con una fuerza que dejaría moretones. —Pareces trabajar bajo la idea errónea de que tienes elección en este asunto. —Su aliento, manchado de vino, le bañó el rostro—. Permíteme sacarte de ese error.

—Suélteme. —Intentó liberarse, pero su agarre solo se apretó más.

—Serás mi esposa —gruñó él, mientras su otra mano le sujetaba el rostro, con los dedos hundiéndose en sus mejillas—. De una manera u otra. Si te niegas a venir voluntariamente a nuestro lecho nupcial... —Su mirada recorrió el cuerpo de ella, haciéndola sentir desnuda a pesar de sus capas de seda y muselina—. Quizás deberíamos darle una ventaja al escándalo.

El terror y la rabia se enfrentaban en el pecho de Lizzie mientras comprendía su significado. Se retorció contra su agarre, pero él ya la estaba forzando contra el escritorio, su peso inmovilizándola mientras su mano libre desgarraba su corpiño. El sonido de la tela rasgándose resonó en sus oídos como un grito.

—Les diré que me ha forzado...

—Nadie te creerá a ti por encima de mí —jadeó contra su oído, su peso aplastándola contra el escritorio mientras sus manos destrozaban su corpiño—. Piensa en la vergüenza de tu familia cuando se extienda la noticia de tu... comportamiento licencioso.

El corazón de Lizzie latía con fuerza contra sus costillas, pero su voz se mantuvo afilada como el acero cuando habló.

—¿Es así como demuestra ser un hombre, milord? ¿A través de la fuerza y las amenazas? —Su labio se curvó con disgusto—. No es más que un cobarde jugando al poder.

La verdad de sus palabras dio en el blanco. El rostro de Mordaunt se retorció, transformándose de altivez aristocrática a algo bestial. Sus manos se dispararon hacia la garganta de ella, los dedos hundiéndose en la delicada carne con fuerza suficiente para dejar moretones.

—Bruja insolente —gruñó—. Te enseñaré el significado del poder.

A través de su visión que se oscurecía, vio la estatua de bronce de Pan sobre el escritorio a su lado, la posesión más preciada de Mordaunt. Sus dedos se cerraron alrededor de la base incluso cuando manchas bailaban ante sus ojos.

—No me tendrá —dijo Lizzie, y dejó caer la estatua. El sonido que hizo contra el cráneo de Mordaunt resonó por la biblioteca como el tañido de la antigua campana de la iglesia en el valle de abajo, un sonido que había anunciado tanto bodas como muertes a través de los páramos durante siglos.

Sus manos cayeron de la garganta de ella. Sus miradas se encontraron en ese momento eterno: los ojos oscuros de él abiertos de par en par con indignación e incredulidad, los de ella firmes a pesar del terror que corría por sus venas. Luego él se desplomó, alejándose de ella como hojas de otoño en un viento amargo.

—Oh, Dios —Las palabras se le escaparon en un susurro que pareció resonar en el techo abovedado de la biblioteca, donde querubines pintados miraban con indiferencia el cuadro de abajo. Su mente corría con las implicaciones, cada pensamiento más terrible que el anterior. Estaba sola en la Granja de Mordaunt, rodeada por su familia y sirvientes, con su cadáver enfriándose a sus pies. Los magistrados de Yorkshire no verían con buenos ojos a una mujer que había matado a su prometido, sin importar sus razones.

Me colgarán del mismo roble donde su abuelo colgó a los asaltantes fronterizos, pensó frenéticamente, la leyenda local de repente, horriblemente relevante.

El pensamiento la impulsó a actuar. Agarró su chal rasgado de donde había caído, envolviéndolo alrededor de sus hombros para ocultar la evidencia del asalto de Mordaunt. Sus dedos trabajaron rápidamente, tratando de arreglar la tela para cubrir lo peor del daño en su

corpiño. Cada segundo parecía una eternidad, cada crujido de la antigua casa hacía que su corazón se detuviera.

A través de las ventanas con parteluces de la biblioteca, podía ver la tormenta que se avecinaba sobre los páramos, nubes negras que devoraban las estrellas. Sería una verdadera noche de Yorkshire—de esas en las que los hombres podían extraviarse del camino y perderse para siempre en las traicioneras ciénagas y los barrancos ocultos.

La puerta de la biblioteca se abrió silenciosamente bajo su mano temblorosa. Los sonidos de la celebración que continuaba llegaban desde el pasillo—risas, música, el tintineo del cristal, todo tan obscenamente normal que le daban ganas de gritar. En su lugar, se obligó a caminar con pasos medidos, aunque su pulso retumbaba en sus oídos como los tambores de la cacería local.

Hawkins, que había servido a los Mordaunt desde antes de que ella naciera, estaba en su lugar habitual en el vestíbulo de mármol, su rostro una máscara de estudiada indiferencia. Solo el ligero arqueo de una ceja traicionaba alguna reacción ante su estado desaliñado.

—Creo que daré un paseo por los jardines —se oyó decir Lizzie, su voz notablemente firme a pesar de la histeria que amenazaba con subir por su garganta. La mentira le supo a cenizas en la lengua.

El mayordomo simplemente inclinó la cabeza, aunque seguramente debía ver la mirada salvaje en sus ojos, la forma en que su chal estaba aferrado con demasiada fuerza a su garganta.

—Muy bien, señorita. Aunque parece que va a llover —su acento de Yorkshire pareció enfatizar la advertencia implícita... ¿o era una amenaza?

De tal palo, tal astilla, pensó amargamente. Los Mordaunt habían gobernado este rincón de Yorkshire durante generaciones, cultivando una lealtad tan profunda como las raíces de los antiguos robles que salpicaban su finca.

El aire nocturno la golpeó como un golpe físico cuando salió, trayendo consigo la promesa de la tormenta por venir. Sus pies la llevaron rápidamente a través del césped cuidado hacia los establos, donde la luz de las lámparas se derramaba desde el cuarto de los arreos junto con el sonido de risas y discusiones masculinas.

—...ni de coña con las cartas marcadas así...

—Cállate, solo estás molesto por perder...

Las voces de los mozos de cuadra le proporcionaron cobertura mientras Lizzie se deslizaba en el establo más cercano. Sus dedos temblorosos trabajaron rápidamente en la silla de montar, la memoria muscular de innumerables paseos de la infancia tomando el control donde el

pensamiento consciente le fallaba. El caballo —un alto castrado bayo— se movió nerviosamente, percibiendo su miedo.

—Tranquilo —susurró, aunque su propio corazón no se calmaba. Sacarlo fue aterrador en su lentitud, cada paso medido para evitar llamar la atención de los jugadores de cartas a pocos metros de distancia.

Una vez fuera del establo, Lizzie se montó en la silla sin su gracia habitual y espoleó al caballo para que se moviera. Salieron del patio de los establos al galope, los cascos retumbando contra la tierra compacta mientras huían hacia la creciente oscuridad.

No tenía noción de dirección ni destino, sabiendo solo que debía poner distancia entre ella y el horror que había dejado atrás en aquella habitación forrada de libros. El viento le arrancaba el pelo, soltando horquillas hasta que ondeaba detrás de ella como un estandarte de derrota. Sus músculos gritaban en protesta por el ritmo implacable, pero ella instaba al caballo a seguir, seguir, seguir en la noche.

Las antiguas puertas de hierro forjado de Mordaunt's Grange quedaron atrás mientras Lizzie guiaba al castrado hacia el camino del páramo, donde siglos de ruedas de carretas y herraduras habían desgastado surcos gemelos en la tierra pedregosa. Los últimos vestigios de civilización —los jardines ordenados, los caminos cuidadosamente mantenidos— dieron paso a la naturaleza salvaje. Aquí estaba el verdadero Yorkshire, indómito e indiferente al sufrimiento humano.

El brezo pasaba veloz, sus flores tardías de verano vueltas incoloras en la oscuridad. Los cascos del caballo arrancaban chispas de las piedras ocultas, cada impacto sacudiendo el cuerpo de Lizzie. Se inclinó sobre el cuello del animal, sus lágrimas perdidas en el viento que aullaba a través del páramo abierto como el lamento de una banshee. Detrás de ella, la Granja Mordaunt se agazapaba contra el cielo, sus ventanas aún resplandecientes de celebración. ¿Cuánto tardarían en encontrarlo? ¿Cuándo comenzaría la cacería?

El pensamiento la espoleó a clavar más fuerte los talones en los flancos del castrado. —Más rápido —susurró, aunque el viento se llevó la palabra—. Por favor, más rápido.

Como en respuesta, las primeras gotas pesadas de lluvia comenzaron a caer. Golpeaban su rostro como diminutas agujas, empapando su fino vestido de baile hasta que la seda se adhirió a su piel como el agarre de una moribunda. Su cabello, ya suelto de sus horquillas, se pegó a su cuello. El caballo prestado resopló en protesta, su paso volviéndose incierto en el terreno cada vez más traicionero.

Un relámpago partió el cielo, iluminando el paisaje en nítido relieve—los huesos sobresalientes de antiguos muros de piedra, las oscuras bocas de canteras abandonadas, las formas retorcidas de

espinos inclinados permanentemente hacia un lado por siglos de vientos dominantes. En ese brillante momento, Lizzie vio el camino adelante dividido: una bifurcación que conducía hacia el valle donde luces distantes prometían pueblos y ayuda, la otra serpenteando hacia los altos páramos donde ninguna persona cuerda se aventuraba después del anochecer.

Esperarán que busque la civilización, pensó. *Los hombres de Mordaunt vigilarán los caminos del valle.*

La elección se hizo sola. Cuando la oscuridad volvió a caer, guio al castrado hacia el sendero de las tierras altas. La pendiente se hizo más empinada, el camino más estrecho. En algún lugar de la oscuridad, un urogallo llamó—un sonido áspero y burlón que podría haber sido una risa.

El impacto de la caída le robó el aliento, sus costillas gritando en protesta al golpear el suelo. A través de cortinas de lluvia, vislumbró a su montura desapareciendo en la oscuridad—su última atadura a la civilización rompiéndose como un hilo. Una risa hueca escapó de su garganta. Civilización. Como si algo de esta noche hubiera sido *civilizado*.

Se puso de pie tambaleándose, abandonando la dignidad mientras se sumergía en el bosque junto al camino. Las ramas la alcanzaban con dedos esqueléticos, desgarrando su rostro, su cabello, su vestido. Su chal—su última pretensión de decoro—se enganchó y se rasgó. Lo dejó colgando como un fantasma en la oscuridad.

El suelo desapareció.

El tiempo se hizo añicos.

El mundo giró en un caleidoscopio de sombra y relámpagos, cada destello iluminando su descenso como una serie de pinturas macabras. Su vestido de baile de seda no ofrecía protección mientras rodaba a través de espinosos tojos y sobre piedras afiladas. El dolor floreció por todo su cuerpo como un jardín de espinas.

Entonces—agua.

El impacto expulsó el aire de sus pulmones en una ráfaga de burbujas. El frío la atrapó entre sus dientes, una mordida profunda que convirtió sus músculos en piedra. La seda empapada de sus faldas la arrastraba más profundo, transformándose de elegancia festiva a mortaja fúnebre en el espacio de un latido.

¿Es así como termina? El pensamiento llegó con una extraña claridad. *¿No por la soga del verdugo, sino ahogada en un rincón olvidado de Yorkshire?*

Algo rozó su pierna—un toque como dedos muertos alcanzándola. El terror galvanizó sus miembros congelados. Pateó con fuerza, sus pies encontrando apoyo en el fondo fangoso. Arriba. Tenía que ir arriba.

Rompió la superficie con un sonido que era mitad sollozo, mitad plegaria. La lluvia le aguijoneaba el rostro mientras luchaba por alcanzar tierra firme, sus dedos arañando el barro que parecía cobrar vida en su determinación por arrastrarla de vuelta. Pero el mismo terror que la había impulsado a huir de la biblioteca de Mordaunt le dio fuerza a sus miembros temblorosos.

Finalmente, se desplomó sobre un terreno más sólido. El mundo adquirió una cualidad onírica, como si se observara a sí misma desde algún lugar muy por encima: una criatura cubierta de barro que alguna vez había sido una dama, arrastrándose desde las profundidades primordiales de los parajes salvajes de Yorkshire.

—Vergonzoso —susurró, aunque no sabría decir si se refería a su estado actual o a toda la secuencia de acontecimientos que la habían llevado hasta allí. Sus dedos, cubiertos de barro negro, relajaron su agarre sobre una tierra que se sentía tan incierta como su futuro.

El frío se arraigó más profundamente, convirtiendo sus huesos en hielo mientras el viento aullaba a través del brezo y la aulaga: un sonido como almas perdidas llorando. O quizás era el ladrido de los sabuesos, ya sobre su rastro.

Pero ¿y si...?

El pensamiento la golpeó como un rayo, más aterrador que la oscuridad que la rodeaba. Vio a Mordaunt levantándose del suelo de la biblioteca, su rostro transformado de altivez aristocrática a algo bestial, reuniendo a sus hombres y sabuesos para la cacería. La imagen envió un último estremecimiento a través de su cuerpo congelado antes de que la oscuridad la reclamara.

A través de una conciencia que se desvanecía, vislumbró un extraño resplandor naranja que se hacía más fuerte a través de la cortina de lluvia: la luz de una lámpara que cortaba la tormenta como una hoja, o quizás los fuegos del infierno que venían a cobrar lo que les correspondía.

Capítulo 2

Manor Thorncliff, Yorkshire, 1815

El amanecer se arrastraba por los páramos de Yorkshire como una acuarela que se extiende sobre papel húmedo, transformando el cielo lavado por la tormenta de hierro a perla. Lucian Rothwell, conde de Thorncliff, se movía por sus empapados bosques con la gracia silenciosa de un depredador, su rifle equilibrado con facilidad en sus manos enguantadas. El aire tenía esa peculiar claridad que seguía a una gran tormenta; cada hoja, cada brizna de hierba, parecía vibrar con vida renovada.

Estas cacerías al amanecer eran su ritual privado, un momento de soledad antes de que el peso de su título y responsabilidades se asentara una vez más sobre sus hombros. Desde este punto de vista cerca del gran barranco que dividía sus tierras de la Granja Mordaunt, podía ver claramente la finca de su vecino: una masa más oscura contra el cielo que se aclaraba. La vista siempre le dejaba un sabor amargo en la boca. Los Mordaunt habían sido espinas en el costado de Yorkshire durante generaciones.

Llegó al borde del barranco y se detuvo, sus instintos de cazador repentinamente alerta. Algo andaba mal. Los pájaros matutinos se habían silenciado, y allí... un destello carmesí contra la orilla oscura de barro más abajo, como una salpicadura de sangre en el lienzo de un pintor.

Maldiciendo, atravesó rápidamente la traicionera pendiente, sus botas encontrando apoyo donde un hombre menos experimentado podría haber caído. La forma acurrucada se resolvió en algo que hizo que su corazón se detuviera: una mujer, su vestido de baile ahora más marrón que rojo, su cabello oscuro un enredo sobre su rostro.

—¿Señora? —Tocó su mejilla, encontrándola fría como el mármol. Sus dedos buscaron el pulso en su garganta... allí, el más débil aleteo de vida. Sin vacilar, la recogió en sus brazos. No era una carga ligera, pero Lucian nunca había sido alguien que retrocediera ante la dificultad.

Además, había algo en ella —incluso inconsciente y cubierta de barro— que exigía cuidado en lugar de lástima.

El trayecto de vuelta a Manor Thorncliff pareció más largo con su empapada carga. Mientras se acercaba a la gran casa, sus torres góticas ahora doradas por la luz de la mañana, ya podía imaginar la reacción de la señora Pippins. Su ama de llaves trataba cualquier desviación de la rutina como una afrenta personal de la Providencia.

—¡Señora Pippins! —Su voz resonó por el brillante vestíbulo mientras abría la pesada puerta con el hombro, dejando un rastro de barro y agua a su paso—. ¡Venga aquí inmediatamente!

—¡Oh! ¡Oh, mi señor! —La ama de llaves apareció en la puerta como una gallina asustada, con la cofia ligeramente torcida y sus ojos descoloridos abriéndose a proporciones que podrían haber sido cómicas en circunstancias menos acuciantes—. ¿Qué... qué es... oh, las alfombras!

—Una mujer, señora Pippins —dijo Lucian con el tipo de paciencia generalmente reservada para caballos asustadizos—. La encontré medio ahogada en el barranco. Las alfombras sobrevivirán.

—Pero... pero ¿quién es ella? —La señora Pippins se agarró la garganta, sus ojos saltando entre la mujer empapada de barro en los brazos de Lucian y el inmaculado suelo de mármol que ahora mostraba las evidencias de su dramática entrada—. ¿Y dónde deberíamos... es decir... una dama en tal estado...

—Señora Pippins —La voz de Lucian llevaba el peso de siglos de mando aristocrático—. Esta mujer necesita atención inmediata. Haga que Sarah prepare un baño caliente en la habitación de invitados más cercana a mi estudio. Envíe a Thomas a buscar al Dr. Harrison de inmediato, y que Ellen traiga sábanas limpias y uno de los camisones de repuesto que guardamos para las visitas de mi hermana.

Las manos del ama de llaves revolotearon como palomas agitadas. —Pero mi señor, tener a una mujer desconocida aquí, en la casa de un soltero—

—¿Preferiría que la hubiera dejado ahogarse en el barranco? —Su paciencia, legendaria entre su personal, comenzaba a agotarse—. ¿O quizás debería haberle preguntado por sus credenciales y cartas de presentación mientras yacía inconsciente en el barro?

—No, por supuesto que no, pero—

—Entonces le sugiero que concentre sus considerables energías en atender su comodidad en lugar de imaginar escándalos donde no existen. —La mujer en sus brazos se movió ligeramente, recordándole la urgencia de su situación—. ¿Y señora Pippins? Haga que la cocinera prepare su

caldo reconstituyente. Sin duda nuestra invitada necesitará sustento una vez que esté apropiadamente limpia y caliente.

—S-sí, mi señor. —La señora Pippins hizo una nerviosa reverencia—. Pero ¿qué dirá la gente?

Lucian se detuvo en el primer escalón, fijando en su ama de llaves una mirada que había amedrentado a oponentes mucho más formidables. —Dirán que el Conde de Thorncliff actuó como lo haría cualquier caballero al encontrar a una dama en apuros. A menos, por supuesto, que prefiera que comenten cómo la dejó a merced de los páramos por preocuparse por sus alfombras.

—¡No! No, por supuesto que no. —Las cintas de la cofia de la señora Pippins temblaron con renovada agitación—. Me ocuparé de todo inmediatamente. Aunque tal vez... debería enviar un mensaje… Lady Adelaide podría—

—Señora Pippins. —Su voz tenía un tono de finalidad que no admitía más discusión—. El baño. El doctor. El caldo. En ese orden, si es tan amable.

La mujer en sus brazos se volvía más pesada con cada paso, su vestido de gala empapado dejaba escapar riachuelos de agua embarrada que trazaban oscuros patrones en su chaqueta de caza. A pesar del barro y la degradación de su elegante atuendo, había algo inconfundiblemente distinguido en ella —una cualidad que le hizo preguntarse qué clase de dama se encontraría expuesta a la furia de la tormenta de anoche en traje de noche. El aroma a lluvia y brezo silvestre se aferraba a su piel bajo el barro, mezclado con los restos persistentes de lo que podría haber sido perfume francés. Una dama de calidad entonces, aunque lo que estaba haciendo en su barranco era un misterio que tendría que esperar.

Detrás de él, la voz de la señora Pippins se elevaba por las escaleras en un flujo constante de instrucciones para los sirvientes reunidos, su disposición natural para el mando superando temporalmente su ansiedad por la propiedad.

—Ellen, ¡trae esos camisones inmediatamente! Sarah, ¡el cobre ya debería estar calentándose! Thomas, ¡dile al Dr. Harrison que es una emergencia, pero cuidado con no difundir rumores en el pueblo sobre nuestra inesperada invitada!

Lucian cambió de posición su carga, debatiendo qué mueble sacrificar a su mutuo desaliño. La silla con estampado de rosas junto a la chimenea parecía la víctima más apropiada —nunca le había gustado su exuberancia chillona de flores. Se dirigió hacia ella con determinación, pero su bota se enganchó en el fleco de una alfombra turca. El mundo se inclinó.

Cayeron juntos, su maldición amortiguada contra lo que de repente se dio cuenta era una forma notablemente sólida debajo de él. Un pequeño sonido —algo entre un jadeo y un gemido— escapó de los labios de la mujer.

—Dios mío... ¿qué...? —Su voz era baja, rica en confusión y algo más, ¿tal vez cautela? Él se levantó lo suficiente para encontrarse con su mirada y se encontró mirando fijamente unos ojos que cambiaban como el mar antes de una tormenta, verdes o azules o ambos, brillando desde su rostro cubierto de barro con una ferocidad inesperada.

Entonces su boca se abrió de par en par.

—No grite —dijo él, reconociendo lo inevitable—. No soy...

Ella gritó. El sonido contenía toda la furia de la tormenta que la había traído a su puerta, transformándose instantáneamente en un torbellino de extremidades agitadas y golpes sorprendentemente precisos.

—¡No, no lo hará!

—¡Deténgase! —ordenó Lucian, esforzándose por liberarse con al menos un atisbo de dignidad —. No voy a hacerle daño. —Un puño bien colocado se conectó con su mandíbula, poniendo fin decisivamente a cualquier esperanza de una resolución digna.

Él retrocedió de un salto, poniendo una distancia bienvenida entre él y su inesperadamente violenta invitada. Ella se incorporó rápidamente, esos ojos extraordinarios brillando desde su rostro cubierto de barro como gemas en un páramo.

—Maldición —murmuró él, frotándose la mandíbula—. Le dije que no iba a hacerle daño.

—¿Entonces qué estaba haciendo? —exigió ella, su pecho agitándose con cada respiración, haciéndole agudamente consciente del estado desgarrado de su corpiño.

—Me caí —dijo él, con lo que consideró una admirable contención.

Ella parpadeó.

—¿Usted... se cayó?

—Sí —dijo él, preguntándose si el barro había afectado su audición además de su temperamento—. La estaba cargando y me caí. Le aseguro que no albergaba ninguna intención innoble.

Los ojos de ella se entrecerraron, mostrando una inteligencia aguda detrás de la confusión. —¿Por qué me estaba cargando?

Lucian se enderezó el abrigo arruinado, aferrándose a los últimos hilos de su paciencia. —Una excelente pregunta. La encontré inconsciente cerca del barranco, medio ahogada y completamente misteriosa. Tomé la decisión aparentemente equivocada de no dejarla allí.

—Ya... ya veo —dijo ella, estudiándolo con una intensidad que desmentía su posición vulnerable. Una sonrisa agrietó el barro alrededor de sus labios, transformando su apariencia desaliñada en algo inesperadamente encantador—. ¿De verdad me cargó todo este camino?

—En efecto —Lucian arqueó una ceja—. No fue una tarea sencilla, se lo aseguro.

—Qué poco galante de su parte decirlo —respondió ella, aunque un destello de diversión brilló en sus ojos color tormenta. Con un gemido apenas reprimido, intentó levantarse del suelo, sus movimientos tan gráciles como su estado actual le permitía. En el momento en que se puso de pie, se tambaleó peligrosamente.

Lucian se movió instintivamente para sostenerla, ganándose otra bofetada. —¡Suélteme, señor! ¡Suélteme en este instante!

—Con mucho gusto —dijo él sombríamente, retrocediendo con más prisa que dignidad.

—Cielos —murmuró ella, balanceándose como un arbolito en un viento fuerte. Cuando él intentó alcanzarla de nuevo, ella lo apartó con un gesto imperioso—. Me las arreglaré perfectamente bien si tiene la amabilidad de abstenerse de manosear mi persona.

—¿Manosear? —Sus manos cayeron a los costados, su paciencia desgastándose por momentos —. La prefería vastamente inconsciente.

—Mis sentimientos exactos —replicó ella, su mirada recorriendo la habitación antes de volver a evaluarlo con una franqueza inquietante—. Está bastante sucio, ¿sabe?

—Si yo estoy sucio, señora, usted es la arquitecta de mi destrucción —señaló significativamente su forma cubierta de barro.

Ella se miró a sí misma, con evidente desagrado en el gesto de su boca. —Sí, veo su punto — dio un paso cauteloso, inhalando bruscamente—. Dios santo, ciertamente me ha magullado.

—No hice nada semejante —dijo Lucian, luchando contra el impulso de ayudarla de nuevo—. Llegó usted en esa condición, se lo aseguro.

—¿En serio? —La pregunta parecía más dirigida a sí misma que a él—. Confieso que me siento bastante débil. ¿Podría... —Se tambaleó de nuevo—. ¿Podría descansar un momento?

—La silla —dijo él, señalando la monstruosidad con estampado de rosas junto al fuego—. Aunque le advierto, es bastante fina.

—Pero la arruinaré por completo.

—No tiene importancia. Detesto esa cosa.

Una rica carcajada escapó de ella, sorprendiéndolos a ambos. —En ese caso, estaré encantada de complacerle.

Se tambaleó hacia ella, y Lucian apretó los puños para evitar ofrecerle ayuda. Se desplomó en la silla con una dignidad sorprendente, de alguna manera logrando parecer majestuosa a pesar de su estado deplorable.

—¿Quién es usted, señor?

—¿Que quién soy yo? —Se puso rígido ante su tono imperioso—. Más bien, ¿quién es usted?

En lugar de responder, ella lo estudió con la misma intensidad inquietante. Entonces, algo parecido a la picardía brilló en sus ojos.

—Yo pregunté primero.

—Muy bien —Hizo una ligera reverencia, más sardónica que respetuosa—. Lucian Rothwell, Conde de Thorncliff, a su... dudoso servicio.

—Y sin duda deseando no estarlo —dijo ella secamente. Irguiéndose con notable aplomo para alguien cubierta de barro, inclinó la cabeza—. Thorncliff... No recuerdo el nombre. Dígame, ¿me conoce usted, señor?

Lucian exhaló un suspiro de impaciencia, observando cómo este enigma cubierto de barro se acomodaba en su silla menos favorita como si fuera un trono.

—No le habría preguntado su identidad si ya la conociera, señora.

—No, supongo que no —Algo cruzó por sus facciones, quizás incertidumbre o miedo, rápidamente enmascarado. Sus dedos trazaron un patrón ausente en el brazo de la silla, dejando espirales de barro como runas antiguas—. Pero por favor, piense cuidadosamente. ¿Está completamente seguro de que no me conoce?

—Señora —dijo entre dientes, su paciencia desgastándose con cada intercambio—, estoy completamente seguro de que no la conozco.

—Ya veo —Las palabras surgieron suavemente, casi perdidas en el crepitar del fuego. Tomó un aliento que pareció temblar—. Eso es... desafortunado.

—Señora, lo dudo mucho.

Ella lo miró entonces, y la risa que se le escapó tenía notas tanto de música como de locura.

—No, señor Descortés, estaría de acuerdo con usted en ese punto. Sin embargo... —Sus dedos detuvieron su danza nerviosa en el brazo de la silla—. Si me hubiera conocido, habría sido una conveniencia. No un placer, seguramente, pero una conveniencia.

—¿Por qué —preguntó, repentinamente cauteloso— sería conveniente?

Su sonrisa se volvió frágil como la escarcha en un cristal de ventana.

—Porque entonces podría decirme mi nombre.

—¿Qué?

—Mi nombre —repitió, cada palabra precisa como cristal tallado—. Podría decirme quién soy.

—La he oído —dijo, estudiándola con creciente preocupación—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Simplemente que mi nombre parece haberse... escapado de mi memoria —Su voz permaneció firme, aunque sus manos habían comenzado de nuevo su movimiento inquieto—.

Junto con cualquier otro pensamiento sobre quién soy, dónde estoy o cómo llegué aquí.

—¿Qué? —La palabra surgió más como un rugido que como una pregunta.

Ella levantó la barbilla, con desafío luchando contra la vulnerabilidad en su expresión.

—Mi lord, recuerdo claramente que usted hizo esa misma pregunta hace apenas unos momentos. ¿Podríamos progresar a algo más esclarecedor?

Lucian atravesó la habitación a zancadas, sus botas dejando huellas embarradas en la alfombra turca.

—Señora, en este momento no me importa nada más que su nombre.

—En ese punto al menos —dijo ella con la misma sonrisa inquietante—, estamos en perfecto acuerdo. Le aseguro que a mí también me gustaría mucho saberlo.

—Dios santo —murmuró él, pasándose una mano por el pelo—. ¿Qué clase de locura es esta?

—La clase que no parece poder recordarse a sí misma —respondió ella con notable compostura —. Aunque no tengo duda de que, con el tiempo, todo se aclarará.

—Locura —repitió él, paseando como un tigre enjaulado—. Pura locura.

—Eso parece —su mirada seguía el movimiento de él, aguda e inteligente a pesar de su supuesta confusión—. Aunque no me siento particularmente trastornada. No tengo ningún deseo de desvariar o delirar. A diferencia de algunos presentes.

Lucian apoyó las manos en la repisa de la chimenea, estudiando sus reflejos en el espejo de arriba: él, salpicado de barro pero compuesto, y ella, una reina desaliñada presidiendo desde su detestada silla de rosas. La luz del fuego resaltaba los finos rasgos de su rostro bajo el barro, insinuando una belleza que sería formidable una vez revelada. *Un pensamiento peligroso.*

—Amnesia —dijo al fin, la palabra cayendo en el espacio entre ellos como una piedra en aguas tranquilas.

—¿Ese es mi nombre? —Sus labios se curvaron, con diversión bailando en aquellos ojos extraordinarios—. Y yo que pensaba que usted decía no conocerme.

—Por el amor de Dios... —Se volvió para mirarla, la exasperación luchando contra una fascinación no deseada—. Es una condición, señora. Una dolencia de la mente provocada por un trauma en la cabeza o... —La estudió más detenidamente ahora, notando la sombra de moretones en su garganta, parcialmente ocultos por el barro pero inconfundibles para su ojo agudo. Algo oscuro parpadeó en su pecho, tal vez rabia, contra quien la hubiera marcado así—. O por experiencias que la mente desea olvidar.

—Oh, ¿es usted médico, entonces? —preguntó ella, su tono ligero desmentido por la forma en que su mano se deslizó inconscientemente hacia su garganta—. Qué afortunado.

—No soy médico —dijo él, eligiendo sus siguientes palabras con cuidado—. Simplemente un hombre que lee extensamente.

—Ya veo —se acomodó más profundamente en la silla, como si sus chillonas rosas pudieran ofrecer alguna protección—. Entonces parece que tengo esta... amnesia, como usted la llama. Aunque no me siento loca —rio entonces, el sonido rico y sorprendente en su genuino humor—. Confundida, quizás. Parece que creo ser inteligente, aunque tampoco puedo estar completamente segura de eso.

—Quizás demasiado inteligente —murmuró Lucian, notando el agudo ingenio que chispeaba bajo su confusión. Había algo a la vez atractivo e inquietante en una mujer que podía mantener tal compostura mientras su mundo yacía en pedazos a su alrededor.

La mujer levantó la mirada hacia él, y Lucian vio algo cambiar en su expresión—el orgullo reafirmándose a través del agotamiento y la confusión. Se puso de pie lentamente, cada movimiento un estudio de cuidadosa dignidad a pesar de su estado desaliñado.

—Bueno, no puedo decir que haya sido un placer conocerlo, Lord Thorncliff, pues dudo que usted me permitiera esa mentira cortés. Pero puedo agradecerle.

La luz del fuego captó la seda seca de barro de su vestido mientras se acercaba a él, transformando el carmesí arruinado en sangre seca. Su mano, cuando la extendió, era sorprendentemente delicada a pesar de estar cubierta de tierra de Yorkshire.

—Me marcharé ahora. Lamento no poder devolverle el favor de un nombre, pero así están las cosas.

Lucian simplemente se quedó mirando su mano embarrada, impresionado por la elegancia incongruente de su gesto. Ella la retiró con un atisbo de sonrisa.

—Perdóneme. Ya he compartido suficiente de mi barro con usted, ¿no es así? —Pasó junto a él hacia la puerta, sus faldas rasgadas susurrando como hojas muertas sobre la alfombra turca.

Lucian se giró.

—¿Adónde cree que va?

Ella se volvió, con una mano sucia apoyada en el pomo de la puerta como si fuera un abanico de salón.

—No lo sé, pero puedo ver que he abusado de su caridad por suficiente tiempo.

—¿Pretende vagar por los caminos con ese aspecto y sin recordar su nombre?

—¿Qué hay en un nombre? —dijo, agitando una mano cubierta de barro con sorprendente gracia—. Pero, ¿sería tan amable de decirme dónde estoy?

—Está en Thorncliff Manor —respondió Lucian secamente—. A veinte millas de Helmsley, el pueblo de mercado más cercano de este lado del barranco. La siguiente propiedad está a diez millas en cualquier dirección, nada más que páramo y brezal entre aquí y la civilización.

—¿Helmsley? —Algo cruzó por su rostro, quizás reconocimiento, o miedo rápidamente enmascarado.

—Tendrá una larga caminata —dijo Lucian implacablemente, observándola con la cuidadosa atención que generalmente reservaba para las criaturas heridas que podrían huir.

Ella lo miró entonces, y de repente se tambaleó, derrumbándose lo último de su compostura cuidadosamente mantenida como los bordes del barranco después de una tormenta.

Murmurando una maldición, Lucian cruzó rápidamente la habitación y la atrapó. Esta vez, ella no luchó. Sus dedos se aferraron a su chaqueta mientras se desplomaba pesadamente contra él, su cuerpo sorprendentemente sólido y cálido a pesar de su estado empapado.

—Oh, cielos.

—¡Maldición! —Lucian la tomó en sus brazos. La llevó a la cama, pero cuando se inclinó para depositarla sobre ella, ella se aferró a sus hombros.

—No —protestó débilmente—. Ensuciaré la cama.

—No me importa —dijo él, bajándola.

—¿No le gusta nada en esta habitación? —preguntó ella, aún aferrada a él, su voz llevando una nota de algo peligrosamente cercano a la histeria.

—Señora —dijo Lucian, descubriéndose en la incómoda posición de ser agarrado por una mujer tendida sobre la cama—, ahora es usted quien me maneja bruscamente.

—Sí —murmuró y retiró lentamente sus brazos—. No hay nada más tedioso que ser manoseada, ¿no es así?

Lucian se puso de pie y miró fijamente a su misteriosa invitada, desconcertado. Ella había vuelto el rostro, pero él podía ver los temblores que recorrían su cuerpo como ondas en aguas tranquilas. Algo en su vulnerabilidad atravesó la distancia que él mantenía cuidadosamente. Sin saber por qué, tomó su mano.

Ella no lo miraba, pero sus dedos se entrelazaron con los de él con sorprendente fuerza. —Lo siento —susurró, con la voz entrecortada—. Estoy siendo verdaderamente tonta. Y yo que pensaba que estaba... actuando tan bien.

—Lo estaba haciendo —dijo Lucian suavemente, sorprendido por lo pequeña que se sentía su mano en la suya, a pesar del espíritu que tan recientemente la había impulsado a golpearlo.

Ella se volvió entonces para mirarlo, con lágrimas nadando en esos ojos extraordinarios. —Gracias.

—Señora... —La voz de Lucian surgió tensa, algo peligroso agitándose en su pecho ante la vista de esas lágrimas—. Haga cualquier cosa menos llorar.

—Oh, ¿no es terrible? —Sorbió, de alguna manera haciendo que incluso ese sonido fuera elegante—. Rara vez recurro a ello. Es tan inútil, y hace que los ojos se pongan tan desagradablemente rojos. —Una risa se entrelazó con sus palabras, transformando el dolor en algo casi musical.

Lucian permaneció inmóvil, inseguro de si hablaba en serio o si esto era otra faceta de su fascinante complejidad. —En efecto. Ahora descanse. He mandado llamar al médico, y debería llegar pronto.

—¿El médico? —Algo cruzó por su rostro, una expresión por solo un momento, y luego desapareció, que Lucian no pudo identificar—. ¿Cree que me conocerá?

—No —dijo Lucian, odiando la forma en que su expresión se apagó—. Deseo asegurarme de que no haya sufrido ninguna otra lesión.

—Por supuesto. —El sonido que emitió oscilaba entre risa y sollozo—. Qué sensato de su parte.

—He ordenado que traigan un baño —dijo Lucian, buscando refugio en lo práctico.

—¡Un baño! —Sus ojos se iluminaron como estrellas emergiendo tras nubes de tormenta—. Qué maravilloso. Y yo que lo había reprendido por su falta de galantería. Perdóneme.

Algo en sus rápidas transiciones de la desesperación al deleite le hizo dar vueltas la cabeza. Lucian retiró su mano y dio un paso atrás. —Por supuesto. La dejaré descansar, señora.

—No me llame señora —suspiró, hundiéndose más en las almohadas—. Me hace pensar en una directora de escuela.

—¿Cómo debería llamarla? —preguntó Lucian, sabiendo que se aventuraba en terreno peligroso.

Ella sonrió levemente. —¿Amnesia?

Él negó con la cabeza. —No, no servirá.

—Entonces acortémoslo —dijo ella, recuperando una chispa de su ingenio anterior—. ¿Qué tal Amy?

—¡No! —Lucian se sobresaltó—. No, ese no es un nombre apropiado.

—¿En serio? —Volvió la cabeza, pero no antes de que él captara el dolor que cruzó sus facciones—. Entonces, ¿qué tal Annie? Annie tendrá que servir por ahora.

—Anne —declaró Lucian, aferrándose a la versión más formal como si fuera un salvavidas—. Anne. Sí, eso servirá.

Ella no le devolvió la mirada; su perfil era un estudio de cuidadosa compostura contra la extensión blanca de la almohada. Lucian salió de la habitación en silencio.

Lady Elizabeth estaba sentada sobre la cama recién hecha, envuelta en la camisa de dormir de Lord Thorncliff, una concesión que casi había provocado palpitaciones a la señora Pippins antes de que la practicidad venciera a la decencia. El suave lino desprendía un tenue aroma a lavanda y luz solar, tan en desacuerdo con la presencia imponente de su dueño. Su cabello recién lavado colgaba en ondas húmedas por su espalda, y por primera vez desde aquel horrible momento en la biblioteca de Mordaunt, se sentía casi humana de nuevo.

Atrajo las rodillas hacia su pecho, presionando su frente contra ellas como si pudiera contener físicamente los recuerdos que amenazaban con abrumarla. El peso del Pan de bronce en sus manos, el nauseabundo sonido que había hecho contra el cráneo de Mordaunt, la horrible quietud que siguió: cada momento se reproducía detrás de sus ojos cerrados con devastadora claridad. La seguridad era una ilusión que ya no podía permitirse.

Incluso ahora, la casa de Mordaunt estaría descubriendo a su amo. Incluso ahora, los sabuesos de la justicia podrían estar aullando por su sangre. Nadie le creería —una debutante cuya dote había atraído la atención de demasiados pretendientes ansiosos— por encima de las palabras de la poderosa familia de Mordaunt. Lo llamarían premeditado, retorcerían su fortuna convirtiéndola en motivo, la pintarían como una asesina calculadora en lugar de una víctima.

Se levantó rápidamente, atraída por el calor del fuego como una polilla a la llama. Sus manos temblaban mientras las extendía hacia los crepitantes leños, recordando cómo esos mismos dedos habían buscado el pulso en la garganta de Mordaunt. ¿En qué estaba pensando al aceptar su cortejo? Pero entonces, ese había sido el problema: no se le había dado opción. —Las deudas de tu padre lo aseguran, querida —había dicho él, con una sonrisa tan fría como la escarcha invernal.

El alto y rubio conde, cuya camisa ahora vestía, presentaba una complicación inesperada. Thorncliff —el nombre había sido mencionado durante su única temporada en Londres, aunque ahora no podía recordar en qué contexto. Quizás algún vago susurro en un baile, o un comentario pasajero sobre la nobleza de Yorkshire. Los detalles se le escapaban entre los dedos como agua, al igual que sus propios recuerdos parecían hacerlo cuando intentaba alcanzarlos.

Sus ojos grises tenían una franqueza que la inquietaba, como si pudiera ver a través de sus cuidadosas invenciones hasta el terror que había debajo. Tal observación penetrante parecía

discordante con lo que esperaría de un conde rural, y sin embargo, ahí estaba él, ofreciéndole santuario cuando más lo necesitaba. Pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Y a qué precio?

No tenía más opción que confiar en la protección de este extraño, al menos hasta que pudiera formar algún plan más allá del pánico ciego y la huida. La ironía no se le escapaba: que su salvación viniera en forma de un hombre cuyo hogar mismo se extendía sobre el barranco que casi había reclamado su vida. La Providencia, al parecer, tenía un peculiar sentido del humor.

La mentira sobre su memoria había surgido con sorprendente facilidad, nacida de la desesperación y el instinto de supervivencia. Pero ¿cuánto tiempo podría mantenerla? Cada momento en su presencia se sentía como caminar sobre hielo, sin saber qué paso podría resquebrajar la superficie y hundirla en las profundidades.

Un leño se movió en la chimenea, enviando chispas danzantes hacia arriba. Lizzie las observó desvanecerse, pensando en cuán rápidamente la luz podía convertirse en oscuridad, cuán fácilmente el mundo de uno podía cambiar su eje. Un momento era la hija obediente, decidida a cumplir su papel en la sociedad haciendo un matrimonio acorde a su posición. Al siguiente, era una fugitiva, con las manos manchadas de sangre que ninguna cantidad de lavado podría quitar.

Un golpe seco en la puerta interrumpió el ensueño de Lizzie. Se volvió del fuego, recogiendo la camisa de dormir prestada más cerca de sus hombros.

—Adelante.

La ama de llaves apareció en el umbral como un reyezuelo asustado, su delgada figura vibrando con la energía de una preocupación perpetua. Todo en la señora Pippins sugería precisión interrumpida por ansiedad, desde su cofia meticulosamente almidonada ahora ligeramente torcida, hasta su delantal perfectamente planchado retorcido por dedos nerviosos.

—¡Oh! Oh, querida...

La reacción del ama de llaves hizo que Lizzie se preguntara qué veía: ¿una fugitiva desaliñada haciéndose pasar por una dama, o simplemente una mujer vistiendo la camisa de dormir de su amo? Cualquiera de los dos pensamientos era suficiente para hacer que sus mejillas se sonrojaran.

—¿Qué sucede, señora Pippins?

—No... es decir... el doctor Harrison ha llegado —la voz de la señora Pippins tenía la cualidad sin aliento de quien entrega noticias trascendentales—. Acaba de venir de traer al mundo a los gemelos de la joven señora Blackwood, y...

—Por favor, hágalo pasar —dijo Lizzie, bendiciendo en silencio el momento del parto de la señora Blackwood. Cuanto más pudiera retrasar la llegada del médico, más creíble podría parecer

su confusión.

La señora Pippins se retiró con un susurro de faldas, regresando momentos después con un hombre que parecía traer consigo la mitad del clima de Yorkshire. El doctor Harrison irrumpió en la habitación como una tormenta de otoño, con las mejillas enrojecidas por el viento y el abrigo humedecido por la lluvia, las gafas ligeramente empañadas por la transición del frío al calor. Cuando vio a Lizzie, se detuvo en seco, una exclamación brotando de él:

—¡Pardiez!

Lizzie sintió que su corazón se saltaba un latido: ¿la reconocía? ¿Se había desmoronado su fachada cuidadosamente construida antes de estar propiamente edificada? Aun así, logró sonreír. Años de entrenamiento social se hicieron cargo.

—¿Cómo está usted, doctor Harrison?

El doctor la miró fijamente, su rostro curtido un estudio de perplejidad.

—Bien. Bien. Aunque estoy aquí para ver cómo está usted, señorita...?

—Anne —dijo Lizzie con suavidad, el nombre falso sonando extraño en su lengua como una pieza musical desconocida—. Y creo que estoy bien, excepto por un desafortunado lapso de memoria.

La mentira le dejó un sabor amargo, pero se obligó a sostenerle la mirada con la exacta mezcla de confusión y sinceridad que había ensayado en los momentos previos a su llegada. Todo dependía de esta actuación —su libertad, su futuro, quizás su propia vida.

Capítulo 3

Adelaide Devon había sido una constante en su vida desde que tenía memoria: su vecina, su confidente y, si los deseos de su madre prevalecían, su futura esposa. Su elegante presencia aportaba un toque de orden a su existencia por lo demás tumultuosa, pero hoy ni siquiera su cálida serenidad podía aplacar su creciente frustración.

—Lamento que mi madre no haya podido venir —dijo Adelaide, acomodándose con natural elegancia en el sillón de cuero—. Ha ido a atender a mi tía Mary, que ha caído enferma. De hecho, recibí su misiva justo antes de que llegara la tuya, pidiéndome que la siguiera.

Lucian levantó la vista desde donde se encontraba junto a la chimenea, con un brazo apoyado en la repisa tallada.

—Fue idea de la señora Pippins por completo. Parecía pensar que era escandaloso tener a una mujer extraña en mi casa sin la debida compañía.

La risa de Adelaide estaba llena de calidez genuina.

—En efecto, ese es el estilo de la señora Pippins.

—Apenas sé a quién creía que necesitaba la compañía —sus dedos tamborilearon sobre el borde de la repisa—. Si se preocupaba por la mujer, sabe muy bien que no soy ningún don Juan. Y si se preocupaba por mí... —su boca se torció—. Una mujer más desagradable y fastidiosa aún no he conocido.

—¿De verdad no recuerda nada? —Adelaide se inclinó hacia adelante, con preocupación grabada en su rostro—. Qué espantoso. Debe estar aterrada.

—¿Aterrada? —La carcajada de Lucian carecía de humor—. Las mujeres que están aterradas no suelen abofetearte y luego regañarte por tu falta de caballerosidad.

—¡No me digas!

—Así fue —su mueca hablaba por sí sola—. Por Dios, la mujer anunció que se iría, y yo fui lo bastante tonto como para detenerla.

—Oh, no, Lucian. No podrías haberla dejado ir, no en su estado.

—Lo sé —se volvió hacia el fuego, cuya luz perfilaba su rostro con nitidez—. Pero no tengo ningún deseo de hacer de anfitrión para ninguna mujer, y menos aún para una como ella. Estoy demasiado ocupado para hacer de niñera de un misterio.

El ceño fruncido de Adelaide contenía tanto preocupación como especulación.

—Si lo deseas, podría quedarme. Ella podría permanecer conmigo hasta que recupere la memoria.

—Dios no lo quiera —las palabras salieron más bruscas de lo que pretendía—. No te la impondría a ti ni a nadie más de la familia. No, yo fui el tonto que la sacó del estanque, así que yo asumiré las consecuencias —su mandíbula se tensó con una determinación familiar—. Hablaré con el magistrado y haré averiguaciones sobre personas desaparecidas.

—Eres un buen hombre, Lucian —dijo Adelaide suavemente, con la mirada fija—. Aunque no te guste admitirlo.

Sus palabras removieron algo incómodo en él, un recordatorio de las expectativas que venían con su serena consideración. Expectativas que no estaba seguro de poder cumplir.

Un golpe los interrumpió, y el Dr. Harrison entró apresuradamente, trayendo consigo el aroma a lluvia y caballo, y ese peculiar olor astringente que parecía adherirse a todos los médicos rurales.

—Lucian —el Dr. Harrison se dirigió a la silla ofrecida, sus movimientos revelaban el cansancio de un hombre que había pasado la noche trayendo nueva vida al mundo—. Sobre su... paciente.

Lucian se enderezó, algo en el tono del doctor alertó sus instintos de soldado. —¿Cómo está ella?

Harrison se dejó caer en la silla con un ceño que profundizó las arrugas curtidas alrededor de sus ojos. —Caso extraño, muy extraño en verdad. La chica no recuerda su propio nombre, ni nada más. Ahora bien, he visto mi cuota de mentes confundidas después de lesiones en la cabeza, pero esto... —se interrumpió, con expresión preocupada.

—Amnesia —sugirió Lucian, observando el rostro del doctor.

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—El término médico para su condición —explicó Lucian, su mirada encontrándose con la de Adelaide al otro lado de la habitación. Sus dedos jugueteaban con la cinta de su sombrero, un

hábito de la infancia que había divertido a Lucian durante los interminables veranos juntos en las fincas vecinas.

Harrison descartó la terminología con el pragmatismo típico de un médico rural. —Llámelo como quiera. La chica lo tiene, sin duda.

—¿Qué se puede hacer por ella, Dr. Harrison? —la voz de Adelaide contenía una suave preocupación.

—¿Hacer? —La risa del doctor tenía poco humor—. No hay nada que hacer. La memoria es algo curioso, mi lady. Si es por un golpe en la cabeza, volverá a su debido tiempo... o no. Pero si es algo más... —dudó, mirando entre los hermanos—. Si la mente se está protegiendo de algo que no puede soportar recordar, bueno, eso es un asunto completamente diferente.

—Oh, Dios mío —susurró Adelaide, palideciendo.

—¿Cómo está por lo demás? —La voz de Lucian permaneció firme, aunque sus dedos se habían cerrado en un puño a su lado.

Harrison se movió incómodo. —Está magullada y cortada por todas partes. Una mujer de constitución más débil estaría postrada en cama —un rubor subió por su cuello curtido—. Pero tiene una constitución excelente, excelente en verdad —se percató de la presencia de Adelaide y aclaró su garganta—. Es decir...

—Entonces no requerirá mucho cuidarla —dijo Lucian con un tono cortante.

La carcajada del doctor tenía un deje de conocimiento que puso los nervios de punta a Lucian. —Muchacho, me pregunto si no estarás ciego. Una mujer así bajo tu techo... —Miró a Adelaide y se tragó lo que estaba a punto de decir—. Hay otra cosa—casi lo olvidé con todo lo demás. Como mencioné, está magullada por todas partes, pero las marcas alrededor de su garganta...

El fuego crepitó en el repentino silencio, proyectando sombras danzantes que parecían burlarse de la gravedad del momento.

—Oh, no —suspiró Adelaide, su mirada dirigiéndose a Lucian como si calibrara cuánto más podría soportar. Había visto esa mirada en sus ojos antes—una determinación que se endurecía y que le hacía temer que cargaría enteramente con las penas de esta desconocida.

—Sí —la voz de Harrison bajó de tono—. Como huellas de manos, son. Podrían ser parte del conjunto de sus otras lesiones, por supuesto, pero... —Dejó las implicaciones flotando en el aire entre ellos.

—Ya veo —la voz de Lucian se había enfriado, y Adelaide reconoció la peligrosa calma que había descendido sobre él—la misma compostura inquebrantable que le había servido durante años para manejar las salvajes propiedades de Yorkshire y sus inquilinos aún más salvajes. Era la

voz que podía silenciar una habitación llena de granjeros discutiendo o detener a un caballo asustado en seco, y nunca dejaba de recordarle que bajo su reserva cuidadosamente mantenida yacía acero.

—Échale un vistazo tú mismo —dijo Harrison, poniéndose de pie con un gruñido—. Aunque te advierto, he dejado instrucciones a la señora Pippins sobre cómo alimentarla. El descanso será lo que más le beneficie ahora —Recogió su desgastado maletín médico, con los cierres de latón opacados por años de fiel servicio—. Lo mejor para ella, descanso.

—Por supuesto —dijo Lucian—. Quizás deberíamos mantener en secreto la presencia de nuestra paciente por el momento.

El rostro curtido de Harrison se arrugó con comprensión. —No tenía intención de divulgarlo. El resto será tu elección —Se detuvo en la puerta, con un destello de diversión en sus facciones —. No requerirá mucho cuidarla, ciertamente. Esa es buena —Su risa le siguió hasta el corredor. El sonido de la partida de Harrison se desvaneció, dejando al hermano y la hermana envueltos en un pensativo silencio.

Lucian se volvió hacia Adelaide, su expresión grave. —Parece que tengo una invitada por tiempo indefinido.

Adelaide escrutó su rostro. —¿Qué crees que le sucedió?

—No lo sé —Se dirigió a la ventana, observando cómo el coche de Harrison desaparecía por el camino resbaladizo por la lluvia. Las nieblas de Yorkshire se estaban acercando, oscureciendo la frontera entre los jardines ordenados de Thorncliff y los páramos salvajes más allá—al igual que la línea entre el deber y el peligro se difuminaba en su propia mente—. Pero creo que esperaré para hablar con el magistrado hasta que haya tenido otra conversación con nuestra misteriosa invitada.

Se acercó para sentarse junto a Adelaide, el cuero de su silla crujiendo como una confesión. —Tómate el té antes de irte y deja de preocuparte por ella —dijo Lucian, aunque su tono carecía de su convicción habitual—. Ve a ayudar a tu madre con la tía Mary.

—Si no fuera por la tía Mary, me quedaría —dijo Adelaide suavemente, su mano rozando el respaldo del sofá—. Lo sabes, ¿verdad?

—En efecto.

La sonrisa de Adelaide tenía un toque de picardía. —Solo estaré fuera dos días.

La risa de Lucian tenía un dejo de resignación. —Dudo que algo significativo pueda suceder en dos días, así que no te preocupes.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, algo susurraba en el fondo de su mente—quizás el instinto de un soldado ante un peligro inminente, o simplemente el peso de aquellos inexplicables moretones alrededor del cuello de su invitada. Dos días podían cambiarlo todo. Lo había visto suceder, ese rápido descenso del orden al caos.

***

Lucian golpeó la puerta de la habitación azul, el sonido resonando en el corredor como un aliento contenido. Ante su suave reconocimiento, entró para encontrarla silueteada contra la ventana, una forma oscura tallada del crepúsculo de Yorkshire que se acercaba. Ella se giró, y el aliento abandonó su cuerpo como si hubiera recibido una carga de caballería en el pecho.

Desaparecida estaba la criatura enmascarada de barro que había cargado desde el barranco. En su lugar se erguía la prueba viviente de que Dios, cuando así lo elegía, podía ser un artista de habilidad poco común. Su cabello, ahora limpio y cayendo en ondas más allá de sus hombros, tenía el negro iridiscente del ala de un cuervo. La perfección alabastrina de su rostro pertenecía a los sueños de un escultor—pómulos altos, frente orgullosa y labios que sugerían tanto altivez aristocrática como promesa sensual. Pero fueron sus ojos los que lo mantuvieron fascinado—ni verdes ni azules sino algo intermedio, como el mar antes de una tormenta, guardando secretos en sus profundidades.

—Dios mío —respiró Lucian, comprendiendo al fin la diversión mal disimulada del doctor.

—Lo siento mucho —dijo ella, tirando de los pliegues de lo que reconoció como su propia camisa de dormir con sorprendente elegancia—. La señora Pippins me la prestó. Estaba bastante angustiada por la situación.

—No tiene importancia —logró decir, todavía mirándola fijamente a pesar de sus mejores intenciones.

Una sonrisa tocó aquellos labios notables. —La señora Pippins estaba muy abrumada. Parece que mi vestido estaba más allá de toda salvación, y no podía concebir meterme en uno de sus camisones.

—Dios mío, sí —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera contenerlas—. Es remarcable lo bien que le queda mi camisa de dormir. —Se maldijo interiormente, oyéndose sonar como un jovenzuelo verde en su primera asamblea.

Ella se movió hacia el fuego con gracia inconsciente, la camisa de dormir prestada fluyendo alrededor de su alta figura como el deshabillé de una reina. —¿Habló usted con el doctor Harrison?

Lucian se obligó a adentrarse más en la habitación, buscando el consuelo familiar del propósito. —Sí. Por eso vine a hablar con usted.

—¿De veras? —Ella no apartó la mirada de las llamas.

—Dice que tienes muchos moretones.

—Sí —Su voz llevaba una cuidadosa neutralidad—. Me siento bastante magullada.

—¿Tienes alguna idea de cómo llegaste a estar en ese estado?

Entonces ella se volvió, y algo en su postura le recordó a una presa acorralada evaluando sus opciones. —¿Tenemos que pasar por todo esto de nuevo? Ya te dije que no lo recuerdo —Agitó una mano elegante—. Aunque si lo deseas, puedo inventar una historia para tu entretenimiento.

—No es necesario —dijo Lucian, aunque su humor desafiante despertó algo peligroso en su sangre—. Aunque difícilmente pareces el tipo de persona que se caería por las escaleras.

—¿No lo parezco? —Levantó la barbilla, encontrando su mirada con esa notable combinación de desafío y gracia. Debería haber parecido vulnerable. En cambio, su altura le permitía encontrarse con sus ojos con una mínima inclinación de cabeza.

—El Dr. Harrison mencionó los moretones alrededor de tu cuello.

Algo parpadeó en esos ojos de tormenta marina, quizás memoria o miedo, rápidamente enmascarado. —¿Lo hizo?

—Me gustaría verlos.

—¿Cómo dice? —Su voz llevaba la nota perfecta de ofensa aristocrática, pero Lucian notó la ligera tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos se curvaron en los pliegues de su camisón.

—Te aseguro que es puramente un asunto médico —Mantuvo su voz firme, profesional—. Harrison específicamente pidió mi opinión. Te prometo que no tengo intenciones lascivas, así que no te sientas obligada a abofetearme de nuevo.

Un fantasma de sonrisa tocó sus labios. —No, ahora veo que no eres el tipo de hombre con intenciones villanas.

—Así es —dijo él—. Ahora, si me permites.

—Si insistes —Ella giró la cabeza, la luz del fuego proyectando sombras en el hueco de su garganta. Permaneció completamente inmóvil, sin ayudar ni obstaculizar, una estatua viviente esculpida en alabastro y medianoche.

Después de la más leve vacilación, Lucian extendió la mano para separar el cuello del camisón. Los moretones florecían oscuros contra su piel pálida, inconfundiblemente obra de manos violentas. La rabia se alzó en él, primitiva y protectora, mientras colocaba sus propios dedos

sobre las marcas con infinita suavidad. Ella jadeó, un temblor recorriéndola como una cuerda de arpa pulsada.

Sus ojos, cuando él levantó la mirada, se habían vuelto del color de un mar agitado por la tormenta. Por primera vez, vio miedo desnudo en sus profundidades, y algo más, un temor tan profundo que parecía llegar más allá de la memoria hasta el instinto. Sus manos ansiaban retirarse, ahorrarle esta vulnerabilidad, pero la necesidad médica lo impulsó a mantener su suave presión. —No tienes que temerme.

Observó cómo trabajaba su garganta al tragar. —No te tengo miedo. Pero si fueras tan amable de quitar tus manos...

Lucian se retiró lentamente, sus dedos llevando el recuerdo de su piel como una marca. Con meticuloso cuidado, restauró el cuello a su lugar apropiado, aunque sabía que la imagen de esos moretones perseguiría sus sueños. —Parece que alguien intentó estrangularte.

Huyó hacia el extremo opuesto de la habitación, poniendo la cuidadosa distancia de la alfombra persa entre ellos. Cuando se volvió, su compostura había regresado como un escudo alzado contra un ataque. Una elegante ceja se elevó en desafío. —Qué dramático.

—No —dijo Lucian, con voz tan serena como aguas tranquilas—. Meramente lógico. Como no tienes memoria, debemos confiar en las evidencias.

—¿Y la evidencia sugiere que alguien intentó estrangularme? —La luz de la lámpara captó los ángulos de su rostro, transformando la belleza en algo casi severo. La burla entró en sus ojos, aunque no logró enmascarar del todo las sombras que acechaban en sus profundidades—. Qué conclusión tan perfectamente gótica. La pobre heroína, huyendo de algún villano sombrío que quería hacerle daño. —Hizo una pausa, con el desafío luchando contra algo más oscuro en su expresión—. ¿O quizás soy yo la villana de esta obra?

Lucian pensó en aquellos moretones, recordó el miedo crudo que había vislumbrado en sus ojos. —No, no creo eso.

—Pero —dijo ella, con la voz llevando un tono quebradizo—, quizás escapé de un destino bien merecido. Quizás deberías temerme.

—No le temo a las mujeres.

—No, no lo harías. —Su tono sugería que esto no era del todo un cumplido.

Sorprendentemente, su aguda evaluación le arrancó una risa, el sonido calentando el espacio entre ellos como el brandy después de un largo y frío paseo. Algo en su expresión de respuesta—una mezcla de cautela y diversión involuntaria—hizo que su pecho se apretara de una manera

que eligió no examinar demasiado de cerca. —No empecemos con eso de nuevo. Harrison dice que el descanso es lo que más necesitas.

Ella bajó la mirada, estudiando los intrincados patrones de la alfombra. —¿Y qué dijo sobre cuándo podría recuperar mi memoria?

—No lo sabe. —Lucian la observó cuidadosamente—. Por lo tanto, señora, le ofrezco mi hogar.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron, el momento estirándose como seda sobre el filo de una espada. Lucian apartó la vista primero, dirigiéndose hacia la puerta. Se detuvo sin volverse. —Sea dramático o no, no daré a conocer tu presencia aquí a menos que lo desees. Si lo haces, haré averiguaciones.

Cuando finalmente volvió a mirarla, ella estaba de pie con la cabeza inclinada, el cabello oscuro cayendo hacia adelante para velar su expresión. —No —susurró—. No, no lo deseo. Si pudieras soportar mi presencia, yo... te estaría agradecida.

El uso de la palabra "soportar" por parte del doctor le impactó. ¿Cómo podría cualquier hombre considerar su presencia una carga? Incluso en camisón, con el cabello secándose en ondas salvajes y los pies descalzos sobre su alfombra turca, se comportaba con una elegancia innata que hablaba de salones de baile y candelabros de cristal. Cada movimiento, cada palabra cuidadosamente elegida, sugería no solo crianza sino confianza—el inconfundible aire de una mujer acostumbrada a la admiración y la deferencia. Sin embargo, aquí estaba, despojada de títulos y sedas, buscando refugio en su remota finca de Yorkshire, su garganta llevando las marcas de la violencia.

¿Qué clase de mujer, pensó, huye de la seguridad de la civilización hacia los parajes salvajes de Yorkshire? Pero ya conocía la respuesta: el tipo de mujer que tiene algo mucho más peligroso que la naturaleza salvaje a sus espaldas.

Capítulo 4

El crepúsculo de Yorkshire presionaba contra las ventanas de Thorncliff Manor, y cada rincón que se oscurecía le recordaba a Lizzie aquella otra habitación donde todo había salido tan terriblemente mal. El sonido del bronce golpeando el cráneo, la terrible quietud que siguió... el recuerdo se aferraba a ella como el camisón prestado que señalaba su estado de dependencia. No podía permitirse antagonizar a su anfitrión involuntario, no cuando el descubrimiento significaba la horca, pero algo sobre su confinamiento hacía que su mente volviera a ese momento fatal en la biblioteca de Mordaunt.

La frustración la atormentaba mientras recorría su habitación prestada, cada vuelta marcando otra hora de docilidad forzada. El persistente gruñido de su estómago subrayaba la indignidad de su situación, mientras el camisón de Lucian susurraba contra la alfombra turca como un recordatorio constante de su dependencia.

El día había comenzado de manera inocente. Después de dormir más tarde de lo habitual —sus sueños aún resonando con el recuerdo de manos violentas en su garganta— había aceptado la escasa ofrenda de tostadas y té de la señora Pippins. Pero a medida que la mañana se extendía hacia la tarde, su prisión dorada se revelaba con devastadora claridad.

—Tomaré el almuerzo con su Señoría a la hora señalada —informó a la señora Pippins, invocando el tono preciso de mando que alguna vez había gobernado los salones de Londres. Los patrones familiares de la vida aristocrática se sentían ahora como una máscara, pero una que necesitaba desesperadamente—. Y me encuentro en necesidad de vestimenta adecuada. Seguramente Thorncliff Manor debe poseer algunas prendas apropiadas, ¿no es así?

La petición era tanto razonable como necesaria —ninguna dama podía mantener la dignidad con nada más que un camisón prestado, cuya íntima conexión con Lord Thorncliff creaba una

conciencia que se negaba a reconocer—. Sin embargo, la señora Pippins había reaccionado como si Lizzie hubiera sugerido invitar a Bonaparte a tomar el té.

—¿Desea tomar el almuerzo con Lord Thorncliff? —Las cintas del gorro de la ama de llaves temblaron con ansiedad apenas contenida.

—Por supuesto —Lizzie permitió que un toque de sorpresa coloreara su tono—. Creo que la compañía me hará bien. Y una vestimenta adecuada me haría sentir aún mejor.

—Yo... consultaré con su Señoría —había tartamudeado la señora Pippins antes de huir de la habitación.

La hora del almuerzo había llegado y pasado sin nada más que silencio y otro cuenco de caldo tibio. Cuando la interrogó, la señora Pippins tembló como una hoja en otoño.

—Su Señoría dice que debe descansar y seguir las órdenes del médico.

—¿Y acaso el médico también ordenó que siguiera en este estado de desnudez? —preguntó Lizzie con peligrosa dulzura, pero no recibió una respuesta satisfactoria.

A la hora del té, su paciencia se había desgastado hasta quedar más fina que el encaje. Otra petición fue respondida con un "su señoría está ocupado", otra promesa de ropa se evaporó como la niebla matutina. Incluso su intento de llamar al servicio reveló la naturaleza calculada de su confinamiento: no colgaba ningún cordón de campanilla en su habitación, esa pequeña ausencia hablaba mucho sobre su estatus aquí.

Ahora el crepúsculo pintaba los jardines de Thorncliff con sombras alargadas, cada rincón oscurecido era un recordatorio del peligro que acechaba más allá de estos muros. En algún lugar allá afuera, la casa de Mordaunt debía haber descubierto a su amo. Pronto, extenderían la noticia de su huida como un reguero de pólvora por el campo de Yorkshire. Sin embargo, aquí estaba ella, atrapada entre el terror y el tedio, sin tener adónde más acudir.

La señora Pippins apareció con otro cuenco de caldo para enfermos. Apenas eran las cinco, ninguna casa civilizada contemplaría la cena, pero el estómago de Lizzie se retorcía con un hambre que iba más allá del mero apetito. Esto era sobre el poder, sobre el control, sobre ser reducida a la impotencia con cada pequeña negación.

—¿Y supongo que su Señoría también cena caldo? —El hielo se cristalizaba bajo su voz suave como la seda.

—¡Por supuesto que no! —La señora Pippins parecía escandalizada—. Su Señoría tomará su cena como es debido a las seis.

—Eso es todo. —La despedida cayó de los labios de Lizzie como hielo, cada palabra cargada con la autoridad de una mujer que había dirigido casas mucho más grandes que la mansión

Thorncliff. Una autoridad que ahora se sentía como otra vida por completo, una en la que no conocía el peso de una estatua de bronce en sus manos, el sonido que hacía al conectar con carne y hueso.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que le habría provocado palpitaciones a la señora Pippins. Era una locura arriesgarse a antagonizar a su protector, pero algo en ella se negaba a ser intimidada de nuevo. Una vez se había sometido a las reglas arbitrarias de un lord, y esa sumisión había terminado en violencia y huida. Mejor arriesgarlo todo que volver a sentirse tan indefensa. Si Lord Descortés deseaba ignorar las convenciones propias de la hospitalidad, entonces quizás era hora de mostrarle cuán poco convencional podía ser una invitada.

Lizzie se detuvo en las sombras fuera del comedor, sus botas prestadas de repente se sentían más pesadas que el plomo. A través de la puerta abierta, podía ver a Lord Thorncliff en su inmaculada mesa, la luz de la lámpara dorando su perfil afilado mientras se sentaba en solitario esplendor. La escena frente a ella encarnaba todo lo referente al mundo cuidadosamente ordenado que estaba a punto de perturbar, tal como había perturbado los planes cuidadosamente trazados de otro lord, con consecuencias que aún atormentaban sus sueños.

Sus manos alisaron el frente de la chaqueta de montar robada, el fino paño caoba era tanto armadura como declaración de guerra. Había elegido cada pieza con deliberado cuidado: sus mejores botas (aunque resonaban ridículamente), sus pantalones más finos (enrollados varias veces en los tobillos) y su corbatín de seda crema (que había resistido todos sus intentos de acomodarlo adecuadamente). Todo el conjunto la hacía sentir poderosa y absurdamente vulnerable a la vez, una sensación que no mejoraba con el recuerdo del aroma de él que permanecía en la tela.

Respirando profundamente, hizo su entrada. El ritmo irregular de sus botas demasiado grandes anunciaba su llegada como un lacayo mal entrenado, pero mantuvo la cabeza en alto, canalizando cada onza de dignidad que había aprendido en los salones de baile de Londres. Que viera lo que su invitada "inválida" había hecho de sí misma. Que entendiera que no sería confinada tan fácilmente.

En el momento en que Lucian levantó la vista de su plato, el aire en la habitación pareció cambiar, espesarse con algo que se sentía peligrosamente como conciencia. Captó la dilatación de sus ojos, la leve separación de sus labios, y sintió un aleteo correspondiente en su pecho que nada tenía que ver con el miedo o el hambre. Esto no era parte de su plan.

La señora Pippins, que revoloteaba junto a su codo con la tetera de Wedgwood, se mostró menos compuesta. La tetera se deslizó de sus dedos temblorosos, estrellándose contra la caoba

con un sonido como el destino anunciando sus intenciones. El té caliente se derramó por la mesa y directamente en el regazo de Lucian.

—¡Rayos y centellas! —Se puso de pie de un salto, agarrando su servilleta.

—¡Rayos y centellas! —Lucian se puso de pie de un salto, agarrando su servilleta.

—Tsk, tsk —Las palabras salieron de los labios de Lizzie con practicada facilidad, aunque su corazón latía con fuerza por su propia audacia. ¿Cuántas veces había interpretado este papel en los salones de Londres, la dama perfectamente compuesta, dispensando suaves reproches? Pero entonces, había tenido el peso de la alta sociedad detrás de ella, no una camisa de dormir prestada y circunstancias desesperadas—. Qué lenguaje, milord. Estoy segura de que la señora Pippins no tuvo mala intención. ¿No es así, señora Pippins?

Aprovechando el caos —¿acaso el caos no se había convertido en su compañero constante estos últimos días?— Lizzie se acercó a la mesa. Cada paso resonante en sus botas enormes se sentía como una declaración de guerra, o quizás de independencia. Los rituales familiares de la cena de repente parecían tan precarios como su situación: el brillo de la plata, el mantel blanco inmaculado, el lugar cuidadosamente dispuesto para uno. Siempre para uno.

—Tal vez —sugirió, sorprendida por la firmeza de su propia voz—, ¿un nuevo lugar para su señoría? Y uno para mí, por supuesto. A menos que pretenda resolver el problema de mi presencia por medios más sutiles que la simple inanición.

Las palabras surgieron más mordaces de lo que había pretendido, pero el recuerdo de interminables horas de confinamiento sin otra compañía que el caldo de inválido había afilado su lengua. Además, había algo en la forma en que la miraba —a partes iguales entre indignación y fascinación involuntaria— que la hacía querer presionar más, para ver qué se escondía bajo ese control aristocrático tan cuidadosamente mantenido.

La angustia de la señora Pippins se manifestó en una serie de gorjeos cada vez más alarmados mientras revoloteaba entre el desastre en la mesa y la expresión tormentosa de su amo. Lizzie casi sintió lástima por la pobre mujer, atrapada entre la autoridad de su señor y este asalto sin precedentes a la conducta apropiada. Casi... pero un día entero siendo ignorada había endurecido su corazón ante las sensibilidades del ama de llaves.

Reclamó la silla a la derecha de Lucian con gracia deliberada, aunque las botas prestadas la hacían sentir como una niña jugando a ser adulta. La comparación le resultó demasiado cercana a la realidad. ¿No era eso exactamente lo que estaba haciendo? ¿Fingir normalidad mientras el asesinato y la persecución seguramente se agitaban más allá de estas paredes?

—Señora Pippins, deje de temblar, por favor —Lizzie oyó el eco de innumerables encuentros sociales en su voz—. ¿A cuántas debutantes nerviosas había calmado con ese mismo tono? ¿A cuántas anfitrionas ansiosas? Los patrones familiares de la vida aristocrática se sentían como un guion que podía interpretar incluso mientras su mundo se desmoronaba a su alrededor—. Estoy segura de que su señoría ha sufrido catástrofes peores que un servicio de cena arruinado —Captó la mirada de Lucian, sintiendo algo peligroso desplegarse en su pecho ante la tormenta que se gestaba en esos ojos grises—. Aunque quizás no llevando tanto encima.

La luz de las velas captó la humedad de su ropa de noche, atrayendo su atención hacia la amplia extensión de sus hombros, la elegante fuerza de sus manos mientras se secaba inútilmente la mancha que se extendía. Apartó la mirada a la fuerza. No podía permitirse notar tales cosas, no cuando su propia supervivencia dependía de mantener este delicado equilibrio entre desafío y encanto.

—Señora Pippins —logró decir Lucian entre dientes apretados, aún secándose los pantalones empapados—, traiga nuevos cubiertos, por favor.

La mirada del ama de llaves saltaba entre ellos como un gorrión buscando escapar de un halcón.

—¿Mi señor?

—Ya ha oído a su señoría —Lizzie dejó que la autoridad fluyera en su voz, de la misma manera que una vez había comandado un ejército de sirvientes en Ashworth House. El recuerdo le provocó una punzada aguda en el pecho. ¿Volvería a ver alguna vez esos salones familiares? ¿O su padre regresaría de sus viajes para encontrar a su única hija ahorcada por asesinato?—. Y tal vez algunos paños secos para la mesa. Odiaría ver que una caoba tan fina sufriera marcas de agua.

Ajustó uno de sus puños demasiado grandes con delicada precisión, el acto íntimo de llevar su ropa de repente abrumador en sus implicaciones. Su aroma aún se aferraba a la tela, algo amaderado y masculino que hizo que su pulso se saltara traidoramente. —Aunque supongo que si lo hace, siempre podrías cubrirlo con un mantel. Me han dicho que eso es lo que se hace en... ¿cómo lo llamaste? Ah, sí, un «hogar sencillo».

Las palabras eran un desafío, lo sabía —peligroso e imprudente, dada su precaria posición. Pero algo en su presencia la hacía temeraria, la hacía querer ir más allá de ese cuidadoso control, ver al hombre detrás del título. Como si entenderlo pudiera de alguna manera dar sentido al caos en que se había convertido su vida.

Algo peligroso destelló en los ojos grises de Lucian —reconocimiento, quizás, de que había encontrado su igual en esta particular batalla de voluntades. La luz de las velas captaba los ángulos de su rostro, arrojando sombras que transformaban sus rasgos aristocráticos en algo casi depredador. O tal vez eso era simplemente su conciencia culpable, viendo peligro en cada rincón desde aquel momento fatal en la biblioteca de Mordaunt.

—Pareces notablemente versada en la gestión del hogar para una mujer que afirma no recordar su propio nombre.

—¿Verdad? —Lizzie se permitió sonreír, aunque su corazón aleteaba como un pájaro enjaulado. Cada palabra era un paso más cerca del descubrimiento, cada intercambio una danza al filo de la navaja. La expresión debió lograr el efecto deseado, pues observó cómo el color subía por su garganta—. Qué fascinante. Aunque supongo que algunos conocimientos están demasiado arraigados para olvidarlos —como anudar una corbata, aunque admito que esa habilidad en particular parece habérseme escapado. —Tocó el arreglo algo torcido en su garganta, la seda cálida por su piel, por su propiedad. La intimidad de llevar su ropa de repente se sintió menos como un desafío y más como algo mucho más peligroso—. ¿Te gustaría ofrecer instrucción?

En el momento en que la invitación salió de sus labios, quiso retirarla. ¿Qué estaba haciendo, jugando estos juegos de salón cuando su propia vida podría depender de mantener la distancia? Y sin embargo, algo en él la hacía querer olvidar —olvidar el horror que la trajo aquí, olvidar la naturaleza precaria de su santuario, olvidar todo excepto la forma en que sus ojos se oscurecían cuando lo desafiaba.

—Preferiría —dijo él cuidadosamente, cada palabra medida como si él también sintiera el peso de algo cambiando entre ellos—, saber cómo llegaste a usar mi ropa en primer lugar.

—Oh, eso fue bastante simple. Tu vestidor tiene un cordón de campana perfectamente funcional, a diferencia de mi habitación. —Forzó ligereza en su tono, luchando contra el recuerdo de ese primer momento en su espacio privado —cómo el sutil aroma de él la había rodeado, haciendo temblar sus manos mientras seleccionaba cada prenda—. Aunque debo decir, tu gusto en chalecos es notablemente sobrio para un hombre de tu posición. Todos esos marrones y grises... uno podría pensar que estás de luto por el color mismo.

La pulla fue deliberada, un intento de llevarlos de vuelta a aguas más seguras. Mejor jugar a ser la invitada impertinente que dejarle ver cómo le afectaba su proximidad. Mejor arriesgarse a su irritación que a su perspicacia. Había aprendido por las malas con Mordaunt que la percepción de un hombre podía ser algo peligroso.

Cuando la señora Pippins finalmente retiró la porcelana arruinada, Lucian estudió a su inesperada invitada con creciente inquietud. Había algo en la manera en que ella alcanzaba los platos cubiertos —una mezcla de hambre desesperada y gracia innata que hablaba de contradicciones.

Las licorerías de cristal atrapaban la luz de las lámparas como estrellas cautivas, sus prismas danzando sobre la mesa de caoba entre ellos. Lucian observó a su invitada no invitada alcanzar un plato cubierto, notando cómo sus dedos —a pesar de su evidente temblor— se movían con la gracia segura de una larga práctica.

—Supongo —dijo ella, levantando la tapa de plata con deliberada precisión— que no habrás pasado muchos días subsistiendo a base de tostadas y sopa tibia, ¿verdad, milord?

El vapor se elevó del asado debajo, llevando consigo el rico aroma de romero y ajo. Su inhalación fue casi imperceptible, pero removió algo inesperado en el pecho de él.

—El doctor... —comenzó él.

—Ah sí, las órdenes del buen doctor. —Sus labios se curvaron en una sonrisa que no contenía calidez—. Dime, ¿también prescribió la falta de vestimenta adecuada? ¿O esa innovación en particular fue tuya?

La culpa le pinchó, aunque preferiría enfrentarse a un pelotón de fusilamiento antes que admitirlo. —La mayoría de los inválidos —dijo cuidadosamente— no suelen hacer demandas sobre el guardarropa de su anfitrión.

—La mayoría de los anfitriones —contrarrestó ella, seleccionando un trozo de pan con la atención delicada de un joyero eligiendo diamantes— raramente ignoran peticiones directas de necesidades básicas. Aunque quizás esa sea simplemente otra encantadora costumbre de tu "hogar sencillo".

El tono de burla en su voz le puso los dientes de punta. —Pareces notablemente versada en la gestión del hogar para alguien que afirma no recordar su propio nombre.

—¿No es así? —Aquellos ojos de tormenta marina se encontraron con los suyos a través de la luz de las velas—. Qué fascinante. Casi se podría pensar que el comportamiento apropiado es algo arraigado más que recordado. Al igual que saber qué tenedor usar, o cómo no hacer pasar hambre a los invitados.

—Yo no...

—¿Hacerte pasar hambre? No, ciertamente. Simplemente sugeriste que subsistiera con caldo de inválidos mientras tú cenas... —Hizo un alarde de examinar el contenido de otro plato cubierto —. Ah, sí. Faisán asado. Qué... sencillo de tu parte.

La forma en que ella le devolvía sus propias palabras con tal precisión le hacía querer o bien sacudirla o... La alternativa no merecía ser considerada.

—Tu cocinera, al menos, parece entender la hospitalidad adecuada —continuó ella, blandiendo su tenedor como un estoque—. Aunque quizás simplemente no ha recibido órdenes en contrario. ¿Debería esperar gachas mañana, milord? ¿O bastará con tostadas y agua?

La luz de las velas captó la elegante línea de su garganta cuando alcanzó su copa de vino, el pañuelo prestado se movió lo suficiente para revelar una sombra de los moretones que él había examinado antes. La visión de estos lo golpeó como un impacto físico, apagando su creciente irritación. Alguien había intentado silenciar esa lengua afilada con violencia, y aquí estaba él, entreteniendo pensamientos similares, aunque solo fuera en broma.

—Te estás pasando de la raya —logró decir, aunque las palabras surgieron menos severas de lo que pretendía.

Ella inclinó la cabeza, estudiándolo con esos malditos ojos que parecían ver demasiado.

—¿Ah, sí? Yo más bien pensaba que no había ido lo suficientemente lejos. ¿Deberíamos discutir las otras encantadoras costumbres de tu casa? ¿La sordera selectiva de tu personal cuando los invitados hacen peticiones razonables? ¿La misteriosa ausencia de cordones de campana en ciertas habitaciones? O quizás... —Sus labios se curvaron en una sonrisa que prometía problemas—. Quizás podríamos explorar tus fascinantes puntos de vista sobre el comportamiento apropiado y las expectativas sociales. Estoy segura de que tienes muchas ideas sobre cómo deberían comportarse las damas.

El recuerdo de esos moretones luchaba contra su creciente frustración. Maldita mujer, ¿cómo lograba hacerlo sentir simultáneamente protector y asesino?

—No creo haber pedido tu opinión sobre la gestión de mi casa.

—No, ciertamente. No pareces pedir mucho de nada, ¿verdad? Excepto, por supuesto, caldo para inválidos —seleccionó otro trozo de pan con exagerado cuidado—. Aunque supongo que eso es de esperar de alguien tan dedicado a... ¿cómo era? Ah, sí, "administrar tu finca y planificar su futuro". Dime, ¿este futuro incluye mantener a todos tus invitados en camisones, o soy simplemente especial?

—No creo —dijo Lucian, bajando su voz a ese tono peligrosamente tranquilo que debería haberla advertido de retroceder— que mis planes futuros sean de tu incumbencia.

—¿No? —Lizzie sabía que debía detenerse, sabía que estaba yendo demasiado lejos, pero algo en su control cuidadosamente mantenido la hacía querer destrozarlo. Quizás era el recuerdo del control de otro hombre, de decisiones tomadas por ella, de manos en su garganta cuando se

atrevía a desafiarlos—. ¿Pero seguramente tu futura novia debería ser advertida de lo que le espera? ¿La hospitalidad selectiva, las reglas rígidas, las cuidadosas restricciones impuestas a cada uno de sus movimientos?

Sus dedos se tensaron alrededor de la copa de vino, y ella observó los tendones sobresalir en su muñeca. La luz de las velas proyectaba sus rasgos en un fuerte relieve, transformando la reserva aristocrática en algo casi depredador. Por un momento, su corazón titubeó, no precisamente con miedo, sino con el reconocimiento de un poder apenas contenido.

—¿Qué sabrías tú de restricciones? —preguntó él, cada palabra precisa como cristal tallado—. Tú, que invadiste mi hogar, te apropiaste de mi ropa, y ahora estás aquí sentada criticando mi casa como si tuvieras algún derecho...

—¿Derecho? —La palabra escapó de ella como el vapor de una tetera que ha hervido demasiado tiempo—. ¿Deberíamos hablar de derechos, mi lord? ¿El derecho a la cortesía básica? ¿A vestir apropiadamente? ¿A ser tratada como algo más que una carga inconveniente para ser escondida y alimentada con caldo hasta que uno se recupere o desaparezca convenientemente?

Su mirada se posó en su garganta, donde el pañuelo prestado se había deslizado de nuevo, revelando la evidencia de la crueldad de otro hombre. Algo parpadeó en su expresión —quizás arrepentimiento o comprensión— pero ella estaba demasiado lejos para detenerse ahora.

—O quizás —continuó, temeraria como una polilla atraída por la llama—, preferiría discutir qué clase de hombre actúa como anfitrión de una mujer que cree que podría ser cualquier cosa, desde una fregona hasta una asesina. ¿Qué dice eso de sus tan alabados principios, mi lord?

El silencio que siguió se sintió como el momento antes de que caiga un rayo. Cuando él se puso de pie, el movimiento contenía tal violencia controlada que ella se encontró agradecida por la mesa que los separaba. Sin embargo, incluso mientras su pulso se aceleraba, alguna parte loca de ella se emocionaba al ver que esa perfecta compostura finalmente se quebraba.

—Permítame ser claro, señora —dijo él, con una voz que llevaba el frío del invierno de Yorkshire—. Mi casa, mis planes futuros y mis opiniones sobre el comportamiento adecuado no son temas abiertos para su entretenimiento. Puede servirse lo que quede de la cena, pero me temo que mi propio apetito se ha esfumado por completo.

Salió de la habitación como una tormenta que se aproxima, dejando solo el aroma persistente de su colonia y el eco de una furia contenida a su paso. Lizzie miró fijamente el festín frente a ella, su hambre anterior reemplazada por un dolor hueco que no tenía nada que ver con la comida. Había ganado esta batalla, quizás, pero ¿a qué costo? Los moretones en su garganta

parecían palpitar como un recordatorio: no tenía a dónde más ir, nadie más a quien recurrir. Y acababa de antagonizar completamente al único hombre que se interponía entre ella y el desastre.

La comida en su plato de repente parecía menos apetitosa que el caldo de inválido que había despreciado.

Capítulo 5

La campana sobre la puerta de la tienda de la señora Wraxton resonó como el destino, anunciando sus intenciones cuando Lord Thorncliff agachó su alta figura para entrar. El pequeño establecimiento de la costurera, fragante a lavanda y al susurro de la seda contra la muselina, pareció encogerse ante su imponente presencia. Las cintas temblaron en sus carretes, y un trozo de encaje delicado se agitó como si contuviera la respiración.

—¡Mi Lord Thorncliff! —El corazón de la señora Wraxton ejecutó un elaborado paso de baile, normalmente reservado para Almack's, al contemplar al conde en su humilde dominio. Después de años de admirar su figura desde lejos —especialmente cuando pasaba frente a su tienda con ese bien cortado abrigo de montar—, ahí estaba él entre sus rollos de tela y maniquíes, tan cómodo como un lobo en un palomar.

—Sí, señora Wraxton. —Sus ojos gris tormenta recorrieron la tienda con la misma cautela que Napoleón podría haber mostrado al examinar Waterloo. Los músculos de su mandíbula se tensaron como si contemplara la retirada.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Ella le dirigió su sonrisa más alentadora, la que normalmente reservaba para las novias nerviosas que seleccionaban su ajuar de boda. Era evidente que el gran conde deseaba estar en cualquier otro lugar, preferiblemente en algún sitio que involucrara caballos o caza en lugar de frivolidades femeninas.

—Sí, puede. —Su ceño se profundizó como nubes de tormenta acumulándose—. Necesito un vestido... o vestidos.

—¿Usted? —La esperanza floreció en el pecho de la señora Wraxton como flores primaverales despertando.

—Sí, un vestido —asintió con la sombría determinación de un hombre enfrentando la guillotina—. ¿Puede proporcionarme uno?

—Por supuesto.

—Bien. —Su alivio era palpable—. Simplemente envuélvalo.

El orgullo profesional de la señora Wraxton se erizó bajo sus aspiraciones románticas.

—Pero... ¿qué tipo de vestido?

—¿Acaso importa? —Aquellas cejas aristocráticas se juntaron como nubes de tormenta acumulándose sobre los páramos de Yorkshire—. Cualquier cosa será mejor que verla usando mi ropa.

—¿Qué? —La palabra escapó de la señora Wraxton como una paloma asustada alzando el vuelo. Seguramente había oído mal. ¿El Conde de Thorncliff, ese paradigma del comportamiento apropiado, tenía a una mujer vistiendo su ropa?

—Quise decir... —Un rubor le subió por el cuello por encima de su corbatín perfectamente anudado—. Quise decir la ropa que le di. Sí, eso es lo que quise decir.

El corazón de la señora Wraxton ejecutó otra elaborada cuadrilla. ¡El conde había comprado ropa para una mujer! Su ojo experto recorrió la amplitud de sus hombros, el porte aristocrático de sus facciones. Qué desperdicio, realmente, dejar que semejante ejemplar de hombre permaneciera soltero.

—¿Y quién podría ser "ella"? —Ajustó un rollo de muselina cercano con estudiada naturalidad.

—Ella es... —Su vacilación hablaba por sí sola, cada palabra no pronunciada resonando en la pequeña tienda como una promesa—. Es mi prima.

—Ya veo. —La señora Wraxton se permitió una sonrisa tan delicada como su encaje más fino —. ¿Y qué talla tiene su prima?

—Diría que es aproximadamente media cabeza más baja que yo.

Las aspiraciones románticas de la costurera se marchitaron como flores en la escarcha. Por supuesto, tal altura debía ser de familia. Aun así...—¿Y es ella...? —Reunió valor contra su expresión tormentosa—. ¿Conoce... conoce su talla?

—Acabo de decírselo...

—No —la dignidad profesional de la señora Wraxton superó su temor—. Me refiero a si es delgada.

Algo cruzó por el rostro de Lucian, tal vez un recuerdo o alguna emoción que la señora Wraxton no pudo identificar del todo—. A fe mía que no. Ciertamente no es un peso pluma.

—Ya veo. —Un ceño fruncido arrugó su frente como un dobladillo mal planchado—. ¿No puede darme más especificaciones?

—Muy bien. —Su rostro se ensombreció hasta igualar el gris tormentoso de sus ojos—. Es llena. —Sus manos abarcaron un tamaño generoso—. Su cintura... tiene una cintura definida. —Sus manos se curvaron hacia dentro—. Y sus caderas... eh, la parte inferior... —Sus manos se movieron hacia fuera—. Llena de nuevo.

—Ya veo. —Los labios de la señora Wraxton se apretaron como una costura mal prendida. Tal figura, la que describía el conde, era de las que llenaban los vestidos de seda de maneras que hacían que los hombres olvidaran su cuidadosamente mantenida propiedad. No era de extrañar que el pobre hombre pareciera tan desesperadamente incómodo entre la delicadeza femenina de su tienda—. Bien, entonces, déjeme buscar algunos patrones. Tal figura requiere ciertas... modas.

—¿Libro de patrones? —El ceño de Lucian podría haber marchitado su mejor seda francesa—. No, necesito un vestido para ella ahora. En este mismo instante. El día está a medias y Dios sabe qué estará vistiendo.

Las implicaciones de esa declaración quedaron suspendidas en el aire como un perfume, demasiado embriagador para ignorarlo—. Oh... ya veo. —La señora Wraxton parpadeó, luego sacudió la cabeza—. Lo siento, milord, no creo tener ningún vestido ya confeccionado para su... prima.

La miró con una intensidad que sugería que prefería enfrentarse a todo el ejército de Napoleón antes que pasar otro momento discutiendo medidas femeninas.

—Debe tenerlo. Me niego a que ella tome mi... —Se contuvo, un músculo trabajando en su mandíbula—. Debe tener uno.

—Pero mi lord —la señora Wraxton se irguió como un general defendiendo su territorio—, el tamaño que describe es poco común.

—No me importa si es poco común —la voz de Lucian llevaba el peso de generaciones de mando aristocrático—. Esto es una tienda de vestidos, y usted debería tener un vestido para ella.

—¡Mi lord! —La indignación luchaba contra la propiedad en el pecho de la señora Wraxton. No había mantenido el mejor establecimiento de confección de Yorkshire guardando vestidos ya hechos para misteriosas mujeres de impresionantes proporciones que aparentemente tomaban prestada la ropa de los caballeros.

—Señora Wraxton —su expresión sugería que estaba reconsiderando cada elección de vida que lo había llevado a este momento.

La lucha abandonó a la mujer como el aire de un cojín mal relleno.

—Veré qué puedo hacer.

***

Lizzie retrocedió para examinar su obra, la satisfacción calentando su pecho a pesar de su atuendo prestado. El salón se había transformado bajo su cuidadosa atención, cada mueble ahora dispuesto para invitar a la conversación en lugar de desalentarla. Algo en la tarea —tan ordinaria, tan doméstica— había calmado el miedo constante que perseguía sus pasos. Por un momento, casi podía fingir que esta era su casa, que tenía derecho a estar aquí, mejorando esta hermosa pero descuidada habitación.

El sillón de orejas junto a la chimenea requería un último ajuste. Mientras se inclinaba para moverlo, el puño de la camisa de Lucian se deslizó sobre su muñeca, llevando su aroma —sándalo y cuero, privilegio y poder. La intimidad de llevar su ropa aún la inquietaba, pero había hecho posible el trabajo de la mañana. Ningún vestido de dama habría sobrevivido a tales esfuerzos físicos. Se rio. La Incomparable Lady Elizabeth Ashworth, reducida a ropa de hombre y trabajo manual. Y sin embargo... había algo extrañamente liberador en todo ello.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

La voz de Lucian irrumpió en su satisfacción como un trueno en un cielo de verano. Se enderezó después de ajustar el sillón, recordando demasiado tarde la imagen que debía presentar —trasero en el aire, su propia ropa estirada sobre su decididamente femenina figura. El calor subió por su cuello mientras se giraba para enfrentarlo.

Él estaba enmarcado en la puerta como un ángel vengador, un paquete apretado en sus grandes manos, su expresión atrapada entre la indignación y algo más —algo que hizo que su pulso se acelerara traidoramente.

—Hola, mi lord. ¿Le gusta?

—¿Que si me gusta? —El músculo de su mandíbula se tensó mientras su mirada recorría la habitación transformada, sus ojos gris tormenta oscureciéndose como nubes de tormenta que se acumulan. Su figura alta parecía llenar el umbral, los hombros rígidos bajo su abrigo perfectamente confeccionado, una mano apretada alrededor del paquete mientras la otra agarraba el marco de la puerta como para evitar... ¿qué? ¿Sacudirla? ¿Huir? La luz de la mañana iluminaba los rasgos aristocráticos de su rostro, resaltando su ceño fruncido. Cada línea de su cuerpo hablaba de un hombre poco acostumbrado a que su mundo cuidadosamente ordenado fuera perturbado. —¡No, no me gusta!

—He trabajado en ello toda la mañana —dijo Lizzie, con voz firme a pesar de cómo su corazón revoloteaba bajo esa mirada tormentosa. La camisa prestada de repente se sentía demasiado íntima contra su piel, un recordatorio constante de su precaria situación—. Y con buen efecto, pensé.

—Has trabajado... —Las palabras de Lucian murieron en su garganta al captar el alcance completo de lo que ella había hecho. La sala de estar, antes dispuesta con la geografía descuidada del dominio de un soltero, ahora invitaba a una conversación íntima. Peor aún, podía imaginarlo con demasiada claridad: damas tomando el té, risas suaves flotando a través de las ventanas abiertas, vida y calidez donde él había cultivado una cuidadosa soledad. Sus defensas cuidadosamente mantenidas parecían desmoronarse con cada mueble reposicionado. —En el futuro, desearía que no te ocuparas de arreglar mi sala de estar.

—Pero necesitaba ser arreglada —replicó Lizzie, levantando la barbilla de esa manera que hacía que sus dedos ansiaran trazar su línea orgullosa—. Los muebles son hermosos, pero la forma en que los tenías dispuestos era antinatural y no propicia para una conversación civilizada.

—Quizás no me gusta la conversación civilizada —dijo él, entrando en la habitación como un tigre enjaulado. El paquete en sus manos —ese horrible vestido de la señora Wraxton— parecía burlarse de sus intentos de provisión adecuada. Incluso su esfuerzo por vestirla apropiadamente se había convertido en algo que probablemente ofendería en lugar de complacer.

—Eso sí que puedo creerlo —dijo Lizzie, con una sonrisa jugueteando en las comisuras de su boca que hacía cosas peligrosas a su compostura—. De hecho, me pregunto si te importa algún tipo de interacción social, pues el sofá estaba en una pared y la otra silla en la otra. ¿Tus visitantes se enzarzan en concursos de gritos o simplemente recurren a las señas?

—Y en cuanto a tus sirvientes obligados a servir el té —continuó Lizzie, animándose con el tema mientras señalaba los muebles recién dispuestos. Algo en su expresión tormentosa la hacía querer presionar más fuerte, quebrar ese control cuidadoso—. Deben sufrir muchos pasos. Anoche dijiste que esta era una casa de trabajo, y ahora veo por qué. Has dispuesto los muebles para que sean un laberinto absoluto.

—¡Maldita mujer! —La imprecación explotó de él como un disparo, sus ojos grises destellando un fuego peligroso. El paquete se arrugó ligeramente en su agarre, recordándole su fallido intento de provisión adecuada—. ¡No me importa! ¡Estaba arreglado como a mí me gustaba, y no puedo creer que te atrevieras a cambiarlo!

Lizzie se puso rígida ante su tono, pero algo en su indignación —tan desproporcionada al crimen de reacomodar los muebles— le pareció absurdamente divertido. Ahí estaba ella, con su ropa prestada, habiendo pasado la mañana intentando poner orden en su caos, solo para ser regañada como una niña traviesa. La risa se le escapó antes de que pudiera contenerla, rica y cálida en la habitación iluminada por el sol.

—No necesita enfadarse tanto, mi lord. Actúa como si hubiera entrado en su biblioteca o estudio y lo hubiera reorganizado.

—¡Dios mío! —Sus manos se crisparon a los costados como si se estuviera conteniendo físicamente—. Si hubieras hecho tal cosa...

—¡No lo hice! —Levantó las manos en fingida rendición, tratando de no notar cómo su corbatín se había torcido ligeramente en su agitación, o cómo la luz de la mañana arrancaba destellos dorados de su cabello—. Sé muy bien que no debo tocar la santidad de la biblioteca o el estudio de un hombre. Así como también sé que nunca se me ocurriría conducir su ganado. Eso sería ir demasiado lejos, y le aseguro que conozco la distinción.

—Lo dudo —dijo él, su voz bajando a ese registro peligroso que parecía diseñado para hacer que su pulso se acelerara—. Lo dudo mucho.

—Vamos, vamos —dijo Lizzie, con la diversión luchando contra la exasperación mientras veía el color subir por su cuello. Algo en ver al controlado conde tan descompuesto avivó un calor peligroso en su pecho—. Simplemente está alterado porque cambié algo. Ustedes los hombres no pueden soportar los cambios repentinos. Dirigen el mundo, pero dejen que una cosa se altere en su entorno sin previo aviso, y se vuelven positivamente desquiciados.

—No estoy desquiciado —gruñó Lucian entre dientes apretados, aunque la forma en que sus dedos trabajaban el paquete en sus manos sugería lo contrario.

—Vamos, Lucian...

Se puso rígido como si lo hubieran golpeado. —¿Cómo dice?

—Ciertamente —sonrió ella, disfrutando de la forma en que sus ojos se oscurecían ante su impertinencia—. Tengo debilidad por los hombres que me suplican.

—No le he dado permiso para llamarme por mi nombre —su voz llevaba escarcha, aunque algo más cálido parpadeó en su expresión.

Sin previo aviso, avanzó a grandes zancadas y dejó caer el paquete en su regazo. La repentina proximidad trajo su aroma —sándalo y cuero, la misma esencia que se aferraba a la ropa que ella llevaba. Su respiración se atascó traidoramente en su garganta.

—Aquí tiene —dijo con brusquedad—. Esto es para usted.

—¿Para mí? —Miró el paquete, de repente consciente del esfuerzo que debió haberle costado visitar a la modista—. Qué amable. Un regalo.

—Es un vestido —se retiró a su silla como si buscara terreno más seguro.

Sus ansiosos dedos se congelaron al desvelar la prenda. La tela se sentía áspera bajo su tacto, su color verde fangoso era un insulto a la naturaleza misma. Al sostenerlo, las filas de ganchos y

presillas en la espalda parecían burlarse de cualquier esperanza de independencia; necesitaría ayuda para ponerse esta monstruosidad.

—¡Por Dios! —la palabra escapó de ella como una plegaria mientras miraba fijamente el vestido. Sus dedos trazaron las costuras toscas, cada burda costura un recordatorio de sus desesperadas circunstancias. Se habían ido los días de seda y fina muselina, de vestidos que susurraban riqueza y buena cuna. Esto... esto era la prenda de una mujer sin opciones.

—Era el único vestido que la señora Wraxton tenía disponible —dijo Lucian, con la voz tensa por lo que podría haber sido vergüenza. Se había enfrentado a la mortificación de visitar a la modista, solo para regresar con esto—. Dijo que su talla es poco común.

—No tan poco común como este vestido —Lizzie lo dejó caer en su regazo, un charco de desesperación verde fangoso.

—Tendrá que servir —dijo él, aunque algo en su expresión sugería que sabía exactamente cuán inadecuado era.

—Para trapos, sin duda —apartó el vestido como si pudiera morderla—. No puedo ponerme esto.

—Sí, puedes —su mandíbula se tensó con una terquedad familiar—, y lo harás.

—No —su buen humor se evaporó como la niebla de la mañana—. Llevaré tu ropa hasta que encontremos algo más adecuado. Al menos son de diseño y material decentes.

El color inundó sus mejillas mientras su mirada recorría el atuendo actual de ella: su propia camisa y pantalones moldeados a curvas para las que nunca fueron destinados—. No lo harás. Pareces una marimacho o una gitana de campamento.

Las palabras la golpearon como un golpe físico. Lizzie contuvo el aliento, recordando otros tiempos, otras habitaciones donde la habían llamado La Incomparable. Ahora estaba ante él con ropa prestada, su cabello alborotado por el trabajo manual, tan lejos de aquella refinada dama de sociedad como la luna del sol.

—Y ya que estás en ello —añadió él—, intenta hacer algo con tu pelo.

—¿Qué? —Lizzie jadeó, su mano volando a su enredado cabello. El recuerdo de sus cuidadosamente peinados estilos londinenses la burlaba ahora. Una vez, las doncellas habían pasado horas arreglando sus oscuras ondas según la última moda. Ahora estaba ante él como una criatura salvaje—. ¿Mi pelo?

—Sí, está tan salvaje como la crin de un caballo —dijo Lucian, aunque su mirada se detuvo en la forma en que caía más allá de sus hombros—. Está claro que cuando perdiste la memoria, perdiste también tu modestia. Te pondrás ese vestido y te arreglarás para parecer una dama.

—¿Para parecer una dama? —El calor invadió sus mejillas, la ira y algo más profundo haciendo temblar su voz—. Usted, señor, claramente no sabe cómo debe lucir una dama, porque ninguna dama jamás sería vista muerta en ese vestido.

—Ni con mi ropa —replicó él, levantándose de su silla como una tormenta que cobra fuerza—. Ahora, o usa ese vestido o no recibirá una comida más bajo este techo. Me aseguraré de ello. Y a diferencia de usted, señora, mis sirvientes me escuchan.

La boca de Lizzie se abrió de golpe, el shock luchando con un extraño dolor ante su amenaza. Incluso Mordaunt, con toda su crueldad, nunca había amenazado con matarla de hambre para someterla.

—No lo haría.

—Por supuesto que sí lo haría —su voz llevaba el peso de generaciones de mando aristocrático —. Puede usar el vestido o morirse de hambre.

—¡Imposible! —Se puso de pie de un salto, acercándolos repentina y peligrosamente.

—No —su aliento agitó el cabello salvaje de ella mientras se cernía sobre ella—. No es imposible. De hecho, es muy simple.

Lizzie se mantuvo firme, aunque su corazón retumbaba contra sus costillas, agudamente consciente de cómo él se alzaba sobre ella, de cómo su camisa prestada llevaba su aroma envuelto a su alrededor como una segunda piel.

—No toleraré esto. ¡Usted es prepotente y autoritario!

—Si no le gusta —su voz bajó a ese terciopelo peligroso que parecía diseñado para deshacer su compostura—, puede irse.

—¡Ciertamente lo haré! —Las palabras surgieron valientes y frágiles como el vidrio hilado—. Me niego a vivir con un tirano como usted.

—Y yo me niego a que ande desfilando con mi ropa y organizando mi casa como si fuera suya —algo brilló en sus ojos gris tormenta: frustración, ciertamente, pero debajo de ello algo que parecía peligrosamente como deseo.

Lizzie sintió que la sangre se le iba del rostro cuando la realidad la golpeó como una ola. ¿Irse? ¿Adónde iría? Todos los caminos desde Thorncliff llevaban al descubrimiento, a preguntas que no podía responder, a la horca que esperaba a una asesina.

Lucian debió haber leído el miedo en sus ojos, porque su expresión cambió, el triunfo luchando con algo más suave.

—Mejor el mal conocido que el desconocido.

Las palabras la golpearon como un golpe físico. ¿Él se consideraba el menor de los males? Si solo supiera qué oscuridad realmente acechaba sus pasos. Irguiéndose con cada onza de dignidad que pudo reunir, forzó su voz a mantenerse firme.

—Muy bien. Usaré el vestido. Si fuera tan amable de enviarme una doncella, veré si puedo hacer algo con él.

—No —su negativa cayó entre ellos como una cuchilla.

—¿No? —Sus ojos se agrandaron cuando la comprensión amaneció: esto sería tanto castigo como lección.

—No tengo una doncella extra a tu disposición —las palabras de Lucian cayeron como piedras en aguas tranquilas, cada ondulación revelando otra capa de su dependencia—. Tengo dos chicas que vienen a ayudar a la señora Pippins. Y están para asistirla a ella, no a ti.

Los dedos de Lizzie se crisparon en la tela áspera del vestido, cuyo feo verde ahora parecía menos ofensivo que esta última humillación.

—Creo, entonces, que moriré de hambre.

—Sé mi invitada —dijo él, aunque algo parpadeó en su expresión, tal vez arrepentimiento o preocupación rápidamente enmascarados.

—¿Invitada? —Una risa hueca escapó de su garganta—. Cautiva, quizás. O lacaya, incluso. ¿Pero invitada? ¡Jamás!

Él cruzó el espacio entre ellos en dos zancadas rápidas, arrebatándole el vestido de las manos con gracia letal. El roce de sus dedos contra los de ella envió un calor no deseado por sus venas.

Lizzie se lo quitó de un tirón.

—Gracias. Como dije, servirá excelentemente como trapos para el polvo.

—O tu vestido para la cena —dijo él.

Lizzie convocó cada onza de altivez que una vez la había convertido en la sensación de Londres, dirigiéndole su mirada más fulminante. Pero el efecto se vio algo estropeado por su conciencia del aroma de él rodeándola, de cómo su ropa prestada la marcaba tan a fondo como cualquier hierro. Sin decir otra palabra, se dio la vuelta y salió majestuosamente del salón.

Subió las escaleras con cuidadosa dignidad, aunque sus piernas temblaban bajo ella. Solo cuando llegó a su habitación la realidad se abatió sobre ella como una ola. Su cuarto vacío se burlaba de ella con sus superficies desnudas: sin maletas que hacer, sin posesiones que reunir, sin otra opción que permanecer a merced de un hombre que parecía decidido a despojarla de todo vestigio de su independencia.

El vestido horroroso yacía donde lo había arrojado, un charco de acusación verde fango sobre la alfombra turca. Se hundió en la silla, un cansancio profundo reemplazando su anterior desafío. El demonio tenía razón: mejor el mal conocido que el que esperaba más allá de las puertas de Thorncliff. Mejor este conde orgulloso y enloquecedor que la soga del verdugo.

Una sonrisa amarga curvó sus labios mientras contemplaba sus opciones: ponerse esta monstruosidad de la moda y someterse a las reglas de Lucian, o enfrentar un mundo que bien podría vestirla de luto, el suyo propio. ¿Cómo había llegado ella, otrora la incomparable Lady Elizabeth, a semejante final? Pero conocía la respuesta. Yacía en el recuerdo del bronce golpeando el cráneo, en el eco del último aliento de Mordaunt, en la huida desesperada que la había llevado a este extraño santuario donde incluso la ropa que llevaba puesta pertenecía a otro.

Capítulo 6

La luz de las velas temblaba contra la fina platería de Thorncliff, proyectando sombras danzantes sobre la silla vacía que parecía burlarse de la soledad de Lucian. El elaborado festín ante él —los mejores esfuerzos de reconciliación de su cocinero— solo enfatizaba el silencio hueco del comedor. Incluso la señora Pippins se movía como un fantasma mientras servía, su habitual energía nerviosa aplacada por la palpable tensión que se había asentado sobre la casa como la escarcha invernal.

—Gracias, señora Pippins —dijo él, sin que su voz transmitiera ninguna de la satisfacción que debería sentir por haber ganado esta batalla de voluntades. Los pastelillos de té que había encargado especialmente permanecían intactos en su delicado plato, sus superficies azucaradas brillando como lágrimas—. ¿Anne ha acudido a usted por algo hoy?

—No, mi señor —la señora Pippins retorcía su delantal entre sus dedos ansiosos—. Y... y he hecho como usted dijo. No... no le he servido nada.

Algo se retorció en su pecho ante la confirmación. La victoria, al parecer, sabía notablemente a cenizas.

—No se ha marchado, ¿verdad?

—No —la tranquilización de la señora Pippins llegó rápida, aunque su mirada se escabulló de la suya como un pájaro asustado—. La... la hemos vigilado.

Solo de nuevo, Lucian examinó la mesa cargada con creciente disgusto. La ira se agriaba en su estómago, aunque no podía decir si era por la terquedad de ella o por su propia respuesta desmedida. ¡Que el diablo se lleve a esa mujer! Lo había irritado a tal grado que había lanzado su ultimátum sin consideración —un error táctico que ahora lo hacía sentir menos el vencedor y más el villano.

El fuego en la chimenea del comedor proyectaba sombras inquietas sobre la silla vacía a su lado, cada parpadeo una acusación. Ella podría tildarlo de descortés y autoritario, pero no era, por Dios, un monstruo. Sin embargo, aquí estaba sentado, interpretando al mismo villano que ella había nombrado, mirando fijamente un plato vacío que debería haber contenido su cena.

Una maldición se elevó a sus labios pero murió allí, atrapada por el mismo orgullo que lo había llevado a esta locura. No podía dar marcha atrás —no cuando ella parecía decidida a poner su mundo cuidadosamente ordenado patas arriba. La transformación del salón aún lo perseguía, no por su mejora (que se negaba a reconocer), sino por lo fácilmente que ella había leído su aislamiento deliberado, su cuidadoso mantenimiento de la distancia a través de la mera disposición de los muebles.

Y luego estaba su ropa, drapeada sobre la figura de ella de formas que convertían sus camisas y pantalones prestados en instrumentos de tormento. Ese viejo diablo de Harrison había adivinado la situación con demasiada claridad. Tener a una mujer tan hermosa bajo su techo ya era una prueba suficiente, pero verla con sus propias prendas, donde tanto la línea como la forma estaban tan claramente definidas... era el puro infierno.

El recuerdo de ella en su abrigo de biblioteca, con el cabello oscuro cayendo salvaje y libre, hizo que su sangre se calentara traidoramente. No, si ella iba a permanecer en Thorncliff, debía vestirse apropiadamente, por su propia seguridad y por la cordura de él. También debía, sin discusión, aprender quién era el amo aquí —una batalla que no se atrevía a perder, aunque su elección de armas había sido nada menos que absurda.

Un susurro de movimiento atrajo su atención hacia la puerta. Su respiración se atascó como un puño en su garganta.

Lizzie estaba enmarcada en la entrada, una visión que habría provocado ataques de apoplejía a la señora Wraxton. El horrible vestido verde fango colgaba de sus hombros como una prenda de penitente, con el escote abierto de manera desigual mientras las faldas sugerían que se había encogido de un lado. Su glorioso cabello había sido sometido con lo que parecía ser... ¿una cinta blanca?

—Buenas noches, mi lord —su voz transmitía toda la gracia cultivada de una duquesa, haciendo que las evidentes deficiencias del vestido parecieran más una burla intencional que un fallo de la moda. Se movió hacia la mesa con pasos deliberados, cada balanceo desigual del dobladillo era una silenciosa rebelión.

Lucian se levantó automáticamente, años de cortesía arraigada luchando contra la repentina incapacidad de respirar adecuadamente. La luz de las velas captó reflejos cobrizos en su cabello

oscuro donde escapaba de su improvisada atadura, haciendo que la cinta de sábana pareciera más un emblema de resistencia que de derrota.

Ella maniobró para enfrentarlo completamente, el movimiento carecía de su habitual gracia fluida. Algo en su cuidadosa posición le pareció extraño —una cautela en su postura que hablaba de algo más que solo orgullo herido.

—Por favor, puede sentarse —dijo ella, inclinando la cabeza con una regia condescendencia que debería haber sido absurda dado su estado actual, pero de alguna manera no lo era.

Su ceja se alzó ante su presunción, incluso cuando algo cálido y peligroso se desplegaba en su pecho.

—Después de usted, señora.

Ella se deslizó hacia su silla con movimientos que le recordaron a una potranca asustada, toda ángulos cuidadosos y rígida precaución. El escote del vestido se abría alarmantemente con cada movimiento. La comprensión amaneció como un relámpago de verano —ella no había logrado abrochar los cierres correctamente.

Se estaba moviendo hacia ella sin pensarlo dos veces.

—¡Mi lord! —la alarma cruzó su rostro cuando él se acercó, sus manos levantándose defensivamente—. ¿Qué está haciendo?

—¿Podría ponerse de pie, por favor, Anne? —mantuvo su voz cuidadosamente neutral, aunque el impulso de sonreír tiraba traicioneramente de sus labios.

—No. No veo razón para hacerlo —un rubor manchó sus mejillas por encima del escote torcido—. Creo que se me ha mantenido alejada de mi cena por suficiente tiempo.

—Si no me deja arreglarlo —dijo él, luchando por mantener tanto la paciencia como la propiedad—, el vestido se le caerá mientras come.

Sus ojos, cuando se encontraron con los de él, contenían profundidades gélidas que habrían congelado a un hombre menor.

—¿Cómo dice?

—Levántese, por favor —la persuadió Lucian, bajando la voz a ese tono aterciopelado y peligroso que parecía diseñado para deshacer su compostura—. Ayer fueron sus mangas en la comida. No conviene que hoy sea toda su delantera la que siga el mismo camino. El objetivo era la modestia, ¿no es así?

Lizzie le lanzó una mirada que debería haberlo convertido en piedra, aunque el efecto quedó algo arruinado por la forma en que el vestido se deslizaba aún más de uno de sus hombros.

—Muy bien, mi lord —dijo ella, pronunciando cada sílaba con la precisión del cristal tallado. Se puso de pie y se giró, con la columna recta como la hoja de un estoque. El desastre de ganchos y presillas que se presentó ante él hablaba elocuentemente de sus luchas; cada cierre mal abrochado era una pequeña batalla perdida en su guerra por la independencia.

—Llámeme Lucian —dijo él, incapaz de resistir la tentación de provocarla mientras evaluaba el alcance de su tarea—, ya que voy a abrocharle el vestido. No hay necesidad de tanta formalidad. Arruinaría por completo la diversión.

Ella emitió un sonido de pura exasperación e intentó retirarse, pero las manos de él encontraron sus hombros, con los dedos extendidos sobre la tela áspera que no lograba disimular del todo el calor de su piel debajo—. Solo un minuto —ordenó él, con la voz más ronca de lo que pretendía.

La intimidad del momento lo golpeó como un impacto físico mientras se inclinaba sobre su tarea. La nuca de ella quedaba expuesta sobre el escote entreabierto, un poema de marfil y sombra que hacía que sus dedos se volvieran torpes de conciencia. El tenue aroma de su piel —brezo y lluvia, y algo únicamente suyo— nublaba sus sentidos como un fino brandy.

Cada gancho requería una cuidadosa concentración, que no se veía favorecida por la forma en que ella temblaba ligeramente bajo su toque. La tarea doméstica se sentía más peligrosa que cualquier campo de batalla que hubiera enfrentado.

—¿Qué está haciendo que tarda tanto? —La voz de ella llevaba un hilo de incertidumbre que hizo que su sangre se calentara traicioneramente.

—Ya casi termino —murmuró él, inclinándose más cerca hasta que su aliento agitó los finos cabellos de su nuca—. Pero usted tiene...

Un estruendo destrozó el momento íntimo como cristal contra mármol. A través de la neblina de conciencia que los rodeaba, Lucian levantó la cabeza para encontrar a la señora Pippins congelada en la puerta, con el horror grabado en sus facciones tan claramente como si hubiera sido esculpido allí. La porcelana rota yacía esparcida a sus pies como los pedazos de su cuidadosamente mantenida propiedad.

—¿Sí, señora Pippins? —Las palabras surgieron mucho más ásperas de lo que pretendía, con sus manos aún extendidas sobre la cálida tela que cubría los hombros de Lizzie.

El color de la ama de llaves cambió de blanco tiza a escarlata con una velocidad impresionante. Las cintas de su cofia temblaban como hojas en una tormenta—. ¡M-mi lord! ¿Qué está haciendo?

—Lo mismo que yo le estaba preguntando —dijo Lizzie, su voz llevando un temblor que nada tenía que ver con la preocupación apropiada por el escándalo—. Se está tomando un día y una

eternidad para hacerlo.

—Terminaré este maldito asunto —gruñó Lucian, su paciencia deshilachándose como muselina barata mientras la conciencia de ella seguía nublando sus sentidos—. ¡Si todo el mundo dejara de interrumpirme!

—¿T-terminar el asunto...? —La voz de la señora Pippins se elevó como un pájaro cantor en apuros—. ¡Oh, Dios mío!

—Deja de interrumpirme —se inclinó de nuevo sobre su tarea, aunque los corchetes y las presillas parecían multiplicarse bajo sus dedos cada vez más inestables—. Este vestido tiene demasiados cierres infernales. Está a punto de volverme loco.

—¡Mi señor! —Las palabras escaparon de la señora Pippins como una plegaria de salvación.

—Sí —la voz de Lizzie llevaba un hilo de maliciosa diversión que hizo que el calor le subiera por el cuello—. El vestido es horrible, ¿verdad? Puedo entender perfectamente su estupefacción, señora Pippins, pero si no le revuelve el estómago a Lucian, me niego a dejar que me lo revuelva a mí. Tal vez podría traernos otro plato de lo que sea que haya dejado caer. Tengo hambre.

—Sí, señora Pippins —dijo Lucian, con una voz que llevaba un tono peligroso mientras sus dedos finalmente conquistaban el último corchete rebelde—. Haga lo que ella pide. Debemos recompensar a Anne después de que termine con ella.

—No es necesario que se apresure —el tono de Lizzie llevaba una dulzura que rayaba en el pecado—. Al ritmo que lleva Lucian, podría llevar toda la noche.

—¡Cielos misericordiosos! —La exclamación ahogada de la señora Pippins resonó en las antiguas paredes de Thorncliff.

—Por fin —anunció Lucian con un triunfo que rápidamente murió en su garganta al darse cuenta de que sus manos aún descansaban sobre los hombros de Lizzie, con los pulgares rozando la piel desnuda sobre el escote ahora correctamente abrochado—. ¡Lo logré!

—¡No! —La señora Pippins se llevó las manos a la cara, como para protegerse de una inminente corrupción—. ¡No! —Retrocedió como una mujer que huye del mismo Satanás, terminando su retirada en una carrera poco digna a través de la puerta.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lucian, aunque no pudo obligarse a quitar las manos del calor de Lizzie.

—No lo sé —la risa de Lizzie tenía una riqueza que le calentó la sangre—, pero dudo que la veamos por un tiempo.

—Se está volviendo más atolondrada a cada momento —murmuró, finalmente obligándose a dar un paso atrás. Pero cuando Lizzie se volvió para mirarlo, su atención se fijó en los mechones

rebeldes de cabello que se habían escapado de su improvisado recogido. Sin pensarlo conscientemente, sus dedos se alzaron para alisarlos.

Su cabello se sentía como seda contra su piel, cada hebra una tentación separada. Cada vez que lograba domar un mechón, otro se escapaba, como si su propia naturaleza se negara a ser constreñida. El color en sus mejillas se intensificó, esos ojos extraordinarios cambiando de un aguamarina frío al verde cálido de los mares de verano.

—Tu cabello...

—Lo intenté —susurró ella, y algo en su voz le hizo doler el pecho—. De verdad lo intenté.

—Ya veo —murmuró Lucian, aún cautivado por la seda de su cabello deslizándose entre sus dedos. Cada intento de domar un mechón rebelde solo llevaba a que otro se escapara, como si su propia esencia se negara a las restricciones que él intentaba imponerle. Como la mujer misma, pensó con ironía, observando el color florecer en sus mejillas.

Dándose cuenta de cuánto tiempo había estado jugando con su cabello —porque no había otra palabra para ello— retiró su mano como si se hubiera quemado.

—Suficiente —la palabra salió más áspera de lo que pretendía. La hizo girar, desesperado por distancia, solo para notar que la cinta blanca que ataba sus oscuras trenzas no era una cinta en absoluto.

—No preguntaré de dónde sacaste esto —murmuró él, trabajando en el nudo obstinado. La atadura improvisada parecía haber sido arrancada de una de sus finas sábanas de lino, otra pequeña rebelión contra su autoridad que no debería haberle afectado tan profundamente.

—Usted dijo que no podía pedirle ayuda a la señora Pippins —la voz de Lizzie tenía un tono entrecortado que le hizo sentir un calor ascendente por el cuello—. Y no pude encontrar un alfiler por ninguna parte.

—Lo has anudado —sus dedos, normalmente tan firmes, forcejeaban con la tela retorcida.

—¡Ay! —su protesta contenía más indignación que dolor cuando por fin venció el nudo, liberando una cascada de seda negra como la medianoche que se derramó sobre sus manos como agua.

Lucian se encontró paralizado, con las manos enterradas en su cabello, consciente de cada respiración que ella tomaba, de cada sutil movimiento de su cuerpo. La intimidad del momento los envolvía como una fuerza física, haciendo que el vasto comedor se sintiera de repente peligrosamente pequeño.

—¿Mi señor? —su voz surgió suave, insegura de una manera que hizo que su sangre se calentara traicioneramente.

La realidad cayó sobre Lucian como agua helada. Retiró las manos de su cabello como si se hubiera quemado, aunque la textura sedosa persistía en sus palmas como un recuerdo del pecado. —Tendrá que quedarse suelto. De lo contrario, pareces una criada de cocina.

Una rica risa escapó de ella, el sonido haciendo cosas peligrosas a su compostura. —Primero una gitana de campamento, y ahora una criada de cocina. Sus cumplidos me abruman.

—Ya hemos establecido que no tengo galantería —dijo, retirándose a su silla como si pudiera ofrecerle protección.

—En efecto —Lizzie se hundió en su propia silla con una gracia que hacía que incluso el vestido horrible pareciera de alguna manera elegante—. Pero quizás soy una gitana en realidad, y ese es el problema.

—No —Lucian alcanzó su vino—. Hablas demasiado bien para eso.

—Pero me parece recordar que puedo leer las hojas de té —dijo ella, con picardía bailando en sus ojos—. ¿Le gustaría que leyera las suyas?

—¡No! Solo leerías problemas en ellas.

Una delicada ceja se arqueó hacia arriba, el gesto de alguna manera más íntimo que una caricia. —Refiriéndose a mí, supongo.

Él encontró su mirada. —Refiriéndome a ti.

Lizzie rio, el sonido llevando notas tanto de plata como de pecado. —Qué vergüenza. Aquí estoy, consintiendo en usar esta atrocidad por usted, y dice que soy un problema.

Una sonrisa tiró de la boca de Lucian a pesar de sus mejores esfuerzos. —Sé muy bien que no estás usando ese vestido por mí, sino por tu cena.

Sus ojos bailaron con una promesa traviesa por encima del horrible escote. —Una mera tecnicidad. Y se equivoca sobre mis intenciones. Planeo convertirme en toda una dama de campo. Se lo aseguro. Con este vestido, dudo que pueda hacer otra cosa.

—¿Tú? —La risa escapó antes de que pudiera contenerla—. ¿Una dama de campo?

—Sí —declaró ella con una dignidad regia que de alguna manera sobrevivía incluso al horror verde fango que llevaba puesto—. Mansa, dulce y toda civilidad. No tocaré ni un solo mueble suyo de nuevo.

Atónito, Lucian se reclinó en su silla, estudiándola. —¿No lo harás?

—No —dijo ella, alcanzando un cuenco con delicada precisión—. Patatas otra vez, ya veo. ¿Las comemos en el campo en todas las comidas?

—Sí, así es —respondió Lucian con una sonrisa irónica mientras cortaba su cordero.

—Ya veo. —El tono de Lizzie llevaba el peso de una exagerada resignación mientras pinchaba un trozo de maíz del plato frente a ella.

Lucian la observó por un momento, su curiosidad despertada por su inesperada conformidad. —¿De verdad pretendes intentar convertirte en una dama?

Lizzie arqueó una ceja, con un destello de desafío en sus ojos color aguamarina. —Dije una dama *de campo*, mi lord.

Él se rio, dejando el tenedor. —Una dama de campo, entonces, si es que hay alguna distinción.

—Le aseguro que la hay —dijo ella, con una voz suave como la crema. Algo destelló en su expresión—algo calculado—. Después de todo, usted mismo habló de las damas de Londres como si fueran una especie completamente diferente de las del campo.

—Lo son —dijo Lucian, desconcertado por su repentino interés.

—Bueno, entonces —dijo Lizzie, reclinándose en su silla con una gracia casual que desmentía el corte incómodo de su vestido—. Puede que no sepa mi nombre ni mi vida pasada, pero sí sé que estoy en el campo. Por lo tanto, me convertiré en una dama del campo. Quién sabe, tal vez siempre lo he sido y simplemente no puedo recordarlo.

Lucian resopló, sus labios temblando con diversión reluctante. —Lo dudo.

Las cejas de Lizzie se elevaron, la viva imagen de la ofensa. —¿Y por qué no? Soy deficiente en memoria, no en inteligencia. Defina una dama de campo para mí, mi lord, y le aseguro que puedo convertirme en una.

Lucian se reclinó, una sonrisa diabólica extendiéndose por su rostro. —Muy bien. Para empezar, una dama de campo sabe cómo vestirse.

La expresión de Lizzie se tornó fingidamente seria. —Un inconveniente menor. Estoy segura de que aprenderé. Además, usted mismo lo encontró bastante difícil, si recuerda.

—Y sabe cómo remendar y zurcir —añadió Lucian suavemente, su sonrisa ensanchándose.

Un leve rubor tiñó las mejillas de Lizzie. —Una habilidad que simplemente se me ha escapado de la mente, sin duda.

—Sabe cocinar.

—Patatas —asintió Lizzie solemnemente, haciéndole reír a pesar de sí mismo.

—Y sabe cómo hacer conservas —dijo él, disfrutando completamente.

—Otra cosa que probablemente he olvidado —admitió Lizzie despreocupadamente—. Estoy segura de que volverá a mí.

—Y conoce el funcionamiento de su casa —presionó Lucian, su tono volviéndose presuntuoso.

Los ojos de Lizzie se iluminaron, levantando la barbilla. —¡Eso, estoy segura, lo sé!

Lucian arqueó una ceja, su sonrisa irritantemente confiada. —También conoce a sus arrendatarios y se ocupa de su cuidado.

La mirada entrecerrada de Lizzie se volvió suspicaz. —Ahora me está engañando.

—En absoluto —dijo Lucian, su voz un estudio de inocencia—. Todas estas son habilidades que se esperan de una dama de campo. ¿Cree que puede manejarlas?

—Ya le dije —dijo Lizzie, con un tono frío—, lo más probable es que ya las conozca y simplemente las haya olvidado. Así que sí, puedo manejarlas.

La sonrisa de Lucian se volvió lobuna. —Entonces debes aprenderlas de nuevo, porque te aseguro que esas son precisamente las cualidades que un hombre busca en una esposa.

El tenedor de Lizzie repiqueteó en su plato. —¿Una esposa? ¿Qué tiene que ver ser esposa con esto?

Lucian se encogió de hombros, la viva imagen de la indiferencia. —Si no recuerdas tu identidad, es lógico que tengas que empezar una nueva vida. Encontrar un marido que pueda cuidar de ti sería beneficioso. Por supuesto, los hombres de por aquí esperarán que tengas un mínimo de habilidades.

La mirada de Lizzie ardía mientras su tono se volvía cortante. —Le aseguro que mi memoria volverá mucho antes de que me vea forzada a tan terrible circunstancia.

—¿Lo hará? —desafió Lucian, inclinándose hacia adelante—. El doctor Harrison dice que no se puede saber.

Los labios de Lizzie se apretaron en una fina línea antes de desviar la mirada. Cuando volvió a girarse, su mirada era gélida y sus palabras aún más afiladas. —Le aseguro, mi lord, que podría encontrar un marido cuando quisiera. De hecho, solo tengo que chasquear los dedos para convocar a uno, ya sea del campo o de otro lugar.

Lucian se puso rígido, su diversión evaporándose. —Su modestia es asombrosa.

—Ajusto mi modestia a vuestra galantería, señor —espetó ella.

La pulla dio en el blanco, y la expresión de Lucian se endureció. —Sin duda crees que puedes comportarte así simplemente porque eres hermosa.

Lizzie ladeó la cabeza, su tono engañosamente dulce. —Me sorprende que me atribuya siquiera eso, mi lord.

—No —dijo Lucian, con voz acerada—. Eres hermosa. Pero un hombre de campo quiere más en una esposa que una cara bonita.

—Sí, quieren una esclava —replicó Lizzie, alzando el mentón desafiante.

—No —contrarrestó Lucian bruscamente, su paciencia agotándose—. Pero ningún hombre quiere una esposa que reorganice su casa por capricho, exija doncellas para vestirla o se oponga a su voluntad a cada paso.

La mirada de Lizzie se volvió gélida. —¿Incluso cuando le regala un vestido como este?

—Incluso entonces —respondió Lucian.

—Entonces ruego a Dios que mi memoria vuelva pronto —dijo Lizzie fríamente, levantándose bruscamente de su silla.

—En efecto, deberías —replicó Lucian, su ira avivándose de nuevo—. Porque está claro por tu comportamiento que no tendrás éxito entre los hombres de aquí.

La boca de Lizzie se curvó en una fina sonrisa que destilaba veneno. —Quiere decir que no tendré éxito con usted, ¿no es así?

—Precisamente.

—Entonces me alegro muchísimo —dijo ella, con un tono suave como la seda— de no desear tener éxito con usted. —Se levantó de su silla con gracia deliberada, el movimiento tan afilado como el ángulo de su barbilla, y giró bruscamente, sus faldas susurrando con autoridad mientras se dirigía hacia la puerta.

La voz de Lucian la fustigó. —¡Anne, vuelve aquí y siéntate. No has comido!

Ella giró sobre sus talones, sus ojos ardiendo. —No, mi lord. Ha dejado abundantemente claro que nunca seré una dama de campo, así que no veo razón para intentarlo. En cuanto a la idea de tomar a un caballero rural como marido, preferiría que me descuartizaran. —Con eso, dio media vuelta y salió majestuosamente de la habitación.

Lucian la miró alejarse, atónito por su atrevimiento. —Maldita sea esa mujer —murmuró, fulminando con la mirada su plato intacto. Su tenedor se cernió sobre su comida antes de caer con un fuerte *clanc*.

¿Qué demonios le pasaba?

No podía dejarla morir de hambre. No era un monstruo, por mucho que ella pudiera acusarlo de serlo. El fuego de su ira se enfrió, dejando tras de sí el agudo aguijón del arrepentimiento. Su razón, dolorosamente lenta en regresar, se impuso por fin. Había sido insufrible. Ella le había ofrecido, a su manera enloquecedora, intentar cumplir con sus expectativas, y en lugar de animarla, él la había provocado, empujándola aún más en la dirección opuesta. Por qué lo había hecho, solo Dios podría decirlo—porque Lucian ciertamente no podía.

Capítulo 7

Lucian empujó hacia atrás su silla con un gruñido de frustración, el chirrido de la madera contra la piedra resonando en el comedor vacío. No podía quedarse sentado ni un momento más, hirviendo en su propio arrepentimiento e ira. Actuar —cualquier acción— era mejor que esta intolerable inercia. Saliendo a zancadas de la habitación, siguió el sonido de ollas entrechocando hasta la cocina, donde la señora Pippins parecía estar librando una batalla muy ruidosa con sus utensilios. Su rostro surcado de lágrimas, enrojecido y manchado, lo golpeó como un mazazo. ¿Qué demonios había pasado ahora?

—Señora Pippins —exigió, con un tono más cortante de lo que pretendía—, ¿qué diablos sucede?

La ama de llaves se detuvo, sus ojos enrojecidos mirándolo de reojo antes de reanudar el apilamiento de sartenes.

—Me voy, milord —declaró, con la voz cargada de emoción—. Yo... solo estoy recogiendo lo que es mío.

—¿Se va? —repitió Lucian, la palabra cayendo como un trueno—. ¿Por qué, en nombre de Dios?

La señora Pippins sorbió, aferrando una olla de cobre contra su pecho como un escudo.

—No puedo quedarme en una casa con... con tales sucesos.

—¿Qué sucesos? —preguntó Lucian, completamente desconcertado.

—Usted y... y *ella* —sollozó, su voz elevándose con una nueva ola de indignación—. ¡Nunca pensé ver tal comportamiento en un hogar respetable, milord!

Lucian la miró fijamente, sin comprender.

—¿Se refiere a Anne?

—¡Sí, Anne! —gimió la señora Pippins—. Y usted, milord. ¡Nunca imaginé que fuera capaz de tal... desvergüenza!

—¿Desvergüenza? —Lucian parpadeó, sintiendo un nudo frío en el estómago—. Señora Pippins, no tengo la más remota idea de lo que está hablando.

Su rostro se tornó de un tono aún más carmesí.

—Mi madre me advirtió sobre los peligros de servir en una casa de soltero —murmuró, con la voz temblorosa—. ¡Pero pensar que presenciaría a mi empleador... desvistiéndose con una mujer en el comedor! ¡Es escandaloso! ¡Escandaloso, digo!

A Lucian se le desencajó la mandíbula.

—¡Por Dios, mujer, no la estaba desvistiendo! —tronó, encendiéndose su propio temperamento —. ¡Le estaba *abrochando el vestido*! Ella no podía hacerlo sola.

La señora Pippins se quedó petrificada, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¿Lo estaba haciendo?

—Sí —se pasó una mano por el pelo, lamentando su tono áspero—. Estaba luchando con los cierres, y yo... bueno, habría sido mucho peor si la hubiera dejado arreglárselas sola.

La señora Pippins volvió a resoplar, con su indignación solo ligeramente aplacada. —Aun así es muy impropio, milord. Sumamente indecente.

Lucian se sonrojó, aunque mantuvo la voz firme. —Quizás, pero era necesario. Además, la culpa es mía. Le dije a Anne que no pidiera ayuda ni a usted ni al personal, y ella me tomó la palabra. Evidentemente, ni siquiera sabe cómo vestirse.

—*¿No sabe cómo vestirse?* —repitió la señora Pippins, horrorizada—. Seguramente está bromeando, milord. Toda mujer sabe cómo vestirse.

—Eso pensaba yo —dijo Lucian con gravedad—. Pero Anne, como sabe, ha perdido la memoria. Es posible que haya olvidado cómo hacerlo... o tal vez simplemente nunca necesitó aprenderlo.

La boca de la señora Pippins se frunció en una línea apretada. —O quizás sea otra cosa — murmuró, negándose a encontrar su mirada.

Lucian la miró fijamente durante un largo momento antes de que una breve risa incrédula brotara de él. —Si está insinuando que está usando esto para seducirme, señora Pippins, le aseguro que nada podría estar más lejos de la verdad.

El ama de llaves jadeó, su rostro palideciendo. —¡Milord! Esta conversación es... sumamente impropia.

—En efecto lo es —admitió Lucian secamente—. Pero con Anne en la casa, parece que la propiedad es un bien escaso estos días.

—Ella no debería estar aquí —susurró—. No está bien. ¿Y qué pensaría la señorita Devon de esto, milord?

—Ya es suficiente, señora Pippins. Las opiniones de la señorita Devon no son de su incumbencia, ni tampoco mías en este momento.

La mandíbula de Lucian se tensó. —No tiene otro lugar adonde ir, señora Pippins. No voy a echar a la calle a una mujer que ni siquiera puede vestirse sola, y mucho menos valerse por sí misma.

El ama de llaves vaciló, su indignación flaqueando. —Muy bien, milord —dijo al fin, con voz débil.

—Gracias —dijo Lucian, suavizando ligeramente el tono—. Ahora, necesito que le lleve una bandeja de comida a Anne. No comió su cena.

—Sí, milord —murmuró la señora Pippins, con los hombros caídos mientras alcanzaba una bandeja de servicio.

—Y dígale —añadió Lucian tras una breve pausa— que mañana irá de compras. Temprano.

La señora Pippins levantó la mirada, sobresaltada. —¿De compras, milord?

—Sí —la mandíbula de Lucian se tensó—. No puedo soportar la vista de ese vestido andrajoso ni un momento más. Y ya que estamos, quiero que se duplique su salario.

—¿D-duplicarlo? —tartamudeó la señora Pippins, aferrándose a la bandeja.

—Sí —Lucian exhaló, pellizcándose el puente de la nariz—. Me temo que tus deberes solo van a aumentar con Anne en la casa. Claramente necesita ayuda, y que me condenen si contrato a otro sirviente para proporcionársela.

Se dio la vuelta para irse, pero dudó, fijando en el ama de llaves una mirada firme.

—Y asegúrate —dijo, con voz baja y deliberada— de que suene como una orden cuando le digas a Anne lo de las compras. De lo contrario, solo discutirá.

La señora Pippins parpadeó y luego hizo una rápida reverencia.

—Sí, mi señor, por supuesto.

—No hay nada "por supuesto" con Anne —murmuró Lucian entre dientes mientras salía de la cocina, alejándose con determinación.

***

El aire de la mañana traía la fresca promesa del otoño cuando las manos de Lucian rodearon la cintura de Lizzie, ayudándola a bajar del carruaje. Incluso a través del horroroso vestido verde,

su tacto envió una corriente de conciencia por sus nervios como un relámpago antes de una tormenta. Mantuvo su expresión cuidadosamente neutral, aunque el triunfo cantaba en su sangre. Había ganado esta pequeña victoria —un viaje a la modista—, pero la experiencia le había enseñado que hombres como Lucian podían volverse caprichosos ante la más mínima provocación.

Examinó la modesta tienda de vestidos frente a ella con cuidadosa consideración. El pueblo se extendía a su alrededor como una acuarela, con tonos apagados de marrones y grises que hablaban de una vida práctica en el campo. Ninguna sofisticada londinense le daría a este establecimiento una segunda mirada, lo cual se ajustaba perfectamente a sus propósitos. Aquí, podría crear una nueva identidad lejos de ojos indiscretos y rumores susurrados de asesinato.

Los escaparates de la tienda mostraban vestidos al menos dos temporadas fuera de moda, sus cansadas muselinas y cortes modestos muy lejos de las elegantes creaciones que una vez llenaron su guardarropa en Ashworth House. Pero la moda era una forma de arte que había dominado hace mucho tiempo, y una mano hábil podía transformar incluso el lienzo más simple.

—Recuerda —la voz de Lucian tenía esa peligrosa cualidad aterciopelada que parecía diseñada para perturbar su compostura—, eres mi prima.

Lizzie le dedicó su sonrisa más deslumbrante.

—Sí, primo Lucian —observó cómo su cuerpo se tensaba como un perro de caza captando un aroma, sus ojos gris tormenta estrechándose con sospecha.

Una risa como campanas de plata escapó de su garganta, aunque su corazón latía con fuerza contra sus costillas. Aquí estaba ella, Lady Elizabeth Ashworth, una vez el brindis de la sociedad londinense, a punto de entrar en una tienda de vestidos de pueblo del brazo de un hombre que la consideraba poco más que una vagabunda.

—En verdad, pareces como si te llevaran a la horca.

—No me interesan los adornos femeninos y esas cosas —murmuró Lucian, sus anchos hombros rígidos bajo su abrigo perfectamente cortado—. Tenía un día ocupado planeado.

Otra risa se le escapó, esta vez genuina. El gran Conde de Thorncliff, abatido por la perspectiva de cintas y encajes.

—Vamos, primo, sal de ese humor sombrío.

Un granjero pasó junto a ellos, su mirada curiosa perdurando más de lo estrictamente apropiado. Lizzie sintió a Lucian tensarse a su lado, su mano apretándose posesivamente en su brazo.

—Baja la voz —siseó—. Estás atrayendo la atención.

—Esto no soy yo —dijo, tirando de la horrorosa tela verde con deliberado desdén—. Esto es tu espantoso vestido.

Lucian murmuró algo decididamente poco caballeroso y la instó a avanzar, cada línea de su cuerpo sugiriendo a un hombre siendo llevado a su perdición. La campana de la tienda repicó sobre sus cabezas como el destino anunciando sus intenciones mientras entraban.

El interior asaltó sus sentidos: tela rancia, saquitos de lavanda marchitos y la peculiar desesperación de la moda varias temporadas pasada de moda. Pero bajo los adornos provincianos, el ojo experto de Lizzie captó posibilidades en cada rollo de tela, en cada adorno olvidado. Este, después de todo, era su campo de batalla preferido.

La señora Wraxton emergió de detrás del mostrador como un fantasma materializándose en una sesión espiritista, su figura regordeta y su sonrisa zalamera dirigidas enteramente a Lucian. —¡Mi Lord Thorncliff! Qué placer verlo de nuevo.

—Sí, señora Wraxton —la voz de Lucian llevaba la paciencia forzada de un hombre soportando una tortura—. He traído a mi... eh, prima. Necesitará... más vestidos. —La vacilación antes de "prima" quedó flotando en el aire como un perfume, demasiado potente para ignorarlo.

Solo entonces la costurera se dignó a reconocer la presencia de Lizzie, su mirada viajando desde el horroroso vestido verde hasta quien lo llevaba con el tipo de evaluación que había hecho y deshecho incontables reputaciones en los salones de baile de Londres. La familiar dilatación de ojos, el ligero tic en la comisura de su boca; Lizzie había presenciado esta danza de evaluación femenina innumerables veces. La altura y la belleza eran armas de doble filo entre las de su propio sexo.

Aun así, convocó la sonrisa, aunque su corazón retumbaba contra su corsé. —¿Cómo está usted, señora Wraxton? Espero que pueda ayudarme. Aunque mi primo Lucian fue lo suficientemente amable para comprarme este vestido —gesticuló hacia la monstruosidad verde con elegante deprecación—, no creo que se ajuste del todo a mis... requisitos particulares.

Un rubor de mortificación profesional tiñó las mejillas de la señora Wraxton. —Por supuesto. Sin embargo, él deseaba un vestido ya confeccionado, y no tenía otro... de su talla. —Las palabras surgieron como una acusación.

—Sí —Lizzie dejó que la calidez llenara su voz, el mismo tono que una vez había usado para persuadir a modistas reacias a crear sus diseños más atrevidos—. Pero si juntamos nuestras cabezas, estoy segura de que podemos crear algo más... a la moda.

La señora Wraxton se sobresaltó como un pájaro que percibe la aproximación de un gato, luego bajó la mirada. —Ciertamente, señorita...?

—Anne —Lizzie proporcionó el nombre falso tan suavemente como la seda deslizándose sobre la piel—. ¿Podría ver sus patrones?

Los libros de patrones yacían ante Lizzie como viejos amigos, sus páginas desgastadas por el anhelo y la ambición. Cada ilustración susurraba posibilidades: aquí un escote que podría bajarse hasta el borde del escándalo, allí una manga que podría transformarse de recatada a atrevida. Sus dedos trazaron los diseños con gracia experimentada, memoria muscular de incontables horas dedicadas a elaborar sus propias victorias en la moda.

Las páginas de un libro mostraban manchas de agua como lágrimas, sus patrones al menos una temporada atrasados respecto a los últimos caprichos de la alta sociedad. La mente de Lizzie calculaba rápidamente, transformando cada diseño anticuado en algo que haría contener el aliento incluso a la matrona más hastiada de la sociedad. La familiar oleada de creatividad vibraba en su sangre, casi —pero no del todo— ahogando el constante susurro de peligro que acechaba sus pasos.

—¿Tiene más patrones? —preguntó, cuidando de mantener su voz suave, inofensiva. La gran Lady Elizabeth podría haber exigido, pero "Anne" debía persuadir.

—Yo... solo tengo algunos más antiguos —la confesión de la señora Wraxton llevaba el peso de la vergüenza provinciana.

Lizzie hizo una pausa, sopesando la ambición frente a la seguridad. Cada demostración de su experiencia era un riesgo, cada sugerencia de familiaridad con la moda londinense una potencial traición.

—Muy bien, tráigalos.

Mientras la señora Wraxton desaparecía en la trastienda, Lizzie estudió un diseño prometedor. Con sutiles alteraciones —un talle ajustado aquí, un corte atrevido allá— podría convertirse en algo mucho más peligroso. Como ella misma, el vestido mantendría la apariencia de decoro mientras albergaba secretos bajo su superficie.

—¿Por qué pediste más patrones? —La voz profunda de Lucian resonó en la tienda como un trueno antes de la tormenta—. Hay muchos aquí.

—Ninguno de ellos está realmente actualizado —dijo Lizzie, sin atreverse a encontrar su mirada. Incluso ahora, su presencia la afectaba más de lo que le gustaba admitir—. Sin embargo, nos las arreglaremos.

—Asegúrate de no gastar demasiado —advirtió él, cada palabra cargada de autoridad masculina.

Lizzie apartó su atención del patrón, dejando que una chispa de su verdadero yo se mostrara a través de su fachada cuidadosamente mantenida.

—¿Por qué no puedes permitirte unos pocos vestidos?

El ceño fruncido de Lucian podría haber marchitado rosas.

—Puedo permitirme *unos pocos* vestidos.

—Gracias al cielo —dijo Lizzie, permitiendo que solo la dulzura suficiente en su sonrisa enmascarara el acero subyacente. El ritmo familiar de la guerra de la moda latía en su sangre como música—. Ya que no tengo nada que ofrecer más que una cara bonita, es importante que saque el mejor partido de ella. No te preocupes, "primo" —dejó que la palabra llevara el énfasis justo para hacerlo erizarse—, puede que no sepa cocinar ni coser, pero te aseguro que recuerdo cómo vestirme adecuadamente.

El ceño de Lucian talló líneas más profundas alrededor de su boca, su mandíbula trabajando como si masticara sospecha.

—Tu elección de memoria deja algo que desear.

Un escalofrío de peligro bailó por la columna de Lizzie. Había navegado demasiado cerca del viento con ese comentario, dejando que demasiado de Lady Elizabeth se mostrara a través de la fachada cuidadosamente construida de Anne.

—Estate quieto, Lucian. Necesitaré todos mis pensamientos —Hizo un gesto hacia una silla cercana—. Siéntate y deja de inquietarte. No voy a huir del alguacil.

Las palabras se escaparon antes de que pudiera retenerlas, quedando suspendidas en el aire como perfume —demasiado fuerte, demasiado revelador. Pero Lucian simplemente se dirigió a la silla como un depredador enjaulado, sus anchos hombros rígidos con una protesta apenas contenida.

Lizzie se inclinó sobre los patrones de nuevo, su corazón retumbando bajo el corsé. Cada diseño ofrecía tanto oportunidad como peligro —la posibilidad de forjar una nueva identidad y el riesgo de revelar la antigua. El regreso de la señora Wraxton la salvó de más reflexiones.

—Aquí están los otros —anunció la costurera, dejando caer una brazada de patrones que desprendían el aroma mohoso de ambiciones olvidadas.

—Excelente —Lizzie trazó un diseño prometedor con un dedo experimentado—. ¿Qué opina de este, señora Wraxton? Si alteráramos el escote y redujéramos el volumen de la falda...

Observó cómo el rostro de la costurera se transformaba a medida que su imaginación se encendía.

—¿Quiere decir...? ¡Pues sí! ¡Sí, quedaría encantador!

—Y en seda india, me parece —Lizzie dejó caer la sugerencia como una piedra en aguas tranquilas, observando cómo las ondas de posibilidad se extendían por las facciones de la señora Wraxton.

—¿Seda india? —La voz de la señora Wraxton tembló con una emoción apenas contenida, como un pájaro preparándose para su primer vuelo—. Algo así tendría que encargarse desde Londres.

—Sí —Lizzie dejó que la satisfacción se enroscara en su voz como humo—. Por favor, hágalo —Pasó otra página con gracia deliberada, cada movimiento calculado para atraer la mirada. Desde su rincón, sintió la mirada de Lucian como un toque físico—. Y creo que este vestido sería perfecto, sin las mangas, por supuesto.

—¿Sin mangas? —El susurro escandalizado de la señora Wraxton llevaba todo el delicioso horror de quien vislumbra la libertad por primera vez.

—¿Sin mangas? —El eco de Lucian contenía matices mucho más oscuros: indignación masculina envuelta en terciopelo amenazante.

El pulso de Lizzie se aceleró, aunque no podría decir si era por su tono o por su propia osadía.

—Ya no está de moda —sentenció—. Y una muselina estampada bastaría.

—¡Tengo justo lo que necesita! —El rostro de la señora Wraxton se transformó con la emoción febril de una mujer que descubre la revolución en su propia tienda. Desapareció en la trastienda como un fantasma en busca de sustancia.

—Debes llevar mangas —gruñó Lucian desde su silla, cada palabra cargada de autoridad aristocrática.

—No, no debo —replicó Lizzie, permitiendo just lo suficiente de desafío para que su mandíbula se tensara de forma atractiva.

—¿Y qué es eso de encargar a Londres? —Su pregunta llevaba una advertencia, pero antes de que pudiera insistir, el destino intervino.

La puerta de la tienda se abrió sobre bisagras bien engrasadas, dando paso a dos damas cuya entrada llevaba toda la sincronización dramática de actrices tomando el escenario. Se congelaron en el umbral, sus miradas fijándose en Lucian como agujas de brújula encontrando el norte verdadero.

—Vaya, Lucian —exclamó la más baja y regordeta, sus ojos abriéndose con el deleite que significaba que el chisme volaría por el pueblo antes del anochecer—. ¿Qué haces aquí?

El aroma de las bolsitas de lavanda y la ambición se espesaba en la tienda de la señora Wraxton mientras las damas del pueblo entraban como palomas descubriendo granos esparcidos. Su

entrada llevaba el peso del destino —o quizás del desastre, dependiendo de la perspectiva de cada uno. Lizzie sintió que la posibilidad se desplegaba en su pecho como seda atrapando la luz.

—Señora Pendleton, señora Donovan —Lucian intentó mantener la dignidad desde su silla, aunque su expresión sugería la de un hombre observando una tormenta que se aproximaba y encontrándose sin refugio—. Qué... placer inesperado.

—Lucian Rothwell —la imponente altura y mirada directa de la señora Donovan la marcaban como una mujer acostumbrada a decir lo que pensaba—. ¡En una tienda de vestidos, nada menos! ¿Deberíamos esperar ver cerdos volando a continuación?

Era evidente por la forma en que Lucian se removía en su silla que preferiría enfrentarse a todo el ejército de Napoleón antes que explicar su presencia entre adornos femeninos. —Yo... estoy aquí para ayudar a Anne a comprar algunos vestidos, señora Pendleton.

—¿Anne? —la mirada de la señora Pendleton recorrió la tienda hasta encontrar a Lizzie, quien ofreció su sonrisa más encantadora—. ¡Oh, vaya!

—Sí —dijo Lucian, cada palabra emergiendo como una muela extraída—. Es mi... mi prima.

—¿Tu prima? —retumbó la mujer más alta y huesuda, su mirada evaluadora recorriendo cada centímetro de la considerable altura de Lizzie—. No sabía que tenías una, Lucian.

—Bueno, ahora la tiene —dijo Lizzie, su risa llevando la calidez justa para desarmar mientras su corazón retumbaba bajo su corsé.

—Debes ser del lado de los Rothwell, ¿no es así?

—¿Cómo lo adivinó? —preguntó Anne.

—No se puede pasar por alto la altura —observó con franca evaluación la mujer huesuda, la señora Donovan, como la había llamado Lucian—. Apuesto a que odias cargar con ella, ¿verdad? Eres incluso más alta que yo, y normalmente soy yo quien sobresale entre la multitud.

Lizzie rió de nuevo, el sonido tan cuidadosamente calibrado como cualquier actuación londinense. Desde su rincón, sintió a Lucian tensarse como una cuerda de arco a punto de romperse. —Difícilmente se puede pasar por alto, ¿verdad?

—Anne —dijo Lucian—. Esta es la señora Donovan, la esposa del Squire.

—Encantada de conocerla, señora Donovan.

La señora Wraxton eligió ese momento para regresar, con un rollo de tela azul apretado contra su pecho como si fuera un amante. El color atrapó la luz de la tarde que se filtraba por las ventanas de la tienda, transformando la muselina ordinaria en algo que susurraba posibilidades.

—Aquí está —anunció la costurera sin aliento—. Me tomó un momento encontrarlo. —Su entrada triunfal vaciló al notar la repentina población de su tienda—. ¡Señora Donovan, señora

Pendleton! Qué placer.

—Sí —la señora Donovan desestimó el saludo con la autoridad casual de la esposa de un Squire—. No deje que la interrumpamos.

Los dedos de Lizzie encontraron la tela, su toque experto evaluando la calidad incluso mientras su mente calculaba la ventaja. Todas las damas en la tienda se inclinaron hacia adelante inconscientemente, como polillas atraídas por la llama de la moda. —Oh, esto es realmente encantador.

—¡Ciertamente lo es! —prácticamente vibró de emoción la señora Pendleton—. El color por sí solo...

La señora Wraxton asintió con entusiasmo, sus ojos brillantes por la emoción de la innovación.

—Y cuando quitas las mangas...

—¿Quitar las mangas? ¿De qué va eso de quitar las mangas? —resonó la voz de la señora Pendleton mientras se apresuraba hacia la mesa, su cuerpo rechoncho moviéndose con sorprendente rapidez. Sus ojos azules brillaban de curiosidad.

—Mira —dijo la señora Wraxton, apartando la tela para señalar el patrón que Lizzie había dibujado—. Es bastante atrevido.

—Oh, Dios mío —jadeó la señora Pendleton, llevándose la mano al pecho—. Qué... audaz.

—Y por supuesto —añadió Lizzie con un destello de picardía—, el escote necesitará alteraciones.

—¿Alteraciones? ¿Qué tipo de alteraciones? —la señora Donovan, alta y de hombros anchos, se acercó a echar un vistazo al boceto.

Lizzie deslizó el lápiz por el patrón con facilidad experta, sus dedos creando un escote más bajo y atrevido.

—Algo así.

—Oh, Dios mío —repitió la señora Pendleton, con las mejillas sonrojadas mientras reía como una chica de la mitad de su edad.

—Mmm —gruñó la señora Donovan, aunque se inclinó con interés.

—Es la última moda en Londres —dijo Lizzie con suavidad, su tono artificialmente casual—. O eso he oído.

—¿Lo es? —el rostro de la señora Pendleton se iluminó como un amanecer—. Si ese es el caso... ¿crees que podría hacerme uno así?

Lizzie estudió a la mujer menuda y rechoncha frente a ella, con una sonrisa curvándose en sus labios.

—Por supuesto, pero ¿puedo sugerir este patrón en su lugar? Te quedaría mucho mejor. En alguien con mi altura, es un desastre, pero para ti, sería absolutamente encantador.

La señora Pendleton sonrió radiante.

—¿Eso crees? ¡Oh, eres muy amable! Sí, sí, probemos ese, aunque sin las mangas, naturalmente. Y el escote, como sugeriste. ¡Es la moda, después de todo!

Lizzie asintió, su lápiz ya esbozando las alteraciones.

—Por supuesto. ¿Quizás en un delicado rosa de seda india, para combinar con tu tez?

—¡Seda india! —la señora Pendleton pronunció las palabras como una plegaria, prácticamente levitando de emoción—. ¡Oh, debo tenerlo! Mi Herman no sabrá qué hacer consigo mismo cuando me vea con semejante vestido.

—Señora Pendleton —la voz profunda de Lucian cortó la charla como una cuchilla—, tal extravagancia podría agotar sus ahorros de los huevos.

—¡Bah! —la señora Pendleton lo descartó con un gesto, riendo detrás de su mano—. Simplemente venderé más huevos. ¡Una mujer debe tener sus caprichos!

Lizzie no pudo evitar reír.

Lucian le lanzó una mirada de advertencia. Luego abrió la boca para objetar, pero antes de que pudiera hablar, la campana de la tienda tintineó y dos damas más entraron apresuradamente.

—¡Elvira! ¡Tandy! —llamó la señora Pendleton, haciéndoles señas para que se acercaran con la autoridad de un general de campo—. ¡Venid a ver lo que estoy encargando!

Las recién llegadas se apresuraron hacia la mesa, con los ojos muy abiertos mientras la señora Pendleton y la señora Donovan mostraban los patrones que Lizzie había mejorado. Lizzie, sonriendo dulcemente, tomaba notas mientras la señora Donovan declaraba:

—Me llevaré uno de estos también. Es perfecto para las mujeres altas, ¿no estás de acuerdo, Anne?

—Absolutamente —dijo Lizzie con un gesto de aprobación.

—¿Ven? —anunció orgullosamente la señora Pendleton—. La señorita Anne conoce todas las modas de Londres.

—Y yo quiero seda india también —dijo la señora Donovan, con un tono que no admitía discusión—. En un verde oscuro, quizás.

—Señora Donovan —gruñó Lucian desde su silla—, Bert podría tener objeciones a tales gastos.

—No te preocupes, Lucian —dijo la señora Donovan con despreocupación—. Lo sobornaré con asado y patatas con perejil. Funciona siempre.

Lizzie contuvo una risa, su voz cálida mientras murmuraba:

—Una mujer sabia siempre conoce su influencia, mi lord.

Ante esto, Elvira se volvió hacia Lizzie, aferrando un triste sombrerito.

—Señorita Anne, dígame, ¿qué están usando para sombreros en Londres? Vine por un sombrero.

Lizzie inclinó la cabeza, evaluando tanto el sombrero como el rostro redondo de Elvira.

—Este es bastante bonito, aunque yo quitaría la fruta. Es terriblemente pasado de moda. Una pluma de avestruz, quizás... solo una, curvándose suavemente a lo largo de tu mejilla... sería perfecta.

Las damas se abalanzaron sobre los sombreros, charlando emocionadas, y Lizzie se movió entre ellas, riendo mientras daba consejos. Pasó una hora en un torbellino de telas, patrones y animados debates sobre adornos y encajes. El corazón de Lizzie se elevaba con la alegría de la creación, incluso mientras luchaba por finalizar su propio pedido modesto en medio del frenesí de los suyos.

—Anne —la voz de Lucian retumbó de repente, congelando la habitación—. Es hora de volver a casa.

Sobresaltada, Lizzie se volvió para encontrarlo aún sentado, pero ahora con aspecto completamente sombrío. En una mano sostenía un sombrero; en la otra, un ridículo. Un rollo de tela yacía a sus pies, como si hubiera intentado escapar de él y hubiera fallado. Las damas ahogaron risitas detrás de sus manos, pero sus ojos brillaban de diversión.

Lucian se puso de pie, su imponente altura silenciando las risas mientras se dirigía hacia la señora Donovan.

—Su sombrero, señora —dijo rígidamente, presentándolo con la gravedad de una proclamación real.

—Oh, gracias, Lucian —dijo la señora Donovan mansamente, su bravuconería desaparecida—. Sí, las plumas de avestruz rojas, por favor.

Lucian se movió hacia la señora Pendleton, quien se encogió ligeramente bajo su severa mirada.

—Su ridículo, señora. El que está haciendo teñir para que combine con su seda india.

—Gracias, mi lord —chilló la señora Pendleton.

Lucian dirigió su mirada ceñuda a Lizzie. —Nos vamos. Ahora —No pudo evitar pensar en Adelaide, cómo sonreiría y asentiría con recato en tal situación, perfectamente compuesta, perfectamente apropiada. Adelaide nunca causaría una escena en la modista, ni enviaría a la

señora Pendleton a un ataque de nervios por sedas londinenses. Y sin embargo, no podía negar que el fuego en la mirada de Anne despertaba algo en él que la gracia silenciosa de Adelaide nunca había logrado.

Lizzie dejó apresuradamente el encaje que había estado admirando. —Sí, por supuesto. Señoras, discúlpenme. Debo irme.

La señora Wraxton inclinó la cabeza. —Tenemos sus pedidos, señorita Anne.

—Haga que prepare asado con patatas al perejil —susurró la señora Donovan mientras empujaba a Lizzie hacia la puerta.

Lizzie se mordió el labio para no reírse mientras salía. Afuera, Lucian ya estaba en el carro, con las riendas en la mano y mirando rígidamente hacia adelante. Claramente, no tenía intención de ayudarla a subir. Lizzie se subió a su lado, sus faldas rozando la rodilla de él.

—Eso fue muy amable de tu parte, Lucian —dijo ella, con la voz rebosante de falsa inocencia —. Me refiero a ayudar a las señoras.

Él no dijo nada, simplemente chasqueó las riendas con fuerza innecesaria. Los caballos se lanzaron hacia adelante, y le tomó un momento contenerlos. Solo cuando se asentaron en un trote enérgico, Lizzie volvió a hablar. —De verdad, Lucian, no hay necesidad de desquitarte con los caballos.

Su mandíbula se tensó mientras gruñía: —Si no me desquitara con los caballos, me desquitaría contigo.

Lizzie abrió mucho los ojos. —¿Por qué razón?

—Se estaban riendo de mí —gruñó.

—Oh, no —dijo Lizzie dulcemente—. Yo pensé que se contuvieron notablemente, considerando las circunstancias.

Su mirada fulminante podría haber derribado a una mujer menos fuerte. —Y tú, incitándolas con tus tonterías... ¡sin mangas, escotes bajos! ¿Pretendes que todas las mujeres del pueblo anden desfilando medio desnudas?

La risa de Lizzie brotó antes de que pudiera detenerla. —Es la moda, mi lord. Incluso las granjeras merecen un poco de glamour.

Las manos de Lucian se apretaron en las riendas. —¡Glamour! La señora Pendleton está gastando el dinero de sus huevos en seda india, ¿y para qué? ¿Para pavonearse como una tonta?

La sonrisa de Lizzie se profundizó. —Ella trabaja duro, Lucian. ¿Por qué no debería darse un gusto de vez en cuando?

La mirada de Lucian se oscureció. —Esto es una locura.

—No —dijo Lizzie, suavizando su voz—. Esto es la vida, Lucian. Y a veces, vale la pena un poco de locura.

Lucian murmuró algo ininteligible entre dientes, pero Lizzie captó el más leve temblor de sus labios. La victoria, por pequeña que fuera, seguía siendo victoria.

Capítulo 8

La luz del atardecer se derramaba por los altos ventanales de Thorncliff, dorando el recién arreglado salón que se había convertido en el primer campo de batalla en la silenciosa guerra de independencia de Lizzie. Adelaide Devon estaba sentada en el sofá que Lizzie había colocado cerca de la chimenea, sus delicadas manos acunando una taza de porcelana como si pudiera protegerla de la creciente frustración de su anfitrión.

—Seguramente no puede ser tan mala como todo eso —aventuró, su voz llevando ese tono amable que probablemente había calmado innumerables disputas entre hermanos.

—No, es peor —Lucian merodeaba frente a la chimenea como un depredador enjaulado, sus anchos hombros rígidos bajo su abrigo perfectamente confeccionado—. Deberías haberla visto hoy en la modista. Encargando sedas de Londres como si no costaran nada, convirtiendo a cada respetable matrona del pueblo en una revolucionaria enloquecida por la moda.

Sus manos se crisparon al recordar a Lizzie comandando la tienda de la señora Wraxton como un general organizando tropas, cómo se había erguido por encima de las otras damas, esos remarcables ojos color aguamarina brillando de triunfo mientras esgrimía la moda como un arma —. Estaban listas para lincharme si hubiera intentado detenerla. ¡Y es la única maldita cosa que parece recordar!

—Ha perdido la memoria —el suave recordatorio de Adelaide tuvo toda la efectividad de una mariposa batiendo contra una tormenta. Dejó su taza de té con cuidadosa precisión—. No se puede esperar que recuerde todo.

La risa de Lucian no contenía humor alguno—. Oh, pero recuerda exactamente lo que le conviene. Moda à la Húsar, pero no cómo vestirse sola. Cada observación mordaz sobre mi falta de caballerosidad, pero ni una sola habilidad doméstica. Tiene el descaro de encontrar faltas en

todo sobre mí y mi hogar, pero no puede manejar lo más simple... —Se interrumpió, el recuerdo de ayudarla con los cierres de su vestido enviando un calor no deseado por su sangre.

Fuera de la puerta del salón, Lizzie presionó su mano contra la madera, su corazón retumbando bajo su corsé. Había venido buscándolo, esperando que su tregua temporal sobre la visita a la modista pudiera llevar a... algo. En su lugar, lo encontró menospreciándola ante este paradigma de virtud femenina.

—A fe mía, debería haberla dejado donde la encontré aquel día —sus palabras golpearon como golpes físicos.

—No podrías haber hecho eso —dijo Adelaide—. Sabes que no podrías haberlo hecho.

—Supongo que no. —El suspiro de Lucian pareció llenar la enorme habitación—. Pero desearía que estuviera fuera de esta casa.

—Sería cruel. Está sola en el mundo sin memoria. Está completamente indefensa.

—¡¿Indefensa?! —La palabra explotó de él como un disparo—. Ella no.

Los dedos de Lizzie se curvaron contra la puerta, las uñas clavándose en la madera. ¿Indefensa? Si él solo supiera el peso del secreto que cargaba, el constante terror de que su verdadera identidad pudiera ser descubierta. Cada respiración en esta casa era un acto de supervivencia, cada palabra cuidadosamente elegida un escudo contra el descubrimiento.

Las voces de Adelaide y Lucian se filtraban a través de la puerta como humo venenoso mientras discutían su "reforma". Cada palabra avivaba el fuego de la ira de Lizzie hasta que consumió su anterior dolor. El gran Conde de Thorncliff pensaba entrenarla como a una señorita de campo, ¿verdad? Enseñarle a cocinar y coser como si tales logros pudieran borrar quién era realmente—como si Lady Elizabeth Ashworth no hubiera comandado los salones más exclusivos de Londres con nada más que una ceja levantada y una palabra bien ubicada.

Tomando un profundo respiro que no hizo nada para calmar su pulso acelerado, Lizzie suavizó su expresión hasta lograr un perfecto pulido de sociedad. Que viera lo que una verdadera dama podía hacer.

Entró en el salón con gracia calculada, permitiendo que la sorpresa agrandara sus ojos al caer sobre Adelaide. La otra mujer era todo lo que Lizzie no era—pequeña, delicada, perfectamente adaptada a esta vida provincial con su cabello castaño dorado y cálidos ojos oscuros. No era de extrañar que Lucian prefiriera tal domesticidad gentil a la peligrosa altura y lengua afilada de Lizzie.

—¡Oh! Perdónenme, no sabía que Lucian tenía compañía. ¿Espero no estar interrumpiendo nada?

—No, no, por supuesto que no. —La sonrisa de Adelaide transmitía una calidez genuina que hizo flaquear el ataque planeado de Lizzie—. Lucian y yo solo estábamos tomando el té.

Lizzie miró a Lucian, quien simplemente suspiró y dejó su taza, su expresión sugiriendo que preferiría enfrentar un pelotón de fusilamiento que esta particular invasión femenina. Ella arqueó una ceja en perfecta imitación del gesto habitual de él. —Mi lord, ¿no vas a presentarnos?

—Por supuesto —ni siquiera se molestó en levantarse, el bárbaro—. Adelaide, me gustaría presentarte a Anne. Anne, esta es mi vecina y amiga Adelaide.

Si pensaba que su despido casual la disuadiría, tenía mucho que aprender sobre cómo manejar a mujeres de su calibre. Hirviendo bajo su brillante sonrisa, se volvió hacia Adelaide. —He oído tanto sobre ti.

La luz de la tarde atrapaba el vapor que se elevaba de sus tazas de té como incienso en una iglesia —todo ceremonia y falsa paz. Lizzie estudiaba a Adelaide con creciente confusión. La calidez gentil y la preocupación genuina de la mujer hacían difícil mantener su justa ira, pero cada vez que su mirada se desviaba hacia Lucian, la rabia se encendía de nuevo. Él estaba sentado allí como un Zeus taciturno, apenas dignándose a reconocer a ninguna de las dos.

Cuando Adelaide comenzó a hablar de sus hermanos, pintando imágenes de un hogar caótico pero amoroso tan diferente de la crianza cuidadosamente ordenada de Lizzie, algo dentro de su pecho dolió. Este era el tipo de mujer que Lucian quería —alguien que entendía la vida en el campo, que podía manejar niños y ollas con igual gracia.

—Ojalá pudiera recordar si tenía hermanos o hermanas —dijo, sorprendiéndose de la verdad de ese deseo.

—No —la voz de Lucian cortó la cálida atmósfera como un viento invernal—. Eras hija única.

Lizzie se puso rígida, con furia fresca en su sangre. —¿Cómo lo sabrías?

—Es evidente —sus labios se curvaron de esa manera enloquecedora que la hacía querer arrojarle algo a la cabeza—. Tenías que ser hija única, mimada y consentida.

La acusación golpeó demasiado cerca de casa —¿cuántas veces le había advertido su padre que la sociedad londinense la estaba volviendo egoísta? Pero se condenaría si dejaba que este señor provinciano juzgara su carácter. —Quizás —dijo con peligrosa dulzura—, era la menor, y amada por mis padres y hermanos.

La tarde se convirtió en una batalla silenciosa. Mientras Adelaide charlaba sobre su familia, Lizzie observaba a Lucian retirarse detrás de su diario como un cobarde defendiendo las almenas. Cada roce de las páginas se sentía como un insulto personal, cada momento de

conversación ignorada, otra grieta en su compostura hasta que finalmente no pudo soportarlo más.

Tras la partida de Adelaide, algo se rompió dentro de Lizzie. La cuidadosa contención que había mantenido durante el té se hizo añicos como fina porcelana caída sobre mármol. Volvió a zancadas al salón, sus faldas susurrando furia con cada paso, y le arrebató el diario de las manos a Lucian.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz llevaba ese filo peligroso que debería haberla advertido de retroceder. Debería haberlo hecho, pero Lizzie nunca había sido sabia en cuanto a retirarse.

Se acomodó en el sofá con gracia deliberada, dejando que cada movimiento rezumara burla. —Discúlpame, pero simplemente debo ver por mí misma qué era tan cautivador que tuviste que ignorar a tu amiga durante el té —cada palabra emergió precisa como una cuchilla.

—No estaba ignorando a mi amiga durante el té.

—Ya veo —hizo un espectáculo de estudiar las páginas, aunque sus manos temblaban con rabia contenida—. Entonces era a mí a quien pretendías ignorar. Qué descortés para Adelaide.

—A ella no le importó —su tono podría haber congelado el vino en la copa—. Y no te estaba ignorando. Las damas parecían estar disfrutando su conversación.

—¡Oh, mira! —Lizzie infundió a su voz un falso deleite—. ¡Un arado! Y qué elegante, además. —Se acercó más, dejando que sus labios se curvaran en una sonrisa diseñada para enfurecer—. Vaya, no sabía que los arados fueran tan caros. Con razón estabas furioso por mis gastos en ropa. ¿Qué son unos vestidos en la espalda de una mujer frívola comparados con un arado?

—No estaba pensando en el arado. —El músculo de su mandíbula se movió bajo su piel, atrayendo traidoramente su mirada hacia la fuerte línea de esta.

—¿El carro, entonces?

Un gruñido retumbó en el pecho de Lucian —un sonido más animal que aristócrata— mientras le arrancaba el diario de las manos. Lizzie lo miró fijamente, súbitamente consciente de cómo se cernía sobre ella, de cómo la luz del fuego captaba el peligroso brillo en sus ojos gris tormenta.

—¡Basta! —La palabra explotó de él mientras arrojaba el diario.

—¡Sí, basta! —Lizzie se puso de pie de un salto, negándose a dejarse intimidar por su altura o su presencia que parecía robar todo el aire de la habitación—. ¡No puedo creer que te atrevieras a pedirle a tu amiga que me enseñara a cocinar y coser y aprender las artes femeninas, y luego ni siquiera tuvieras el valor de presentar la idea tú mismo!

El conocimiento destelló en sus facciones como un relámpago de verano. —¿Nos escuchaste?

—¡Lo hice! —Cada palabra surgió afilada como cristal cortado—. Si ibas a endosarme a ella como un remiendo de la semana pasada, al menos podrías haberle mostrado la cortesía de prestarle atención durante el té. ¡Si yo no hubiera ayudado a la pobre Adelaide a mantener la conversación, se habría hundido por completo!

—Eso era de lo que pretendía hablarte —su voz bajó a ese peligroso terciopelo que hacía que su pulso saltara traicioneramente.

—Bueno, ya no hace falta, ¿verdad? He oído más que suficiente, y Adelaide ya ha hecho tu trabajo sucio. —Se giró hacia la chimenea, necesitando distancia de su abrumadora presencia—. Sí, aprenderé lo que ella me enseñe. No por ti, por supuesto. Por Adelaide. No la mereces. Es demasiado buena para ti.

—¿Y yo no lo soy? —Cada palabra llevaba una suavidad letal mientras la acechaba.

—Tú, señor —levantó la barbilla, aunque su corazón retumbaba contra sus ballenas—, eres un caballero rural engreído con muy poco que ofrecer a una dama.

—¿Lo soy? —Se acercó aún más, hasta que ella pudo sentir el calor que irradiaba de su cuerpo.

—Un tirano y un patán —la voz de Lizzie tembló con emociones que no se atrevía a nombrar. El fuego a su espalda no era nada comparado con el calor de su aproximación—. Deberías besar los pies de Adelaide. Al menos ella merece algo de cortesía de tu parte, considerando lo completamente que la ignoraste durante el té. Aunque quizás no debería sugerir eso, sin duda tus besos son tan poco galantes como el resto de ti.

—Mis besos —su voz bajó a un registro que parecía diseñado para derretir sus huesos—, no son de tu incumbencia.

—Una dulce misericordia —logró decir, aunque sus labios hormigueaban con una anticipación que se negaba a reconocer.

El espacio entre ellos se desvaneció como la niebla matutina ante el sol. Sus manos atraparon los brazos de ella, con los dedos ardiendo a través de la tela de sus mangas mientras la atraía hacia él. Tuvo un instante de conciencia de su fuerza sólida, el aroma a sándalo y el poder apenas contenido, antes de que su boca reclamara la de ella con propósitos devastadores.

Lizzie se quedó paralizada, golpeada por una sensación como un rayo a través de su sangre. La habían besado antes —gestos cuidadosos y corteses que pedían permiso y suplicaban favor. Esto... esto no era una petición gentil. Lucian besaba como un conquistador, exigiendo no solo una respuesta, sino rendición.

Contra toda razón, ella aceptó su desafío. Sus manos encontraron los hombros de él, sintiendo la fuerza contenida bajo la fina lana mientras se arqueaba hacia él. Sabía a té y deseo y peligrosas

posibilidades. El calor inundó su cuerpo, convirtiendo sus huesos en oro líquido mientras las manos de él aprendían sus curvas a través de las delgadas barreras de la ropa.

Algo cambió entre ellos, se transformó. El beso se suavizó de guerra a maravilla, sus labios persuadiendo en lugar de exigir. Un suave sonido escapó de su garganta cuando la necesidad reemplazó a la ira, cuando la pasión compartida se convirtió en descubrimiento compartido.

Cuando él se apartó bruscamente, se quedaron congelados en el cuadro —ambos respirando con dificultad, aún envueltos en los brazos del otro. El corazón de Lizzie latía con fuerza contra el pecho de él mientras su mente giraba como una peonza suelta. Los ojos de él se habían oscurecido hasta el humo, con la pasión y la confusión librando una batalla en sus profundidades.

Se separaron como bailarines completando una figura prohibida, cada movimiento cuidadoso como si un movimiento repentino pudiera hacer añicos lo que quedaba de su compostura. Lucian retrocedió primero, aunque sus manos parecían reacias a soltarla. Lizzie se encontró igualmente reacia a dejarlo ir, sus dedos deslizándose de los hombros de él como una caricia que ninguno de los dos había pretendido.

El fuego crepitaba en el silencio entre ellos, su calor no era nada comparado con lo que aún corría por su sangre. Sus labios ardían con su beso, su piel dolía donde las manos de él la habían marcado. Incluso el aire se sentía diferente —más espeso, cargado de posibilidad y peligro.

Lucian tomó un aliento entrecortado que pareció costarle caro. Cuando finalmente habló, su voz surgió áspera como la piedra de Yorkshire. —Piensa lo que quieras. No hace ninguna diferencia.

Antes de que ella pudiera responder, él se dio la vuelta y salió de la habitación como un hombre huyendo de un desastre. La puerta se cerró tras él con una finalidad devastadora.

Lizzie se quedó paralizada por un momento eterno, cada terminación nerviosa de su cuerpo aún cantando por su toque. Sus piernas temblaban bajo sus faldas mientras el impacto total de lo que acababa de suceder se estrellaba sobre ella como una ola. No solo el beso —aunque el cielo sabía que eso era bastante devastador— sino la realización de que había perdido por completo el control de este juego que había estado jugando.

Tropezó hasta el sofá, hundiéndose en sus cojines cuando sus rodillas finalmente cedieron. Una risa burbujeó en su garganta —amarga y temblorosa— antes de que apretara los labios. Había pretendido desafiarlo, ganar la ventaja, pero en su lugar, se había deshecho por completo. Cualquiera que fuese la batalla que estaban librando, ya no estaba segura de querer ganar.

Capítulo 9

Lizzie frunció el ceño ante la camisa en su regazo, un roto en la manga le devolvía la mirada como una sonrisa burlona. Siempre había sido hábil con el petit point —rosas, lirios, incluso algún que otro colibrí—, pero ¿zurcir? Eso era harina de otro costal.

—¿Y ahora qué hago? —murmuró, sosteniendo la aguja como si fuera a saltar de sus dedos y terminar el trabajo por sí sola.

—Es sencillo —dijo Adelaide con dulzura, su propia aguja deslizándose por la tela en su regazo con práctica facilidad—. Déjame mostrarte.

Las manos hábiles de Adelaide trabajaron rápidamente, haciendo desaparecer el desgarro de su prenda como si nunca hubiera existido. Lizzie observó atentamente, tomando notas mentales. Una puntada a la vez. Sin florituras, sin arte, solo tela encontrándose con tela.

—Sí, sí, ya veo —dijo Lizzie, animada por la demostración. Tomó su propia aguja y se puso manos a la obra. Las damas cayeron en un silencio amigable durante unos momentos, el único sonido era el roce ocasional del hilo contra la tela. Sin embargo, la mente de Lizzie no estaba quieta; zumbaba, una pregunta daba vueltas como una mosca inquieta.

Dudó, pero luego se lanzó. —Adelaide, espero que no me consideres atrevida, pero tú y Lucian... bueno...

—Oh, sí —dijo Adelaide con indiferencia—. En efecto, estamos prometidos.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas como una puntada caída. —¿Prometidos?

Adelaide asintió, su cabeza castaña dorada aún inclinada sobre su costura.

Lizzie se quedó inmóvil, su aguja suspendida en el aire. ¿Eso era todo? ¿Sin confesión sonrojada, sin resplandor de felicidad? La simplicidad de la declaración era casi más impactante que la revelación en sí.

—Pero la fecha... ¿no está fijada? —se aventuró, tratando de mantener un tono ligero.

—No —admitió Adelaide, un leve ceño frunciendo su frente—. Simplemente no puedo considerar el matrimonio todavía. Cuando Beth sea mayor y pueda ayudar más a madre, entonces será el momento. Pero por ahora... —se interrumpió con un pequeño suspiro—. No puedo abandonar a madre.

Lizzie la estudió, la casualidad de su tono contrastaba con el peso de sus palabras. —Esperar tanto para casarte con Lucian, ¿no podría tu madre encontrar otra ayuda?

Adelaide negó con la cabeza y soltó una risa amarga. —Aunque pudiéramos permitirnos tal ayuda, dudo que se quedaran mucho tiempo. Mi familia es bastante... revoltosa. Incluso el cura declara que no quiere saber nada de enseñarles.

Lizzie no pudo evitar sonreír. —Suenan animados.

Los labios de Adelaide se crisparon. —¿Eso crees? Tal vez. Pero el pobre Lucian... le gusta tener su vida organizada. Los niños no lo permiten.

Niños. El estómago de Lizzie dio un vuelco. Pensó en el beso en la sala —las manos de Lucian sobre sus brazos, sus labios reclamando los de ella como si el mundo fuera a acabarse si no lo hacían. Y sin embargo, aquí estaba Adelaide, hablando tranquilamente sobre la posibilidad de que él manejara un hogar lleno de niños revoltosos como si fuera lo más natural del mundo.

—No había pensado en eso —dijo Lizzie con cuidado—. Ya fue todo un tirano solo porque reacomodé los muebles.

Adelaide se rio, un sonido suave y melodioso. —Sí, me enteré de eso. Pero Lucian tiene muchas buenas cualidades. Puede ser muy amable, ¿sabes?

Los labios de Lizzie se curvaron en una leve sonrisa, aunque sus pensamientos estaban lejos de divertirse. ¿Amable, decía? ¿Era amable besar a una mujer cuando estaba prometido a otra? ¿Era amable hablar de decoro mientras lo rompía tan descaradamente?

—Estoy segura de que puede serlo —murmuró Lizzie, manteniendo firme su aguja—. Si uno se esfuerza en verlo.

La sonrisa de Adelaide vaciló, su mirada destellando con preocupación. —Sé que no siempre te llevas bien con él. Él... no siempre se comporta como debería contigo, pero es un buen hombre. De verdad.

—Un buen tirano —bromeó Lizzie, pero sin convicción. Clavó la aguja en la tela, la tensión en sus hombros aumentando con cada puntada.

Adelaide dudó, luego dijo suavemente: —Creo que es porque tomó las riendas de la finca cuando era muy joven, solo tenía diecisiete años. Perdió a sus padres por esa fiebre el mismo año.

La mano de Lizzie se detuvo, su ceño frunciéndose. —¿Diecisiete? —La imagen de Lucian como un muchacho larguirucho, cargado con responsabilidades muy superiores a su edad, surgió involuntariamente en su mente. Algo se ablandó en su pecho, aunque resistió el sentimiento—. No tuvo a nadie que le enseñara que tal autoridad puede arruinar a un hombre si no se controla.

—¿Arruinarlo? —Las cejas de Adelaide se fruncieron con confusión—. Seguramente un hombre debe ser el amo de su propia casa.

Lizzie arqueó una ceja, su voz ligera aunque sus pensamientos eran todo lo contrario. —¿Debería?

La conmoción de Adelaide fue casi cómica. —Debes perdonarme. Olvido... tu memoria —El alivio coloreó su tono, como si la amnesia de Lizzie lo explicara todo.

—En efecto, quizás sea eso —dijo Lizzie, sonriendo levemente—. O quizás simplemente he olvidado lo que significa ser el sexo débil.

Adelaide se sonrojó, volviendo a su costura con renovada concentración.

—A veces parece autoritario, lo sé...

—Todo el tiempo —corrigió Lizzie, su aguja atravesando la tela con fuerza casi vengativa.

—Y no ofrece cumplidos...

—Ciertamente no.

—Y es brusco...

—Hasta el punto de la grosería.

—Y no es demostrativo por naturaleza...

La aguja resbaló, pinchando el dedo de Lizzie.

—¡Ay!

—¿Estás bien? —la voz de Adelaide estaba llena de preocupación.

Lizzie se llevó la mano a la boca, más para ocultar su expresión atónita que para atender la pequeña herida. ¿No demostrativo? Si ese beso había sido algo, era demostrativo. El recuerdo la quemó de nuevo, dejándola sin aliento.

—Estoy bien —dijo apresuradamente—. Pero... seguramente, ¿es demostrativo contigo?

El sonrojo de Adelaide se intensificó, bajando la mirada hacia su costura.

—No, realmente no. No es su manera de ser. Nunca lo ha sido.

La aguja de Lizzie se cernía sobre la tela, su mente acelerándose.

—¿Cuándo os prometisteis? —preguntó, con voz cuidadosamente neutral.

Adelaide sonrió levemente.

—Hace bastante tiempo... dos, quizás tres años.

Lizzie parpadeó. ¿Dos o tres? ¿Quién olvidaba la fecha de su compromiso? La pregunta ardía en su lengua, pero la tragó.

—Y aun así comprendió tus obligaciones familiares —dijo en su lugar.

—Oh, sí —dijo Adelaide, su voz suave con gratitud—. Es un hombre muy comprensivo.

Los labios de Lizzie se tensaron. ¿Comprensivo? Tal vez. Pero ¿qué clase de hombre besaba a una mujer mientras prometía esperar años por otra? Su corazón se retorció dolorosamente, pero mantuvo su rostro sereno. Fuera lo que fuese Lucian, no era suyo para descifrarlo. Ese beso, sin importar cómo la había hecho sentir, había sido un error.

La señora Pippins entró apresuradamente en la habitación, sus manos revoloteando como pájaros asustados.

—Señorita Adelaide, ha llegado un mensaje para usted —anunció, su voz cargada de urgencia —. Su madre la necesita. La pequeña Beth ha desaparecido.

—Oh, cielos, madre estará fuera de sí —dijo Adelaide, levantándose rápidamente, su costura cayendo olvidada en su regazo. Se volvió hacia Lizzie con una sonrisa de disculpa—. Lo siento. Debo irme de inmediato.

—Por supuesto —dijo Lizzie, dejando a un lado sus propios intentos de remiendos con alivio —. Espero que la encuentren pronto.

—Creo que lo haré —la voz de Adelaide sonaba tranquila a pesar de la preocupación grabada en sus facciones—. Beth ha tomado la costumbre de deambular últimamente, pero rara vez se aleja mucho. Espero que la encontremos en la cala otra vez. Aun así, asusta a madre cada vez que sucede.

—Sin duda —coincidió Lizzie—. No te preocupes por mí. Practicaré mi costura e intentaré terminar esta pila.

Adelaide dudó, mirando el montón de tela. —¿Estás segura? Es una cantidad bastante abrumadora.

Lizzie cuadró los hombros, una chispa de determinación encendiéndose en su pecho. —Si tú puedes manejarlo, yo también.

Adelaide sonrió cálidamente. —Volveré para el té, lo prometo.

—Bien —respondió Lizzie, aunque no pudo evitar un destello de envidia ante la gracia de la otra mujer bajo presión—. Un agradable descanso será bienvenido.

Con eso, Adelaide salió majestuosamente de la habitación, con la señora Pippins parloteando tras ella. Lizzie miró fijamente la pila de ropa, su determinación vacilando. Si Adelaide podía

manejar una casa llena de hermanos y aun así parecer serena, seguramente Lizzie podría dominar unas cuantas puntadas. Respirando profundamente, tomó su aguja.

***

Lucian se dirigió a grandes zancadas hacia su dormitorio, el sudor pegado a su camisa y el agotamiento arrastrando sus extremidades. El heno estaría pronto listo para la cosecha, y las interminables exigencias de la finca lo dejaban exhausto. Aun así, la señora Pippins le había informado que tanto Adelaide como Lizzie ya estaban tomando el té, esperándolo. La idea de ver a Lizzie después de la noche anterior le retorcía el estómago con inquietud.

El beso había sido imperdonable. Nunca debería haberse permitido caer en una tentación tan temeraria. Ella era una invitada bajo su techo, sola en el mundo y completamente vulnerable. Sin embargo, el recuerdo de sus labios, suaves y entregados bajo los suyos, encendía un calor que se negaba a extinguirse. Murmuró una maldición entre dientes. Sin duda, él era quien más sufría por su propia insensatez.

Al entrar en su habitación, se quedó paralizado. Una montaña de ropa pulcramente doblada descansaba sobre su cama. Frunciendo el ceño, se acercó. Una nota reposaba encima.

¡Sorpresa! — Anne.

Lucian frunció el ceño mientras alcanzaba la camisa que estaba encima. Al levantarla, gimió. La mitad de la manga estaba inexplicablemente cosida al costado de la camisa. Dejándola caer, agarró los pantalones que estaban debajo. Una pierna se extendía en toda su longitud, mientras que la otra era cómicamente corta. —Maldita sea —murmuró, arrojando los pantalones.

Sus ojos se posaron en una pila de pañuelos junto a la ropa. Tentativamente, cogió uno. Una rosa entrelazada con un florido conjunto de iniciales le devolvió la mirada en un bordado perfecto y delicado. Algo entre un gruñido y una risa retumbó en su pecho. —Esto es el colmo.

Recogiendo las prendas ofensivas, marchó fuera de la habitación, bajó las escaleras y entró en el salón. La visión de Lizzie y Adelaide tomando el té con recatada compostura solo avivó más su frustración. Sin preámbulos, abrió la puerta de una patada.

—¡Anne! —bramó.

Lizzie levantó la mirada, sus ojos azul verdosos brillando con inocente deleite.

—¡Encontraste mi sorpresa! —exclamó.

—¿Tu sorpresa? —masculló Lucian, avanzando a zancadas—. ¡Eres una diablilla!

—¿Diablilla? —La alegría se desvaneció de su rostro, reemplazada por indignación—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Trabajé todo el día en esas prendas! ¡Tengo los dedos pinchados y las manchas de sangre para probarlo!

—En efecto, Lucian —dijo Adelaide, frunciéndole el ceño—. Eso fue innecesario. Anne trabajó muy duro.

—Oh, sí que trabajó duro —gruñó Lucian. Arrojó la ropa sobre la silla más cercana y levantó la camisa—. ¡Miren lo que ha hecho!

Los ojos de Adelaide se agrandaron mientras dejaba su taza de té.

—Oh, cielos.

Lizzie examinó la camisa, su expresión imperturbable.

—Hmm. Supongo que no presté suficiente atención. Era un desgarro muy grande, ¿sabes?

Lucian agarró los pantalones a continuación, sosteniéndolos en alto como un estandarte de guerra.

—¿Y qué me dices de estos?

Lizzie se sonrojó levemente pero se negó a parecer intimidada.

—Lucian, puede que remiende tus pantalones, pero seguramente hasta tú debes admitir que agitarlos durante el té es inapropiado.

—Ya no son pantalones —tronó Lucian—. ¡A menos que sean para un hombre con una sola pierna!

Los labios de Adelaide temblaron a pesar de sí misma.

—¿Cómo demonios lograste eso?

—Temía que la primera costura no resistiera —dijo Lizzie con naturalidad—. Así que añadí otra. No tenía idea de que consumiría tanta tela.

—¡Están arruinados! —exclamó Lucian.

—Quizás —sugirió Adelaide, mordiéndose el labio—, podrías meterlos dentro de tus botas.

—¡Sí! —dijo Lizzie, su voz temblando con risa contenida—. Entonces no sería tan notorio.

—¿No notorio? —rugió Lucian—. ¿Y llamas a esto "no notorio"? —Sostuvo en alto el pañuelo bordado, la rosa mirándolo burlonamente.

Adelaide jadeó.

—¡Oh, cielos!

—Pensé que le añadiría algo de gracia —dijo Lizzie, levantando el mentón—. Los pañuelos lisos son tan aburridos.

—Anne —dijo Adelaide, sus ojos brillando—. Es un trabajo hermoso.

—¿Hermoso? —exclamó Lucian—. ¡Tiene una flor!

—¿Dónde aprendiste esa puntada? —preguntó Adelaide, inclinándose para admirarlo más de cerca.

Lizzie se encogió de hombros.

—No lo sé. Simplemente... me vino a la mente. Puede que no sea hábil remendando ropa, pero soy bastante buena en el petit point.

—¿Podrías enseñarme? —preguntó Adelaide, su voz rebosante de entusiasmo.

—¡No! —ladró Lucian—. Ella no te enseñará. ¡No habrá más flores en mis pañuelos!

—Tal vez un diseño diferente la próxima vez —dijo Adelaide pensativamente—. Una rosa es un poco exagerado para Lucian, ¿no crees?

Las dos mujeres intercambiaron una mirada y estallaron en carcajadas.

—Quizás unos patos —dijo Lizzie, con la voz temblando de risa—. O arados.

—¿Arados? —exclamó Adelaide, disolviéndose en risitas.

Lucian se puso rígido, con la mandíbula trabajando furiosamente.

—¡No tiene nada de gracioso! —tronó—. ¡Todas y cada una de ellas están arruinadas!

—Tenía tiempo libre —dijo Lizzie entre risitas—. Y quería demostrar que había aprendido a coser.

—¿Coser? —repitió Lucian, elevando la voz—. Esto no es coser... ¡es sabotaje!

Adelaide, aún riendo, alcanzó su té.

—Lucian, se necesita tiempo para aprender.

—¿Y mientras tanto, me quedo sin ropa? —espetó, mirando furiosamente a Lizzie.

—Podrías pedir prestadas algunas de las mías —dijo Lizzie dulcemente, mordiéndose el labio.

—¡Maldita sea! —explotó Lucian, su frustración desbordándose.

—Lucian —dijo Adelaide, ahora frunciendo el ceño—. Le debes una disculpa a Anne.

—No me disculparé —soltó Lucian. Su mirada se posó en Lizzie, aguda y acusadora—. Por nada.

La risa de Lizzie se evaporó. Sus ojos se endurecieron, levantando la barbilla con tranquila dignidad.

—No pedí una disculpa, mi señor. Pero no soportaré insultos —se levantó, sus faldas rozando la silla mientras se giraba—. Si me disculpan.

Adelaide la llamó, pero Lizzie no se detuvo. La puerta se cerró tras ella con un chasquido decisivo.

—Lucian —dijo Adelaide suavemente—. Eso fue cruel.

—¿Lo fue? —murmuró, desplomándose en la silla y mirando con el ceño fruncido el montón de prendas arruinadas.

—Sí —dijo Adelaide con firmeza—. Ella lo está intentando, Lucian. Deberías darle una oportunidad.

Se puso de pie, lanzándole una mirada de reproche antes de seguir a Lizzie. Solo, Lucian miró fijamente el montón de ropa hasta que su mirada se posó en el pañuelo. Recogiéndolo, pasó el pulgar sobre la rosa bordada en la esquina.

Una bandera blanca, pensó sombríamente. ¿Tregua o guerra? Lo metió en su chaqueta y alcanzó su té.

Capítulo 10

—Nunca imaginé que la vida en el campo conllevara tanto —confesó Lizzie, con voz ligera pero con un deje de asombro. Se movió en el duro banco del carro, alisando sus faldas mientras este se sacudía al pasar por un bache en el camino. La luz de la mañana pintaba los campos de oro, pero el débil aroma a estiércol que flotaba en el aire le recordaba que esta vida bucólica estaba lejos de ser idílica.

Adelaide sonrió mientras azuzaba las riendas, instando al caballo a avanzar.

—Es diferente de la vida en la ciudad, me imagino. Pero los arrendatarios de Lucian trabajan duro, la mayoría de ellos.

—No todos —dijo Lizzie, con la voz más afilada al recordar su primera parada. Su nariz se arrugó al rememorar la choza de los Waltham—. Esa señora Waltham... es una desaliñada.

La suave risa de Adelaide bailó en la brisa.

—Millicent nunca ha sido una mujer ordenada, y Jacob no es mejor. Tienen cierta reputación, me temo. En el pueblo dicen que cuando sopla el viento en la dirección equivocada, todo el pueblo lo sabe.

Lizzie soltó una risa ahogada.

—No lo dudo.

La mirada de Adelaide se tornó pensativa mientras el carro avanzaba.

—Pero hay poco que se pueda hacer. Algunas personas simplemente no cambian.

Lizzie miró a su compañera, pero no dijo nada. No confesaría lo que había hecho: cómo, después de ver los cuencos de leche dejados en el umbral "para las hadas", había visto una oportunidad. Millicent había estado firme en su creencia de que las erupciones y los mocos de los niños eran obra de duendes traviesos. Esa superstición era una herramienta que Lizzie podía usar.

Fingiendo haber olvidado un guante, había regresado sola a la choza de los Waltham y se había inclinado cerca de Millicent con autoridad conspiradora.

—Una vez conocí a una vieja bruja, muy sabia, que dijo que las hadas detestan las casas limpias. Aborrecen el olor a lejía. La mejor manera de ahuyentarlas es frotar todo hasta que quede impecable.

Millicent la había mirado con los ojos muy abiertos y sin parpadear. Cuando Lizzie se marchó, sintió un destello de satisfacción. Si su apuesta funcionaba, quizás los Waltham mejorarían, no por ellos, sino por los niños.

El carro se sacudió cuando Adelaide lo dirigió hacia la siguiente cabaña. Lizzie rompió su silencio, desviando la conversación de su intromisión.

—Los Talbert parecían agradables.

—Lo son —dijo Adelaide, aunque un ceño fruncido tiraba de sus labios—. Pero me preocupo por Jeremy. Su pierna no está sanando.

Lizzie hizo un gesto con la mano, restando importancia a la preocupación.

—Es joven. Se curará.

Adelaide le lanzó una mirada de soslayo, con un brillo de diversión en sus cálidos ojos.

—Ciertamente parecía estar de mejor ánimo después de tu visita.

Las mejillas de Lizzie se calentaron.

—Tonterías. Simplemente le ofrecí un poco de aliento.

—Le prometiste un vals.

—Necesitaba algo a lo que aspirar —replicó Lizzie, pero su tono se suavizó. No se arrepentía de sus palabras al muchacho. Si bromear para sacarlo de su mal humor le daba una razón para sanar más rápido, que así fuera. Pero el recuerdo de su tímido sonrojo —su mirada maravillada — provocó una extraña mezcla de satisfacción y culpa.

Cuando el carro se detuvo frente a la siguiente cabaña, el comportamiento de Adelaide cambió. —Esta es la casa de Joyce Simpson —susurró, con la voz teñida de tristeza.

Lizzie notó el cambio en el tono. —¿Qué ocurre?

Adelaide dudó mientras aseguraba las riendas. —Joy es encantadora —dulce, amable—, pero su marido es... menos agradable.

Lizzie frunció el ceño. —¿Un bruto?

Adelaide negó con la cabeza. —No violento, pero no menos cruel a su manera. Se gasta el sueldo en whisky y... otras mujeres.

El estómago de Lizzie se revolvió. —¿Y ella se queda?

—¿Qué otra opción tiene? —Adelaide bajó del carro, sus faldas rozando el camino de tierra—. Es una mujer orgullosa. Nunca pediría ayuda.

Dentro, la cabaña estaba impecable. Los niños jugaban en silencio en un rincón, con ropa gastada pero limpia. Joyce las recibió con una tímida sonrisa, las manos fuertemente apretadas frente a su delantal. Sus ojos atormentados contaban una historia de resistencia, de sufrimiento silencioso.

Adelaide habló con dulzura, preguntando por los niños y el hogar, mientras Lizzie permanecía callada, observando. El orgullo en la voz de Joyce al describir las pequeñas victorias de sus hijos y su cuidadosa administración tiraba del pecho de Lizzie. Era la silenciosa dignidad de una mujer que había aprendido a sobrevivir frente a mil pequeñas humillaciones.

Las manos de Lizzie se cerraron en puños sobre su regazo. Pensó en cómo habría sido su propia vida si se hubiera casado con Moore, si él hubiera logrado quebrar su espíritu. Podría haber sido Joyce —resignada, atrapada e indefensa—. La idea le quemaba como ácido.

Cuando partieron, Lizzie aún estaba hirviendo. Al llegar al carro, se detuvo. —Adelaide, perdóname. He olvidado mi pañuelo. Hoy estoy tan distraída.

Adelaide ladeó la cabeza, pero no dijo nada mientras Lizzie se volvía y regresaba a la cabaña a grandes zancadas.

—¿Puedo pasar? —preguntó Lizzie cuando Joyce abrió la puerta, con un destello de sorpresa en su rostro.

—Por supuesto, señorita Anne. ¿Olvidó algo?

—Sí... y no —dijo Lizzie, entrando. Dudó, buscando las palabras—. Tu hogar es precioso, Joyce. Has hecho maravillas.

Las mejillas de Joyce se colorearon ante el inesperado elogio. —Gracias.

Lizzie tomó aire. —Mereces una vida mejor que esta.

La otra mujer se tensó, sus ojos desviándose hacia los niños. —No sé a qué se refiere.

—Sí lo sabes —dijo Lizzie con suavidad—. Tu marido no valora lo que aportas a este hogar. Pero tienes fuerza, Joyce. Lo veo.

La barbilla de Joyce tembló, pero no dijo nada. Lizzie continuó. —No tienes que aceptar lo que él te da —o no te da—. Hay maneras de tomar el control.

—¿Qué maneras? —susurró Joyce, con voz quebradiza.

Lizzie sonrió levemente. —Por ahora, mantén esa fuerza tuya cerca. Y si necesitas ayuda, pídela. No hay vergüenza en defenderte a ti misma.

Cuando Lizzie finalmente dejó la cabaña, Joyce se quedó en la puerta, con una expresión indescifrable. Lizzie subió de nuevo al carro junto a Adelaide, con movimientos enérgicos. —¿Nos vamos?

***

Lizzie se recostó contra las almohadas, con un libro de la biblioteca sobre su regazo. Las palabras se desenfocaron mientras sus pensamientos divagaban, y su estómago emitió un fuerte gruñido de protesta. Presionó una mano contra él y suspiró. El té había transcurrido sin incidentes; Adelaide había declinado quedarse, y Lizzie había aprovechado la excusa para evitar cenar con Lucian. La idea de su inevitable conversación la llenaba de temor, no del tipo que proviene del miedo, sino más bien de la incómoda tensión de dos personas caminando por la cuerda floja de emociones no resueltas. Cenar sola en su habitación parecía la opción más segura, propicia para la digestión y la cordura.

Un golpe en la puerta llamó su atención. Esperando a la señora Pippin con su comida, dejó el libro a un lado y se enderezó.

—Adelante.

La puerta se abrió, pero en lugar de la figura ajetreada de la señora Pippin, entró Lucian. Su presencia llenó la habitación con un peso no invitado, y Lizzie se puso tensa, agarrando el borde del cubrecama.

—Buenas noches —dijo él con suavidad, entrando y cerrando la puerta tras de sí.

Ella lo miró con recelo.

—Lucian. ¿A qué debo este placer?

Él cruzó la habitación con esa gracia deliberada y depredadora que ella empezaba a reconocer.

—La señora Pippin mencionó que has decidido cenar sola. Parecía bastante preocupada.

Lizzie levantó la barbilla.

—¿Está prohibido, mi lord?

—No prohibido —dijo él con ligereza, su tono incongruentemente tranquilo—, pero... desaconsejado.

Antes de que ella pudiera responder, él metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó algo. Un pañuelo, pulcramente doblado, cayó sobre su regazo. Lizzie parpadeó mirándolo, y luego volvió a mirarlo a él, arqueando las cejas con sospecha. La flor bordada que ella había cosido con tanto esmero le devolvió la mirada burlonamente.

—¿Qué es esto? —exigió, aunque la respuesta flotaba en el aire entre ellos.

—Una bandera de tregua —dijo Lucian, con voz baja pero firme, sus ojos grises sin vacilar.

Sus labios se separaron como para responder, pero no salieron palabras. Lo estudió, buscando el toque de burla que tan a menudo esperaba. En cambio, su expresión era inusualmente abierta, su postura carecía de su rigidez habitual.

—Ya veo —dijo finalmente, con la voz más entrecortada de lo que le hubiera gustado. Su estómago gruñó audiblemente, y el calor subió a sus mejillas.

—Sugeriría que lo aceptes —murmuró él, con la más leve sonrisa tirando de las comisuras de su boca—, y rápido.

Lizzie volvió a mirar el pañuelo, el delicado bordado de repente parecía absurdo a la luz de su seria calma. Se mordió el interior de la mejilla para no sonreír, luego lo miró.

—En efecto.

Él retrocedió, juntando las manos detrás de la espalda.

—Puedo entender por qué me has evitado. Mi comportamiento ha sido... —Vaciló, apretando la mandíbula—. Imperdonable.

Eso la sorprendió. Se sentó más erguida, sosteniéndole la mirada. ¿Una disculpa de Lucian? No lo había creído capaz de ello. No podía decidir si saborear el momento o sentirse incómoda por el peso de su sinceridad.

Él continuó, con voz más baja.

—Perdí los estribos. Fui injusto contigo.

Ella abrió la boca, luego la cerró de nuevo, sin saber cómo responder. Sus palabras la inquietaban, no por lo que eran, sino por lo profundamente que parecían costarle. Su mirada volvió a caer sobre el pañuelo. Lo levantó, sus dedos rozando los pétalos bordados, y sonrió levemente.

—Supongo que la flor fue un poco excesiva.

—No es eso a lo que me refería —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Me refería a... —Se interrumpió, un leve rubor subiendo por su cuello—. Todo.

El pulso de Lizzie se aceleró. Ahora lo entendía. No se estaba disculpando por el desastre de la costura —aunque claramente estaba incluido. Se estaba disculpando por el beso.

Su garganta se tensó, y bajó la mirada nuevamente, su voz más suave de lo que pretendía. —También dije cosas que no fueron apropiadas.

Él se rio de repente, un sonido tanto autodespreciativo como cálido. —Mi comportamiento superó al tuyo. Nunca debí haberte besado así.

Su cabeza se levantó de golpe ante eso, su corazón tartamudeando. Las palabras se sintieron como una piedra caída en aguas tranquilas, enviando ondas a través de la frágil tregua entre ellos.

—Yo...

—Me aproveché —continuó él, volviéndose para caminar hacia la ventana. Miró hacia afuera, sus manos apretándose detrás de su espalda—. Estás bajo mi protección, en mi casa, y traicioné esa confianza. Entiendo por qué no querrías compartir una habitación conmigo, y mucho menos cenar.

Lizzie abrió la boca para protestar —para decir algo, cualquier cosa, para detener la marea de arrepentimiento en su voz— pero las palabras no salían. Tragó saliva con dificultad e intentó de nuevo. —Lucian.

Él se volvió bruscamente, con las cejas fruncidas, sus ojos grises ensombrecidos. —Tiene mi palabra, señorita Anne. No volverá a suceder.

Una pausa se prolongó entre ellos, larga y tensa. Finalmente, Lizzie inhaló, tranquilizándose. —El beso —comenzó con cuidado—, no fue... tan terrible.

Sus cejas se alzaron con asombro, y ella se sonrojó intensamente, sus manos retorciendo el pañuelo. ¿Por qué había dicho eso? Sonaba tan descarado, tan completamente desenfrenado.

—Quiero decir —añadió apresuradamente, forzando una sonrisa—, tengo plena confianza en que cumplirá su palabra. Además, la próxima vez, bordaré pensamientos en su bandera de tregua.

La tensión en su cuerpo se alivió, y él se rio entre dientes, el sonido rompiendo la incomodidad persistente. —¿Pensamientos, eh? Muy bien.

Lizzie se puso de pie, dando un paso más cerca. —Creo que aceptaré su invitación a cenar después de todo, mi lord —dijo, extendiendo el pañuelo con una pequeña sonrisa—. Bajo la bandera de tregua, por supuesto.

Lucian lo tomó, sus dedos rozando los de ella mientras lo guardaba de nuevo en su bolsillo. Su sonrisa se profundizó, más cálida de lo que ella jamás había visto, y su respiración se entrecortó. Él asintió. —Bajo la bandera de tregua.

Lucian se reclinó en su silla, con una copa de brandy equilibrada en su mano, y estudió a Lizzie mientras ella contemplaba el tablero de ajedrez. La luz del fuego bailaba sobre sus facciones, resaltando el delicado surco de su frente y la determinada expresión de sus labios. Estaba completamente absorta, su atención clavada en el juego como si fuera un campo de batalla. No podía negar que estaba disfrutando de esta détente. La cena había sido... agradable. Más de lo que había esperado.

Durante toda la comida, Lizzie lo había acribillado con preguntas sobre los inquilinos que habían visitado antes. Su interés había sido genuino, sus percepciones sorprendentes, y Lucian se encontró reevaluando a la mujer que tan fácilmente había descartado como frívola. Tenía una

mente aguda y vivaz, y mientras su conversación derivaba hacia los cultivos y los ciclos de siembra, se dio cuenta de cuán equivocado había estado sobre ella. Por primera vez, habían encontrado un terreno común, y la mesa del comedor se había transformado en un foro de ideas en lugar de un campo de batalla de pullas.

Había esperado a medias que ella lo provocara sobre arados o hiciera algún comentario mordaz sobre su finca, pero no lo hizo. En su lugar, había escuchado, hecho preguntas reflexivas, e incluso ofrecido una o dos sugerencias. Cuando terminó la comida, se encontró reacio a dejar que la velada se escapara. Por un capricho, le había preguntado si recordaba el juego de ajedrez. Sus ojos se habían iluminado con la chispa de un desafío, y ahora aquí estaban.

Lizzie extendió la mano y movió un peón con precisión deliberada. —He estado pensando —dijo, con un tono ligero, pero Lucian captó la seriedad subyacente.

—No con ese movimiento, desde luego —respondió él, con una sonrisa curvando sus labios mientras capturaba inmediatamente la pieza.

Ella frunció el ceño ante el tablero antes de levantar la mirada, con la risa burbujeando en sus brillantes ojos. —Creía recordar este juego, pero aparentemente no es así.

Lucian se rio entre dientes, inclinándose hacia adelante. —He notado que tienes la costumbre de culpar a tu memoria cada vez que fallas en algo —su tono era burlón, pero no cruel—. ¿Qué excusa usabas cuando estabas en plena posesión de tus facultades?

Los ojos de Lizzie brillaron con picardía. —No lo sabría, ¿verdad?

Él se rio abiertamente, con un sonido bajo y rico. —En efecto. Pero apostaría a que siempre tenías alguna excusa inteligente preparada.

Sus mejillas se sonrojaron levemente, y agachó la cabeza, estudiando el tablero con renovada concentración. Algo en su comportamiento cambió, la risa cediendo paso a algo más contemplativo. Lucian frunció ligeramente el ceño, preguntándose si sin querer había tocado alguna fibra sensible. —¿En qué pensabas? —preguntó con suavidad.

—Pensaba —dijo ella, empujando otra pieza hacia adelante—, que probablemente debería ver a la señora Wraxton y cancelar algunas de mis compras. Seguramente no ha comenzado a coser todas todavía.

Lucian la miró fijamente, tomado por sorpresa. —¿Qué te ha hecho decidir eso?

Ella se encogió de hombros, con una expresión ligeramente avergonzada. —No consideré el gasto —admitió—. Supongo que pensé, de alguna manera ridícula, que podría pagarte... eventualmente —su sonrisa era suave, teñida de incertidumbre—. Estoy segura de que habría sido más sensata si tuviera mi memoria completa.

Lucian negó con la cabeza, las comisuras de su boca elevándose a pesar de sí mismo. —Sin duda —dijo con sequedad—. Pero ya están encargadas, y la señora Wraxton no nos agradecerá que las cancelemos.

—Apenas es justo para tus recursos —protestó Lizzie, formándose una arruga entre sus cejas —. No pensé... —se interrumpió, sus manos se entrelazaron con fuerza en su regazo, su voz bajando—. Supongo que no consideré que podría no ser capaz de pagarte nunca.

Lucian la estudió cuidadosamente, notando el raro destello de vulnerabilidad en su tono. Le inquietaba esta grieta en su habitual confianza. —El pago —dijo lentamente, con voz baja—. ¿Y si ya estás contabilizada?

Ella parpadeó, levantando la mirada bruscamente. —¿Contabilizada?

—Sí —dijo Lucian, la pregunta escapándose antes de que pudiera detenerla—. Tu familia... o tu marido.

La cabeza de Lizzie se levantó de golpe, sus ojos color aguamarina muy abiertos. —No podría ser —dijo con absoluta certeza.

—¿Y por qué no?

—Porque —comenzó, luego vaciló, frunciendo el ceño—. Porque... no tenía un anillo de boda, ¿verdad?

—No —admitió él—, pero podría haber sido robado. Quizás eso fue lo que pasó.

Su barbilla se alzó, su tono firme. —No estoy casada. Me niego a creer que olvidaría a un marido.

Lucian la estudió por un largo momento, su mirada escrutadora. Ella sostuvo su mirada sin pestañear, su confianza tan inquebrantable que se encontró casi deseando que tuviera razón. Asintió lentamente. —Muy bien. No lo discutiremos más esta noche.

—Bien —dijo ella, con la voz teñida de alivio—. Me da dolor de cabeza.

No pudo evitar la sonrisa que tiraba de sus labios. —No canceles tus pedidos, Lizzie. Debo confesar que he empezado a encontrar que tu vestido se ve... más feo cada día.

Sus ojos se entrecerraron, pero un destello de diversión brilló en sus profundidades. —Eres una bestia.

—Jaque mate —dijo Lucian con aire de suficiencia, moviendo su caballo a su posición.

Lizzie miró boquiabierta el tablero. —¡Vaya, eres un bribón intrigante! —exclamó, riendo a pesar de sí misma.

Un chillido agudo proveniente de algún lugar más allá de las puertas rompió abruptamente sus risas. Ambos se quedaron helados, intercambiando miradas de asombro. —Esa debe ser la señora

Pippin —dijo Lizzie, con la voz teñida de alarma.

—Claramente —respondió Lucian, poniéndose rápidamente de pie—. ¿Qué demonios le pasa ahora?

Lucian se volvió hacia la puerta justo cuando la señora Pippin entró tambaleándose, con el rostro ceniciento y la boca trabajando como una trucha jadeando por aire.

—¡Oh, mi señor! —gimió, su voz elevándose con cada palabra.

—¿Qué sucede, señora Pippin? —preguntó Lucian, frunciendo el ceño. Lizzie se inclinó hacia adelante, con curiosidad chispeando en sus ojos.

—Hay... hay... —La señora Pippin gesticuló salvajemente hacia el pasillo, sus palabras degenerando en balbuceos ininteligibles.

Lucian se enderezó. —Respire hondo y dígamelo, mujer.

La señora Pippin logró jadear. —¡Un h-hombre desnudo! ¡En el pasillo!

Los labios de Lizzie temblaron. —No completamente desnudo —murmuró mientras un hombre delgado y desaliñado tropezaba por la puerta. Con el pecho desnudo, descalzo y sonrojado de indignación, su mitad inferior estaba misericordiosamente cubierta por un par de pantalones de mujer, rosados, con lazos y rosetas atados en los tobillos.

—¡Mi señor! —bramó el hombre, con los ojos inyectados en sangre y salvajes mientras agitaba un puño cerrado—. ¡He venido a tener unas palabras con usted. ¡Malditas palabras!

La señora Pippin chilló y comenzó a agitar las manos hacia el hombre como una gallina defendiendo a sus polluelos. —¡Fuera! ¡Fuera, escandaloso pagano!

—¡No hasta que haya hablado con Lord Thorncliff! —rugió el hombre, plantando sus pies como un guerrero preparándose para la batalla. Su puño temblaba en el aire, aunque el efecto se arruinaba un poco por las cintas que se balanceaban con sus movimientos.

—Señora Pippin —dijo Lucian, con voz cortante—, es suficiente. Déjenos.

La ama de llaves se congeló a mitad de un aspaviento, luego volvió sus ojos anchos y afligidos hacia Lucian. —Pero mi señor, ¡está indecente!

Lucian arqueó una ceja. —Ya es tarde para objetar ahora.

Lizzie ahogó una risa, su voz apenas audible. —Indecente parece quedarse corto.

—Salga, señora Pippin —repitió Lucian con firmeza.

Con un sollozo desesperado, la señora Pippin huyó, sus zapatillas golpeando el pasillo como si fuera perseguida por demonios.

El hombre cuadró sus hombros huesudos, hinchando el pecho en una exhibición que habría sido más impresionante si no estuviera vistiendo de rosa. —Malditas mujeres del demonio —

murmuró antes de fijar a Lucian con una mirada fulminante—. ¡He venido por esa bruja!

Lucian frunció el ceño. —¿Qué bruja, Simpson?

—¿Bob Simpson? —La voz de Lizzie cortó la tensión, y Lucian se volvió para ver su rostro palidecer de reconocimiento.

—Anne, déjame manejar esto —dijo Lucian entre dientes.

Los ojos saltones de Simpson se dirigieron hacia ella. —¿Tú eres Anne? —bramó.

La barbilla de Lizzie se elevó. —Creo que me disculparé.

—¡Maldita bruja! —Simpson se abalanzó hacia ella con las manos extendidas.

Lizzie no se inmutó. Antes de que sus dedos pudieran tocarla, le dio un sonoro golpe en las orejas, haciéndolo tambalearse hacia un lado.

Lucian reaccionó al instante, cruzando la habitación y plantando una mano firme en el pecho de Simpson, empujándolo hacia atrás. El hombre cayó al suelo con un torpe desplome, con las piernas y los brazos extendidos mientras parpadeaba mirando al techo.

—Ahora —gruñó Lucian, cerniéndose sobre el hombre—. ¿De qué demonios se trata esto?

Simpson jadeó, su dedo huesudo temblando mientras señalaba a Lizzie, aunque en la dirección equivocada.

—Ella... ¡ella le dijo a mi Joyce que me echara!

—¿Qué? —ladró Lucian.

—¡Dijo que mi Joyce no tenía que aguantarme! —chilló Simpson, su rostro enrojeciendo por segundos—. ¡Y entonces mi Joyce me apuntó con la maldita pistola! Me dijo que no volvería a su cama hasta que dejara de beber y de andar con otras. ¡Me echó de la casa sin una sola prenda encima!

—¿De dónde sacaste los pantalones? —preguntó Lizzie, con la voz dulce de diversión.

El rostro de Simpson se tornó carmesí.

—Me los arrojó —gruñó—. ¡Dijo que como me gustaban tanto las enaguas de las damas, bien podría usarlas!

La risa de Lizzie borboteó, y Simpson dirigió una mirada furiosa a Lucian.

—¿Lo ve? ¡Es el diablo en persona! Tiene que detenerla.

Lucian lanzó una mirada afilada a Lizzie.

—¿Es esto cierto?

Lizzie se encogió de hombros, su tono sin disculpas.

—Le dije a Joyce que merecía algo mejor que ser humillada y descuidada por su marido. Aparentemente, estuvo de acuerdo.

—Tú... ¡tú incitaste a mi Joyce al motín! —aulló Simpson—. ¡Mi esposa! ¡Nunca antes me había hablado así!

La sonrisa de Lizzie era deslumbrante.

—Una pistola tiene la capacidad de aclarar las prioridades de uno.

Simpson se puso de pie con dificultad, los puños apretados.

—¡No puede dejar que se salga con la suya, mi lord! ¡Está interponiéndose entre mi esposa y yo!

Lucian exhaló pesadamente y se volvió hacia Lizzie.

—Quédate aquí —ordenó—. Y por el amor de Dios, no digas una palabra más.

—Con gusto —respondió Lizzie, aunque su expresión decía lo contrario.

Lucian agarró a Simpson por el brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—Vamos a discutir esto en otra parte —murmuró mientras Simpson tropezaba tras él.

—Debería ponerla en su lugar, mi lord.

Lucian echó una última mirada a Lizzie, que estaba de pie con una expresión de pura inocencia.

—Créame —dijo, sacudiendo la cabeza—, estoy trabajando en ello.

Y con eso, la puerta se cerró de golpe tras ellos.

Capítulo 11

Lizzie se sentó rígidamente al borde de la silla, con la mirada fija en el reloj de la sala. Los segundos se arrastraban, cada tictac más fuerte que el anterior. Cada sonido —un paso errante, el leve crujido de una tabla del suelo— la ponía de los nervios. Se obligó a permanecer quieta, decidida a no darle a Lucian la satisfacción de pillarla caminando de un lado a otro.

Cuando la puerta de la sala se abrió de golpe, ella levantó la vista, esbozando una sonrisa forzada.

—Ya ve que no me he movido ni un ápice, como me ordenó.

Lucian se detuvo en el umbral, su oscura mirada indescifrable. Luego, lentamente, entró y cerró la puerta tras de sí.

—No intentes aplacarme, Anne. Lo que hiciste es imperdonable.

Lizzie arqueó una ceja.

—¿Lo es? ¿Y lo que ese bruto le estaba haciendo a Joy no lo es?

Su mandíbula se tensó mientras cruzaba la habitación.

—No es tu lugar.

—Lo sé —escupió las palabras, aunque no le salieron con facilidad—. Creía saberlo —Sus ojos se apartaron de él mientras una oleada de frustración afloraba a la superficie. Con un suspiro exasperado, se dio la vuelta, poniendo espacio entre ellos—. La verdad es que ya no lo sé. Pero no podía ver cómo vivía Joy y no hablar con ella. Es una mujer orgullosa, pero él la humillaba. Tienen tan poco, y él gasta lo que tienen en bebida. Al menos no es violento —terminó con una risa aguda y sin humor—. Eso es lo que Joy me dijo, de todos modos.

La voz de Lucian bajó, tranquila pero implacable.

—¿Y si fuera violento con ella? ¿Qué harías entonces?

Lizzie se quedó inmóvil. Su mirada le quemaba la espalda, la pregunta no formulada flotaba en el aire: *¿Y si hubieras sido tú?*

Se le hizo un nudo en la garganta, pero no pudo volverse para mirarlo a los ojos. En su lugar, susurró:

—No lo sé.

El silencio se prolongó entre ellos, pesado e inflexible. Finalmente, Lucian se movió. Ella lo oyó cruzar la habitación y, cuando se volvió, lo encontró en la mesa, recogiendo las piezas de ajedrez.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, desconcertada por el cambio repentino.

—Creo que hemos tenido suficiente ajedrez por una noche —respondió él, con un tono brusco mientras guardaba las piezas en su caja—. No es de extrañar que no sea tu juego. El tablero no es lo suficientemente amplio. La vida debe ser tu campo de acción.

Lizzie entrecerró los ojos.

—Pensé que estabas siendo amable antes cuando sugeriste que cancelara mis pedidos, pero ahora veo que era otra forma de reprenderme.

Lucian levantó la reina, girándola distraídamente entre sus dedos.

—Realmente pensé que era generoso de tu parte devolver tus vestidos —dijo, con un tono suave—. Ahora veo que lo tenías planeado desde el principio.

Ella alzó la barbilla.

—No tenía la intención de pedir tantos a Joy —replicó, con voz firme a pesar del ligero rubor que se asomaba en sus mejillas.

—Ya veo. —Dejó la reina con deliberada precisión—. Muy magnánimo.

Lizzie tomó aire bruscamente.

—¿Qué vas a hacer?

La mirada de Lucian se encontró con la suya, fría e imperturbable.

—Si siguiera el consejo de Simpson, te azotaría con un látigo.

—No te atreverías —respondió ella, con los ojos centelleantes.

—No —admitió él con una leve sonrisa—. No creo en la violencia. —Su expresión se tornó seria—. En cuanto a Joy, me niego a interponerme entre marido y mujer. Se lo dije a Simpson. A pesar de tu interferencia, él debe llegar a un acuerdo con Joy por su cuenta. Pero le advertí que, como el sexo más fuerte, si resuelve sus diferencias por la fuerza, tomaré medidas.

Las palabras eran una advertencia, aunque no estaban dirigidas a ella. Lizzie se encogió de hombros con indiferencia, aunque su pulso se aceleró.

—¿Y su empleo?

La boca de Lucian se torció en una sonrisa sin humor.

—Tendrá mucho trabajo deshaciendo el daño que has hecho. A mi ropa y a la suya.

Lizzie parpadeó, aturdida en silencio. Quería agradecerle, pero el orgullo mantuvo su lengua quieta. En su lugar, dio un paso adelante, dudó, y luego apoyó su mano ligeramente en su brazo. Fue un toque fugaz, que desapareció antes de que él pudiera reaccionar, y ella salió de la habitación sin decir una palabra más.

***

Lucian entró a grandes zancadas en el salón y se sirvió una generosa copa de brandy. No era un hombre bebedor, pero hoy parecía un buen momento para empezar. Los acontecimientos del día se habían descontrolado, y mientras se tomaba el primer trago, no podía decidir si reír o maldecir.

Las noticias se habían propagado rápidamente, gracias a Simpson. El hombrecillo no había perdido tiempo en correr a la taberna, gritando a quien quisiera escuchar cómo Anne había incitado a su esposa a dejarlo fuera de su propia casa a punta de pistola. Para cuando Lucian escuchó la historia, se había vuelto tan pintoresca que no se habría sorprendido de oír que Anne había liderado una milicia contra la puerta de Simpson.

Y luego estaba Millicent Waltham, que había acudido a él oliendo ligeramente a jabón y quejándose de que su esposa le había obligado a bañarse —*con lejía, nada menos*— por algo que Anne le había contado sobre las hadas.

Una vez más, su pequeña amnésica había estado trabajando. Diciéndole a Millicent que las hadas se irían del centro. Dio otro trago de brandy.

Miró fijamente su copa, con una sonrisa reluctante tirando de su boca. Ella estaba entrometiéndose con sus inquilinos —*sus inquilinos*. Sin embargo, por mucho que quisiera estar furioso, no podía ignorar la realización que se asentaba en su pecho.

Ella lo estaba intentando. La costura —incluso las desastrosas conversaciones con sus inquilinos— todo se remontaba a aquella fatídica cena donde él había enumerado, bastante presuntuosamente, las cualidades que debería poseer una dama de campo. Anne se había tomado esas palabras en serio y se había lanzado a dominarlas, sin importar cuán torcidas hubieran salido las cosas.

Vació su copa, sacudiendo la cabeza. —Que Dios nos ayude a ambos —murmuró, justo cuando la señora Pippins entraba en la habitación. Y se alegró de verla—. Estoy listo para el té. Por favor, informe a Anne que deseo verla.

La señora Pippins se dio la vuelta para irse, pero no antes de retorcerse las manos de una manera que sugería que podría retorcerse el cuello si tuviera la opción. Lucian suspiró, observando su figura que se retiraba. Si Anne seguía así, a la pobre mujer no le quedaría ni una gota de sangre en las venas al final de la semana.

—Ella está... bastante ocupada, mi señor —tartamudeó la señora Pippins por encima del hombro—. No tomará el té hoy.

La ceja de Lucian se arqueó. —Sabia decisión —murmuró secamente.

La señora Pippins inclinó la cabeza. —Le traeré su té de inmediato.

—No hay prisa —respondió Lucian, haciendo girar el brandy en su copa—. Tengo la intención de verla en la cena.

—Sí, mi señor —dijo ella, casi tropezando con sus propios pies en su prisa por escapar.

Lucian suspiró de nuevo, reclinándose en su silla y cerrando los ojos. Tomó un lento sorbo de brandy, saboreando el ardor mientras se deslizaba por su garganta. Tal vez amortiguaría el creciente caos que Anne parecía decidida a desatar.

Si el espectáculo con Simpson no fuera suficiente, el hacendado Donovan lo había abordado antes, con la cara roja y farfullando sobre el repentino entusiasmo de su esposa por los vestidos indecorosos y los escotes poco respetables, todo inspirado, por supuesto, por Anne. Parecía que la aguja de la señora Wraxton estaría ocupada durante meses. Lucian no tenía duda de que, en poco tiempo, otros maridos estarían a su puerta, lamentando las transformaciones de sus esposas. Ya podía oír el coro de quejas.

Justo cuando el calor del brandy comenzaba a calmar sus nervios, la voz estridente de la señora Pippins resonó desde el pasillo.

—¡Mi señor!

Lucian abrió los ojos de golpe. Se volvió para ver a la señora Pippins tropezando al entrar en la habitación, con el rostro pálido y ceniciento. Se detuvo justo dentro de la puerta, visiblemente tambaleante.

—¿Qué ocurre ahora, señora Pippins? —preguntó, dejando su copa en la mesa auxiliar.

Sus manos revolotearon, sus palabras salieron en fragmentos entrecortados.

—Ha... ha habido un accidente. Es la señorita Anne.

—¿Qué? —Lucian se puso de pie de un salto, con la sangre drenándose de su rostro—. ¿Qué ha pasado?

—Ella... ella... —La voz de la señora Pippins se disolvió en la jerigonza que Lucian había llegado a reconocer como su particular marca de pánico.

—¡Muéstreme! —ladró, con el corazón palpitante.

La señora Pippins asintió frenéticamente, su explicación ininteligible continuando mientras giraba y salía corriendo de la habitación. Lucian la siguió de cerca, sus largas zancadas apenas manteniendo el paso con su errático y zigzagueante vuelo por el pasillo. Su miedo se intensificaba con cada paso, agudo e incontrolable, latiendo al compás de su pulso. Casi tropezó con las faldas de la señora Pippins cuando ella se dirigió hacia la cocina.

Se detuvo abruptamente. Lizzie estaba sentada despatarrada en el suelo de la cocina, su vestido manchado con vívidas rayas rojas y su cabello apelmazado con el mismo tono alarmante. Por un momento que le detuvo el corazón, Lucian se quedó paralizado, un temor enfermizo inundando su pecho. ¿Sangre? Su garganta se tensó.

Entonces su mirada se desvió hacia los frascos —docenas de ellos— volcados, destrozados, su contenido formando pegajosos charcos por todo el suelo. No era sangre. Era mermelada.

El pánico de Lucian dio paso a una carcajada, tan inesperada y sin control que lo sorprendió incluso a él.

Lizzie, con los ojos ardiendo como mares iluminados por la tormenta, lo miró furiosa.

—¡No te atrevas a reírte! —escupió, apartando un pegajoso mechón de pelo de su cara.

Eso solo lo hizo reír más fuerte, su profunda y retumbante alegría haciendo eco en la cocina.

—¿Estamos en un aprieto, Anne? —bromeó, con los hombros temblando mientras se apoyaba con una mano en el marco de la puerta.

—¡Bestia! —espetó ella, con las mejillas tan rojas como las conservas—. ¡He trabajado tan duro en esto y tú te ríes! —Tanteó buscando el pegote de mermelada más cercano y lo lanzó con furiosa precisión.

Lucian esquivó con facilidad, pero el proyectil pegajoso golpeó a la señora Pippins, que se había estado acercando sigilosamente con un paño de cocina para evaluar los daños. La ama de llaves chilló, agarrándose las faldas mientras la mermelada goteaba por el dobladillo.

La risa de Lucian se apagó, aunque la sonrisa que tiraba de su boca permaneció. Su mirada se agudizó sobre Lizzie mientras ella recogía otro puñado de la masa carmesí. —Apártese, señora Pippins —ordenó, con la voz teñida de advertencia.

La señora Pippins no necesitó que se lo dijeran dos veces. Con un jadeo escandalizado, salió corriendo de la habitación, dejando a Lizzie y Lucian solos en medio del caos.

—Te arrepentirás de eso —dijo Lucian, con voz baja y ominosa mientras se agachaba para recoger un tarro de mermelada medio lleno. La mirada en sus ojos prometía travesuras.

Los ojos de Lizzie se agrandaron mientras retrocedía a gatas, sus manos resbalando en el pegajoso desastre bajo ella. —¡No te atreverías!

—¿No lo haría? —Volcó el tarro con deliberada lentitud, y con un suave *plop*, un montón fresco de mermelada aterrizó directamente en su cabeza.

—¡Demonio! —balbuceó Lizzie, sacudiendo la cabeza salvajemente, enviando salpicaduras de mermelada en todas direcciones. Sus labios temblaron a pesar de su indignación, y Lucian dio un paso atrás, su sonrisa ensanchándose.

Aun así, Lizzie no estaba dispuesta a rendirse. Se puso de pie tambaleándose, su vestido un lienzo arruinado de manchas rojas, y cargó contra él con un grito de guerra. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, su pie resbaló en el suelo pegajoso, y se deslizó directamente hacia él.

—¡Anne! —gruñó Lucian cuando colisionaron con una fuerza que los envió a ambos al suelo. Sus brazos la rodearon instintivamente mientras caían, el impulso haciéndolos rodar juntos en el caos pegajoso.

Maldiciendo por lo bajo, Lucian se movió y se sentó, la mermelada adherida a su ropa y manos. —¿Estás herida? —preguntó, su voz más suave ahora.

Lizzie se incorporó, parpadeando aturdida. Una mancha de mermelada se extendía por su mejilla, y su cabello era un enredo pegajoso. —Por supuesto que no —murmuró, aunque sus labios temblaron como si pudiera reír o llorar.

Lucian extendió la mano, apartando un mechón de cabello rebelde de su rostro. Sus dedos se demoraron, atrapando la mancha de mermelada a lo largo de su mejilla. Sin pensar, se llevó el pulgar a los labios y lo probó.

Sus ojos se agrandaron de asombro.

—La más dulce que he probado jamás —murmuró, con tono bajo y cálido.

Lizzie parpadeó hacia él, luego dejó escapar una risita acuosa. —Y la más pegajosa.

—No del todo. —Sus labios se crisparon—. Estabas mucho peor después de ese charco de barro.

Ella arrugó la nariz. —Me sorprendería. Al menos este desastre lo hice yo misma.

—Pruébala —dijo él, ofreciéndole su dedo, la mermelada aún brillando.

Lizzie vaciló, sus ojos cautelosos pero curiosos. Lentamente, se inclinó hacia adelante y lo probó. Sus labios rozaron el dedo de Lucian, y este contuvo la respiración mientras una oleada de calor lo atravesaba.

—No está tan mal —dijo ella suavemente—. Una lástima. La mayor parte está en el suelo.

—No todo —murmuró Lucian.

Antes de que pudiera detenerse, Lucian se inclinó, su mano instintivamente rozando el brazo de ella para mantener el equilibrio. Sus labios presionaron suavemente la mejilla donde quedaba un rastro de mermelada, la dulzura mezclándose con el tenue aroma floral que siempre se aferraba a su piel. Lizzie jadeó, su respiración audiblemente entrecortada en el silencio, y ese suave sonido de sorpresa lo deshizo por completo.

Fue toda la invitación que necesitó.

Capturó sus labios con los suyos, el toque tentativo probando su respuesta. Ella se congeló por un brevísimo instante, luego se derritió contra él con un fervor que igualaba el anhelo que palpitaba en sus venas. Sus labios eran suaves, cálidos, y tenían un leve sabor a azúcar, una mezcla de la mermelada y algo distintivamente suyo.

Un gemido bajo y gutural se le escapó mientras el beso se profundizaba, sus manos deslizándose hacia la cintura de ella, atrayéndola contra sí. El calor de su cuerpo se filtraba en el suyo, desterrando todo pensamiento coherente excepto la abrumadora necesidad de mantenerla cerca. Los dedos de ella encontraron sus hombros, titubeantes al principio, antes de aferrarse a la tela de su camisa como si lo necesitara tanto como él a ella.

La mermelada pegajosa se adhería a su piel, pero era una molestia distante ahogada bajo el fuego que chispeaba entre ellos. Los labios de ella se separaron bajo los suyos, y él deslizó su lengua contra la de ella, saboreando la dulzura, deleitándose con el delicado gemido que ella dejó escapar.

El tiempo pareció estirarse y difuminarse, dejando solo la calidez de ella contra él, los suaves suspiros que se mezclaban con sus respiraciones entrecortadas, y la innegable atracción de cada uno de sus movimientos. La mano de Lucian se deslizó por su espalda, enredándose en su cabello, inclinando su rostro para profundizar el beso hasta que nada más que ella importaba.

Y entonces el sonido agudo de alguien aclarándose la garganta hizo añicos la frágil burbuja que habían creado.

Lucian se congeló, sus labios aún rozando los de ella, antes de retroceder lo suficiente para ver su rostro. Los ojos aguamarina de Lizzie estaban muy abiertos, sus mejillas sonrojadas, su respiración tan entrecortada como la suya. Sus labios, aún brillantes, se separaron como si fuera a hablar, pero no salieron palabras.

Detrás de ellos, la señora Pippins estaba de pie en la puerta, sus ojos del tamaño de platos, su boca moviéndose pero sin producir sonido alguno. Lucian parpadeó, luchando por recobrar la compostura mientras Lizzie retrocedía abruptamente, sus manos volando hacia su cabello como si intentara reclamar su dignidad.

—Yo... él... estaba solo... —tartamudeó Lizzie, su voz quebrándose en tonos mortificados.

La señora Pippins balbuceó, claramente dividida entre la indignación y el deseo de desmayarse.

Lucian se volvió, presionando el puño contra sus labios mientras reprimía el impulso de reír. La dulzura de su beso aún persistía, al igual que la abrumadora constatación de que había probado algo completamente, irreversiblemente adictivo.

—¿M-mi señor? —La voz temblorosa de la señora Pippins cortó la neblina.

Lucian retrocedió bruscamente, con la respiración entrecortada. Bajó la mirada hacia Lizzie, cuyos ojos reflejaban su propia incredulidad atónita. Sus mejillas, ya sonrosadas, se tornaron de un rojo más intenso.

La señora Pippins estaba de pie en la puerta, con los ojos desorbitados y horrorizada. —¿Qué están...? ¡Oh! ¡Oh, es absolutamente vergonzoso! —exclamó, agitando las manos como si estuviera abanicando la indecencia.

Lucian se tragó una maldición y se puso de pie, ofreciendo una mano a Lizzie para ayudarla a levantarse, mientras su vestido se le pegaba en algunos lugares. —Señora Pippins, todo está perfectamente bajo control —dijo, con voz firme pero que dejaba entrever un toque de diversión.

—Difícilmente —murmuró Lizzie entre dientes, sacudiéndose los restos pegajosos de mermelada de la falda.

Los labios de Lucian se curvaron hacia arriba. —La mermelada era para mí, después de todo —dijo con una mirada significativa a la mancha que se extendía por el corpiño de Lizzie.

La señora Pippins jadeó, escandalizada.

Los ojos de Lizzie se agrandaron antes de que un destello de diversión brillara en ellos. —En efecto, mi señor —dijo dulcemente, recuperando su compostura.

El pecho de Lucian se tensó ante su rápida recuperación, pero lo ocultó con una tos. —Señora Pippins —dijo con tono brusco—. Necesitaremos que preparen baños. Separados —añadió cuando la ama de llaves vaciló.

La señora Pippins asintió frenéticamente, retirándose de la cocina con palabras murmuradas de "absolutamente vergonzoso" y "salario duplicado".

Lizzie se volvió hacia él, con una ceja arqueada y una sonrisa burlona. —¿Baños separados, mi señor?

Lucian se rio entre dientes. —Por supuesto. Y me aseguraré de que la señora Pippins triplique su salario después de esto.

—Generoso —bromeó Lizzie, antes de inclinar la cabeza pensativamente—. Aunque puede que me deba más que disculpas manchadas de mermelada después de este embrollo.

—Fresas —murmuró Lucian, con voz baja—. La próxima vez, borda fresas.

Lizzie arrugó la nariz, pero no pudo ocultar su sonrisa. —Creo que me quedaré con los pensamientos.

Lucian exhaló profundamente, obligando a sus pensamientos a ordenarse. —Será mejor que vayamos a tomar ese baño —dijo finalmente, aunque su voz tenía un rastro de calidez que no había estado allí antes.

—Nuestros baños separados —aclaró Lizzie, con un rubor rosado extendiéndose por sus mejillas.

—Por supuesto —respondió él, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca. Hizo un gesto hacia el vestido de ella, ahora una ruina de pegajosas líneas rojas—. Ese vestido, sin embargo, está más allá de toda salvación. ¿Necesitará usted...? —Se interrumpió, dándose cuenta de la implicación demasiado tarde.

Lizzie ladeó la cabeza, arqueando una ceja en un desafío juguetón.

—¿Me está ofreciendo el uso de su ropa, señor?

Lucian dejó escapar una suave risa, negando con la cabeza.

—Sería lo mínimo que podría hacer.

—No hay necesidad de tal sacrificio —dijo Lizzie, su risa burbujeando—. Mi ropa nueva llegó esta tarde.

—¿Ah, sí? —preguntó Lucian, aunque sabía perfectamente que así había sido. Su corazón le decía que pisara con cuidado, pero su lado impulsivo se adelantó de todos modos—. Hay un baile mañana. ¿Le gustaría asistir? Adelaide estará allí, por supuesto.

El rostro de Lizzie se iluminó, sus ojos brillando de deleite.

—Me encantaría, mi señor.

—Muy bien —dijo Lucian, haciéndole un pequeño asentimiento. Se volvió hacia la puerta, dando un paso para marcharse, pero algo lo retuvo. Dudó, luego se giró con un leve ceño fruncido—. Anne, no...

Lizzie inclinó la cabeza, la curiosidad iluminando su expresión.

—¿No qué?

—No se esfuerce tanto en dominar todas las habilidades que mencioné antes. No es necesario.

La mirada de Lizzie recorrió la habitación, deteniéndose en las caóticas secuelas de sus esfuerzos. Luego volvió a mirarlo, sus ojos brillando con un desafío burlón.

—Cobarde. Simplemente tiene miedo de lo que pueda intentar a continuación.

Lucian echó la cabeza hacia atrás y rio, el sonido rico y sin restricciones.

—Debería ser galante y negarlo —admitió, su sonrisa suavizándose mientras la miraba—. Pero la verdad es, Anne, que lo estoy. Mucho, de hecho.

Capítulo 12

La luz de las velas en el salón de baile del Señor Donovan iluminaba cada hombro desnudo y escote atrevido como un foco que alumbraba la revolución. El corazón de Lizzie se llenó de triunfo al dejar la pista de baile, con la sangre aún cantando por la música y el movimiento. Después de semanas de camisones prestados y horribles vestidos verdes, se sentía gloriosamente como ella misma otra vez, o tan cerca de sí misma como una mujer escondida podía permitirse.

La celebración tradicional de la siega se había transformado bajo su influencia, al igual que las propias damas del pueblo. Lo que debería haber sido un simple baile de granero se había convertido en algo mucho más peligroso: un auténtico baile de gala, provocado por la insistencia de la señora Donovan de que su nuevo vestido (cortado precisamente según las especificaciones de Lizzie) no se desperdiciaría en una simple celebración campestre.

Lizzie reprimió una sonrisa mientras se dirigía hacia donde Lucian y Adelaide estaban sentados con aire señorial. La sala resplandecía con brazos desnudos y escotes atrevidos, cada nuevo vestido era una pequeña victoria en su campaña para traer la moda a Yorkshire. Las expresiones de los hombres locales al contemplar a sus esposas transformadas iban desde lo tormentoso hasta lo desconcertado, su aprecio por la belleza realzada claramente en guerra con la preocupación por sus bolsillos vaciados.

—Aún no habéis bailado —observó mientras se acomodaba en una silla junto a ellos, dejando que la satisfacción coloreara su voz.

—No —dijo Adelaide con una sonrisa que no mostraba ni un ápice de arrepentimiento—. A Lucian no le gusta bailar.

—¿De veras? —Lizzie se rió, aunque algo en su pecho se tensó ante esta nueva evidencia de su naturaleza rígida—. Supongo que no necesito dejarle un espacio en mi tarjeta de baile. Hablando

en sentido figurado, por supuesto, ya que aquí no se usan cosas tan formales como las tarjetas de baile.

—No tendrías un espacio para mí si lo tuvieras —dijo Lucian, frunciendo el ceño.

—Señor —dijo Lizzie—, me halaga.

—No pretendo hacerlo —el tono de Lucian llevaba la escarcha del invierno, aunque sus ojos grises como la tormenta seguían cada uno de sus movimientos—. Has hecho que la mayoría de los hombres normalmente cuerdos actúen como tontos esta noche.

Lizzie le lanzó una mirada maliciosamente arqueada, deleitándose en la forma en que se tensaba su mandíbula.

—¿Lo he hecho?

Lucian se puso rígido como un hombre que se prepara para la batalla.

—Te lo advierto. Estos no son hombres con los que puedas jugar tus aires. No toman el coqueteo a la ligera.

—¿En serio? Yo pensaba que les iba de maravilla —Lizzie se acomodó en su silla con la satisfacción de un general que revisa maniobras exitosas—. Vaya, ese señor Nash me dijo que mi cabello le recordaba a su mejor vaca lechera. Si eso no es coqueteo, no sé qué es.

—¿Lo hizo? —los ojos de Adelaide se agrandaron con deleite escandalizado—. ¡Cielos!

—Y Jacob Waltman me dijo que no le importaba oler a lejía si eso era lo que hacía falta para poder bailar conmigo —continuó Lizzie, observando cómo la expresión de Lucian se oscurecía como nubes de tormenta acumulándose sobre los páramos. Bajó la mirada con fingida modestia —. El pícaro me preguntó si no quería acercarme más para que realmente pudiera probar la falta de olor.

—¡Vaya por Dios! —La risa de Adelaide transmitía un calor genuino, aunque Lucian parecía estar listo para cometer un asesinato.

—No es un asunto para reírse —su rostro se había vuelto tormentoso, cada línea de su cuerpo rígida con algo apenas contenido—. Si continúas coqueteando como lo estás haciendo, habrá problemas antes de que termine la noche.

—¿Problemas? —preguntó Lizzie, despreocupada. Había navegado por las aguas sociales más peligrosas de Londres; estos caballeros de campo eran como lagos pacíficos en comparación. Además, si la creciente agitación de Lucian era una indicación, su estrategia estaba funcionando perfectamente—. No, de hecho, estoy haciendo mi pobre mejor esfuerzo para levantar el ánimo de todos.

Se inclinó hacia Lucian con una intimidad calculada, abriendo los ojos de una manera que una vez había hecho que los duques se arrodillaran—. Imagina, algunos hombres llegaron aquí esta noche de mal humor porque sus damas están apropiadamente vestidas a la última moda.

—En efecto —dijo Lucian, con su propio temperamento claramente desgastándose.

—Pero afortunadamente —continuó Lizzie, dejando que la miel endulzara su voz—, la mayoría de ellos están saliendo de sus malhumores y disfrutando. Ha requerido algo de persuasión, lo reconozco...

—Que tú estás proporcionando libremente —interrumpió Lucian, sus palabras afiladas como el acero.

La sonrisa de Lizzie se volvió triunfante—. Pero lo están viendo con una luz mucho mejor.

—Quieres decir que te están viendo a ti —la mirada de Lucian bajó deliberadamente hacia su escote, la mirada llevando más calor que censura—. Y no requiere una luz.

—¡Vaya, otro cumplido!

—No es un cumplido —Lucian sonaba como si cada palabra le costara enormemente—. Tú eres...

Pero antes de que pudiera terminar, el joven Talbert se acercó cojeando con sus muletas, interrumpiendo la tormenta que se estaba gestando en Lucian—. ¿Qué quieres, Talbert?

—Vine por mi baile con la señorita Anne —tartamudeó Jeremy, su juvenil rostro sonrojándose.

—Vaya, Jeremy, qué amable de tu parte —Lizzie le otorgó su sonrisa más cálida al muchacho, notando cómo esto hacía que el ceño de Lucian se frunciera aún más.

—¿Baile? —la voz de Lucian estalló como un trueno—. Estás con muletas, Jeremy. ¿Cómo piensas que vas a bailar?

—Yo... las dejaré a un lado —las palabras de Jeremy salieron en una avalancha de entusiasmo juvenil, sus ojos brillantes de esperanza—. Si puedo bailar con la señorita Anne. Ella me prometió un vals si me mejoraba.

Los ojos gris tormenta de Lucian se estrecharon—. ¿Lo hizo? —Las palabras llevaban un filo peligroso que envió un delicioso escalofrío por la columna de Lizzie.

—Ciertamente lo hice —Lizzie se levantó de su asiento, la seda de su vestido susurrando con gracia deliberada. Sus ojos encontraron la mirada desafiante de Lucian—. Pero seguramente aún no has aprendido el vals, ¿verdad, Jeremy?

Un sonrojo atractivo se extendió por el cuello de Jeremy, tiñendo sus mejillas—. Yo... le pregunté a la esposa del Squire si podría tocar uno para nosotros.

—¿El vals? —Los ojos de Adelaide se agrandaron, su abanico quedándose inmóvil a medio batir—. Seguramente no lo hará. El hacendado Donovan lo considera demasiado rápido.

Como si hubiera sido invocada por la mera mención del escándalo, Rachel Donovan se dirigió hacia ellas con majestuosidad, sus faldas azul medianoche ondeando con magnífica autoridad. El vestido, notó Lizzie con diversión privada, era un reflejo del suyo tanto en corte como en estilo. En Londres, tal faux pas de moda habría desencadenado una masacre social, pero la orgullosa sonrisa de Rachel no contenía más que un triunfo fraternal.

—Entonces, muchacha —los ojos de Rachel brillaron con picardía—, ¿qué te parece?

Lizzie compuso sus facciones en perfecta compostura.

—Es muy atractivo.

Rachel asintió enérgicamente, cada centímetro la general al mando preparándose para la batalla.

—El tuyo también es muy bonito. Es lo apropiado para nosotras, las mujeres altas —Se inclinó más cerca, bajando la voz a un susurro conspiratorio que, no obstante, se escuchaba claramente —. Y he pedido a los músicos que toquen un vals. Dijeron que no lo conocían, pero les dije que más les valía aprenderlo rápido si querían volver a tocar en mi casa —Alzó la barbilla con determinación—. No voy a dejar que este vestido se desperdicie. Ya es hora de que nos modernicemos, y así se lo dije al hacendado.

Adelaide frunció el ceño delicadamente.

—Señora Donovan, no me diga que él bailará el vals con usted.

—No —Los ojos de Rachel destellaron como un relámpago de verano—. Bert dijo que no lo haría. Le dije que estaba actuando como un paleto, pero aún se niega —Una sonrisa astuta curvó sus labios—. Sin embargo, el señor Walton dijo que bailaría conmigo. El hombre ha cambiado para mejor... ya no huele ni un poco.

Rachel se dirigió al centro del salón de baile como una reina comandando su corte, sus palmadas silenciando el murmullo de la multitud.

—Damas y caballeros, vamos a tocar el vals ahora —Su declaración envió ondas de susurros conmocionados y jadeos escandalizados a través de la asamblea, pero Rachel permaneció gloriosamente imperturbable. Hizo un gesto imperioso a Lizzie y Jeremy—. Anne y Jeremy, vengan aquí.

El rostro de Jeremy se sonrojó aún más mientras se volvía hacia Lucian, quien aún sujetaba las muletas del muchacho como si fueran armas.

—¿Sería tan amable de sostener estas, señor?

La mirada que Lucian lanzó entre Jeremy y Lizzie podría haber derretido el acero, pero aceptó las muletas con rígida cortesía. Jeremy logró una torpe reverencia en dirección a Lizzie, su pierna buena temblando por el esfuerzo.

El corazón de Lizzie se ablandó mientras tomaba la mano ofrecida de Jeremy, sintiéndolo apoyarse pesadamente en ella para sostenerse. Juntos se dirigieron al centro de la pista, donde el silencio cayó como una pesada cortina. El señor Walton apareció al lado de Rachel, gallardo y recién perfumado, ofreciendo un guiño cómplice que Lizzie no pudo evitar devolver.

Otra pareja se unió a ellos en la pista: Joy, su rostro un estudio de desafío determinado, acompañada por un caballero que Lizzie no reconocía. El tímido asentimiento de Joy hablaba volúmenes de valor cuidadosamente reunido, y Lizzie le sonrió de vuelta con todo el ánimo que pudo reunir. Esto ya no era solo un baile... era una revolución en faldas de seda y ropa de noche.

—¿Son estos los únicos lo suficientemente valientes para aprender el vals? —La voz de Rachel retumbó a través de la asamblea como un desafío.

—¡Espera, yo sí! —El grito vino de la hermana morena de Adelaide, que irrumpió entre la multitud arrastrando a un joven sobresaltado como si fuera un trofeo. El pobre muchacho parecía a la vez aterrado y emocionado, una condición bastante común cuando se trata con jóvenes damas decididas, reflexionó Lizzie.

—Músicos —ordenó Rachel—, por favor, comiencen. Señorita Ann, la observaremos.

Los músicos iniciaron una melodía vacilante que solo guardaba un lejano parecido con un vals. Lizzie escuchó con atención, buscando el ritmo familiar bajo las notas inciertas. Encontrando apenas el compás suficiente para trabajar, colocó una mano en el hombro de Jeremy, mientras la otra sujetaba sus dedos temblorosos. Su rostro se encendió cuando él cautelosamente posó sus manos en su cintura, como si esperara que el contacto mismo pudiera quemarlo.

—Discúlpeme, señorita Anne —murmuró, con una voz en la que la mortificación luchaba contra la determinación.

—Por supuesto, es un baile —le aseguró Lizzie con una sonrisa cómplice. El rostro de Jeremy se tensó en líneas de feroz concentración mientras comenzaba a guiarla en lo que solo caritativamente podría llamarse un arrastre de pies. Lizzie siguió su guía con cuidadosa atención, conteniendo una sonrisa al notar que las otras parejas imitaban sus torpes y renqueantes pasos. Pero sus rostros brillaban con tanto orgullo y alegría que no tuvo corazón para corregirlos.

Un bramido masculino que cortó la música como una cuchilla destrozó el momento de triunfo.
—¡Joy! ¡Detente!

Bob Simpson irrumpió a través del círculo de espectadores, su atuendo de noche desaliñado y sus ojos brillantes de fiebre por la bebida y la furia. Se tambaleó hacia la pista de baile con toda la gracia de un toro enfurecido, cada paso inestable delatando la influencia del brandy. —¡Deténganse, he dicho!

Los arcos de los músicos chirriaron sobre las cuerdas, el vals muriendo en un lamento discordante. Pero Joy permaneció desafiante en los brazos de su pareja, con la barbilla alzada en un gesto que hablaba de años de rebeldía latente finalmente llevada a ebullición. —Disculpa, Bob —dijo, su voz firme a pesar del temblor en sus manos—. Estoy bailando el vals.

—¡No bailarás el vals! —El rostro de Bob se puso morado, saliva volando de sus labios—. No lo permitiré. ¡Esto es indecente!

La risa de Joy no contenía alegría, solo amargo conocimiento. —¿Y tu comportamiento durante todos estos años no lo ha sido?

La multitud reunida contuvo un aliento colectivo. Tal desafío público era sin precedentes, emocionante, peligroso.

—¡No bailarás el vals! —Bob avanzó, sus botas golpeando el suelo como truenos—. Eres mi esposa, y vas a escuchar...

—Hasta que actúes como un marido apropiado —la voz de Joy resonó clara y fría como la escarcha invernal—, no me consideraré tu esposa.

Risitas y jadeos ondularon a través de la multitud observadora como el viento entre el trigo veraniego. Las manos de Bob se cerraban y abrían, su mirada oscilando salvajemente hasta que encontró a Lizzie. El reconocimiento y la rabia retorcieron sus facciones en algo apenas humano. —¡Esto es tu culpa! —Se tambaleó hacia ella, su aliento empapado de brandy precediéndole como un heraldo—. ¡Mira lo que has hecho!

Jeremy, bendito sea su gallardo corazón, cojeó para plantarse entre Lizzie y la amenaza que se acercaba. —Retroceda, señorita Anne. Yo me encargaré de esto.

—¡Bob Simpson! —La voz de Rachel Donovan restalló como un látigo mientras avanzaba furiosa, arrastrando a un atónito señor Walton tras ella—. No fuiste invitado aquí y estás interrumpiendo nuestro baile. ¡Ahora sal de la pista!

—Esa mujer... ella es... es una bruja —Bob señaló acusadoramente a Lizzie con el dedo, casi perdiendo el equilibrio en el proceso.

—¡No lo es! —Rachel se irguió en toda su imponente estatura—. Simplemente es elegante, ¡eso es todo!

—¡Squire! —El bramido cortó la tensa atmósfera mientras el propio Squire Donovan se abría paso entre la multitud, su baja estatura compensada por la pura fuerza de su presencia. Aunque era una cabeza más bajo que su esposa, su corpulento físico irradiaba una autoridad ganada a través de años de gestionar este rincón de la sociedad de Yorkshire.

—Ya he tenido suficiente de esta tontería de la moda —su voz contenía el peso de la tradición, de la resistencia a los vientos de cambio que ahora barrían su mundo cuidadosamente ordenado —. ¡Mira lo que ha causado!

Rachel se volvió hacia su marido, la seda negra arremolinándose como nubes de tormenta.

—¿Causado? Bert Donovan, ¡ni se te ocurra ponerte del lado de ese borracho bueno para nada de Bob Simpson! —Sus ojos destellaron una peligrosa advertencia—. ¡Está interrumpiendo nuestro baile y quiero que lo echen!

—¿Que voy a...? —La cara de Bert se puso tan roja como el sol poniente—. El hombre, borracho o no, tiene sentido. Es a la chica a quien debes echar. —Su mirada recorrió con creciente horror el elegante atuendo de su esposa—. ¡Mira lo que te ha hecho hacer! Vestida como una descarada y bailando ese baile pagano. ¡Lo siguiente será que me apuntes con pistolas, maldita sea!

Rachel se cernió sobre su marido, su voz bajando a una amenaza sedosa.

—Podría hacerlo... ¡a menos que eches a Simpson!

—¿Ve, Squire? —El grito triunfante de Bob contenía la peculiar lógica de los completamente borrachos—. ¡También ha hecho que su esposa lo haga!

Lizzie sintió que la marea del caos crecía, amenazando con arrastrarlos a todos. La multitud se acercó más, su aliento colectivo caliente con la anticipación del escándalo. El rostro sombrío de Lucian apareció en el borde de su visión, las muletas de Jeremy aún aferradas en su puño blanco.

—Quizás debería irme —ofreció rápidamente, aunque las palabras sabían a rendición.

—¡No! —La negativa vino de varias gargantas: el bramido dominante de Rachel, la súplica desesperada de Joy.

—No —dijo Joy, su rostro decidido—. ¡Es Bob quien debería irse!

—¡Maldita sea, sí! —Jeremy miró a Bob con toda la furia justiciera de la juventud.

—¿Ah, sí? —La cara de Bob se puso de un tono púrpura que habría fascinado a los médicos. Se abalanzó hacia adelante, empujando a Jeremy con fuerza borracha. La pierna ya sobrecargada del chico lo traicionó, y se desplomó como un árbol talado.

Lizzie se agachó rápidamente al lado del chico caído, su corazón retumbando contra sus costillas.

—Señor, eso fue innecesario...

—Perra...

—¡Simpson! —La voz de Lucian resonó en el aire como un relámpago de verano. Las muletas repiquetearon en el suelo mientras cerraba la distancia, cada línea de su cuerpo prometiendo retribución.

Simpson giró, sus movimientos pesados por la bebida y la furia.

—¿Qué?

—¡Dije que no hubiera violencia! —El puño de Lucian salió disparado con letal precisión, conectando con la mandíbula de Simpson en un crujido repugnante. El impacto envió al borracho tambaleándose hacia atrás, sus botas tropezando con la forma tendida de Jeremy. Cayó con toda la gracia de un roble talado, aterrizando con fuerza suficiente para hacer tintinear las arañas de cristal.

—¡Pero bueno! —El Squire Donovan se lanzó hacia adelante, con indignación pintada en sus facciones. Pero Lucian se movió como un bailarín, pivotando con elegancia mortal para plantar su puño directamente en el estómago del Squire. El hombre más pequeño se dobló con un silbido de aire expulsado, su autoridad desinflándose tan rápidamente como sus pulmones.

Lizzie observaba a Lucian con fascinación atónita, su corazón tamborileando un ritmo salvaje contra sus ballenas. Este no era el rígido hombre de principios que le había dado lecciones sobre el decoro. Esto era algo completamente más peligroso —e infinitamente más intrigante. El poder crudo ondulaba bajo su abrigo perfectamente confeccionado, cada movimiento hablando de una violencia cuidadosamente contenida que finalmente se había liberado.

El salón de baile estalló. Era como si la exhibición de Lucian hubiera roto alguna barrera invisible de contención. Damas que momentos antes habían sido la imagen del refinamiento ahora se levantaban las faldas y se unían a la refriega. Rachel Donovan, resplandeciente en su seda medianoche, asestó un espectacular gancho de derecha al ya maltrecho abdomen de su marido. Jeremy, habiendo recuperado sus muletas, las manejaba con sorprendente habilidad, golpeando a Bob Simpson en las espinillas mientras el hombre intentaba levantarse.

Las pulcras divisiones entre gente gentil y común se disolvieron en un caos de puños voladores e indignación justa. Codos cubiertos de seda se clavaban en costillas cubiertas de paño. Los guantes de cabritilla fueron descartados en favor de los nudillos desnudos. Los músicos, mostrando una admirable dedicación a su oficio, comenzaron una animada melodía de baile campestre que de alguna manera hizo que toda la escena fuera aún más surrealista.

Y a través de todo esto, Lucian se movía como un ángel vengador, su corbatín deshaciéndose, el cabello oscuro cayendo sobre su frente mientras defendía su honor con una violencia que hablaba de algo mucho más profundo que el mero deber. Cada puñetazo lanzado llevaba el peso de semanas de deseo frustrado, cada gruñido de esfuerzo resonaba con palabras no dichas.

Lizzie se mantuvo en el ojo de la tormenta, su revolución cuidadosamente orquestada habiéndose convertido en algo completamente más salvaje y magnífico de lo que había imaginado.

***

—¡Cielos! Qué velada tan entretenida ha sido —La voz de Lizzie tenía una ligereza cuidadosamente elaborada mientras fingía arreglarse el cabello, cada movimiento diseñado para atraer su atención. Los confines íntimos del carruaje los envolvían como un capullo, la luz de la linterna proyectando sombras cambiantes sobre las facciones magulladas de Lucian—. Vuestros entretenimientos locales son bastante alborotados, ¿no es así?

Su única respuesta fue un gruñido, pero, oh, cómo ese simple sonido transmitía volúmenes de sentimientos reprimidos. Lizzie continuó, incapaz de resistirse a pinchar su rígido control.

—Rachel ciertamente tiene un brazo poderoso. Aunque no puedo sentir que fuera exactamente deportivo de su parte haber derribado al squire después de que tú ya lo hubieras hecho —Observó cómo se tensaba su mandíbula, fascinada por el juego de músculos bajo la piel—. ¡Y Jeremy! Por Dios, era positivamente letal con esas muletas. No puede valsar bien, pero dale a ese chico un par de muletas y es un genio.

El silencio se extendió entre ellos, cargado de acusaciones tácitas y algo mucho más peligroso. —¿Qué sucede? ¿Te duele la mandíbula? Espero que no hayas perdido ningún diente.

—No los perdí —su tono llevaba el frío del invierno, pero Lizzie había vislumbrado el fuego bajo su hielo.

—Entonces podrías hablar —se inclinó hacia adelante, el movimiento hizo que sus faldas rozaran las piernas de él en el espacio reducido—. Me preocupé por un momento —rebuscando en su retículo, sacó su pañuelo, el lino blanco inmaculado contra sus dedos enguantados—. Toma, estás sangrando sobre el ojo.

Extendió su mano, observando cómo el control de él se quebraba como el hielo invernal en el deshielo primaveral. Sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca, el contacto ardiendo a través de su guante. —Señora, no necesito su ayuda. Ya ha hecho suficiente. Es usted una amenaza para la sociedad.

A Lizzie se le cortó la respiración, no por sus palabras sino por el poder apenas contenido en su agarre. —No, yo diría que la sociedad se las arregló muy bien como amenaza por sí sola —la luz de la linterna captó los destellos dorados en sus ojos oscuros como la tormenta mientras ella continuaba—. Estaba demasiado ocupada para darme cuenta, pero ni una sola vez lancé un puñetazo. Me sentí tentada, lo admito, ya que todas las demás damas estaban repartiendo golpes, pero me contuve.

—Y —continuó—, nunca habría sucedido si no hubieras empujado tanto a Bob como al Squire a la violencia. ¿Qué te poseyó? Pensé que eras un hombre que no creía en la violencia.

—¡No creo! —su mano se retiró de su muñeca como si se hubiera quemado, pero el calor fantasma de su toque persistió—. Pero tú llevas a un hombre a ello.

—¿Yo llevo a un hombre a ello? —el carruaje se balanceó, presionándolos más cerca por un latido vertiginoso. La luz de la luna se colaba por la ventana, pintando sombras plateadas sobre su mandíbula apretada—. Seguramente fueron Bob y el Squire quienes te llevaron a ello.

—No —la palabra cayó entre ellos como un guante—. Fuiste tú.

Lizzie se quedó atónita, un placer completamente femenino floreciendo en su pecho a pesar de su mejor juicio. La admisión flotaba en el aire, cargada de posibilidades que ninguno se atrevía a nombrar. Sin embargo, el arrepentimiento siguió rápidamente, y ella suavizó su voz hasta apenas más que un susurro. —Lo siento, Lucian.

—No tan arrepentida como vas a estar —la promesa en sus palabras envió un delicioso escalofrío por su columna.

Lizzie se tensó, aunque no por miedo. Algo mucho más peligroso parpadeaba en las sombras entre ellos. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, señora —sus ojos brillaban en la oscuridad como estrellas reflejadas en mares tormentosos—, que no volverás a salir de mi vista.

La declaración le robó el aliento. —¿Qué?

—No permitiré que sigas poniendo el pueblo patas arriba como lo has hecho —cada palabra llevaba el peso de cadenas, quizás de seda, pero cadenas al fin y al cabo—. Por lo tanto, te quedarás conmigo, donde pueda asegurarme de que no causes problemas.

Lizzie se mordió el labio, saboreando la dulzura de la victoria incluso mientras fingía indignación. En verdad, su castigo propuesto tenía todo el terror de ser condenada al paraíso. Aun así, arregló sus facciones en una estudiada expresión de indignación. —¿Quieres decir que seré tu prisionera?

—Puedes permanecer en mi compañía, y te advierto que tengo la intención de ocuparme de mis asuntos como siempre —la voz de Lucian se volvió áspera como el terciopelo frotado a contrapelo—. O bien puedes quedarte en la casa, donde solo yo deba sufrir tu caos.

La luz de la luna se derramaba por la ventana del carruaje, dibujando sombras plateadas sobre los fuertes planos de su rostro. Cada vaivén del carruaje los acercaba y luego los separaba, una enloquecedora danza de proximidad que hacía que la piel de Lizzie se erizara de conciencia. —Son opciones muy difíciles —murmuró, luchando por contener la sonrisa en sus labios mientras el triunfo florecía cálido en su pecho.

—Son las únicas dos que tienes. —Las palabras llevaban el peso de cadenas, pero oh, qué deliciosas cadenas eran—. Puedes aceptar o puedes marcharte.

—No —dijo Lizzie, dejando que la vulnerabilidad se colara en su voz como la niebla de la mañana—. Yo... no creo que deba. Tú mismo dijiste que soy peligrosa en sociedad.

—¿No lo sabré yo? —Su gruñido contenía notas de algo más oscuro, más profundo que la mera irritación—. Maldigo el día en que te saqué de ese estanque. Pero lo hice, y no voy a eludir la responsabilidad.

—No —concordó Lizzie, con un tono apropiadamente sumiso mientras la picardía bailaba en su corazón—. Tienes demasiado honor para eso, espero.

—Maldito sea mi honor —murmuró Lucian, la imprecación llevando todo el peso de una plegaria.

El carruaje se detuvo bruscamente, la repentina quietud cargada de electricidad y posibilidades. Lizzie contuvo la lengua mientras la puerta se abría, permitiendo que la ayudaran a bajar primero. Lucian la siguió más lentamente, cada movimiento delatando el costo de su galantería. Su chaqueta colgaba en un artístico desorden, la luz de la luna resaltando los moretones que florecían en sus aristocráticas facciones. Un visible gesto de dolor se le escapó. —Maldita sea.

Lizzie no pudo resistirse. Las palabras brotaron de sus labios como miel, dulces con el pecado prometido. —¿Quizás podría besarlo para que se mejore?

Lucian se tensó, todo su cuerpo poniéndose rígido como la cuerda de un arco antes de disparar. Su mirada, cuando se encontró con la de ella, contenía un calor peligroso. —Nosotros, señora, nunca volveremos a besarnos. —Las palabras estallaron entre ellos como un relámpago de verano antes de que él pasara a su lado cojeando apenas perceptiblemente.

Lizzie lo observó subir los escalones, admirando cómo sus anchos hombros llenaban su rasgado frac de noche. —Una lástima —murmuró en la aterciopelada oscuridad, dejando que su

sonrisa floreciera por fin. Lucian pensaba castigarla con su presencia constante, pobre hombre. Aún no se daba cuenta de que su sentencia resultaría mucho más tortuosa para él que para ella.

Después de todo, algunas jaulas estaban hechas de seda y miradas robadas, y algunas prisioneras no tenían ningún deseo de escapar.

Capítulo 13

El amanecer pintaba el bosque con tonos de acuarela llenos de posibilidades, mientras la niebla matinal se enroscaba como el deseo entre los antiguos robles. Lucian avistó el conejo, un destello rojizo contra las hojas caídas, y levantó lentamente su arma con la paciencia de un cazador.

—¿Vas a dispararle a ese adorable conejo? —La voz de Lizzie resonó entre los árboles como campanillas de viento, deliberadamente inocente. El conejo se sobresaltó, convirtiéndose en un borrón cobrizo contra el verde, y desapareció en la maleza.

—Maldita sea, Anne —Lucian se giró, encontrándola a menos de un paso detrás de él, lo suficientemente cerca como para que el aire matutino trajera las notas de jazmín de su jabón. Su mirada contenía todo el calor de un fuego controlado, más prometedor que amenazante.

Ella sostuvo su mirada con una candidez estudiada, aunque la picardía bailaba en las comisuras de su boca. —Bueno, ¿ibas a dispararle?

—Ya no —Sus ojos se entrecerraron, siguiendo los sutiles cambios en la expresión de ella como un hombre estudiando un rompecabezas fascinante—. Lo has espantado.

—Lo siento —Las palabras gotearon dulces como la miel de sus labios, completamente desprovistas de arrepentimiento.

—Siempre lo sientes.

Los últimos días le habían enseñado a Lucian que la mujer poseía una habilidad sobrenatural para doblar el mundo a su voluntad sin parecer intentarlo. Ni una sola vez había discutido sus planes, pero de alguna manera cada actividad se transformaba bajo su toque como arcilla remodelada por dedos hábiles. Su expedición de pesca se había convertido en un picnic al aire libre, completo con servilletas crujientes y vino que burbujeaba como su risa. Cuando él había

objetado, ella simplemente se había preguntado en voz alta por qué no deberían festejar mientras alimentaban gusanos a los peces.

Sus cuidadosamente planeadas inspecciones de campo inevitablemente se convertían en carreras, su excelencia en la monta era una revelación que desafiaba tanto su habilidad ecuestre como su compostura. Incluso sus empresas comerciales caían presa de su influencia; en las subastas, ella negociaba con rápida determinación, sus precios de alguna manera siempre resultaban precisamente correctos.

—Lo has hecho a propósito —La acusación de Lucian llevaba notas de admiración reacia bajo su fachada severa.

—Por supuesto que no —Lizzie pasó junto a él, lo suficientemente cerca como para que sus faldas rozaran sus botas, su sonrisa era algo peligroso en la luz de la mañana—. Para probarlo, iré a buscar ese conejo de nuevo —Se movió por el bosque como una dríada, llamando con deliberada dulzura—: Oh, conejito, vuelve, por favor. Queremos meterte una bala.

—Basta —Su orden tenía el filo desesperado de un hombre perdiendo el control cuidadosamente mantenido—. Estás espantando a todos los animales.

—¿Qué? —Se volvió, la luz del sol atrapando los hilos cobrizos de su cabello mientras le lanzaba una mirada de pura travesura—. Solo estoy tratando de ayudar.

—No, no lo estás —Algo peligroso brilló en sus ojos gris tormenta—. Y si persistes, serás tú a quien dispare.

—¡Ay, Dios! —Se escondió detrás de un roble antiguo, su corteza áspera contra las palmas de sus manos. El juego había cambiado, evolucionando a algo mucho más atractivo que la simple cacería—. ¡Eh, conejo, espérame! Me estoy escapando contigo.

Su risa, profunda y rica como un brandy añejo, le envió escalofríos de anticipación por la espalda. Lo vislumbró acechándola entre las sombras moteadas y se deslizó hacia otro árbol, su corazón latiendo con un ritmo salvaje contra su corsé.

—Me niego a volver a casa con las manos vacías —gritó él, con la voz ronca por algo que no tenía nada que ver con la presa perdida—. No ha habido pescado en la mesa, y ahora estás arruinando la cacería.

—No, no lo estoy haciendo —dejó que su voz se propagara, atrayéndolo más profundamente en su danza—. Ahora es el juego del escondite.

Lucian, dándose cuenta de que no habría una sola criatura moviéndose a kilómetros de distancia debido a las teatrales advertencias de Lizzie, se rindió a lo inevitable con una sonrisa lobuna.

—Será mejor que te escondas —gritó, las palabras llevando una oscura promesa en el aire matutino. El estruendo de su persecución a través de la maleza hizo que su corazón se acelerara, su risa dejando un rastro como cintas en el viento.

Pero Lucian conocía estos bosques tan íntimamente como conocía sus propios deseos. Se desvió del camino, moviéndose con un silencio depredador a través de las sombras aún cargadas con los secretos del amanecer. La risa de Lizzie se desvaneció en llamadas interrogantes, su voz pasando de juguetona a inquisitiva. Él esperó en la densa maleza, todos sus sentidos sintonizados con su aproximación, el susurro de sus faldas contra las hojas, el sutil enganche en su respiración.

Cuando se acercó lo suficiente como para captar el aroma a jazmín de su cabello, Lucian saltó.

—¡Te encontré!

Su grito perforó la quietud de la mañana. Antes de que él pudiera registrar el cambio, su puño golpeó su pecho con fuerza desesperada. Toda la alegría se transformó en pura supervivencia. Lucian jadeó pero la sujetó con firmeza, el reconocimiento amaneciendo como hielo en sus venas.

—¡Anne, soy yo!

Ella se quedó inmóvil en sus brazos, una criatura acosada atrapada entre la huida y la lucha. Él observó cómo la conciencia volvía a inundar sus ojos abiertos, el alivio persiguiendo al terror a través de sus rasgos como nubes de tormenta que se disipan.

—¡Lucian! Me asustaste por un momento.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —se alejó, dándole la espalda, pero no antes de que él vislumbrara algo crudo y herido en su expresión. El hechizo juguetón de la mañana se hizo añicos como cristal sobre mármol.

Lucian frunció el ceño, sus manos encontrando los hombros de ella con suave insistencia mientras la hacía volverse para mirarlo. Ella se negó a encontrar su mirada, aunque los temblores corrían bajo sus palmas como ondas en agua quieta.

—Recuerdas algo, ¿verdad?

—No —susurró, la palabra apenas agitando el aire entre ellos—. No, no recuerdo.

—Sí, lo haces —presionó Lucian, su voz tan suave como firmes eran sus manos sobre sus hombros. La luz de la mañana captó el brillo de lágrimas contenidas en sus ojos, volviéndolos ámbar líquido—. ¿Qué es? ¿Quién creíste que era yo?

La mirada de Lizzie finalmente se encontró con la suya, la ira destellando como relámpagos de calor en una noche de verano.

—No lo sé, te digo. No recuerdo.

—¿No recuerdas? —Sus pulgares trazaron círculos inconscientes contra su piel a través de la fina muselina de su vestido—. ¿O no quieres recordar?

—Ambas cosas —la palabra escapó como una confesión, el dolor grabándose en sus rasgos, vaciando sus ojos hasta que se convirtieron en ventanas a algún infierno privado que él no podía alcanzar.

La imagen atravesó las defensas cuidadosamente construidas de Lucian, el dolor de ella se convirtió en el suyo propio con una intensidad que le robó el aliento. La soltó lentamente, retrocediendo como si la distancia pudiera protegerlo de la verdad que se desplegaba entre ellos como una flor venenosa. Que Dios lo ayudara, pero no quería que ella recordara tampoco. No quería saber qué sombra de su pasado podía transformar a su risueña ninfa del bosque en esta criatura herida. No quería que ella recordara la vida que inevitablemente la alejaría de estos momentos de risas compartidas y miradas ardientes, lejos de él.

—Ven —forzó un tono ligero en su voz, aunque se sentía como levantar piedras—. Será mejor que regresemos. La señora Pippins no estará contenta. Lo único que atrapé fuiste tú.

—Se ha estado arrepintiendo de eso desde el primer día —el alivio se reflejó en el rostro de Lizzie ante el cambio de tema, el color volviendo a sus mejillas como el amanecer después de una tormenta.

Lucian se rió, el sonido casi natural. —Quizás se sentiría mejor si le dijera que tú serás nuestra próxima comida.

—No —dijo Lizzie, con picardía reavivándose en sus ojos mientras sacudía la cabeza—. No sabría cómo vestirme, ¿verdad? Después de todo, no tiene ningún gusto por la moda.

La broma quedó suspendida entre ellos como la niebla matutina, frágil y perfecta, ocultando corrientes más profundas bajo su superficie aparentemente inocente. Al igual que la propia Lizzie, se dio cuenta Lucian con una punzada que sabía a inevitabilidad.

***

El sol de la tarde extendía sus dedos dorados sobre los campos de heno, convirtiendo cada tallo en un tesoro bruñido. Lizzie estaba sentada sobre su manta, con la sombrilla inclinada justo así, observando a los hombres en su labor con una indiferencia cuidadosamente elaborada. —¿Ya has terminado, Lucian?

Él estaba de pie frente a ella, con la camisa pegada a los amplios planos de su pecho, húmeda por el trabajo honesto. Incluso mientras ella hacía un gesto hacia el campo, aún pesado de trabajo, su mirada trazaba la forma en que la luz del sol capturaba la fuerte columna de su garganta donde se había aflojado el cuello. —Aún queda mucho por hacer, ¿no es así?

—Sí —su voz llevaba bordes ásperos que enviaron escalofríos bailando por su columna—. Tengo la intención de volver, pero primero deseo llevarte a casa.

—¿Por qué? —ajustó su sombrilla, dejando que la brisa de verano besara su cuello—. Te aseguro que lo estoy disfrutando.

La ceja de Lucian se alzó, un gesto cargado de significado no expresado. —¿Ver trabajar a los hombres te complace?

Lizzie dejó que su mirada vagara sobre él con deliberada lentitud, bebiendo detalles que las damas apropiadas no deberían notar: la forma en que su camisa húmeda se moldeaba al músculo, cómo el sudor brillaba en la piel bronceada por el sol. Un cosquilleo decididamente poco apropiado para una dama recorrió sus venas. En el aire enrarecido de Londres, ningún caballero de su conocimiento se atrevería a aparecer ante ella con otra cosa que no fuera un traje impecable. Sin embargo, aquí estaba Lucian, despojado del pulido de la sociedad, crudo y magnífico como la naturaleza misma. La visión no repugnaba sus sensibilidades, despertaba algo primario, algo que reconocía la fuerza y la belleza masculina con un instinto ancestral.

—Por supuesto —se rió, el sonido rico en significado oculto—. Ya que soy yo quien observa, y tú quien trabaja.

—Eso pensaba —una sonrisa tiró de sus labios incluso cuando la preocupación ensombreció sus ojos—. Pero los hombres están descontentos con ello.

—¿Por qué? —su pregunta quedó suspendida en el aire caliente entre ellos, engañosamente inocente.

—Porque los estás mirando —la voz de Lucian se volvió áspera como seda arrastrada a contrapelo—, luciendo tan fresca y majestuosa como te plazca mientras ellos se afanan.

—¿Majestuosa? —la risa de Lizzie brilló como champán en cristal—. Muchas gracias, pero esta falda y blusa que llevo son todo menos majestuosas. Parezco una auténtica campesina.

—Estos hombres se sienten atraídos por las campesinas —dijo Lucian, sus ojos oscureciéndose mientras recorrían la elegante línea de su garganta, la forma en que la luz de la tarde captaba el cobre de su cabello.

—¿Y tú? —La pregunta se deslizó de sus labios como miel, dulce con peligrosa posibilidad. Batió sus pestañas, sabiendo muy bien el efecto de la luz del sol atrapada en su barrido. Cuando

Lucian solo frunció el ceño, algo salvaje y temerario se agitó en su pecho. No debería coquetear tan descaradamente; era como provocar a un león dormido. Pero oh, qué delicioso era ver cómo su cuidadoso control se tensaba contra sus cadenas.

—Porque si lo estás... —Lizzie alzó la mano, deliberadamente lenta, y se quitó la cinta del cabello. Seda oscura cascadeó alrededor de sus hombros mientras sacudía la cabeza, cada movimiento una seducción cuidadosamente coreografiada.

—Ven —su orden llevaba una advertencia, pero debajo de ella acechaba algo más oscuro, más hambriento.

—Muy bien —cerró su sombrilla con gracia decisiva, levantándose en un susurro de faldas que rozaron tentadoramente contra sus piernas. Lucian se inclinó para recoger la manta, y caminaron a través de los campos bañados por el sol en un silencio amistoso que crepitaba con posibilidades no expresadas.

Al pasar junto a un pajar recién hecho, Lizzie se detuvo, afectando su expresión más inocente, esa que le había servido tan bien en los salones de baile de Londres.

—Lucian, puede que no lo hayas notado, pero juro que vi a un hombre y una chica desaparecer en uno de estos el otro día.

Su mirada cautelosa envió un canto de triunfo por sus venas.

—¿Sí?

—¿Qué estarían haciendo? —Ladeó la cabeza, la viva imagen de la curiosidad ingenua.

—Estaban... —Lucian se detuvo, su ceño fruncido profundizándose mientras la comprensión amanecía en sus ojos tormentosos—. Iban allí a descansar.

—¿Descansar? —La sombrilla de Lizzie golpeó el suelo con gracia deliberada—. A fe mía, eso es lo que necesito. Ver a los hombres trabajar es tan agotador —su risa la siguió como un perfume mientras corría hacia el pajar, cada puñado de heno que le arrojaba era una provocación deliberada. Tallos dorados captaban la luz de la tarde, bailando a su alrededor como sus intenciones hechas visibles.

—¡Detente!

—¿No lo estoy haciendo correctamente? —Se giró, con picardía e invitación en guerra en sus ojos ámbar.

Algo peligroso se encendió en la mirada de Lucian, un desafío aceptado.

—No —avanzó hacia ella con gracia depredadora—. Así es como se hace —sus poderosas manos movieron el heno con rápida eficiencia, creando un hueco que prometía secretos. Luego sus dedos encontraron su cintura, y el mundo se inclinó sobre su eje—. Y esto...

La levantó como si no pesara nada, arrojándola al fragante nido que había creado. Lizzie apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que él la siguiera, su cuerpo grande deslizándose junto al de ella como seda contra piel. Sus brazos la envolvieron, y oh, el aroma de él, hombre cálido por el sol y heno fresco y algo únicamente Lucian, invadió sus sentidos como el más fino brandy francés.

—Te advertí sobre coquetear con campesinos —murmuró Lucian, sus labios descendiendo con propósito inevitable.

—Pero no vamos a volver a besarnos nunca más —suspiró Lizzie, con el corazón latiendo un ritmo salvaje contra su corsé—. ¿Recuerdas?

—Y me has provocado como el mismísimo diablo por eso —su voz se volvió áspera como el terciopelo arrastrado a contrapelo—. Eso se va a acabar ahora mismo.

Su boca reclamó la de ella con una minuciosidad devastadora. Meses de pasión negada cristalizaron en este único y ardiente momento. Sus manos, seguras y certeras, moldearon el cuerpo de ella al suyo como si hubiera sido creada solo para su tacto. Un gemido escapó de los labios de Lizzie, ahogado por su beso mientras un calor líquido corría por sus venas. Se rindió a él completamente, gloriándose en la fricción de sus labios contra los suyos, los duros planos de músculos bajo sus dedos inquisitivos, el delicioso peso de él presionándola más profundamente en su fragante refugio.

Pero entonces algo cambió, se transformó. Ya no era mera sensación lo que la envolvía, sino la esencia misma de él. Su espíritu llamaba al de ella con cada respiración acalorada, cada toque desesperado. Lizzie sintió que su corazón se desplegaba como una flor nocturna, ofreciendo secretos que no sabía que guardaba con cada roce de sus labios, cada caricia de sus manos. Este era un territorio peligroso, sin duda; no los pasos familiares de la seducción, sino algo mucho más poderoso.

Lucian se apartó de repente, sus ojos oscuros como tormentas de medianoche. Algo profundo y aterrador brilló en sus profundidades: reconocimiento, no de su rostro, sino de su alma. Su voz surgió áspera como diamantes sin pulir:

—Maldita seas, Anne.

Las palabras golpearon su corazón recién despertado como la escarcha invernal sobre los brotes primaverales.

—¿Que me maldiga? —El dolor floreció caliente y agudo detrás de sus costillas, transformándola en pura furia combativa. Empujó contra el muro de su pecho, sin importarle ya

sus faldas enredadas o el heno atrapado en sus rizos revueltos. Corrió, huyendo no solo de él sino de la devastadora revelación de la traición de su propio corazón.

Los gritos de Lucian resonaron detrás de ella, pero no podía detenerse, no quería detenerse. Los campos se extendían interminables ante ella, cada paso llevándola más lejos del precipicio de sentimientos demasiado peligrosos para nombrar. El relincho sorprendido de un caballo y la maldición de un hombre atravesaron su pánico. Se detuvo en seco, con el corazón alojado en algún lugar de su garganta.

Dos jinetes bloqueaban su camino, sus monturas danzando bajo ellos como criaturas de un tapiz medieval. El primer jinete tiró de las riendas, su caballo encabritándose hacia el cielo.

—¡Whoa! —gritó, mientras su compañero maldecía cuando su propia montura caracoleaba en círculos agitados.

Lizzie se quedó paralizada, el horror cristalizándose en sus venas cuando el reconocimiento la golpeó como un rayo de verano. Sir Harry Monteath y el Muy Honorable George Stanton, los compañeros de bebida de Mordaunt, testigos de una vida que había intentado desesperadamente olvidar. Sir Harry había compartido frecuentemente la mesa del duque, su vino, sus confidencias.

—¡Pardiez! —resopló Sir Harry, mirando desde su montura temblorosa—. ¿Qué estás haciendo, moza? Casi me tiras del caballo.

—Por todos los santos —añadió George Stanton, su irritación transformándose en algo mucho más peligroso mientras su mirada se posaba en el rostro de ella—. Deberías tener más cuidado, mocosa. —Sus ojos se agrandaron, el reconocimiento amaneciendo como el peor tipo de amanecer—. ¡Por todos los diablos! Harry, ¿no se parece a Lady Elizabeth?

Sir Harry buscó a tientas su monóculo, levantándolo hasta su ojo con dedos temblorosos que hablaban de demasiadas noches tardías con brandy y cartas.

—Maldita sea, sí que se parece.

El terror y la esperanza desesperada libraban una batalla en el pecho de Lizzie. Hizo una torpe reverencia, dejando que su voz adoptara la tosca cadencia del campo. —Perdón, mis señores. No 'taba mirando por dónde iba.

George Stanton sacudió la cabeza, con asombro e incredulidad pintados en su rostro. —Podría ser su vivo retrato.

La risa de Sir Harry resonó en el aire veraniego como un instrumento mal afinado. —Espera a que le cuente a Mordaunt que vi a una campesina idéntica a ella.

—¿Contarle a Mordaunt? —El nombre escapó de sus labios antes de que pudiera evitarlo, un susurro delator de seda contra piedra. Pero los hombres, absortos en su propia diversión, no

percibieron el horror tras su jadeo. Lizzie forzó sus labios en una curva seductora, aunque su corazón latía contra su corsé como un pájaro enjaulado. —¿Quién es ese tal M-Mordaunt del que hablan?

—Es un excelente duque —declaró Sir Harry con borracha pomposidad—. Y está muy por encima de tu alcance, desvergonzada impertinente.

Lizzie contoneó sus caderas con deliberada vulgaridad, cada movimiento un disfraz cuidadoso para ocultar a la dama debajo. —¿Dicen que me parezco a esa señora? ¿Es tan guapa como yo?

—¡Mucho más! —La risita de George tenía bordes crueles—. Aunque ella no tendría paja en el cabello. —Sus ojos brillaron con deleite malicioso—. Por Dios, es demasiado bueno. Deberíamos decirle al viejo Mordaunt que hemos encontrado un reemplazo para Lady Elizabeth. Podría animarlo mientras la dama está de visita con esos parientes suyos.

La risa de Sir Harry murió en un ceño preocupado. —Lástima que el viejo Mordaunt esté de tan mal humor últimamente.

—¿Verdad? —George suspiró con exagerada simpatía—. Debería tomarlo como una broma, pero no me sorprendería si nos retara a duelo. Ha estado muy irascible.

La voz de Lucian resonó por el campo como un trueno antes de la tormenta. Lizzie se volvió, su corazón atrapado entre la huida y la rendición. Él se acercaba con gracia letal, su pasión anterior transformada en furia protectora.

Ella se giró de nuevo hacia los jinetes, la desesperación prestando autenticidad a su actuación. —Disculpen, señores, pero ahí viene mi hombre. —Las palabras brotaron de sus labios, toscas y deliberadamente vulgares—. No... no le va a gustar que esté hablando con ustedes. Es de los celosos.

—Cielos —los ojos de Sir Harry se agrandaron cómicamente tras su monóculo—. Es un gigante del demonio. Mejor nos vamos, George. No hay tiempo para pelear con un patán, no si queremos llegar a la subasta del viejo Blackwell. No quiero perder la oportunidad de ese bayo.

—Cierto —asintió George, y ambos hombres espolearon sus monturas con prisa indecorosa, dejando solo el eco de los cascos y una nube de polvo a su paso.

Lizzie se volvió para enfrentar a Lucian, cada nervio vibrando con el esfuerzo de mantener su fachada. Su presencia llenaba el espacio entre ellos como nubes de tormenta acercándose, oscuras con preguntas no pronunciadas. Forzó sus labios en una sonrisa que se sentía como cristal roto. —Necesitaban indicaciones.

—Ya veo —dijo él, su voz cargada de profundidades que ella no se atrevía a explorar.

—Van a una subasta de caballos —ofreció, cada palabra elegida como pasos sobre terreno traicionero mientras empezaban a caminar.

—Debe ser la de Blackwell —añadió Lucian, caminando a su lado tan naturalmente como respirar—. Es uno de los mejores criadores de caballos de la zona, del país, de hecho.

—No lo sabía —las palabras emergieron huecas, una cáscara que contenía multitudes. Las emociones se agitaban bajo su piel como olas azotadas por la tormenta: maldecida por este encuentro fortuito con su pasado, bendecida porque Mordaunt aún vivía, maldecida de nuevo por esa misma bendición. Cada paso la llevaba más profundo en un laberinto de su propia creación, donde cada giro contenía tanto la salvación como la condenación.

Su mano buscó la de Lucian por voluntad propia, anhelando un ancla en esta tempestad de incertidumbre. Los dedos de él se cerraron alrededor de los suyos sin dudar, ofreciendo una fuerza silenciosa incluso mientras la ataban más estrechamente a este dulce engaño.

Capítulo 14

La luz de la luna pintaba senderos plateados a través de la alcoba de Lizzie, convirtiendo las sombras en secretos. Ella estaba de pie junto a la ventana, envuelta en la camisa de dormir de Lucian como una armadura contra sus miedos. La prenda robada le caía más allá de las rodillas, su corte masculino enfatizaba su vulnerabilidad aun cuando le ofrecía consuelo. Más que una locura haberla conservado, y más locura aún vestirla, pero no podía negar la forma en que su aroma persistente —sándalo, cuero y algo únicamente de Lucian— sosegaba sus pensamientos acelerados.

Una risa seca se atascó en su garganta, frágil como hojas de otoño. Debería sentirse aliviada. Saber que Mordaunt vivía debería haber levantado el peso del asesinato imaginario de sus hombros. En cambio, se asentó como plomo en su vientre, pesado con un nuevo terror. Ahora lo conocía, realmente lo conocía, de maneras que su ingenuo yo más joven nunca podría haber imaginado. Si interpretaba el papel de amoroso prometido mientras decía a sus amigos que ella visitaba a unos parientes, tenía un propósito detrás de la mentira. Como un gato con un ratón, saborearía el juego.

El sueño no vendría fácilmente, pero debía intentarlo. La noche albergaba demasiadas sombras, demasiados miedos recordados. Alejándose de la ventana, Lizzie cruzó hacia su cama, cada paso cargando el peso de sus engaños. Las sábanas se sentían frescas contra su piel mientras se deslizaba bajo ellas, la camisa de dormir prestada de Lucian era un consuelo secreto en la oscuridad.

Sin embargo, el sueño, cuando finalmente la reclamó, no trajo paz.

Un grito penetrante destrozó el silencio de la noche, arrancándola de pesadillas de persecución y captura. Su garganta ardía —el sonido había salido de sus propios labios.

Pasos retumbaron por el pasillo —el andar distintivo de Lucian, urgente de preocupación. Irrumpió por su puerta como un ángel vengador, su bata de fumar apresuradamente puesta sobre su camisa de dormir, el cabello oscuro alborotado por el sueño. Su presencia llenó la habitación iluminada por la luna con una promesa peligrosa.

—¡Anne! —Su voz llevaba medidas iguales de alivio y preocupación mientras se acercaba a ella—. Soy yo.

—¿Lucian? —Su nombre emergió como un susurro, su corazón aún acelerado por terrores tanto soñados como reales—. Me has asustado.

—¿Yo te asusto? —Estudió su rostro, sus ojos gris tormenta buscando respuestas que ella no se atrevía a dar. La luz de la luna transformaba su piel en alabastro, pero sabía que sus ojos debían traicionarla —pozos oscuros de terror recordado—. Estabas gritando.

—Sí, yo... —Lizzie acercó sus rodillas al pecho, la camisa de dormir prestada moviéndose con su movimiento—. Me temo que tuve una pesadilla.

—Claramente. —Su voz se suavizó como terciopelo en la oscuridad—. ¿Qué estabas soñando?

—Yo... —La verdad flotaba en sus labios, peligrosa como acero desenvainado. Forzó su voz a la firmeza, aunque su pulso aún corría bajo su piel—. Soñé que era un ratón.

—¿Un ratón? —La luz de la luna captó el arco escéptico de su ceja.

Lizzie alzó la barbilla, fingiendo una compostura que no sentía. —Sí. Me perseguía un gato.

—¿Y quién era el gato? —Su mirada se clavó en la de ella, penetrante como una hoja afilada.

—No lo sé —Se encogió de hombros, aunque el movimiento se sintió frágil como el azúcar hilado—. No le pregunté su nombre. Sin duda era Tom, o algo así.

—No lo era. —La certeza en su voz le provocó escalofríos por la espalda.

—¿Ah, no? —Forzó un tono ligero en su voz, aunque sus dedos se aferraban a las sábanas hasta que sus nudillos se tornaron blancos—. ¿Acaso conoces su nombre, el de este gato en mi sueño?

—No, pero tú sí —Sus palabras cayeron entre ellos como piedras en aguas tranquilas—. O lo harás, una vez que recuperes la memoria.

—¿En serio? —La palabra apenas emergió en un susurro.

—He estado leyendo sobre el tema —Se acercó más, y el colchón se hundió bajo su peso—. Puede ser difícil cuando los recuerdos empiezan a volver.

—Quizás eso es lo que está pasando —Lizzie se alejó, aunque cada parte de ella anhelaba apoyarse en su fuerza—. O quizás fue simplemente una indigestión —Inyectó un tono de desdén

en su voz, afilado como un alfiler—. En cualquier caso, perdóname por despertarte. Estoy bien ahora. Puedes volver a tu habitación.

Lucian se dirigió hacia la puerta, cada paso medido como un hombre luchando contra sus propios instintos. Su mano se cerró alrededor del pomo de latón, pero algo lo detuvo, algo en la rígida línea de su espalda, la compostura demasiado cuidadosa de su pose. Se volvió, estudiándola en la habitación bañada por la luz de la luna.

Estaba sentada recta como una reina en su trono, observándolo con ojos que contenían sombras más profundas de lo que simples pesadillas podrían explicar. A pesar de su arrugada camisa de dormir —su camisa de dormir— y la salvaje maraña de su cabello, mantenía ese aire de cuidadoso control que primero lo había atraído hacia ella. Sin embargo, bajo esa fachada de porcelana, el miedo temblaba como una mariposa capturada.

La tarde en el campo de heno susurró en su memoria: cómo ella lo había provocado y atormentado hasta que su control se había quebrado. Pero cuando finalmente había probado su pasión, algo más había surgido. Algo mucho más peligroso que el mero deseo. Había sostenido a una mujer diferente en sus brazos entonces, una cuya esencia misma lo había capturado más completamente de lo que cualquier seducción podría lograr.

Había maldecido ese momento. Así como maldecía este, sabiendo que no podía alejarse de su miedo más de lo que podía dejar de respirar. Con un gruñido bajo que parecía arrancado de su pecho, cerró la puerta y volvió a zancadas a su cama, su mirada nivelada con la de ella. Sus ojos se ensancharon, pozos de medianoche en su pálido rostro. —¿Qué sucede?

—Hazte a un lado —ordenó bruscamente, sin esperar su respuesta antes de acomodar su peso en la cama.

—¿Por qué? —Se arrastró hacia el centro del colchón, su movimiento enviando una nueva oleada de jazmín y calidez femenina para tentar sus sentidos.

—Porque tendrás otra pesadilla —Ajustó su posición, hiperconsciente de su proximidad—. Y prefiero quedarme aquí, en lugar de ir y venir apresuradamente entre habitaciones.

Su barbilla se elevó en ese gesto familiar de desafío. —No necesitas volver si tengo otra pesadilla.

—No, no necesito hacerlo —Se acomodó contra las almohadas, donde su aroma persistía como un dulce veneno—. Pero lo haré.

—Lucian, no puedes... no puedes quedarte aquí —Su protesta surgió sin aliento, traicionando sus propios deseos.

—¿No puedo? —La palabra llevaba un tono de oscura diversión mientras él se acomodaba en una posición más cómoda, haciendo crujir la fina tela de su camisa de dormir contra las sábanas de ella. Su mirada se detuvo en una visión familiar—. Todavía llevas puesta mi camisa de dormir.

—Ella se quedó quieta como un ciervo que olfatea el peligro, la luz de la luna plateando la curva de su garganta mientras tragaba saliva—. Ya te lo dije, he descubierto que tu ropa es mucho más práctica que la de las mujeres —Un destello de su espíritu habitual brilló en sus ojos —. ¿Supongo que la quieres de vuelta?

—No en este momento —Su voz baja envió escalofríos por su piel mientras él se acomodaba más profundamente en su cama, la intimidad doméstica del momento más peligrosa que cualquier abrazo apasionado. Una leve risa escapó de sus labios, y el sonido tiró de algo profundo en su pecho.

—Ahora —dijo con voz arrastrada, luchando por mantener un tono ligero a pesar del anhelo que amenazaba con abrumarlo—, puedes hacer lo que quieras, pero yo me voy a quedar aquí.

Lizzie se quedó congelada, mirándolo mientras la noche se extendía entre ellos como azúcar hilado, delicada y dulce con posibilidades. Luego, sin decir una palabra, se acercó, apoyando su cabeza en su hombro como si lo hubiera hecho mil veces antes. La confianza en ese simple gesto le quitó el aliento.

El brazo de Lucian la rodeó sin dudarlo, acercándola hasta que quedó envuelta en su calidez, su fuerza—. Duerme, Anne. No hay nada que temer.

—No tengo miedo —Las palabras susurraron contra su pecho.

—No, por supuesto que no —Sus labios se curvaron, aunque ella no podía verlos.

—Ahora no —La suave admisión llevaba volúmenes de verdad no dicha, y él sintió cómo su cuerpo se relajaba lentamente contra el suyo, cada respiración coincidiendo con la suya propia.

Lucian permaneció en silencio, pero sus brazos se apretaron instintivamente alrededor de ella. Ella tenía esa manera de ceder que lo deshacía completamente, despojándolo de su cuidadosamente mantenido control hasta que quedaba en carne viva de necesidad—no solo por su cuerpo, sino por su confianza, su verdad. Su respiración se ralentizó hasta el suave ritmo del sueño, pero él siguió despierto, mirando en la oscuridad, sosteniéndola cerca como si pudiera desvanecerse como la niebla de la mañana.

Ella encajaba contra él como si la Providencia misma hubiera tallado este espacio en sus brazos solo para ella. Pero incluso mientras saboreaba su calidez, su confianza, una sombra de presagio

susurró en su mente. Esta mujer en sus brazos era tanto revelación como misterio, y temía descubrir cuál resultaría más peligrosa para su corazón.

***

Lucian miraba fijamente su taza de té como si pudiera contener respuestas a los enigmas que atormentaban sus pensamientos, apenas registrando la presencia de Adelaide al otro lado de la pequeña mesa de palisandro.

—Lucian, ¿qué te pasa? —Su voz cortó a través de su ensueño, suave como el viento entre las hojas de verano.

—¿Qué? —Levantó la mirada, la delicada taza de Wedgwood pareciendo absurdamente frágil en sus grandes manos. La luz de la mañana captó las oscuras sombras bajo sus ojos, revelando noches de vigilia inquieta.

—¿Qué te pasa? —insistió ella, revolviendo una cucharada en su té con cuidadosa precisión—. ¿Has tenido otra discusión con Anne?

—No, no hemos discutido —Dejó su taza con tanta prisa que el té se agitó peligrosamente cerca del borde.

En realidad, deseaba una discusión —una pelea, incluso una batalla a gran escala sería preferible a este enloquecedor silencio que había descendido entre ellos. Desde aquella noche hace tres días, cuando la había abrazado hasta el amanecer y se había escabullido antes de que ella despertara para evitarles a ambos la incomodidad de la mañana, ella se había convertido en un fantasma en su propia casa. El recuerdo de su calidez contra su pecho, la confianza en su rendición, solo hacía que su actual distanciamiento fuera más amargo.

No era mera vergüenza lo que impulsaba sus acciones —de eso estaba seguro. Trataba a todos con la misma cortesía distante, negándose a salir de la casa con excusas de sentirse indispuesta. Pero bajo su fachada cuidadosamente construida, Lucian percibía algo mucho más peligroso que un simple malestar. El miedo emanaba de ella en oleadas, mezclado con un aire de espera que le ponía los nervios de punta. Fuera lo que fuera lo que temía, lo que esperaba, le había robado el sueño y la paz en igual medida.

—No ha venido a tomar el té en dos días —observó Adelaide, sus tranquilas palabras llevando un peso más allá de su simple observación.

—Lo sé. —Lucian vaciló, pasándose una mano por el cabello ya despeinado. La luz del atardecer resaltaba la tensión en su mandíbula, la tensión alrededor de sus ojos—. Dice que simplemente no se siente bien. Le ofrecí llamar al Dr. Harrison, pero se negó con tal vehemencia... —Su voz se apagó, cargada de preocupación no expresada—. No puedo estar

seguro, pero he estado leyendo sobre su condición. Creo que Anne está cerca de recordar su pasado, y eso la asusta.

Los ojos oscuros de Adelaide se suavizaron con comprensión. La delicada taza de porcelana en sus manos parecía temblar con el peso de la angustia de su amiga. —¿Hay algo que podamos hacer por ella? ¿Algo que yo pueda hacer?

—Sí. —Lucian se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, cada línea de su cuerpo traicionando una urgencia cuidadosamente contenida—. Claramente no desea mi compañía, ni se confiará a mí. Tal vez si pudieras pasar más tiempo con ella, podría abrirse contigo. Si no... —Su voz se volvió áspera como seda arrastrada contra la veta—. Al menos tendrá tu compañía.

Las sombras se alargaron sobre la alfombra mientras las nubes pasaban frente al sol, coincidiendo con su expresión cada vez más sombría. —No estoy seguro de lo que sucederá si de repente recupera la memoria y resulta ser cruel. Los textos médicos dicen que cada caso es diferente, impredecible como el clima de primavera. Consulté al Dr. Harrison, pero fue de poca ayuda. Dijo que su única experiencia con pérdida de memoria fue cuando la mula de Jamison le dio una patada en la cabeza.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Adelaide, sus labios curvándose a pesar de la gravedad del momento.

Un fantasma de humor parpadeó en el rostro de Lucian. —Aparentemente, Jamison no supo su propio nombre durante un mes, no podía unir dos palabras. —Su expresión se volvió sobria—. Pero esto es diferente. Anne no quiere recordar, lo veo en sus ojos. Cuando esos recuerdos finalmente salgan a la superficie, temo que se rompan como olas de tormenta contra sus orillas. No deseo que enfrente eso sola.

Adelaide dijo suavemente: —Eso sería terrible. Me aseguraré de pasar más tiempo con ella.

—Gracias. —El alivio suavizó las duras líneas alrededor de su boca—. Sé que será difícil con todas tus obligaciones familiares. He notado que Joy ha estado visitando a menudo, ¿tal vez podríamos pedirle que ayude también?

—Ciertamente. —Su rostro se iluminó—. Estaría encantada de hacerlo. Tiene a Anne en la más alta estima.

—Como todos nosotros, demasiado bien —las palabras llevaban un toque de burla hacia sí mismo. Se quedó en silencio, las sombras profundizándose en sus facciones como nubes de tormenta acumulándose—. Es importante que Anne no se dé cuenta de que la estamos

observando. No debemos hacerla sentir incómoda, por eso sé que no puedo estar demasiado cerca de ella —captó el destello de sorpresa en los ojos de Adelaide—. ¿Qué?

—Nada —examinó las delicadas rosas pintadas en su taza de té—. Es solo que no es normal que te comportes con tanta... tanta circunspección.

Lucian se sobresaltó, sabiendo muy bien que su comportamiento era todo menos circunspecto. El recuerdo del abrazo de Anne, el aroma a jazmín en su cabello y la vulnerabilidad que mostró al compartir sus miedos con él, aunque no toda su verdad, atormentaba sus noches. Dijo con rigidez:

—Simplemente hago lo que los textos médicos sugieren para ayudar a Anne a recuperar su memoria.

Lo que no confesó fue que si ella no recordaba pronto —o al menos dejaba de lado este enloquecedor distanciamiento— él mismo buscaría gustosamente la mula del viejo Jamison. Quizás una rápida patada en la cabeza podría concederle a él también una bendita amnesia.

Capítulo 15

Suspirando, Lizzie volvió a recostar la cabeza, negándose a examinar el peligroso consuelo que encontraba en los brazos de Lucian. El sueño la llamaba como el canto de una sirena, pero un ceño fruncido surcaba su frente mientras la consciencia se desvanecía. No era correcto que una mujer necesitara la presencia de un hombre para encontrar paz en las horas oscuras. La alta sociedad se escandalizaría, pero aquí, en la suave quietud de las noches de Yorkshire, las reglas de la sociedad parecían tan insustanciales como la niebla matutina.

Un persistente golpeteo la arrancó de sus sueños. Lizzie entreabrió los ojos, solo para volver a cerrarlos ante la traicionera luz del sol matutino. Instintivamente, se acurrucó más cerca del calor de Lucian, con su pecho sólido como un roble bajo su mejilla.

—¿Señorita Anne? —La voz de la señora Pippin se filtró por la puerta como una realidad inoportuna—. ¿Señorita Anne, está despierta?

—Sí —logró decir Lizzie, con la irritación afilando su tono—. ¿Qué ocurre?

—¿Puedo entrar?

El terror recorrió sus venas como agua helada. Lizzie se incorporó de golpe, debatiéndose entre el decoro y el pánico. A su lado, Lucian se removió con un gruñido de protesta. Ella le cubrió la boca con la mano, sintiendo el roce de sus labios contra su palma mientras exclamaba:

—¡No! Es decir... ¡no, me estoy vistiendo!

Él abrió los ojos, pesados pero bailando con una diversión impía. Una ceja oscura se arqueó, y el calor floreció bajo su piel mientras ella retiraba la mano bruscamente.

—Lo siento, señorita Anne —la voz de la señora Pippin transmitía notas de preocupación—. Pero Lord Thorncliff no bajó a desayunar esta mañana, ni puedo encontrarlo por ninguna parte.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Las mejillas de Lizzie ardieron mientras Lucian se incorporaba lentamente a su lado, con las sábanas agrupándose alrededor de su cintura de una

manera que le secó la boca.

—Yo... solo me preguntaba si conocía sus planes. El señor Nash está abajo, deseando hablar con él. Dice que tenía una cita con mi Lord.

—Lo siento, pero no sé dónde está Lord Thorncliff —la mentira sabía a escándalo y placeres secretos.

Permanecieron inmóviles como estatuas hasta que los pasos de la señora Pippin se desvanecieron como ecos por el pasillo. En la reveladora luz de la mañana, la realidad de su situación cayó sobre Lizzie como una ola. La falta de decoro, el peligro, y debajo de todo, una corriente de deseo que se negaba a ser negada. Había estado loca anoche, pero una buena noche de sueño no había restaurado ni su cordura ni su decoro.

Lucian estaba sentado a su lado, estudiando su rostro con esa maldita diversión oscureciendo su mirada. Su risa, cuando llegó, contenía notas de satisfacción masculina que hicieron que sus dedos se curvaran bajo las sábanas.

—Nunca pensé verte sonrojada, Anne. Pero lo estás, y de un rojo muy intenso.

—No me lo digas —Alzó la barbilla, convocando cada gramo de altivez aristocrática que poseía, aunque el efecto quedaba algo arruinado por el camisón de él que cubría su figura—. Creo que es mejor que te vayas.

Él negó con la cabeza, su cabello oscuro cayendo con aire libertino sobre su frente. —Esta vez no funciona. Quizás la pose queda arruinada por el camisón y tu estado desaliñado —Se inclinó hacia adelante, lo suficientemente cerca como para que su aliento agitara los rizos en su sien—. ¿Te gustaría darme un beso de buenos días?

—¡No! —Retrocedió como una debutante enfrentada a su primera mirada lasciva, aunque el calor en sus mejillas la traicionaba.

—Qué extraño —Su voz transmitía una peligrosa comprensión—. No es lo que vi en tus ojos.

La intensidad de su mirada despojó sus defensas como pétalos de una rosa. —No importa. Ciertamente no podemos besarnos aquí.

—¿No podemos? —Su ceja se arqueó con gracia maliciosa—. ¿Puedes atraerme a un pajar para besarme, pero trazas la línea en la cama? Una consideración muy extraña. Tenía la impresión de que las camas eran lugares bastante comunes para besarse.

—Eso es... —Lizzie se escabulló de la cama con más prisa que gracia, el camisón prestado enredándose traicioneramente alrededor de sus piernas. Se irguió como una reina presidiendo la corte, aunque el efecto quedaba algo socavado por su estado desaliñado—. Y no te atraje a ese pajar para besarte.

—¿No? —La única palabra transmitía un conocimiento peligroso.

—No, no pensé que me besarías —La confesión emergió más suave de lo que pretendía, traicionando verdades que preferiría mantener ocultas.

—Pensaste solo en coquetear y provocar —Su sonrisa tenía una gracia depredadora mientras palmeaba la cama arrugada a su lado—. Ven, Anne, coquetea conmigo ahora.

—No —Pero la palabra carecía de convicción, incluso para sus propios oídos.

—Pero lo haces tan bien —La sonrisa de Lucian encendió algo ardiente en su sangre—. ¿Y no dijiste que necesitaba aprender a coquetear para complacer a una dama?

—¡Estás coqueteando ahora! —La acusación surgió sin aliento, atrapada entre la indignación y el deseo.

—Cualquier cosa para complacer a una dama —Se levantó de la cama con la gracia fluida de un cazador, cada movimiento preciso con propósito—. ¿No vas a recompensarme?

Él la acechó con intención deliberada, y Lizzie abandonó la dignidad por la supervivencia, huyendo al dudoso santuario de la silla estampada con rosas. —Puedes dejar de coquetear conmigo ahora, Lucian.

—¿Por qué? —Cada paso lo acercaba más, la luz de la mañana dorando sus hombros bajo la fina batista de su camisón—. Tú nunca desististe.

—¿Por qué estás actuando así? —Su corazón marcaba un ritmo salvaje contra sus costillas.

—Es de mañana. Por fin he tenido una buena noche de sueño, y me siento muy... —Su voz bajó a un ronroneo aterciopelado—. Coqueto, digamos.

—Bueno, ve y sé coqueto en otro lugar —Su orden podría haber tenido más peso si su voz no hubiera temblado como una cuerda de violín bajo su arco.

—Puedes darme un beso ahora —Avanzó con gracia depredadora, la luz de la luna y las sombras jugando en los planos de su rostro—. Ya no estamos en la cama, después de todo.

—Estamos en un dormitorio —Las palabras surgieron entrecortadas, atrapadas entre el decoro y el deseo—. Eso es lo suficientemente cerca.

—Sí, lo es —su sonrisa contenía una peligrosa promesa. Antes de que ella pudiera reunir sus dispersos pensamientos, él se inclinó sobre el respaldo bordado de rosas de la silla, con una mano apoyada junto a su cabeza. Sus labios atraparon los de ella con rápida precisión, un breve sabor de placer prohibido que la dejó mareada de deseo. Cuando se apartó, la risa bailaba en sus ojos como relámpagos de verano—. No hay nada como un beso matutino.

Se enderezó con deliberada lentitud, cada movimiento impregnado de satisfacción masculina. Lizzie lo observó caminar hacia la puerta, sin poder evitar notar la suficiencia que irradiaba su

poderosa figura. En el umbral, se giró, con el triunfo curvando sus labios.

—Buenos días, Anne. He disfrutado mucho coqueteando contigo.

La puerta se cerró tras él con un suave clic que resonó en sus aposentos como un trueno. Lizzie levantó los dedos temblorosos hacia sus labios, donde aún persistía el fantasma de su beso. Este tipo de coqueteo —directo como una estocada, honesto como la lluvia de Yorkshire— no se parecía en nada a las delicadas danzas sociales que había dominado en los salones de baile de Londres.

Su mundo cuidadosamente construido se inclinó peligrosamente sobre su eje. En ese momento, no estaba segura de qué le aterrorizaba más: la forma en que su beso había dispersado sus defensas como hojas de otoño, o la traicionera manera en que su corazón había acogido su caída.

***

El vapor se enroscaba como cintas fantasmales en la cocina de Lucian, transportando la dulce promesa de bollos horneándose y la sutil tensión de temores no expresados. Lizzie escudriñó el cuenco de barro, donde las yemas pálidas brillaban como sol capturado contra la harina blanca. Su mundo se había reducido a este momento, a esta tarea imposible que parecía burlarse de su cuidadosamente elaborada personalidad.

—¿Pones tantos huevos? —la pregunta surgió más entrecortada de lo que pretendía, traicionando su inquietud.

Las manos de Adelaide se movían con gracia practicada, demostrando el arte transmitido a través de generaciones de mujeres de Yorkshire.

—Sí, así es. Así es como los cascas —con elegante precisión, golpeó un huevo contra el borde del cuenco, su contenido deslizándose libre de la cáscara en lo que a Lizzie le pareció un acto de pura hechicería.

—Ya veo —murmuró Lizzie, aunque en realidad no veía nada más que la creciente probabilidad de desastre. Adelaide presionó otro huevo en sus dedos temblorosos, la cáscara suave y fresca contra su palma.

Joy se acercó a la chimenea, su presencia añadiendo otra capa a su íntima reunión.

—Puedes usar ambas manos, Anne, si quieres.

—Sí —intervino la señora Pippin, acercándose con preocupación maternal—. Usar una sola mano no es fácil.

Lizzie sintió que su atención se asentaba a su alrededor como una corbata cuidadosamente anudada, justo al borde de lo asfixiante. Su mano temblaba, el huevo era una cosa frágil que parecía burlarse de sus triunfos anteriores. Dios mío, una vez había organizado un baile

diplomático donde los embajadores de tres naciones en guerra se habían marchado como amigos. Había sorteado las manos errantes de Prinny en una cena de Estado con la habilidad de un maestro esgrimista. Sin embargo, aquí estaba, deshecha por la simple mecánica del huevo y el cuenco.

—Muy bien —Lizzie tomó un respiro para calmarse, abordando la tarea como si fuera una delicada negociación diplomática. El huevo se rompió contra el cuenco con más fuerza de la prevista, su contenido esparciéndose por sus dedos en una cascada glutinosa. Muy poco llegó al cuenco, mientras que la mayoría se deslizaba por los lados de cerámica como lágrimas—. ¡Cielos!

Las risas de las damas ondularon por el aire cálido de la cocina, un momento de pura camaradería femenina que hizo que el corazón de Lizzie se retorciera con una añoranza inesperada. Dejó caer sobre la mesa la evidencia desordenada de su fracaso, mientras el calor le subía por las mejillas.

Adelaide, siempre graciosa, alcanzó otro huevo.

—La práctica...

La palabra murió en sus labios cuando una sombra cayó sobre el umbral de la cocina. La brusca inhalación de la señora Pippin cortó la paz doméstica como una cuchilla, y el corazón de Lizzie se estremeció bajo su corsé. Se giró, sabiendo ya lo que encontraría, el peso de lo inevitable asentándose sobre sus hombros como una capa familiar.

Dos hombres llenaban el marco de la puerta: uno alto y corpulento como un boxeador, el otro delgado como un látigo y nervioso como un gato de establo. Pero era el brillo oscuro de sus pistolas lo que captaba la atención, el metal reflejando la cálida luz de la cocina como las joyas de la propia muerte.

—¡Señor! ¡Señor! —El grito de la señora Pippin emergió agudo y fino, sus manos revoloteando como pájaros atrapados.

—Cállese —La voz del hombre más grande llevaba los bordes ásperos de las calles más oscuras de Londres, un sonido que Lizzie había esperado no volver a oír jamás.

El miedo se deslizó por su columna como la escarcha invernal, pero su voz emergió firme como el acero cuando preguntó:

—¿Qué quieren? —Aunque sabía, oh, cómo sabía, exactamente por qué habían venido.

—A ti, señorita —Su fea sonrisa hablaba de violencia apenas contenida, de promesas hechas a aquellos que comercian con carne y miedo.

—No pueden llevársela —La voz de Joy emergió con una calma sorprendente, una hoja de acero envuelta en seda. Se colocó delante de Lizzie con el valor inquebrantable de una mujer que ya se había enfrentado a sus propios demonios y los había encontrado insignificantes.

—En efecto —Adelaide se movió para unirse a ella, hombro con hombro, una barricada viviente de muselina y determinación. La luz de la mañana captó el temblor en sus manos, pero su columna permaneció recta como la de una reina.

—Dios —La pistola del hombre más bajo osciló entre ellas como la batuta de un director, sus nervios traicionándolo—. Apártense, señoras.

El arma del hombre más grande permaneció tan firme como la roca de Yorkshire, su mirada inexpresiva más amenazante que cualquier gesto dramático.

—No importa, Lenny. Si quieren que las disparemos, las dispararemos y aún así nos llevaremos a la chica.

—Caramba, Tom —La voz de Lenny se quebró como cerámica barata—. No quiero tener que despacharlas a todas.

—¿Qué va a ser? —La mirada de Tom se clavó en Lizzie por encima de los hombros de sus amigas, transmitiendo toda la calidez de la soga de un verdugo—. ¿Quieres que disparemos a estas mujeres por tu culpa?

La pregunta golpeó su corazón como una flecha perfectamente apuntada. Este momento... sabía que llegaría, había sentido su aproximación como nubes de tormenta acumulándose en el horizonte. Pero tontamente había esperado más tiempo, más días preciosos en este santuario de paz prestada.

—No —La palabra emergió suave como una confesión. Lizzie colocó sus manos gentilmente sobre los hombros de Joy y Adelaide, el toque una despedida y un agradecimiento envueltos en uno. Su calidez compartida bajo sus palmas hizo que lo inevitable fuera aún más difícil de soportar—. Me temo que debo ir. Por favor, no quiero que resulten heridas —Forzó sus labios en una sonrisa que se sintió como vidrio roto—. No se preocupen por mí... y gracias.

—Vamos, vamos —La impaciencia de Tom crepitó a través de la calidez de la cocina como escarcha invernal—. Puedes ahorrarte las despedidas tiernas.

—Adiós, Joy —Lizzie mantuvo su voz firme como el cristal fino, ignorando deliberadamente la cruda interrupción de Tom. Miró a su amiga con tranquila intensidad—. Mantén tu rumbo. Estoy orgullosa de ti.

—Yo... lo haré —Las lágrimas se acumularon en las comisuras de los ojos de Joy como rocío matutino, cada una un testimonio de los lazos forjados en este breve santuario de paz.

—Diablos —Lenny cambió su peso, haciendo que la pistola temblara—. Va a llorar.

—No —Lizzie se movió con gracia deliberada hacia sus captores, cada paso medido como una danza. La familiar máscara de compostura aristocrática se asentó sobre sus facciones como un guante bien usado—. No lo hará. Ahora vámonos.

La sonrisa amarillenta de Tom hablaba de callejones oscuros y promesas rotas.

—Eres lista, ¿eh, preciosa? Lenny, mantén a estas damas vigiladas hasta que su alteza y yo nos hayamos ido.

—¿Qué? —La voz de Lenny se quebró como porcelana barata—. ¿Me vas a dejar aquí con ellas?

—¿No tienes la maldita pistola? ¡Y son solo mujeres, por el amor de Dios!

Los dedos de Tom se clavaron en el hombro de Lizzie con fuerza brutal mientras empujaba su pistola contra las costillas de ella. El frío metal presionó a través de su vestido de muselina como el beso cruel de un amante. Apretó los dientes, permitiéndole que la empujara hacia la puerta, alejándola del calor y la seguridad que tontamente había empezado a considerar como su hogar.

El carruaje que esperaba se alzaba ante ella, su oscuro interior abriéndose como una tumba. El cochero, tan corpulento como el propio Sam, observaba con ojos desprovistos de misericordia o significado. Mientras Sam la empujaba hacia la oscuridad que aguardaba, Lizzie captó una última visión de la cocina de Lucian: la postura orgullosa de Adelaide, el valor tembloroso de Joy, las manos agitadas de la señora Pippin. Un cuadro de todo lo que debía sacrificar para mantenerlas a salvo.

Entró en las sombras del carruaje sin resistencia, comprendiendo que algunos precios deben pagarse en su totalidad, sin importar cuán alto sea el costo.

Capítulo 16

El mundo de Adelaide se redujo a tres puntos de enfoque: la pistola temblorosa en las manos de Lenny, el gemido asustado de la señora Pippins y el pensamiento singular de que Lucian nunca la perdonaría si moría en su cocina.

El sudor brillaba en el labio superior de Lenny, su desesperación tan palpable como el pan recién horneado de la mañana.

—Nadie se mueva —balbuceó, con el arma temblando en su agarre como una brújula buscando el norte verdadero.

Los dedos de Adelaide se apretaron alrededor del huevo en su palma, su frágil cáscara era un arma pobre contra el frío acero, pero era todo lo que tenía. Su corazón latía con fuerza contra sus costillas mientras la señora Pippins se tambaleaba a su lado, el pecho de la ama de llaves agitándose con respiraciones superficiales.

—Oh, Dios mío —gimió la señora Pippins, sus manos desgastadas revoloteando como pájaros atrapados antes de que sus ojos se pusieran en blanco. Se desplomó en el suelo con un susurro de faldas almidonadas y terror silencioso.

—Dije que no...— El grito de Lenny se disolvió en una maldición cuando apretó el gatillo. El disparo se desvió, la bala golpeó una olla de cobre colgada con un resonante estruendo que pareció sacudir los cimientos mismos de la casa.

—¡Por todos los santos! —El color se drenó del rostro de Lenny mientras miraba la pistola humeante—. ¡Por todos los santos!

El mundo de Adelaide se redujo a este momento, esta oportunidad. El tiempo pareció ralentizarse, cada latido distinto y deliberado.

—¡Lenny, mira!

Cuando él se volvió, ella lanzó el huevo con toda la precisión de una dama que había pasado su infancia bombardeando a sus hermanos con bolas de nieve. Golpeó su pecho en una espectacular explosión de cáscara y yema. Lenny dejó caer la pistola, manoteando su camisa con un aullido de sorpresa que podría haber sido cómico en cualquier otra circunstancia.

Adelaide no esperó. Se abalanzó sobre él con la fuerza de la desesperada necesidad, enviándolos a ambos al suelo de piedra en un enredo de extremidades y maldiciones.

—¡Apártate, Adelaide! —La voz de Joy cortó el caos como una cuchilla, lo cual, Adelaide se dio cuenta mientras se alejaba rodando, era precisamente lo que su amiga empuñaba. El cuchillo de cocina en las firmes manos de Joy atrapó la luz de la mañana, su filo prometiendo consecuencias.

El rostro de Lenny, ya pálido, se volvió del color de la leche cuajada.

—¡Dios, no me cortes!

—Quédate quieto —ordenó Joy, su voz tan afilada como la hoja que sostenía—, o aprenderás de primera mano por qué mi marido teme más mi temperamento que cualquier pistola.

—Ella le apuntó a su marido con una, yo te aconsejaría que la escucharas si fuera tú —dijo Adelaide con una calma que no sentía.

—¿A su propio marido? —Lenny boquiabierto, con los ojos abiertos de fascinación horrorizada.

—En efecto —confirmó Adelaide, recogiendo la pistola caída. Se posicionó frente a Joy, creando una trampa de su propia creación. El peso del arma se sentía extraño en sus manos, pero la levantó con determinación inquebrantable—. Y le presentaré tu cabeza a esta pistola si te atreves a moverte siquiera.

La mirada de Lenny saltaba entre ellas como un zorro acorralado buscando escapar.

—¿Qué... qué van a hacer conmigo?

La mente de Adelaide corría. Necesitaban contenerlo, necesitaban tiempo para que Lucian regresara. Su mirada cayó sobre la figura inmóvil de la señora Pippins, y la inspiración la golpeó como un relámpago de verano.

—Vigílalo, Joy.

Se apresuró hacia el ama de llaves, recuperando el llavero de su bolsillo con dedos temblorosos. La victoria la invadió cuando los alzó triunfante.

—La despensa será su nuevo alojamiento, señor Lenny.

—¿La d-despensa? —El alivio inundó sus facciones mientras miraba entre el cuchillo de Joy y la puerta robusta—. Bien. Bien, entonces.

—Levántate despacio —ordenó Joy, sin que su hoja temblara—. Cualquier movimiento brusco y aprenderás lo hábil que soy con los utensilios domésticos.

Las manos de Adelaide temblaban ligeramente mientras trabajaba en la cerradura, la llave raspando contra el metal antes de encajar. La puerta crujió al abrirse, revelando estantes de frutas en conserva y hierbas secas: una prisión perfumada con azúcar y especias.

Una vez que Lenny estuvo asegurado, Adelaide se desplomó contra la puerta, su cuerpo temblando con la adrenalina que se desvanecía. La pistola y las llaves presionaban frías contra su pecho, anclándola a la realidad.

—Joy, debes ir a buscar a Lucian. Estará regresando por el camino de la izquierda para el té.

Joy huyó, sus pasos desvaneciéndose en el aire de la mañana. Detrás de Adelaide, la señora Pippins se movió con un gemido bajo, incorporándose con movimientos mecánicos. El ama de llaves parpadeó como una lechuza, su habitual manera eficiente fracturándose por los bordes.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Un ligero desmayo —dijo Adelaide con suavidad—. Hemos contenido a nuestro invitado no deseado en la despensa, y Joy ha ido a buscar a su señoría.

El horror floreció en las facciones de la señora Pippins.

—¿Su señoría? Pero... pero es la hora del té, ¡y no hay nada preparado! ¡Oh, qué vergüenza!

Adelaide observó con asombro impotente cómo la mujer se afanaba en la mesa, sus manos temblando pero determinadas mientras comenzaba a disponer tazas y platillos.

—Señora Pippins, seguramente dadas las circunstancias...

—No, no, debe haber té. Su señoría lo espera. Es mi deber. —Los movimientos del ama de llaves eran precisos pero distantes, como si se moviera a través de un sueño familiar. Cascó un huevo en un cuenco con la misma dedicación que podría haber mostrado en cualquier tarde ordinaria—. Mi señor debe tener su té.

El tiempo se estiraba como un caramelo mientras Adelaide esperaba, cada tic-tac del reloj medido por los preparativos cada vez más frenéticos de la señora Pippins. El aroma de los bollos recién horneados apenas había comenzado a perfumar el aire cuando la puerta se abrió de golpe con la fuerza suficiente para hacer temblar las ventanas.

Lucian llenó el umbral como un ángel vengador, despojado de su habitual pulcritud para revelar algo primitivo y letal. Sus ojos ardían con una violencia apenas contenida, y el corazón de Adelaide se estremeció al verlo.

—¡Lucian! —Su nombre escapó de sus labios en un suspiro de alivio.

—¿Dónde está? —Cada palabra surgió como un gruñido, prometiendo retribución.

Antes de que Adelaide pudiera responder, la voz temblorosa de la señora Pippins cortó la tensión.

—¡Mi señor, el té está listo! Tuve que apresurarme, pero...

Adelaide empujó la llave hacia Lucian. Él se dirigió a zancadas hacia la puerta de la despensa, cada movimiento hablando de una violencia contenida.

Los sonidos que siguieron aparecerían en las pesadillas de Adelaide durante semanas: el estrépito de la vajilla rompiéndose, el golpe de carne contra carne, los gemidos asustados de Lenny transformándose en aullidos de dolor.

Joy irrumpió en la cocina, con las mejillas sonrojadas por la carrera.

—No pude mantener el ritmo... ¿dónde...?

Un estruendo particularmente fuerte respondió a su pregunta cuando Lucian y Lenny salieron tambaleándose de la despensa, enfrascados en una danza brutal. Adelaide nunca había visto a Lucian así, todo furia fría y gracia letal. Su puño conectó con la mandíbula de Lenny con un sonido como de destino quebrándose.

—¡Maldito bastardo! —La maldición cayó de los labios cultos de Lucian como veneno.

—¡Lucian, detente! —Adelaide se abalanzó hacia adelante, agarrando su brazo antes de que pudiera golpear de nuevo—. ¡Lo necesitamos vivo!

Joy se unió a ella, sujetando el otro brazo de Lucian.

—¡Por favor, mi señor!

—¡Es la hora del té! —El grito angustiado de la señora Pippins pareció atravesar la neblina roja de la rabia de Lucian.

Adelaide se acercó más, su cuerpo una barrera entre la violencia y la necesidad.

—Lucian, escúchame. Él sabe dónde se han llevado a Anne. ¡Necesitamos que esté lo suficientemente consciente para decírnoslo!

Los músculos de Lucian temblaron bajo su toque como un semental contenido. Su respiración salía en jadeos ásperos, cada uno llevando el aroma del brandy y la furia apenas contenida. Cuando habló, su voz emergió tan áspera como el pecado mismo.

—¿Dónde está ella?

—T-Tom la está llevando a Londres —jadeó Lenny, con sangre goteando de su labio partido.

—¿Por qué?

—No lo sé bien. Tom tiene sus órdenes, las tiene. De algún pez gordo... un tipo de la alta sociedad. Tiene a Sam bien asustado, lo cual no es fácil de lograr.

—Dios mío —El agarre de Lucian se aflojó ligeramente—. Es su gato.

—No es ningún gato, jefe —Lenny negó con la cabeza, haciendo una mueca—. Sam no le tiene miedo a ningún gato. Y un gato no paga lo que paga este ricachón.

El músculo en la mandíbula de Lucian se tensó.

—¿Dónde en Londres?

El miedo cruzó por las facciones magulladas de Lenny.

—Eso no lo voy a decir. Me matarán tan seguro como que sale el sol.

—Morirás más rápido si no hablas —prometió Lucian, con un tono tan cálido como una noche en pleno invierno.

Adelaide se acercó, rozando con sus faldas las piernas de Lucian.

—Lenny, si su señoría da su palabra de no matarte, ¿nos llevarás allí?

Algo cambió en la mirada de Lenny: el cálculo luchaba contra el miedo.

—Los llevaré a ambos, pero no se los diré ahora. Tampoco iré solo con él. Me matará tan seguro como que respiro.

—No te mataré —masculló Lucian, aunque su agarre se apretó significativamente.

—¡Lucian! —La exasperación de Adelaide por su viejo amigo se desbordó—. ¡Suéltalo! Cada momento que perdemos es otro momento en que Anne se aleja más de nosotros.

—¿Nosotros? —La mirada tormentosa de Lucian se volvió hacia ella, y Adelaide sintió la fuerza plena de su atención como un toque físico.

Ella levantó la barbilla, enfrentando esa mirada tempestuosa con una propia.

—Sí, nosotros. Voy contigo. Y si matas a nuestro único guía antes de que nos lleve hasta Anne, nunca la encontraremos.

—Mi señor —la voz temblorosa de la señora Pippins cortó la tensión como un cuchillo sin filo —. Los... los bollos se están enfriando.

Todas las miradas se volvieron hacia el ama de llaves, que estaba temblando junto al servicio de té, con lágrimas rodando por sus mejillas curtidas.

—¿No es la hora del té?

—Caramba, está llorando —la voz de Lenny contenía una nota de genuina angustia—. Jefe, tome su té, por el amor de Dios. Juro por la tumba de mi madre que los llevaré donde Tom debe entregar a la moza —Su mirada buscó la de Adelaide como un hombre ahogándose buscando la orilla—. ¿Me mantendrás a salvo de que me mate?

Una sonrisa tocó los labios de Adelaide, sombría pero genuina.

—Si juras guiarnos con la verdad, sin engaños.

—Tienen mi palabra —Los ojos de Lenny se desviaron hacia Lucian, que lo observaba con la intensidad concentrada de un halcón acechando a su presa—. Jefe, ¡le juro que no soy yo a quien quiere matar!

—No —concordó Lucian, su voz cargando el peso de una profecía—. Pero si le haces daño, si nos engañas, te mandaré a conocer a tu creador con tal creatividad que escribirán novelas de a centavo sobre tu final.

La amenaza quedó suspendida en el aire como humo de pólvora mientras Lenny se enderezaba, frotándose la garganta maltratada. Su rostro magullado se iluminó con algo parecido a la esperanza.

—Bien, entonces. ¿Tomamos el té primero? Esos bollos huelen maravillosamente bien.

Capítulo 17

Las paredes de terciopelo rojo del burdel se ceñían alrededor de Lizzie como un sueño febril hecho realidad. Querubines dorados retozaban en postes de cama gruesos como troncos de árboles, su supuesta inocente alegría era una burla del verdadero propósito de la habitación. La cama misma se extendía como un altar obsceno, cubierta de seda carmesí que atrapaba la luz de la lámpara como vino derramado.

Ella se posó en la única silla de la habitación, con la columna rígida como una espada. La venda que habían usado durante su viaje yacía descartada en el suelo, aunque su propósito ahora parecía ridículo. Cada chillido de risa femenina, cada gemido masculino que se filtraba a través de las paredes le decía exactamente qué tipo de establecimiento era este. Incluso el aire se sentía denso con pecado y secretos, perfumado con rosa turca y algo más oscuro—desesperación, quizás.

Cuando la cerradura de la puerta raspó, el corazón de Lizzie se sacudió contra sus costillas. El Duque de Mordaunt entró como si fuera el dueño del lugar—lo cual, se dio cuenta con repulsión, muy bien podría ser. El clic de la llave al girar sonó como un toque de difuntos.

—Hola, querida —su sonrisa tenía toda la calidez de una serpiente tomando el sol sobre una piedra.

Lizzie lo estudió con nuevos ojos, viendo más allá de las facciones talladas que alguna vez la habían encantado. Sí, presentaba una figura magnífica—alto, delgado y oscuro, con ojos que brillaban como obsidiana. A menudo había bromeado que parecía el villano perfecto. Ahora sabía que lo era.

—Hola, Mordaunt —inyectó hielo en su tono, decidida a que no viera su miedo.

Una ceja oscura se alzó.

—¿Qué, no te sorprende verme?

—En absoluto —dejó que su labio se curvara—. Aunque confieso sentir disgusto ante la vista.

Su risa raspó sus nervios.

—Ah, Lizzie, realmente eres la Incomparable. Si tan solo te hubiera medido correctamente antes, nada de esto habría sido necesario —se acercó acechando, cerniendo sobre su silla—. Pero, ay, no lo hice. Pensé que eras simplemente el hermoso adorno que parecías ser—la adorada de la sociedad, a quien todos profesamos adorar.

—Si hubiera sabido que ayudaría mostrarte mi verdadera medida —dijo Lizzie, sosteniendo su mirada con firmeza—, lo habría hecho mucho antes.

Él suspiró y se sentó en el borde de la cama, balanceando una reluciente bota Hessian con fingida naturalidad.

—Supongo que si te dijera que ahora aprecio tu valía completa—que prometo nunca volver a subestimarte—¿no dejarías que los agravios pasados quedaran en el pasado?

Una sonrisa tocó los labios de Lizzie, afilada como una navaja.

—Me conoces tan bien ahora, Mordaunt. Estás en lo correcto. Desafortunadamente, yo también te he tomado la medida, y me encuentro mucho menos indulgente de lo que podrías desear.

—Eso pensé —la estudió como una curiosidad en un museo—. Realmente deberías tener más piedad. Fue terriblemente cruel de tu parte arruinar mi estatua ornamental contra mi cráneo.

La risa de Lizzie contenía genuina diversión. —Sabía que eso te heriría más profundamente.

—Lo destruiste por completo.

—Solo porque tu cabeza resultó ser más dura de lo esperado —replicó ella, con un destello de su antiguo espíritu resurgiendo.

Sus ojos se encendieron. —Por mi fe, creíste que me habías matado. ¿Es por eso que desapareciste tan rápidamente?

—Debo admitir —dijo Lizzie— que pensé que había logrado la tarea. Pero veo que fracasé.

—Cruel, muy cruel, en efecto. —Sacudió la cabeza con fingida tristeza.

—Encontré tu intento de estrangularme y violarme igualmente carente de gentileza —contrarrestó Lizzie, su voz firme a pesar del recuerdo que amenazaba con ahogarla.

—Hmm, sí. —Una arruga surcó su frente—. Debes perdonarme. Me enojaste, y reaccioné sin el debido raciocinio.

—La sociedad sin duda preferiría que siguieras siendo un hombre pensante.

Su risa contenía genuina apreciación. —Sí, ahora soy un hombre pensante.

Lizzie se obligó a relajarse en su silla, aunque cada nervio gritaba por huir. —Y como tal paradigma de la razón, ¿compartirás tus pensamientos conmigo?

—Por supuesto. —Se levantó de un salto, deslizando sus dedos por uno de los llamativos postes de la cama—. Dime, querida, ¿puedes adivinar dónde estás?

Ella pestañeó con exagerada inocencia. —No tengo la más mínima idea.

—Vamos, Lizzie. Ya hemos admitido que entendemos la verdadera naturaleza del otro.

—Muy bien. —Se encogió de hombros, fingiendo aburrimiento—. Dados los sonidos que se filtran a través de estas paredes y la atroz decoración, diría que esto es una casa de mala reputación. Como el mobiliario permanece intacto y sorprendentemente lujoso, me aventuraría a decir que es uno de los establecimientos más exclusivos de Londres.

—En efecto. —Sus ojos brillaron—. Me complace que aprecies la delicadeza de mi elección. —Su mirada se oscureció con algo feo—. Te aseguro que hay burdeles mucho menos bien equipados en esta ciudad.

—Eso he oído.

Cruzó hacia ella en dos largas zancadas, capturando su mano en la suya. Aunque su piel se erizaba, Lizzie enfrentó su mirada con fría desafianza. —Ahora, dulce Lizzie, si llegamos a un acuerdo, nunca tendrás que aprender la verdad de tales lugares de primera mano. Pero si no... —Su agarre se apretó dolorosamente—. Llegarás a conocerlos muy íntimamente, y de espaldas, además.

—Dios mío. —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas—. Seguramente no pretenderás venderme a uno de estos establecimientos.

Sus dedos se hundieron más profundamente. —Sí, lo haré. Me estaba casando contigo por tu dinero, y si no puedo obtenerlo acostándome contigo yo mismo, lo obtendré haciendo que otros se acuesten contigo.

La sonrisa de Lizzie se volvió frágil. —Y yo que pensaba que querías casarte conmigo por amor.

Mordaunt soltó su mano como si le quemara, girándose. —Creí que te amaba. —Se volvió, con una sonrisa torcida—. Y te deseaba. Pero siempre desearé a las mujeres, y con dinero, siempre las tendré. —Se acercó acechante de nuevo—. Pero si te casas conmigo, nada de esto necesita ser discutido. Reconozco que nunca seré fiel, pero con tu fortuna, te aseguro que pagaré por discreción. Incluso podré mantener a cualquier bastardo, lo cual parece ser una objeción tuya.

Lizzie se aferró a su compostura, aunque la rabia ardía en su pecho.

—No era mi única objeción, pero como dijiste, nada de eso necesita ser discutido. Dijiste que eras un hombre pensante, pero no puedes creer realmente que tendrás éxito en venderme al comercio.

Mordaunt negó con la cabeza, chasqueando la lengua como un maestro corrigiendo a un alumno lento.

—No, Lizzie, eres tú quien no está pensando. Debes ver el error de tus acciones, como yo he visto el error de las mías. Fui un tonto enojado cuando pensé en forzarte al matrimonio mediante la violación. Me di cuenta, al considerarlo, que tu padre, cuando regresara, podría muy bien no apoyar mis esfuerzos. Tu padre, desafortunadamente, puede ser un hombre muy impredecible, con algunos caprichos muy reaccionarios cuando se trata de mujeres. Tú eres muy parecida a él.

—Gracias —dijo Lizzie, inclinando la cabeza con gracia aunque la bilis le subía por la garganta.

Él se acomodó de nuevo en la cama, pasando su mano por la colcha de una manera que le hizo erizar la piel.

—Sin embargo, él está fuera del país por el momento. —Su mirada la atravesó—. Sospeché que por eso habías desaparecido. Estabas esperando su regreso, ¿no es así?

—Sí.

Su risa contenía genuina diversión.

—Si tan solo hubiera sabido que pensabas que me habías matado. Me habría sido de gran utilidad. Sin embargo, habría preferido que no te hubieras escapado en absoluto.

—Entonces no lamento mi error —dijo Lizzie, permitiéndose una pequeña sonrisa—. Aunque me causó un esfuerzo y tiempo considerables.

—Como a mí, te lo aseguro. Hacer indagaciones discretas, ya que no se me había ocurrido armar un escándalo tras de ti, no fue tarea fácil. Lo hiciste demasiado bien, querida. Realmente no pude encontrar ni un rastro. No hasta que Monteath me contó una historia divertida sobre encontrarse con una campesina que se parecía exactamente a ti.

Su corazón se hundió.

—Había esperado que hubiera olvidado ese encuentro. O al menos hubiera sido lo suficientemente sabio como para no relatarlo.

La sonrisa de Mordaunt se volvió depredadora.

—Cuando un hombre está bebido, es asombroso qué pequeños detalles recordará. Y Monteath, incluso sobrio, nunca es sabio. Además, ¿por qué no habría de contarlo? Él no vio ninguna conexión, ya que supuestamente Lady Elizabeth estaba fuera del país.

—¿A dónde fui, por cierto?

—A una pequeña villa en España —dijo Mordaunt con evidente satisfacción.

—¿España? Desearía que lo hubieras hecho París.

—No. Todo el mundo te conoce en París. No, fuiste a España solo para visitar a un pariente lejano mío, en mi nombre. Por lo tanto, si se hace necesario informar de tu desaparición final, será bastante plausible relatar que fuiste atacada por bandidos y asesinada. No tendré fin en mi dolor, por supuesto. Fue en consideración a mí que fuiste, después de todo.

Lizzie negó con la cabeza, con genuina admiración coloreando su disgusto.

—Fantástico.

—Sí —acordó Mordaunt, pavoneándose ligeramente—. La sociedad siempre ha sido tonta para tales sandeces románticas. La historia se mantendrá, sin embargo, y para cuando tu padre regrese, incluso él tendrá dificultades para desenredarla. —Sus ojos oscuros la provocaron—. Y también, para cuando él llegue, si no consientes en casarte conmigo, te habrás convertido en alguien que no deseará contactarlo, ni podrás hacerlo desde el burdel al que te habré consignado.

Lizzie se obligó a permanecer quieta, aunque cada instinto le gritaba que huyera.

—¿Por qué todo este trabajo excesivo? Simplemente cancelemos nuestro compromiso, y podrás seguir a pastos más verdes.

La sonrisa de Mordaunt se tornó cruel.

—No hay pastos más verdes que tú, querida. Si la Incomparable me rechaza, ningún otro hombre de fortuna me permitirá acercarme a su hija. Y dudo, ahora que te comprendo, que me permitas casarme dentro de nuestro círculo fácilmente —suspiró teatralmente—. Es el otro asunto importante en mi plan. Puedo ver que vas en camino de ser tan poderosa como tu padre. Inusual, pero es que él te ha criado incorrectamente. Si no te casas conmigo y te conviertes en mi esposa, y qué pareja gloriosa podríamos ser, entonces tendré que asegurarme de que quedes en la ruina y destruida rápidamente.

—Pero necesitas dinero —dijo Lizzie—. Esto seguramente no puede darte mucho.

Su sonrisa le heló la sangre.

—Ay, no es solo dinero, querida, sino venganza. Me rechazaste y arruinaste mi mejor estatua de bronce... sobre mi cráneo, además. También, no sabes cuánto pagará un hombre por una virgen, ni cuánto más por el privilegio de acostarse con La Incomparable Lady Elizabeth.

—¡Imposible!

—No, te valoras muy poco, querida. Te prometo que conozco a muchos hombres, hombres de mi calaña, que pagarán gustosamente por desflorarte y hacerlo en secreto. Le añade un picante indecible, y sin ninguna de las consecuencias. Algunos de los mismos hombres a los que tú o tu padre han rechazado estarán encantados de pagar... incluso después de que la primera flor de la rosa se haya marchitado, digamos.

—Definitivamente hombres de tu calaña —murmuró Lizzie, su mente repasando posibilidades, cada una más desesperada que la anterior.

Mordaunt frunció el ceño, aparentando estudiar su bota.

—Sigues siendo virgen, ¿no es así?

—¿Cómo dices? —Las palabras salieron disparadas antes de que pudiera detenerlas.

Su rápida mirada y sonrisa satisfecha le dijeron que había revelado demasiado.

—Ah, puedo ver por tu indignación que aún estás intacta. Debes perdonarme, pero Monteath divagaba sobre el palurdo con el que retozabas en el campo. Solo me preguntaba si habías intercambiado favores con tu Lord Thorncliff a cambio de su protección.

—Quizás lo hice —dijo Lizzie fríamente.

Los ojos de Mordaunt destellaron antes de que se riera.

—Un excelente esfuerzo, querida. Pero no haría ninguna diferencia.

Se levantó, sacudiéndose polvo imaginario de su impecable abrigo.

—Te daré un día para que lo pienses.

—¿Solo un día? —preguntó Lizzie—. Seguramente puedes darme más tiempo para decidir entre dos opciones tan poco felices.

—No. —Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en rendijas de obsidiana—. Hemos perdido suficiente tiempo. No pretendo dejar nada al azar. O te casarás conmigo en breve, para que estemos felizmente casados antes del regreso de tu padre, o pronto soñarás con la opulencia de esta habitación en lugar de la miseria de la que serás reina. —Se dirigió a la puerta y se inclinó con gracia burlona—. Te tengo fuertemente vigilada y, como notarás, no hay ventanas para escapar.

Mordaunt golpeó la puerta y llamó a Tom. Cuando se abrió, le ofreció a Lizzie una última sonrisa.

—Adiós, querida. Elige sabiamente.

El chirrido de la llave en la cerradura resonó con terrible finalidad. Ya sola, Lizzie permitió que sus manos temblaran, recordando el peso de la estatua de bronce, el repugnante golpe seco al conectar con el cráneo de Mordaunt. Había pensado que lo había matado entonces.

Ahora más bien deseaba haberlo hecho.

Capítulo 18

A través de la ventanilla del carruaje, las calles iluminadas por gas de Londres pasaban borrosas como sueños febriles. Cada giro los llevaba más profundo a una parte de la ciudad que Adelaide nunca había visto, donde los portales en sombras guardaban secretos y la luz dorada se derramaba de ventanas que era mejor no explorar. La enorme casa señorial blanca que finalmente se alzó ante ellos parecía brillar con una promesa peligrosa.

—¿Qué es este lugar? —susurró ella, observando cómo caballeros elegantemente vestidos desaparecían por sus puertas como polillas atraídas a una llama destructora. Algo en el aire mismo se sentía mal, demasiado dulce, demasiado cargado de intenciones no expresadas.

—No voy a decir —murmuró Lenny desde su asiento frente a ellos, con los hombros encogidos —. Me matará.

La mirada de Adelaide se dirigió rápidamente a Lucian. Su rostro se había transformado en mármol tallado, todo planos afilados y furia congelada mientras miraba fijamente la casa.

—Lucian, ¿qué es?

Él se volvió, sus ojos brillando como acero bajo la luz de la luna.

—No te lo diré. Pero si Anne está aquí, mataré a quien la haya traído.

—Yo no fui, patrón —Lenny levantó las manos en súplica desesperada—. Estuve con usted todo el tiempo. De hecho, los traje aquí, ¿no?

—No te preocupes, Lenny —dijo Adelaide rápidamente, reconociendo la tormenta que se formaba en la expresión de Lucian—. Lucian no te matará. Te lo hemos prometido.

Un gruñido retumbó en el pecho de Lucian, pero logró decir:

—Está bien, Lenny, vas a llevarme hasta Anne.

—Pero no sé exactamente dónde está —protestó Lenny, retorciéndose las manos—. Todo lo que sé es que Sam y yo debíamos traerla a... bueno, aquí.

Adelaide enderezó la espalda, reuniendo su coraje como una armadura.

—No, Lucian, sea lo que sea este lugar, si Anne está ahí dentro, voy contigo. Podrías necesitarme.

—Patrón, estoy de acuerdo con ella —intervino Lenny, acercándose al lado del carruaje donde estaba Adelaide—. No voy a ninguna parte sin la señorita Adelaide. No quiero que me mate cuando ella no esté cerca.

—Muy bien —espetó Lucian, su voz prometiendo violencia—. Entraremos por la parte de atrás. No frecuento estos lugares, así que más te vale ayudarme o...

—Ya sé, me matará —asintió Lenny, y luego se atrevió a esbozar una débil sonrisa—. Pero no lo hará, porque conozco esta clase de lugares. No este tan elegante, entienda, pero los conozco.

El interior de la casa era un laberinto de dorados y terciopelos, cada pasillo parecía palpitar con conversaciones susurradas y risas a medias oídas. Su progreso estaba marcado por monedas estratégicamente colocadas en palmas dispuestas, las indicaciones de cada sirviente llevándolos más profundo en el laberinto.

Adelaide intentó no mirar demasiado a las parejas que pasaban por los pasillos, trató de no ver cómo las sonrisas pintadas de las mujeres nunca llegaban a sus ojos, cómo las manos de los hombres agarraban con una posesión autorizada. Sus mejillas ardían, pero mantuvo el paso con la zancada decidida de Lucian.

Cuando llegaron a una habitación particularmente chillona decorada en púrpura y dorado, Lucian se detuvo tan abruptamente que Adelaide casi chocó contra su ancha espalda.

—Adelaide, tú y Lenny se quedarán aquí —ordenó, con una voz que no admitía discusión—. Nunca debí haberte traído en primer lugar, y no te llevaré más lejos.

Adelaide miró alrededor de la habitación, tratando de no quedarse mirando la enorme cama cubierta de telas que parecían brillar y cambiar bajo la luz de las lámparas. Cada superficie gritaba exceso e impropiedad, pero se obligó a enfrentar la mirada tormentosa de Lucian.

—Sí, Lucian —logró decir, odiando el temblor en su voz—. Ve y encuentra a Anne. Este... este no parece un lugar apropiado para una dama.

—Maldita sea que no —murmuró Lucian. Volvió su mirada furiosa hacia Lenny—. Cuidas de la señorita Adelaide, o si no...

—Lo sé —suspiró Lenny con el aire de quien había escuchado esta amenaza demasiadas veces —. Me matarás.

Lucian asintió bruscamente. —Una vez que encuentre a Anne, volveré.

—Sí, hazlo —dijo Adelaide, forzando un tono alegre en su voz—. Y no te preocupes. Estaremos a salvo, estoy segura.

El ceño de Lucian solo se profundizó, pero se fue sin decir otra palabra. En el momento en que la puerta se cerró, Adelaide no pudo contener su curiosidad por más tiempo. —Lenny, ¿qué lugar es este?

Lenny lanzó miradas nerviosas a las paredes, como si pudieran tener oídos. —Es un burdel, señorita Adelaide.

—¡Oh! —La comprensión amaneció como el sol, trayendo calor a sus mejillas—. ¿Quieres decir como la taberna en casa, donde... bueno, donde los hombres casados como papá no se atreven a ir, y donde van las damas que son lo que no deberían ser?

Lenny se rascó la cabeza. —Supongo que eso es lo que quiero decir, señorita Adelaide.

—Ya veo —murmuró ella, su mente dando vueltas con las implicaciones de que Anne estuviera retenida en un lugar así.

De repente, Lenny se lanzó hacia adelante, haciéndola retroceder sorprendida. —Tendrá que disculparme, señorita Adelaide, pero tengo que irme ahora.

—¿Irte? —La palabra salió como un chillido.

—No quiero dejarla en un aprieto, pero tengo que irme antes de que su caballero regrese. Si encuentra a Anne, querrá matarme, y aunque no la encuentre, querrá matarme. Me temo que usted no podría detenerlo entonces, señorita.

Adelaide estudió al hombrecillo nervioso, su mente corriendo a través de las posibilidades. Por mucho que odiara admitirlo, tenía razón. —Sí, entiendo lo que quieres decir.

Lenny se lanzó hacia la puerta como una liebre huyendo de los sabuesos. —Usted es una buena persona, señorita Adelaide. No puedo decir que quiera cruzarme con usted de nuevo, pero es usted una buena persona. Ahora quédese aquí y no deje entrar a nadie, ¿me oye? ¡A nadie! Excepto a su caballero, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Adelaide al aire vacío mientras la puerta se cerraba de golpe. Miró alrededor de la extraña habitación, tratando de ignorar el persistente nudo de preocupación en su pecho. Sus ojos se posaron en un enorme sillón a rayas —púrpura y verde, naturalmente— que parecía lo suficientemente robusto como para servir de barricada.

Se movió detrás de ella, preparándose para empujar. La silla se resistió a sus esfuerzos como una mula terca, así que rodeó hasta el frente. Inclinándose, agarró los reposabrazos y tiró con todas sus fuerzas.

—Sí, sí —una voz cultivada se burló desde detrás de ella—. Una perspectiva muy atractiva.

Adelaide se dio la vuelta, su corazón golpeando contra sus costillas. El hombre que llenaba la puerta parecía esculpido de sombra y pecado, tan alto como Lucian pero con un aire de gracia peligrosa que hablaba de tierras lejanas y conocimientos prohibidos. La plata se entretejía en su cabello negro como carbón como la luz de la luna sobre el agua, y sus ojos —cielo santo, sus ojos eran del verde preciso de un gato, brillando con picardía.

Su primer instinto fue el miedo, pero algo más se agitó debajo —un reconocimiento de calidad, de nobleza inherente que parecía discordante con su entorno. Este no era un libertino común que venía a comprar placer. Cada línea de su porte hablaba de una sofisticación genuina, desde el arco preciso de su ceja hasta la elegancia casual de su corbatín perfectamente anudado.

—Yo... debe perdonarme —balbuceó, repentinamente dolorosamente consciente de su posición poco digna. ¿Qué debía pensar de ella, encontrándola sola en un lugar así? Sin embargo, necesitaba mantenerlo aquí, para evitar que alguien más entrara mientras Lucian buscaba a Anne. Seguramente, entablar una conversación con este caballero era el curso más seguro —ciertamente más seguro que cualquier otra cosa que pudiera atravesar esa puerta—. Estaba intentando mover la silla.

—¿Mover la silla? —Se acercó con sigilo, cada paso un estudio de poder contenido. La luz de las velas captó el corte fino de su abrigo, la forma en que su corbatín había sido atado con una casualidad deliberada que hablaba de verdadera sofisticación.

—S-sí —logró decir Adelaide, odiando el temblor en su voz. Que el Señor la ayudara, pero algo en su presencia la hacía sentir como una chica inexperta en su primer baile, toda agitada—. Lenny dijo que no dejara entrar a nadie. Yo... iba a ponerla contra la puerta.

—Puedo ver por qué —se rio, el sonido rico como brandy añejo—. Lenny debe ser un sabio si no un hombre territorial. —Pasó junto a ella, lo suficientemente cerca como para que su manga le rozara el brazo, enviando chispas de conciencia bailando por su piel. Con fuerza sin esfuerzo, arrastró la silla por la habitación, colocándola contra la puerta—. Ocupémonos de eso ahora mismo.

Adelaide lo observó, su mente acelerada. Debería estar aterrorizada, sola con un extraño en un burdel. En cambio, se encontró fascinada por la gracia fluida de sus movimientos, el indicio de acero bajo su barniz refinado. Algo en él se sentía... seguro, a pesar de que toda lógica argumentaba lo contrario. Tal vez eran las líneas de risa alrededor de sus ojos, o la forma en que se había movido para proteger su puerta sin que se lo pidieran.

Cuando se volvió, su sonrisa contenía secretos que Adelaide temía y anhelaba conocer. —Ahora, ya que eso está logrado, vayamos al grano. Un asunto mucho más placentero.

El pánico revoloteó en su pecho, luchando con una emoción inesperada. Necesitaba entretenerlo, mantenerlo aquí sin alentar demasiado. Antes de que pudiera reunir sus pensamientos dispersos, él cruzó el espacio entre ellos en dos zancadas fluidas. Fuertes brazos la envolvieron, y Adelaide captó el aroma de especias exóticas y aventuras lejanas. Su cabeza se inclinó hacia la de ella con propósito inexorable.

—¿Qué...? —comenzó ella, pero la palabra se disolvió cuando los labios de él reclamaron los suyos. La mente de Adelaide giraba en conflicto; solo había pretendido retrasarlo, mantenerlo aquí mientras Lucian buscaba a Anne. No esperaba esta oleada de sensaciones, esta conciencia inmediata y abrumadora que hacía que sus besos anteriores con Lucian parecieran pálidas sombras. La vergüenza y la excitación batallaban en su pecho. Debería apartarlo. Sin embargo, esto era una locura, seguramente, pero ¿cuándo se había sentido tan maravillosa y aterradoramente viva?

Cuando finalmente se apartó, esos ojos extraordinarios la estudiaron con un ceño pensativo. —Ese es el beso de una inocente. ¿Estás actuando, dulzura, o realmente eres inexperta?

El calor inundó sus mejillas. Debería sentirse ofendida, debería estar aterrorizada. En cambio, quería demostrarle que estaba equivocado, deseando experimentar más de lo que ese beso había prometido. Dios la ayudara, ¿en qué clase de mujer se estaba convirtiendo?

—No —soltó Adelaide, con la mortificación luchando contra una decepción inesperada—. Lo siento. Yo... supongo que lo soy.

Su risa la envolvió como seda cálida. —Una no supone, dulzura, o de lo contrario eres una inocente. Una sabe cuándo ha sido amada. Es decir, si se hace correctamente. —Su dedo levantó su barbilla con sorprendente suavidad—. Querida mía, no es un insulto. En verdad, la inocencia es muy estimada por la sociedad.

—Pero a ti no te gusta —dijo Adelaide, leyendo la verdad en su expresión. Se encontró deseando desesperadamente ser lo suficientemente sofisticada para él, lo suficientemente mundana para igualar el conocimiento en esos ojos extraordinarios.

Un ceño fruncido arrugó su frente. —Debo confesar que no la busco. Estoy bastante pasado de esos años, y así se lo dije a Madame Lucille. Me temo que puedo estar en la habitación equivocada. —Sus brazos comenzaron a aflojar su abrazo—. Permíteme volver con ella y aclararemos esta confusión.

El pánico se apoderó de ella. No podía dejarlo ir, no solo porque necesitaba evitar que alguien más entrara, sino porque algo más profundo, más primitivo, se rebelaba ante la idea de que se alejara. —¡No, no! —Adelaide se aferró a sus solapas, impulsada por un impulso que apenas

comprendía—. Por favor, no necesitas ir con ella. Tú... no estás en la habitación equivocada, te lo aseguro.

Él la estudió con repentina intensidad. —¿Estás aquí por tu propia voluntad, niña?

—¡No soy una niña! —Las palabras brotaron de ella con un calor inesperado.

Su risa retumbó en su pecho, vibrando contra las palmas de ella donde aún agarraban su abrigo. —Lo siento, pero dudo que seas mucho mayor que mi hija. —Sus ojos se oscurecieron como sombras del bosque—. ¿Estás aquí por tu propia voluntad... mademoiselle?

Su mención de una hija debería haber roto el hechizo. En cambio, solo fortaleció ese inexplicable sentido de confianza, de reconocimiento. Aquí había un caballero, un padre, no algún libertino disoluto. —Bueno, sí —dijo Adelaide, sintiendo que el color inundaba sus mejillas—. Supongo que sí.

—¿Supones? ¿Otra vez? —Otra risa rica mientras sus manos se asentaban en su cintura. Cada punto de contacto se sentía como una marca a través de su vestido de muselina, sorprendiéndola con la intensidad de su propia respuesta—. Vamos a quitar algo de esta suposición de la situación. —Se retiró ligeramente, aunque mantuvo su mano. Su mirada se desvió hacia la cama antes de volver a su rostro con un ligero movimiento de cabeza—. No, todavía no, seguramente.

En su lugar, se volvió hacia la silla que acababa de colocar como guardián. Con gracia fluida, se acomodó en ella. —Ven, siéntate en mi regazo.

Adelaide lo miró fijamente, a este magnífico extraño que había invadido su mundo tan completamente. Su mente gritaba que esto era impropio, incluso peligroso. Y sin embargo, había algo que la atraía. —¿Sentarme en tu regazo?

—En efecto —sus ojos brillaban con divertida picardía—. Ven y habla con papá.

—Muy bien —susurró Adelaide, con el pulso desbocado en su garganta. Se sentía atrapada entre la propiedad y la providencia mientras se acomodaba en su regazo, sus faldas susurrando como secretos en la habitación iluminada por las velas. Cada instinto afinado por años de educación apropiada gritaba que esto era una locura, pero algo más profundo, más primario, reconocía este momento tan inevitable como el amanecer.

Sus brazos la rodearon, y Adelaide se encontró envuelta en un calor que se sentía sorprendentemente como volver a casa. El aroma a especias y cuero de él envolvió sus sentidos, tan embriagador como el mejor brandy francés. —Debo admitir —dijo, estudiando el intrincado patrón de su chaleco en lugar de encontrarse con esos ojos verdes conocedores—, que no te veo como mi papá.

—Y yo debo confesar —dijo el caballero, con un ceño pensativo arrugando su frente—, que no te veo como mi hija. Sin embargo... —Su voz bajó a un murmullo aterciopelado que parecía acariciar su misma piel—. Ya que estás en un estado de adivinanza sobre si quieres estar aquí o no, tendremos el entendimiento de que si en algún momento te vuelves segura de que no deseas estar aquí, solo tienes que decir la palabra y haré mi mejor esfuerzo por respetar tu decisión.

La galantería de su oferta, tan inesperada en este lugar de placer comprado, hizo que su corazón se retorciera. Aquí había un verdadero caballero, a pesar de las circunstancias de su encuentro. O quizás debido a ellas, después de todo, ¿qué tipo de hombre ofrecía una vía de escape a una mujer en un burdel?

—Muy bien —respiró Adelaide, encontrándose inconscientemente acurrucándose más cerca, atraída por su calor como una flor buscando la luz del sol. La fuerza sólida de él debajo de ella se sentía correcta de maneras que no podía articular. Al darse cuenta de su atrevimiento, el calor inundó sus mejillas—. Lo siento.

—No lo sientas, cariño —murmuró él, esa sonrisa devastadora transformando su rostro de meramente apuesto a impresionante. Se preguntó distraídamente si así se sentía estar encantada, estar atrapada en algún cuento de hadas donde las reglas de la vida ordinaria dejaban de importar.

Él se inclinó hacia adelante, y esta vez cuando sus labios se encontraron con los de ella, el beso fue suave pero firme, un maestro enseñando la más dulce de las lecciones. Los ojos de Adelaide se cerraron, perdida en sensaciones que nunca había soñado que existían. Esto, se dio cuenta con sorprendente claridad, era lo que toda la poesía había estado tratando de decirle. Este pulso tronador, este calor líquido, esta sensación de saltar al borde del mundo conocido en una gloriosa caída libre.

Cuando él se apartó, ella persiguió su calor, solo para detenerse en seco con preocupación. —¿Estuvo mejor?

—Sí —rio él, su voz profundizándose en algo rico y peligroso como un tesoro enterrado—. La práctica hace la perfección —sus labios se cernían a un suspiro de los de ella, cada palabra una caricia—. Y yo he tenido práctica.

Algo temerario floreció en el pecho de Adelaide: una valentía salvaje que nunca supo que poseía. Aquí, en esta habitación llamativa, con el peligro merodeando por los pasillos exteriores, se sentía más ella misma que nunca antes en todos los salones apropiados de su vida. Una sonrisa curvó sus labios mientras rodeaba los hombros de él con sus brazos, deleitándose en su fuerza sólida. —Y no lo he hecho.

Entonces, antes de que su valentía pudiera abandonarla, presionó sus labios contra los de él con toda la firme determinación que pudo reunir.

Capítulo 19

Lizzie yacía sobre la colcha de terciopelo, su mente hilando posibilidades como una araña tejiendo su seda. El sueño la eludía, aunque sabía que debía descansar. Sus pensamientos vagaban por laberintos de planes y estrategias, ninguno de los cuales terminaba con ella cediendo a las exigencias de Mordaunt. Preferiría terminar lo que había empezado con aquella estatua de bronce antes que someterse al matrimonio o al destino que él había amenazado.

La repentina erupción de violencia fuera de su puerta hizo añicos su ensueño. No eran los habituales sonidos de placer y comercio que resonaban a través de estas paredes, sino el golpe sordo de puños contra carne, los gruñidos y maldiciones de hombres decididos a causar daño. Sus dedos se aferraron al terciopelo bajo ella mientras se incorporaba, con el corazón retumbando. Un burdel no era ajeno a las peleas, pero esta progresaba con un propósito peligroso justo fuera de su puerta.

El silencio cayó como una cuchilla. La llave raspó en la cerradura, y Lizzie se tensó, indecisa entre enfrentarse al destino que se acercaba o intentar esconderse. La puerta se abrió de golpe con la fuerza suficiente para hacer temblar las paredes, y ella apenas contuvo un grito.

Entonces su mundo se inclinó sobre su eje.

—¡Lucian!

—Dios mío —exhaló él, deteniéndose en el umbral como un ángel vengador congelado en pleno castigo.

Una risa burbujeo desde su pecho, mitad histeria y mitad pura alegría. Se bajó de un salto del obsceno altar de la cama y voló hacia él, olvidando el decoro en su alivio.

—¡Me alegro tanto de verte! —El beso que presionó contra sus labios contenía toda la desesperada gratitud de su corazón—. No puedes imaginar cuánto.

Los brazos de Lucian la rodearon, y sus ojos —aquellos hermosos ojos con los que había soñado durante tanto tiempo— brillaron con algo peligroso.

—Y si pensabas que era imprudente besarme en un dormitorio antes, este definitivamente no es el lugar adecuado para besarme.

—No, desde luego que no —El calor inundó sus mejillas mientras la realidad se reafirmaba.

—Ven —dijo él, con la voz áspera—. Antes de que ese patán despierte.

Lizzie retrocedió con reluctancia, ya extrañando su calidez. Miró más allá de él para ver la forma desplomada de Tom en el pasillo y no pudo reprimir una sonrisa satisfecha.

—Veo que te has encargado de Tom.

—Sí. Será mejor que lo metamos aquí.

Agarraron los brazos de Tom, la tarea le dio algo en qué concentrarse además del tumulto de emociones en su pecho.

—¿Cómo me encontraste?

—Lenny nos trajo aquí —dijo Lucian mientras arrastraban su inconsciente carga.

—¿Qué? —El nombre la golpeó como un puñetazo, y dejó caer el brazo de Tom con un golpe sordo que hizo eco de su conmoción.

—Adelaide y Joy lo atraparon después de que te fueras —Lucian soltó su mitad de Sam con igual despreocupación—. Y yo lo persuadí para que me trajera aquí.

—¿Lo persuadiste? —Algo en su tono la hizo estremecerse.

—Sí —La respuesta cortante y la sombra que cruzó su rostro le advirtieron que no indagara más en ese hilo particular.

—Debemos darnos prisa —dijo él—. Adelaide y Lenny están esperando en otra habitación.

—¿Qué? —Un nuevo horror la golpeó—. ¿Adelaide también está aquí?

Lucian se pasó una mano por el pelo, desordenando su habitual arreglo perfecto. —Sí, lo está.

—Que el cielo nos ayude, ciertamente debemos apresurarnos.

Dejaron a Sam tendido sobre la alfombra roja, encerrándolo con seguridad en su antigua prisión. Lucian marcó un ritmo a través de los pasillos que hizo que el corazón de Lizzie latiera al compás de sus pies. Cuando finalmente se detuvo frente a una puerta, su alivio fue efímero.

—Está aquí —dijo Lucian, alcanzando el pomo. La puerta se negó a ceder—. ¡Qué demonios!

—¿Esta es la habitación correcta?

—Sí. —Golpeó la madera—. ¡Adelaide, abre!

Un chillido femenino perforó el aire, enviando hielo por las venas de Lizzie. Observó horrorizada cómo Lucian embestía la puerta con el hombro. Otro grito se filtró, pero la barrera se

mantuvo firme. Lucian retrocedió, su rostro transformado por la furia, y cargó. La madera se astilló con un sonido como el de un destino que se rompe.

La escena que los recibió detuvo la respiración de Lizzie. Un hombre alto sostenía a Adelaide en un abrazo protector, con un enorme sillón a rayas volcado frente a ellos. Había algo familiar en su postura que hizo que el corazón de Lizzie se agitara.

Lucian, sin embargo, solo veía rojo. —¡Quítale las manos de encima, maldita sea!

El hombre se irguió en toda su estatura, colocando a Adelaide detrás de él con gracia practicada. —Lo siento, querida —murmuró, enfrentándose de lleno a la embestida de Lucian. Colisionaron como frentes de tormenta, las manos encontrando las gargantas del otro.

—¡Lucian, no! —gritó Adelaide, lanzándose hacia adelante para agarrar su brazo.

—¡Padre, no! —Las palabras brotaron de la garganta de Lizzie cuando el reconocimiento la golpeó como un rayo. Se lanzó hacia los hombres que luchaban.

Su grito congeló todo movimiento en la habitación, todos los rostros volviéndose hacia ella con asombro.

—¿Padre? —susurró Adelaide, con los ojos como platos.

—¿Lizzie? —Las cejas de Thomas Ashworth se elevaron hacia su cabello.

—¿Lizzie? —El ceño de Lucian se profundizó como nubes de tormenta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió Thomas.

El calor ardió en sus mejillas. —No importa lo que estoy haciendo aquí. Solo por favor suelte a Lucian.

—No creo que lo haga —dijo Thomas, sus ojos verdes estrechándose peligrosamente. Cada palabra cayó precisa como una cuchilla—. No si él es el hombre que te ha traído aquí.

—Él no lo hizo —protestó Lizzie, las palabras saliendo atropelladamente en su prisa—. Mordaunt... —Tragó con dificultad—. Lucian vino a rescatarme.

Las manos de Thomas soltaron la garganta de Lucian como si se hubiera quemado, pero su ceño solo se profundizó. —Puede que el hombre sea tu prometido, Lizzie, pero no puedo aprobar que te haya traído a un burdel.

—¿Prometido? —La palabra explotó de Lucian mientras se alejaba bruscamente, su mirada atravesando a Lizzie como un golpe físico—. ¿De qué está hablando?

El corazón de Lizzie se desplomó hasta sus pies cubiertos de seda. Intentó poner una expresión inocente, aunque sabía que era demasiado tarde para tales tácticas. —Lucian, yo... olvidé decirte, pero he recuperado la memoria.

—Olvidaste decírmelo. —Su voz tenía la mordida del invierno.

—¿Recuperaste tu memoria? —La frente de Thomas se arrugó.

—¿Lo has hecho? ¡Qué maravilloso! —Las manos de Adelaide se juntaron con deleite, aunque su mirada se deslizó hacia la expresión tormentosa de Lucian—. ¿No es así?

—Sí, lo es, Adelaide —logró decir Lizzie, intentando una sonrisa valiente que se sintió más como una mueca.

—¿Adelaide? —Thomas se volvió para estudiarla con renovado interés, sus notables ojos verdes deteniéndose en ella—. ¿Es ese tu nombre, cariño?

—¿Cariño? —El gruñido de Lucian contenía asesinato.

Lizzie rápidamente agarró su puño apretado, sintiendo los temblores de rabia bajo su piel.

—Padre, Adelaide es la prometida de Lucian.

—¡¿Prometida?! —Thomas tomó aire bruscamente, algo destelló en su expresión demasiado rápido para identificarlo—. Ya veo. —Dirigió ese ceño paternal y severo hacia Lucian—. Como dije, desapruebo enérgicamente que los hombres traigan a sus prometidas a un burdel.

—Yo no la traje —espetó Lucian, luego se contuvo con visible esfuerzo—. Muy bien, lo hice, pero solo porque estaba bajo la errónea impresión de que estaba rescatando a tu hija.

—Me estabas rescatando —insistió Lizzie.

—¿De tu prometido? —El desdén en la voz de Lucian podría haber despintado las paredes.

—Le dije que no sería su prometida —dijo Lizzie, empezando a temblar con su propia furia creciente.

—Excelente. —La sonrisa de Thomas contenía genuino placer—. Sabía que entrarías en razón, querida.

—¿Entrar en razón? —La risa de Lucian no contenía humor—. Nunca las perdió. Simplemente está jugando con todos nosotros. Igual que cuando nos hizo creer durante semanas que tenía amnesia.

—¿Amnesia? —La mirada de Thomas se posó en Lizzie, sus ojos felinos brillando con algo que parecía inquietantemente como orgullo—. Lamento, querida, oír sobre tu lapso de memoria.

Lucian soltó otra carcajada.

—No hay necesidad de tu preocupación. Tu hija nunca perdió la memoria. ¿No es así, Lizzie?

—Yo... yo... —Las palabras se enredaron en su garganta—. Yo...

—No lo hagas. —La voz de Lucian se volvió baja—. Sabes que puedo decir cuándo estás mintiendo.

—Hmm. —El murmullo de Thomas contenía volúmenes—. Una situación muy peligrosa, sin duda. Sin embargo, si mi hija dice que perdió la memoria, entonces perdió la memoria. No sería

galante decir lo contrario.

—¿Galante? —Lucian se volvió hacia Thomas—. Señor, no necesito más instrucciones sobre la galantería. Su hija ya se ha encargado de instruirme sobre el asunto.

Los ojos de Thomas brillaron como esmeraldas captando la luz.

—Sin embargo, si eso no sirve, permítame sugerirle que no la insulte así en mi compañía. Me temo que me sentiría obligado a retarlo a duelo.

Lizzie no pudo evitar una risa sorprendida. Thomas Ashworth nunca había retado a nadie a duelo en su vida.

Adelaide, sin embargo, levantó la barbilla.

—No podrías retar a Lucian a duelo.

La mirada de Thomas se cruzó con la de ella, cargada de significado no expresado.

—¿No podría?

—En efecto, no —dijo Adelaide, negando con la cabeza aunque el color florecía en sus mejillas.

—En efecto, no —repitió Lizzie, frunciendo el ceño mientras observaba la chispeante conciencia entre ellos. Algo había cambiado en el ambiente, algo que le desagradaba claramente —. Padre, ¿qué estás haciendo aquí?

Thomas le lanzó una mirada represiva.

—Si no lo sabes, Lizzie, ciertamente no te lo diré. Todo esto ya es bastante impropio.

El rostro de Adelaide se quedó sin color cuando el pleno significado de la situación cayó sobre ella. El magnífico extraño que había despertado tales sentimientos prohibidos, cuyos besos le habían mostrado lo que la pasión realmente significaba... era el padre de Lizzie. Se tambaleó ligeramente, agradecida por el apoyo de la silla volcada a su lado. ¿Cómo podría enfrentar a cualquiera de ellos ahora? ¿Cómo podría enfrentarse a sí misma?

—No —Lizzie hizo un gesto impaciente con la mano—. Lo que quería decir es que pensé que seguías en África.

—Ah, eso —el tono casual de Thomas contrastaba con la aguda evaluación de su mirada mientras se desplazaba entre todos ellos—. Me aburrí y decidí volver a casa. Lo cual, a pesar de la... confusión del momento, digamos, me alegra mucho haberlo hecho. Parece que las cosas se han enredado tristemente en mi ausencia. Descubrir que sufriste amnesia y que no estuve aquí para apoyarte en tu momento de... olvido, me duele profundamente.

—Ella no sufrió amnesia —gruñó Lucian, con palabras lo suficientemente afiladas como para hacer sangrar—. Y el enredo es obra de tu propia hija, te lo aseguro.

—Hmm, sí —el murmullo de Thomas contenía una peligrosa diversión, como un tigre jugando con su presa. Su mirada recorrió la ostentosa habitación, deteniéndose en la silla caída y la cama arrugada. Adelaide sintió cada mirada como una marca en su piel, recordando con exquisita mortificación cómo se había derretido contra él momentos antes—. Bueno, donde tú estás bastante seguro de los hechos, yo no lo estoy. De hecho, me encuentro con un sinfín de preguntas.

Se enderezó el corbatín ya inmaculado, un gesto deliberado y autoritario. —Pero primero, salgamos de este... establecimiento. No veo razón para mantener a tu prometida y a mi hija esperando aquí —su mirada se dirigió a Adelaide, cargada de significado tácito—. Alguien podría entrar en esta habitación y posiblemente llegar a conclusiones equivocadas. Mejor vayamos a nuestra casa de la ciudad.

—No —la respuesta de Lucian sonó como un latigazo.

La ceja de Thomas se elevó con elegante desdén. —Puede que a ti no te importe que tu prometida se quede aquí, pero yo sí me opongo a que mi hija lo haga.

—Adelaide y yo volveremos a casa directamente —la mandíbula de Lucian se tensó lo suficiente como para quebrar una piedra.

—Pero es tarde —protestó Lizzie, retorciendo los dedos en su falda—. Seguramente no pretenderás volver a Thorncliff Manor esta noche. Tomará un día y una noche de viaje.

—Desde luego que no —frunció el ceño Thomas, sus ojos verdes oscureciéndose como mares tempestuosos—. La señorita Adelaide no debería intentar un viaje tan vigoroso. No hay necesidad.

—Nos quedaremos en un hotel entonces —el tono de Lucian no admitía discusión.

Thomas se irguió en toda su estatura, mirando por encima de su aristocrática nariz a pesar de su igual estatura. —No me digas que tienes a la doncella y acompañante de Adelaide aquí en una de estas habitaciones también. Cuando entras en un burdel, traes un gran contingente, ¿no es así?

—No tiene doncella ni acompañante —admitió Lucian entre dientes.

—Entonces no pueden ir a un hotel —la voz de Thomas tenía el peso de la ley—. Expondría a la señorita Adelaide a todo tipo de chismes de baja estofa —su mirada se desplazó hacia Lizzie —. Y, por cierto, ¿dónde está tu acompañante?

—¿La señora Kensington? —Lizzie parpadeó como si solo ahora recordara que la mujer existía —. Me temo que la he perdido en algún momento del camino.

Su ceño se profundizó como nubes de tormenta. —¿Perdiste a tu acompañante?

Lizzie suspiró, un sonido de puro agotamiento. —Sí, padre, la perdí.

Thomas Ashworth negó con la cabeza, aunque un destello de algo parecido a la admiración brilló en aquellos ojos extraordinarios. —¿Perdiste tu memoria y tu acompañante? Claramente esta será una historia que valdrá la pena escuchar.

Adelaide observó la interacción entre padre e hija, su mente dando vueltas ante la situación imposible. Cada mirada que Thomas le dirigía enviaba oleadas de calor por sus venas, luchando contra la vergüenza que amenazaba con consumirla. Lo había besado —se había derretido contra él como la nieve bajo el sol primaveral. Había anhelado más con una intensidad que sacudió sus sensibilidades apropiadas. Y ahora... ahora descubría que era el padre de Lizzie. El padre de su querida amiga. La mortificación solo era superada por el traicionero aleteo de su pulso cada vez que su mirada rozaba su piel.

Lizzie lanzó una mirada furtiva al ominosamente silencioso Lucian y se estremeció. Su padre podría pensar que su historia valía la pena escuchar, pero la expresión tormentosa de Lucian prometía retribución por cada engaño cuidadosamente elaborado. No esperaba con ansias ser la desafortunada que lo explicara todo.

El silencio se extendió entre todos ellos como azúcar hilado, delicado y peligroso, listo para romperse al más mínimo roce. Cuatro personas atrapadas en una red de atracción, engaño y destino, cada una consciente de que nada volvería a ser lo mismo después de esta noche.

Thomas finalmente rompió la tensión con un preciso aclaramiento de garganta. —Vengan. Mi carruaje espera, y tenemos mucho que discutir —sus labios se curvaron en esa sonrisa devastadora que tanto había embrujado a Adelaide anteriormente—. Aunque quizás algunas historias sea mejor guardarlas para la luz del día.

Mientras salían de la habitación, Adelaide no pudo evitar notar cómo su mano rozaba su codo, sosteniéndola al cruzar el umbral. El contacto duró apenas un latido, pero ardió a través de su manga como una promesa... o una advertencia.

Algunas historias, en efecto, era mejor dejarlas para la luz reveladora del amanecer.

Capítulo 20

Mansión Ashworth, Londres
Última hora de la tarde, primavera de 1816

El vestíbulo de mármol de la Mansión Ashworth brillaba como luz de luna pulida bajo las arañas de cristal, su legendaria belleza de algún modo más impresionante en el silencio apagado que acompañó la entrada de su improbable grupo. La brusca inhalación de Adelaide resonó suavemente contra el alto techo, su asombro con los ojos muy abiertos en marcado contraste con la expresión tormentosa de Lord Thorncliff.

—Buenas noches, Graves —dijo Thomas, su voz cultivada transmitiendo la fácil autoridad de alguien nacido para dominar tales espacios grandiosos. Las comisuras de sus ojos se arrugaron con genuina calidez al dirigirse a su mayordomo.

El sirviente de cabello plateado ejecutó una reverencia perfecta, su dignidad tan pulida como el mármol bajo sus pies. —Mi Lord. Un placer verlo de regreso. ¿Confío en que su viaje resultó satisfactorio?

—¿Mi Lord? —El susurro de Adelaide contenía un hilo de confusión, su mirada saltando entre Thomas y los opulentos alrededores que de repente cobraban sentido.

La boca de Thomas se curvó en una sonrisa irónica. —Ah sí, me temo que en toda la confusión, descuidamos bastante las presentaciones formales. —Hizo un gesto con elegante despreocupación—. Soy Lord Ashworth, y esta es mi hija, Lady Elizabeth.

Lizzie observó cómo el rostro de Lucian se oscurecía como nubes de tormenta acumulándose, mientras la boca de Adelaide formaba una perfecta 'O' de sorpresa. Su padre desestimó el momento con su gracia característica. —Pero no nos detengamos en todos los tediosos títulos.

—Padre y yo tenemos la intención de permanecer en Londres por el momento —interrumpió Lizzie rápidamente, antes de que pudiera comenzar a anotar su bastante extensa lista de honores.

Se volvió hacia su mayordomo, agradecida por la presencia familiar del hombre que les había servido desde su infancia—. Graves, necesitaremos dos habitaciones preparadas para nuestros invitados. Se quedarán la noche.

—En efecto, mi lady.

—La habitación dorada para la señorita Adelaide, creo —reflexionó Thomas—, y la habitación verde para Lord Thorncliff. —Su mirada se posó en Adelaide con calidez paternal—. Querida, si tus aposentos resultan inadecuados, solo tienes que decirlo. Tenemos toda una selección disponible. Instruiremos a tu doncella para que...

El corazón de Lizzie se encogió al ver cómo la mandíbula de Lucian se tensaba ante esta casual demostración de riqueza. —Adelaide —dijo rápidamente, notando la apariencia desgastada por el viaje de su invitada—, llegó sin su...

—No, yo no... —los dedos de Adelaide juguetearon con la tela de sus faldas arrugadas.

La sonrisa de Thomas se suavizó. —Por favor, haz pleno uso de nuestros sirvientes. —Su atención se desplazó hacia Lucian, cuya postura rígida gritaba incomodidad—. Y Lord Thorncliff...

—Mi ayuda de cámara estará a su disposición —continuó Thomas, perfectamente agradable a pesar de la tensión que crepitaba en el aire.

La mirada de Lucian se fijó en Lizzie, sus ojos grises fríos como la escarcha invernal. —Sé cómo vestirme solo.

El tono amargo en su voz hizo que el estómago de Lizzie se retorciera.

—En efecto —logró decir, alzando la barbilla—. No pretendía insinuar lo contrario —Tomó aire para calmarse, la armadura de la corrección asentándose sobre sus hombros—. Ahora que por fin hemos resuelto las presentaciones formales, quizás deberíamos intentar resolver otros asuntos también.

Thomas arqueó una ceja mientras estudiaba a su hija.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que tu historia no es precisamente agradable?

—No —susurró Lizzie—, no lo es.

—Entonces creo —dijo Thomas con estudiada despreocupación— que le mostraré la casa a la señorita Adelaide mientras usted y lord Thorncliff tienen su conversación.

—No habrá ninguna conversación —las palabras de Lucian cayeron como hielo.

La expresión de Thomas se endureció casi imperceptiblemente.

—Ah, pero creo que debe haberla. Usted cree que mi hija lo ha engañado de alguna manera. Aunque reconozco mi curiosidad, creeré lo que ella me diga. Por lo tanto, es su perspectiva la

que requiere atención —Se volvió hacia su mayordomo—. Graves, lady Elizabeth necesitará té en el salón, y brandy para lord Thorncliff.

—Enseguida, mi lord.

Mientras Thomas se llevaba a Adelaide para mostrarle su hogar, su voz maravillada llegó flotando:

—Es... es hermoso.

—Gracias —respondió Thomas, con un tono ligero como el aire—. Aunque creo que tengo algunas otras igual de encantadoras.

—¿Algunas otras? —la pregunta de Adelaide se desvaneció en el silencio.

Lizzie observó cómo la mandíbula de Lucian se tensaba, el músculo palpitando bajo su piel. Alzó la cabeza, la dignidad envolviéndola como un manto.

—Si me sigue, mi lord.

—Por supuesto, mi lady —las palabras goteaban sarcasmo.

Recogió sus faldas y se dirigió majestuosamente hacia el salón, sin molestarse en comprobar si él la seguía. El susurro de sus botas contra el mármol le decía todo lo que necesitaba saber. El hombre que una vez la había mirado con tanta ternura ahora la seguía como un verdugo acercándose al patíbulo.

Y quizás eso era exactamente lo que sería esta conversación: una ejecución de todo lo que podría haber sido.

El salón los recibió con un calor engañoso, la luz del fuego bailando sobre los espejos de marcos dorados y jugando al escondite entre las gotas de cristal de la lámpara de araña. Lizzie se acomodó en el sofá de seda, sus dedos alisando arrugas invisibles de sus faldas manchadas de barro. Era agudamente consciente de la presencia de Lucian mientras él tomaba asiento en la silla frente a ella, su alta figura un estudio de furia apenas contenida.

Su mirada recorrió la habitación como un toque físico, abarcando las pesadas cortinas de seda, los adornos de pan de oro, las obras de arte invaluables que adornaban cada pared. Cada inventario de su riqueza parecía oscurecer aún más su expresión, hasta que la amargura ardió en aquellos ojos gris tormenta que una vez le habían parecido tan cautivadores.

—Así que esto explica por qué nunca supiste hacer nada por ti misma —dijo él, con voz áspera como el granito sin pulir—. No era que lo hubieras olvidado. Nunca lo supiste en primer lugar.

La acusación dolió más de lo que debería. Lizzie alzó la barbilla, años de escuela de modales prestando hielo a su tono.

—Solo algunos, como usted, consideran tener una vida cómoda como un defecto.

—¿Una vida cómoda? —Su risa no contenía humor alguno—. ¿Es así como llamas a todo esto? —Hizo un gesto abarcando el opulento entorno—. No te reprocho tu riqueza, mi lady. Te reprocho tus mentiras. Jugaste muy bien conmigo, ¿no es así?

—No fue un juego —Las palabras surgieron más suaves de lo que pretendía, cargadas de verdades que no podía expresar.

—¿No? —Lucian se puso de pie de un salto, merodeando por la habitación como un depredador enjaulado—. Sé cómo son las mujeres de su clase. Con el dinero y la posición que posee, todo es un juego que puede permitirse jugar.

—¡No! —La negación brotó de su garganta mientras se giraba hacia la chimenea, buscando calor contra el frío de su desprecio. Tomando un respiro para calmarse, se volvió hacia él—. Esto nunca fue un capricho o un antojo. ¿De verdad puede creer eso, considerando el estado en que me encontró? El barro difícilmente es mi moda predilecta.

Su risa afilada cortó como una cuchilla.

—No, puedo creer que ese momento en particular fue bastante honesto. Después de todo, estaba inconsciente en ese momento —Sus ojos se entrecerraron—. Pero cuando me dijo que había perdido la memoria, ¿cuándo coqueteó conmigo, me besó? Ahí es cuando comenzó el juego, ¿no es así?

—No fue...

—¡Tenía un prometido! —Las palabras explotaron de él—. ¿Se atreve a quedarse ahí parada y decirme que no fue un juego?

—¡Pensé que estaba muerto! —La confesión brotó de sus labios antes de que pudiera detenerla, su compostura finalmente quebrándose—. Pensé que estaba muerto porque creí que lo había matado.

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el suave crepitar de la madera ardiendo en la chimenea. Lucian la miró fijamente, su expresión transformándose de ira a algo mucho más peligroso: cálculo.

—¿Lo mataste? —La calma en su voz era más aterradora que su furia anterior.

La risa de Lizzie emergió como un sonido estrangulado, con hilos de histeria en sus bordes.

—Sí, pensé que lo había matado. Mordaunt y yo habíamos discutido... le dije que no me casaría con él —Su mano se elevó inconscientemente hacia su garganta, recordando—. No se tomó bien el rechazo.

La comprensión amaneció en los ojos de Lucian, seguida rápidamente por algo más oscuro, más primitivo.

—Esas marcas en tu garganta...

—Eran de él —confirmó ella, forzando las palabras a través de la opresión en su pecho—. Intentó... forzarme. Lo golpeé con una estatua y él cayó —El recuerdo destelló vívido y violento detrás de sus ojos—. Busqué señales de vida, pero... pensé que estaba muerto. Ni siquiera mi posición me habría protegido en tales circunstancias. Estaba en la finca de su familia, rodeada de sus parientes. Así que huí —Su voz bajó hasta apenas un susurro—. Cabalgué toda la noche hasta que tuve el accidente. Fue entonces cuando me encontraste.

—Ya veo —Su tono se había vuelto frío, ilegible.

—¿Qué habrías querido que hiciera? —La pregunta brotó de ella como una súplica—. ¿Decirte la verdad? ¿O lo que creía que era la verdad? ¿Que había matado a un hombre, nada menos que a un duque, y esperar que me ofrecieras santuario con los brazos abiertos?

—¡No! —Cruzó el espacio entre ellos en dos zancadas largas, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera sentir el calor que irradiaba de su cuerpo—. Pero no te conformaste con un mero santuario, ¿verdad?

—No entiendo a qué te refieres —susurró Lizzie, aunque su pulso acelerado sugería lo contrario.

—Determinaste que te aceptaría con los brazos abiertos —gruñó él, avanzando hasta que ella quedó presionada contra la repisa de la chimenea—. Tuviste que coquetear conmigo, provocarme... besarme.

—¡Tú me besaste! —Levantó la barbilla desafiante, arrepintiéndose al instante cuando su mirada cayó sobre sus labios.

—Sí, lo hice —admitió él, con la voz áspera como el pecado—. Pero fue según tu plan, ¿no es así? ¿Qué era, mi lady? ¿Cautivar al pueblerino para asegurar tu seguridad?

La acusación la hirió más profundamente que cualquier golpe físico. Que Dios la ayudara, ella había pensado eso una vez, ¿no? Bajó la mirada, incapaz de enfrentarse al desprecio en sus ojos. —No, no fue así en absoluto.

—¿Ah, no?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Y cuando descubriste que Mordaunt vivía? —Su voz bajó a un susurro peligroso—. ¿Qué pasó entonces?

—¿Qué quieres decir? —Pero ella sabía, Dios la ayudara, sabía exactamente a qué se refería.

—Te enteraste de que sobrevivió, ¿no es así? —La presencia de Lucian parecía llenar toda la habitación, su calor más intenso que el fuego a su espalda—. Debió de ser cuando hablaste con

esos dos hombres. Fue entonces cuando comenzaron las pesadillas.

Los recuerdos la golpearon como agua helada: oscuros sueños de manos en su garganta, de huidas desesperadas por pasillos interminables. —Sí —admitió, odiando cómo temblaba su voz —. Tenía la intención de decirte la verdad, pero estaba asustada.

—¿Estabas asustada? —Las palabras resonaron como un latigazo—. No, mi lady. Yo era el que estaba asustado. Me tenías tan completamente atrapado en tu red de mentiras que realmente temía por ti. —Su risa no contenía calidez alguna—. Me preocupé enfermizamente mientras supuestamente recuperabas tus recuerdos, y todo el tiempo estabas en completo control de tus facultades... y de mí.

—¡No! —El grito se desgarró de su garganta. El miedo trepó por su columna, tan visceral ahora como lo había sido aquella terrible noche—. ¡Estaba asustada! Tenía todo el derecho a estarlo. ¡Solo mira lo que pasó cuando Mordaunt me encontró! —Se abrazó a sí misma, luchando contra un escalofrío—. ¿Sabes por qué me llevó a ese burdel?

Lucian la miró desde arriba, su altura abrumadora en su proximidad. —No, pero ciertamente hice el papel de tonto al correr a salvarte.

Las crueles palabras atravesaron sus defensas, pero Lizzie se obligó a continuar. —Me llevó allí porque tenía la intención de forzarme a casarme con él. —Las palabras le sabían amargas en la lengua—. Dijo que si me negaba, me vendería al oficio... y a un establecimiento mucho más bajo que incluso ese.

Algo peligroso destelló en los ojos de Lucian, un destello de furia protectora rápidamente enmascarado por el desprecio. —El hombre perdió su oportunidad —dijo con desdén, aunque sus manos se habían cerrado en puños—. Con tus artimañas y talentos, le habría ido mejor estableciéndote como una cortesana cara.

La rabia que explotó en Lizzie fue primitiva, alimentada por el dolor, la traición y cosas que no se atrevía a nombrar. Su palma conectó con la mejilla de él antes de que siquiera se diera cuenta de que se había movido, el chasquido de piel contra piel resonando en el silencio.

La cabeza de Lucian se echó hacia atrás. Cuando la miró de nuevo, sus ojos estaban muertos, despojados de toda emoción. —¿Ha terminado conmigo ahora, mi lady? Creo que he cumplido mi propósito, tal como usted deseaba.

—Sí —susurró, aunque su corazón gritaba lo contrario—. He terminado por completo con patanes crueles y groseros del campo como usted, señor.

—Y yo no necesito a una supuesta dama como usted. —Se dio la vuelta, saliendo de la habitación con la gracia controlada de un depredador.

Lizzie se hundió en el sofá de seda, su mano aún hormigueando por el contacto recordado. La miró aturdida, incapaz de creer lo que había hecho. Nunca en su vida había abofeteado a nadie. Nunca había sentido una mezcla tan potente de rabia, dolor y pena... y arrepentimiento.

De repente, la sala de estar se sintió cavernosa, el esplendor que siempre la había reconfortado ahora tan hueco como su corazón. Se había creído por encima de los juegos mezquinos de la alta sociedad, pero aquí estaba, habiendo jugado el juego más cruel de todos —con ambos corazones como prenda.

El fuego crepitaba suavemente, arrojando sombras a través de las paredes que parecían burlarse de su soledad. En algún lugar de esta gran casa, su padre sin duda estaba encantando a Adelaide con historias de sus ilustres antepasados. Y Lucian...

Lizzie presionó su palma contra su pecho, donde un dolor había tomado residencia. Lo había golpeado con ira, sí, pero temía que la herida más profunda se hubiera infligido mucho antes —cuando comenzó a enamorarse de un hombre que nunca podría entender su mundo, mientras ocultaba la verdad misma de quién era ella.

***

La galería de retratos se extendía ante ellos como una cinta de tiempo capturado, generaciones de antepasados Ashworth mirando desde marcos dorados que atrapaban y retenían la luz de las velas. Adelaide se movía por el espacio como en un sueño, sus pasos susurrando contra el suelo pulido mientras Thomas nombraba cada rostro severo con facilidad practicada.

—Supongo que está extremadamente sorprendido por mi comportamiento —aventuró ella, observando sus elegantes dedos señalar hacia otro distinguido pariente. El movimiento era hipnótico, atrayendo su atención hacia unas manos que hablaban tanto de refinamiento como de fuerza.

La sonrisa conocedora de Thomas envió un aleteo inesperado a través de su pecho. —Querida, descubrirá que rara vez me sorprendo —Sus ojos, cálidos como el brandy a la luz del fuego, se encontraron con los de ella—. Sorprendido, quizás, en ocasiones, pero nunca conmocionado.

La forma en que la miraba hizo que Adelaide se preguntara si podía ver directamente su corazón acelerado. —Aunque debo admitir mi sorpresa —continuó él, estudiándola con esa mirada penetrante—. Lizzie mencionó que estaba comprometida con Lord Thorncliff.

—Sí —logró decir Adelaide, con la palabra atascada en su garganta—. Sí, lo estoy.

—Ya veo —Se volvió hacia los retratos, aunque algo en su postura sugería una profunda contemplación—. Supongo que es un compromiso reciente.

—No, ha pasado algún tiempo —La admisión se sintió pesada en su lengua.

El ceño de Thomas se frunció. —Quizás esté más cerca de la conmoción, después de todo.

El calor floreció en las mejillas de Adelaide. —¿Porque yo... porque lo besé?

—Está eso —Su voz tenía un tono que ella no pudo descifrar del todo—. Pero más porque usted no besa como si hubiera estado comprometida con un hombre durante mucho tiempo.

El rubor se extendió desde sus mejillas hasta su cuello, el calor inundando todo su cuerpo. —¿Cómo... cómo besa una mujer cuando ha estado comprometida con un hombre durante mucho tiempo?

La mirada de Thomas se suavizó. —Perdóneme, pero besó como si fuera su primer beso —Sus palabras la acariciaron como seda contra la piel—. Seguramente Lord Thorncliff la ha besado muchas veces.

—No, de hecho no —Adelaide se encontró estudiando el intrincado patrón de la alfombra, incapaz de encontrar sus ojos—. No sé cómo será en Londres, pero en el campo, no creemos que simplemente porque una pareja esté comprometida, puedan comportarse de manera impropia.

—Ya veo —Thomas se acercó, su presencia haciendo que la vasta galería se sintiera repentinamente íntima—. Me encuentro bastante contento por ese hecho, porque si estuviera comprometido con usted, me temo que la besaría muy a menudo.

—¿Lo haría? —La pregunta surgió sin aliento, espontánea.

Él negó con la cabeza lentamente, una sonrisa irónica jugando en sus labios. —Su Lucian parece un hombre mucho más fuerte que yo.

—Tal vez —la voz de Adelaide tembló. Tragó saliva con dificultad—. Pero... pero Lucian no es demostrativo por naturaleza.

—¿No lo es? —Thomas se volvió para mirarla de frente, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera percibir el sutil aroma a sándalo que impregnaba su abrigo—. A decir verdad, a mí me pareció bastante impetuoso.

—Oh, no —protestó Adelaide, aunque el movimiento la acercó aún más a él—. Lucian normalmente es muy dueño de sí mismo y controlado. Es solo últimamente que él... que él...

—¿Que él qué? —la instó Thomas suavemente, sin apartar los ojos de su rostro.

—Bueno, que parece querer... matar a todo el mundo —soltó una risa nerviosa—. No es que no sea comprensible; los hombres que secuestraron a Lizzie eran terribles. Pero hasta ahora, creía que Lucian era un hombre pacífico.

—En efecto —el ceño fruncido de Thomas ocultaba algo más profundo que mera preocupación. Suspiró—. Me temo que mi niña parece haber causado cierto alboroto.

—¿Su niña? —los ojos de Adelaide se abrieron de par en par al escuchar la nota de ternura en su voz.

La calidez en su mirada se intensificó.

—Para mí sigue siendo pequeña.

—Sí, tiene sentido —murmuró Adelaide, observando el juego de la luz de las velas sobre los rasgos aristocráticos de Thomas—. Pero es verdaderamente una mujer extraordinaria.

—Y usted también lo es —la suave intensidad de sus palabras le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Oh, no —Adelaide se dio la vuelta rápidamente, huyendo por la galería como si pudiera escapar del calor que su presencia despertaba—. No soy nada fuera de lo común.

—No estaría tan seguro —su voz la siguió como una caricia.

El corazón de Adelaide latió traicioneramente bajo su corsé. Fijó la mirada en un antepasado de rostro severo, buscando desesperadamente un terreno más seguro.

—No lo había considerado, pero... ¿tiene usted esposa?

El silencio que siguió tenía peso, cargado de historias no dichas.

—No —respondió finalmente Thomas, su tono cambiando como las sombras—. Maria murió hace muchos años, cuando Lizzie era pequeña.

—Lo siento —las palabras parecían inadecuadas ante tal pérdida. Incapaz de contenerse, preguntó—: ¿Cuál es su retrato?

Thomas permaneció inmóvil, con ese tipo de quietud que hablaba de una emoción cuidadosamente contenida.

—Su retrato no está aquí.

—Por supuesto —Adelaide se apresuró a cubrir su error—. Su retrato estaría... en otro lugar. ¿Quizás en un sitio más privado?

—No —la única palabra contenía años de una elección cuidadosamente considerada—. Me niego a tener su retrato dentro de la casa.

—¿De verdad? —se volvió para mirarlo, sorprendida por esta revelación.

Thomas se acercó más, su presencia llenando el espacio entre ellos con una posibilidad no expresada.

—No soy un hombre que crea en vivir en el pasado. Tener el retrato de Maria aquí, o en cualquier lugar, solo me arrastraría hacia atrás. Me recordaría un amor que se ha perdido —su sonrisa contenía una sabiduría gentil que hizo que a Adelaide se le cortara la respiración—. Ella puede permanecer en mi corazón, pero me niego a tenerla también en la pared.

La intimidad de su confesión los envolvió como un capullo de entendimiento compartido. El pulso de Adelaide revoloteó bajo su piel mientras buscaba un terreno más seguro.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó rápidamente, señalando un retrato cercano.

Thomas aceptó su retirada con elegancia, lanzándose a relatar las hazañas de aquel antepasado en particular. Avanzaron por la galería, su voz rica tejiendo historias de cada rostro que pasaban. Pero Adelaide apenas escuchaba las palabras. En su mente, solo veía el retrato ausente—el espacio donde el amor había sido cuidadosamente extirpado, dejando quizás lugar para que algo nuevo floreciera.

Era agudamente consciente de la presencia de Thomas a su lado, el sutil roce de su abrigo contra sus faldas mientras caminaban, la forma en que su mano a veces se cernía cerca de su codo cuando ella se detenía a estudiar una pintura en particular. Cada pequeño contacto enviaba chispas de conciencia a través de su cuerpo, haciéndola cuestionar todo lo que creía saber sobre el comportamiento apropiado y los asuntos del corazón.

La galería parecía contener la respiración a su alrededor, los ojos pintados de generaciones observando cómo algo delicado y peligroso se desplegaba en el espacio entre el comportamiento apropiado y la atracción innegable. Adelaide se preguntaba si podían ver cómo su mundo cuidadosamente ordenado se inclinaba lentamente sobre su eje, todo por la sonrisa de un hombre y la promesa de posibilidades que nunca se había atrevido a imaginar.

Capítulo 21

El amanecer se coló por las ventanas del estudio como un amante indeciso, tiñendo los libros encuadernados en cuero de tonos ámbar y dorado. Thomas estaba sentado en su sillón favorito, el periódico matutino crujiendo suavemente entre sus dedos mientras saboreaba el momento de tranquilidad antes de que Londres despertara verdaderamente a la vida. La paz se hizo añicos con un brusco golpe en la puerta, seguido de la entrada de Lucian, con un porte tan rígido como el de un soldado y una mirada que contenía el peligroso brillo de un hombre preparado para la batalla.

—Buenos días, milord —Thomas mantuvo un tono ligero, deliberadamente opuesto a la intensidad apenas contenida de Lucian.

—Buenos días —Lucian ocupó una silla con gracia depredadora—. Adelaide y yo nos marcharemos esta mañana.

—Ya veo —Thomas bajó el periódico, estudiando al hombre más joven con el ojo experto de quien ha navegado innumerables campos de batalla social—. Aunque ahora que estás en la ciudad, realmente deberías quedarte. Tal vez podrías mostrarle a tu prometida las delicias de Londres.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Lucian. —Nunca me gustó la ciudad. Adelaide, estoy seguro, deseará volver. La echan de menos en casa.

—Ella mencionó algo así —la sonrisa de Thomas tenía un toque de complicidad—. Entonces os desearé un viaje placentero. Desafortunadamente, Lizzie no podrá despedirse. Creo que aún está en la cama. Incluso para ella, imagino que los últimos días han sido agotadores.

—¿Te contó sus historias? —la pregunta surgió afilada como una cuchilla.

La risa de Thomas llenó la habitación como un cálido brandy. —No las considero sus "historias", Thorncliff —su expresión se tornó sobria—. Lizzie dice que no te mueves en

nuestros círculos, así que no conoces a Mordaunt. Te aseguro que no es ninguna pérdida para ti, pero lo que Lizzie me ha contado no es difícil de creer si conoces al hombre —suspiró, con la mirada ensombrecida por los recuerdos—. No me agradó al principio cuando Lizzie dijo que se casaría con él.

—¿Por qué no la detuviste, entonces? —los ojos de Lucian se entrecerraron, grises como una tormenta y peligrosos.

Otra risa, esta vez teñida de resignación paternal. —Está claro que no conoces a Lizzie.

—No, no la conozco —las palabras cayeron entre ellos como piedras—. La conocí como Anne, y ni siquiera entonces aceptaba órdenes, por muy razonables que fueran.

—Entonces conoces muy bien a Lizzie, en efecto —la voz de Thomas se suavizó con el recuerdo—. Amé mucho a la madre de Lizzie. Amaba su espíritu fuerte y su mente rápida e independiente. No podría haber criado a su hija de otra manera. Habría sido una traición a Maria, ya que ella no estaba aquí para criarla ella misma.

Volvió la mirada hacia Lucian, con diversión bailando en sus ojos. —Puede que me censure por cómo crié a Lizzie. Muchos lo han hecho antes que usted, se lo aseguro. Sin embargo, esos mismos hombres piden su mano en matrimonio, la adulan y la ensalzan. No tienen idea de lo que realmente les atrae de Lizzie, ni tienen noción de cómo hacerla feliz —su expresión se ensombreció—. Mordaunt era uno de esos hombres, solo que era el peor de todos. Lizzie cometió un error allí, un error muy grave.

—¿Y usted se lo permitió? —La furia apenas contenida en la voz de Lucian hablaba por sí sola.

Los ojos de Thomas brillaron con profundidades ocultas. —¿Permitírselo? No, solo esperé y le permití descubrir la verdad por sí misma. No viajé a África para cazar; fui para que Lizzie prometiera posponer la boda hasta mi regreso —Thomas se acomodó en su silla, su pose casual desmentía la gravedad del momento—. No me preocupaba el resultado. Esperaba plenamente que dejara a Mordaunt antes de que yo volviera a casa —una sombra cruzó sus facciones—. Debo admitir que no esperaba tal contratiempo. Sabía que Mordaunt era un sinvergüenza, pero no sabía que era un verdadero villano.

—Ya veo —la voz de Lucian contenía la silenciosa amenaza de una espada desenvainada—. ¿Qué piensa hacer con Mordaunt ahora? ¿Ahora que conoce su verdadera naturaleza?

Thomas lo estudió por encima de sus dedos entrelazados, la luz de la lámpara captando la plata en sus sienes. —¿Qué cree usted que debería hacer con él? Lizzie tiene la intención de enviar el anuncio a los periódicos rompiendo el compromiso. Eso seguramente debería ser suficiente.

—¿No piensa hacer nada más? —Las palabras surgieron suaves, peligrosas.

—Pero, ¿qué más puedo hacer?

—¿Qué más? —Lucian se puso de pie de golpe, emanando energía cruda como un relámpago antes de una tormenta—. Puede retar a duelo a Mordaunt. Eso es lo que puede hacer.

—¿Yo? ¿Retar a Mordaunt? —La risa de Thomas carecía de humor—. No, soy un hombre de paz. No participo en duelos.

—Usted dijo que me retaría a mí —contrarrestó Lucian, sus ojos grises destellando.

—Sí —reconoció Thomas con un leve asentimiento—. Pero no tenía la intención de que usted aceptara el desafío.

—¿Entonces no piensa retar a Mordaunt?

—No, por supuesto que no. Un hombre de mi edad parecería un tonto al retar a un hombre de la edad de Mordaunt —los dedos de Thomas tamborilearon pensativamente en el reposabrazos —. Además, Mordaunt es un tirador experto. Ha salido muchas veces y nunca ha sido el perdedor.

—¿Dejará que lo que le hizo a Lizzie quede sin venganza? —Lucian se acercó a zancadas a la chimenea, cada movimiento hablando de violencia contenida.

—¿Sin venganza? —La voz de Thomas permaneció firme—. Si se refiere a si me negaré a encontrarme con Mordaunt en el campo del duelo, entonces sí, puede decir que tengo la intención de permitir que Lizzie quede sin vengar.

Lucian se giró bruscamente, su presencia pareciendo llenar toda la habitación. —¿No hará nada para proteger el honor de su hija?

—Hmm —la ceja levantada de Thomas hablaba por sí sola—. Por su comportamiento anoche, me hizo creer que mi niña no tenía honor. De hecho, por lo que Lizzie me contó, usted pensaba que bien podría haberse quedado para convertirse en miembro del comercio de la muselina.

Un rubor apagado se extendió por el cuello de Lucian, tiñendo sus rasgos esculpidos. —Eso no viene al caso. No soy su padre.

—Ya me he dado cuenta —murmuró Thomas, con una sonrisa que guardaba secretos.

La mirada de Lucian se estrechó hasta convertirse en rendijas plateadas. —Como su padre, debería tomar las medidas adecuadas para asegurarse de que Mordaunt nunca se atreva a acercarse a ella de nuevo.

—¿Entonces debería retarlo a un duelo? —Thomas negó con la cabeza, y la luz del sol captó el gesto—. Si deseo proteger el honor de Lizzie, no me batiré en duelo con Mordaunt. Todo el mundo especularía sobre ello, y convertiría a Lizzie en objeto de todo tipo de chismes

escandalosos imaginables. —Su voz se volvió más baja—. Además, no exagero. Mordaunt es un excelente tirador.

—¿No lo retará? —Cada palabra resonó como un latigazo en la quietud de la mañana.

Thomas alzó la mirada, encontrándose con aquellos ojos tormentosos. —He dicho que no lo haré.

—Muy bien. —Lucian se volvió hacia la puerta, con los hombros tensos por un propósito mortal.

—Mi lord, ¿adónde va? —La pregunta de Thomas contenía una nota de anticipación conocedora.

Lucian se giró, con emoción cruda ardiendo en sus ojos. —Si usted no se ocupará de Mordaunt, lo haré yo.

—Le aseguro que no hay necesidad de que lo haga. —Las palabras de Thomas flotaron como humo en el aire matutino, más como una observación que como una protesta.

—Creo que sí la hay. —La voz de Lucian contenía la tranquila certeza de un hombre que había cruzado algún Rubicón interno—. Si usted no frenará a Mordaunt, yo me aseguraré de hacerlo.

Thomas negó con la cabeza, y la luz del sol captó las canas en sus sienes. —Le dije que es un excelente tirador.

—Yo también lo soy. —Las palabras surgieron suaves como el pecado, mortales como la belladona.

—¿Entonces no debería preocuparme por su muerte si sigue este curso?

—No, mi lord —Lucian se quedó enmarcado en la puerta, sus anchos hombros proyectando largas sombras sobre la alfombra persa del estudio—. No lo haga.

—Lucharía por el honor de mi hija —reflexionó Thomas, estudiando al hombre más joven con ojos astutos—, ¿a pesar de que dice que ella no tiene ninguno?

Lucian se tensó, la luz de la mañana captando el ángulo orgulloso de su mandíbula. —A pesar de su falta de honor, no rebajaré el mío.

—¿No hay nada que pueda disuadirlo de este camino?

—No, no lo hay. —Cada palabra cayó entre ellos como un guante arrojado—. Me ocuparé de Mordaunt, y luego regresaré al campo.

—Sí, muy razonable. —La ligera sonrisa que jugaba en los labios de Thomas contenía volúmenes de aprobación no expresada. Soltó un suspiro cuidadosamente medido—. Si siente que debe retar a Mordaunt, entonces debe hacerlo. Pero le suplico, sin importar la baja estima en

que tiene a Lizzie, por favor no permita que su nombre se asocie a este duelo. No le haría ningún bien ni a ella ni a usted.

Lucian inclinó la cabeza, el gesto puro aristócrata a pesar de sus proclamados modales campestres. —Ya que no lucho por ella, me aseguraré de ello. —Se giró para irse, luego se detuvo, un ceño fruncido afeando sus rasgos—. ¿Dónde puedo encontrar a Mordaunt?

—Brooks —dijo Thomas, volviendo casualmente a su periódico—. ¿Sabe dónde está?

—Lo encontraré. —La mirada de Lucian contenía una peligrosa promesa.

—Estoy seguro de que lo harás —Thomas agitó su periódico con deliberada indiferencia—. Pero Mordaunt rara vez aparece allí antes del mediodía.

—Muy bien —sin decir una palabra más, Lucian salió a zancadas de la habitación, sus botas marcando un ritmo constante contra el suelo de mármol, el redoble de la violencia que se avecinaba.

Thomas bajó su periódico, observando la partida del joven a través de las ventanas de vidrio emplomado del estudio.

—Joven impetuoso.

***

El Club Brooks bullía con la energía particular propia de los establecimientos donde las fortunas se ganaban y perdían al voltear una carta. La luz de la tarde se filtraba por las altas ventanas, atrapando motas de humo de pipa que danzaban sobre las mesas de juego donde hombres elegantemente vestidos conducían sus asuntos con estudiada indiferencia. Lucian se movía por el espacio como un lobo entre perros falderos mimados, su atuendo campestre y su gracia peligrosa atrayendo miradas curiosas de los habituales del club.

—¡Por los dioses, primo! —la voz de Terrel resonó en la habitación silenciosa mientras levantaba su copa de brandy, su chaqueta de cintura de avispa de un violento tono púrpura—. Nunca pensé verte en la ciudad. Qué alegría verte. Me alegro de que te acordaras de mí. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Solo brevemente —la mirada de Lucian recorrió la sala con un enfoque depredador, catalogando a cada petimetre empolvado y pavo real pintado. Los hombres del ton se desparramaban en varios estados de elegante disipación, apenas comenzando a despertar, aunque ya había pasado la mayor parte del día.

—¿En serio? —Terrel se balanceó ligeramente, su corbatín ya mostraba signos de marchitez—. Qué lástima. Deberías disfrutar los placeres de la ciudad, ¿no?

—Disfrutaré el tiempo que esté aquí —la voz de Lucian contenía una promesa de violencia que su primo pasó completamente por alto—. Oí que Mordaunt frecuenta este club.

—¿Mordaunt? —los ojos de Terrel se agrandaron con excitación perruna—. Por supuesto, por supuesto, está justo allí —asintió hacia un hombre de cabello oscuro que repartía cartas con indiferencia aristocrática—. Pero ¿qué quieres con Mordaunt?

—Tengo un ligero conocimiento de él —Lucian estudió a su presa con fría calculación. Mordaunt presentaba una figura impresionante, su belleza libertina y gracia negligente explicaban demasiado bien cómo había captado la atención de Lizzie. El pensamiento solo avivó la rabia que ardía en el pecho de Lucian.

—¿Conoces al duque? —Terrel rebotaba sobre sus pies como un terrier ansioso—. ¡Cielos! No sabía que te movías en círculos tan elevados. Te estaría muy agradecido si me lo presentaras.

Una sonrisa sombría curvó los labios de Lucian mientras se levantaba.

—Por supuesto.

Terrel prácticamente saltaba tras él, ajeno a la tormenta que se avecinaba.

—¿De verdad? Cielos, eres muy amable, primo. Muy amable.

Lucian se dirigió directamente a la mesa del duque, posicionándose donde bloqueaba la luz de la tarde.

—Mordaunt.

El hombre levantó la mirada con desdén practicado, su rostro un estudio de aburrimiento aristocrático.

—¿Sí?

—Terrel, te presento a Mordaunt —las palabras de Lucian apenas precedieron a su puño cuando este conectó con la nariz del duque en un crujido sumamente satisfactorio.

—¡Por Zeus! —el chillido de Terrel apenas se registró por encima del repentino rugido de exclamaciones conmocionadas que llenaron la sala anteriormente tranquila.

—Dijiste que querías conocerlo, Terrel —dijo Lucian con voz arrastrada, flexionando la mano —. Y yo también, pero en el campo.

Mordaunt se limpió la nariz sangrante, mientras una sonrisa feroz se extendía por su rostro al examinar a Lucian.

—Tú debes de ser el paleto del campo.

—Así es —Lucian le devolvió la sonrisa, aunque la suya no contenía ni un ápice de diversión.

—No puedes hablar en serio —Mordaunt se puso rígido, su languidez cuidadosamente cultivada quebrándose como hielo fino bajo el sol primaveral.

—Lo estoy —las palabras de Lucian llevaban el peso de una violencia prometida—. Si deseas ganar unas cuantas libras, como sé que quieres, será mejor que apuestes por mí.

La luz de la tarde que se colaba por las ventanas de Brooks atrapó la creciente tensión como el ámbar atrapa a las moscas, preservando este momento en que el cuidadoso barniz de la sociedad educada comenzaba a resquebrajarse. Los caballeros allí reunidos se removieron en sus asientos, mientras el canto de sirena del potencial beneficio luchaba contra las rígidas jerarquías sociales.

—¡Maldita sea! —Un anciano lord con una peluca ligeramente torcida se puso en pie de un salto, blandiendo su bastón como un estandarte de batalla—. ¡El muchacho tiene más agallas que cerebro, pero apostaré por él! ¡Y lo secundaré, maldita sea si no lo hago!

La declaración hizo añicos la poca propiedad que quedaba en la sala como una piedra a través del cristal. Un joven con un abrigo de cintura de avispa color amarillo canario se levantó de un salto, su rostro enrojecido por la fiebre particular que afligía a los jóvenes petimetres cuando olían el escándalo.

—¡Yo también!

—¡Yo voy por Mordaunt! —Otra voz se alzó por encima del creciente caos—. ¡Todo a una poni!

El mundo cuidadosamente ordenado del Club Brooks descendió al tipo de caos elegante que solo vastas sumas de dinero podían inspirar. Terrel, atrapado en la creciente marea de excitación, encontró su valentía.

—¿Lo-lo harán? Bueno, ¡yo apuesto por mi primo, por Júpiter!

Lo más selecto de Inglaterra se abalanzó hacia delante, su sangre agitada por esa combinación más potente: la perspectiva de violencia y la oportunidad de beneficiarse de ella. El aire se volvió denso con las probabilidades gritadas y las contraapuestas, cada hombre decidido a reclamar su parte de este inesperado entretenimiento.

—Terrel —la voz de Lucian cortó el creciente alboroto como una hoja a través de la seda—. Anota las apuestas por mí, por favor.

—¡Sí, sí! —Terrel asintió con entusiasmo perruno—. ¡Camarero! ¡Papel! ¡Necesito papel!

Lucian se volvió hacia Mordaunt, ejecutando una reverencia que era tanto perfectamente correcta como sutilmente insultante. El rostro del duque había adquirido ese tono particular de púrpura que hablaba de orgullo herido y violencia inminente.

—¡Mi lord! —gritó el joven petimetre de amarillo canario, prácticamente vibrando de emoción —. ¿Dónde nos reuniremos para hacer los arreglos?

Lucian se giró, sus movimientos conteniendo la gracia fluida de un depredador seguro de su presa.

—Me hospedo con Lord Ashworth.

—¿Un don nadie, dijiste, Mordaunt? —El anciano lord de la peluca torcida cacareó con alegría impía—. ¡Doblo mi apuesta! ¡El muchacho es un maldito caballo oscuro, por el amor de Dios, y apuesto por él!

Capítulo 22

La luz de la tarde en Brooks tenía esa peculiar cualidad dorada que convertía hasta la escena más mundana en leyenda, y no había nada mundano en lo que había ocurrido dentro de esos venerables muros. El antiguo marqués de Halford presidía junto a la ventana, con su peluca torcida y ladeada mientras gesticulaba con un vaso vacío ante su cautivada audiencia.

—¡Recuerden mis palabras, hay más en esto de lo que parece! —su voz resonó en la sala silenciosa—. Un conde rural no aparece de la nada para desafiar a Mordaunt por un mero punto de honor. Hay una mujer involucrada; siempre hay una mujer.

—¿Pero la mujer de quién? —la pregunta surgió de las sombras de un sillón de cuero, flotando en el aire como el humo de una pipa.

Nadie mencionó el nombre de Lizzie —Lucian se había asegurado de ello—, pero la especulación corría entre los caballeros reunidos como fiebre por la sangre. Cada hombre elaboraba su propia narrativa para explicar por qué un conde de las profundidades del campo aparecería como un ángel vengador para desafiar a uno de los tiradores más peligrosos de la sociedad.

El propio Mordaunt había abandonado Brooks con una gracia letal, su habitual languidez reemplazada por algo mucho más peligroso. Aquellos que mejor lo conocían reconocieron las señales: el ligero estrechamiento alrededor de sus ojos, la manera en que sus manos se movían con deliberada precisión mientras recogía sus guantes y sombrero. El duque no estaba simplemente enfadado; estaba de caza.

El libro de apuestas se había engordado con las jugadas, cada entrada representando otro hilo en la compleja red del interés de la sociedad. Más de unos cuantos de los jugadores más notorios del ton habían apostado su dinero por el conde desconocido, atraídos por algún instinto que reconocía un propósito mortal cuando lo veían.

Al caer la noche, la noticia había recorrido las calles y plazas de Londres, llevada por mensajeros elegantemente vestidos y jóvenes lacayos encaramados en los asientos de los carruajes. En su casa de la ciudad en Berkeley Square, Lady Jersey hizo una pausa en medio de la escritura de invitaciones para la cena, su pluma suspendida sobre el papel color crema mientras un lacayo le entregaba el último chisme. Una lenta sonrisa curvó sus labios mientras consideraba el delicioso potencial de escándalo.

Y en Ashworth House, Graves se movía con mayor eficiencia en sus tareas, evitando cuidadosamente mencionar a su señor que las casas de apuestas alrededor de St. James's habían comenzado a tomar apuestas sobre el resultado de mañana. Las probabilidades, notó con silenciosa satisfacción, favorecían enormemente al conde —aunque quedaba por verse si eso hablaba de la mortífera reputación de Lucian o simplemente del deseo de la sociedad de ver a Mordaunt finalmente encontrar la horma de su zapato.

La luz de la tarde continuaba su lento baile a través de los salones y antros de juego de Londres, cada hora que pasaba acercándolos más al mortal encuentro de mañana. En los salones y clubes de Mayfair, la alta sociedad contenía el aliento colectivamente, esperando ver qué hombre saldría victorioso —y cuál no saldría en absoluto.

Dentro de Ashworth House, la noticia viajaba como perfume a través de habitaciones vacías —sutil al principio, luego cada vez más imposible de ignorar. Se movía con la eficiencia silenciosa de sirvientes bien entrenados, transportada en miradas significativas y susurros a medias oídos, encontrando su camino en cada rincón sombrío y alcoba bañada por el sol.

Graves recibió la información con su habitual dignidad impasible, aunque aquellos que lo conocían bien podrían haber notado la ligera elevación en las comisuras de su boca, la manera en que sus botones plateados brillaban con vigor extra mientras dirigía las actividades del día con mayor precisión. El viejo mayordomo se movía por la casa como un director frente a su orquesta, cada gesto preciso, cada palabra medida —sin embargo, bajo su exterior calmado vibraba una anticipación que hablaba de cambios por venir.

En la biblioteca, Thomas estaba instalado en su sillón de cuero favorito, la luz de la tarde se filtraba a través de los cristales emplomados para pintar patrones dorados sobre la alfombra persa. Su periódico yacía olvidado en su regazo, su atención capturada en cambio por la danza de las llamas en la chimenea. El fantasma de una sonrisa jugaba en sus labios, como si fuera partícipe de alguna exquisita broma privada. Su brandy intacto atrapaba la luz como ámbar líquido, muy parecido a los planes cuidadosamente trazados que ahora se materializaban ante sus ojos.

En el piso de arriba, Lizzie se movía inquieta por sus aposentos, aún felizmente ignorante del drama que se desarrollaba en su nombre. Se detuvo frente a su espejo, sus dedos trazando distraídamente las marcas que se desvanecían en su garganta —recordatorios físicos de la verdadera naturaleza de Mordaunt. Algo se agitó en su pecho cuando pensó en el rostro de Lucian esa mañana, una emoción que se negaba a nombrar. Había visto tal oscuridad en sus ojos, tal violencia cuidadosamente contenida que hablaba de profundidades que apenas había comenzado a entender. Pero seguramente él no...

El pensamiento quedó inacabado mientras se apartaba de su reflejo, incapaz de enfrentar la verdad que podría encontrar en sus propios ojos.

En la galería de retratos, Adelaide permanecía inmóvil frente al espacio donde debería haber estado colgado el retrato de Maria, la pared vacía parecía palpitar con un nuevo significado. Cuando los susurros finalmente llegaron a sus oídos, transportados por el aliento de una doncella que pasaba, su mano voló hacia su garganta. —¿Lucian? —El nombre cayó en el aire silencioso como una piedra en aguas tranquilas, extendiéndose en ondas con implicaciones que apenas comenzaba a comprender—. Oh, Lucian, ¿qué has hecho?

El sol de la tarde tardía se colaba por las altas ventanas, atrapando motas de polvo que danzaban como secretos dorados en el aire. Cada rayo de luz parecía iluminar otra faceta del complejo drama que se desarrollaba entre estas paredes: honor y deseo, deber y venganza, todos los hilos enredados que unían estas vidas de maneras que apenas comenzaban a entender.

En la cocina de abajo, la cocinera dejó a un lado su cuchara de madera mientras Graves daba la noticia, sus ojos se abrieron como platos. —Pero seguramente —susurró, aferrando su delantal con los dedos—, seguramente su señoría no permitirá que llegue a eso, ¿verdad?

Graves simplemente ajustó sus puños, un gesto que hablaba por sí solo. —Su señoría —dijo con tranquila certeza— sabe exactamente lo que hace.

Afuera, el mundo elegante de Londres podría bullir con especulaciones, cada versión de la historia volviéndose más elaborada que la anterior. Pero dentro de estas paredes, la verdad flotaba en el aire como oraciones no pronunciadas: que para mañana a esta hora, o bien un duque caería o un conde rural pagaría el precio máximo por defender el honor de una dama.

Y ninguno de los que habitaban la Casa Ashworth saldría sin cambios.

Las sombras se alargaban sobre los ricos muebles de la sala dorada mientras Lizzie esperaba, cada tic-tac del reloj de ormolu sobre la repisa marcando otro momento de creciente tensión. Había elegido deliberadamente la habitación asignada a Lucian, este campo de batalla de seda y damasco donde haría su última resistencia.

El pestillo de la puerta hizo clic con una quieta finalidad. Lucian llenó el umbral como nubes de tormenta que se acumulaban, sus anchos hombros bloqueando la luz de las velas del pasillo. Sus miradas se encontraron a través del espacio en sombras, ninguno mostrando sorpresa, aunque ambos sintieron la carga eléctrica que siempre parecía chispear entre ellos.

—Debí haber sabido que estarías aquí —su voz contenía el frío del invierno mientras reclamaba una silla con peligrosa elegancia, posicionándose como un depredador preparándose para atacar.

—Sí —Lizzie dejó que un tono de desagrado tiñera su voz—. Ausentarse de la mesa durante la cena y no enviar palabra no son las acciones de un caballero.

—Como sabes —la risa de Lucian carecía de calidez—, no lo soy, ni en el mejor de los casos. Esta noche, te aseguro, lo habría sido aún menos. —Sus ojos, grises como una tormenta y mortíferos, se clavaron en el rostro de ella—. Si buscas modales refinados, te sugiero que te vayas ahora.

Lizzie se mantuvo firme, negándose a apartar la mirada de la suya. La luz del fuego iluminaba los planos angulosos de su rostro, convirtiendo sus rasgos familiares en algo peligroso y amado al mismo tiempo.

—¿Por qué has retado a Mordaunt?

—Tengo mis propias razones —su rostro parecía esculpido en mármol—. Ninguna de ellas te concierne.

—No, por supuesto que no. —Su breve risa contenía siglos de desdén aristocrático. Se levantó en un susurro de seda, volviéndose hacia la chimenea donde no tendría que ver la frialdad en sus ojos—. ¿Y si te dijera que mentí sobre Mordaunt? ¿Que él no hizo todo lo que dije?

El silencio se extendió entre ellos como una espada desenvainada.

—No importaría —dijo finalmente, cada palabra medida y letal.

Lizzie se giró para enfrentarlo, sus faldas ondeando como estandartes de batalla.

—¿No importaría?

Su sonrisa no tenía rastro de humor.

—Te lo dije, no me enfrento a Mordaunt por ti. Lo que digas, o no digas, ya no me importa.

—No te enfrentarías a Mordaunt si no fuera honorable. —Sus ojos se entrecerraron, escudriñando su rostro en busca de alguna grieta en su armadura—. Si te digo que lo has retado basándote en hechos que no eran ciertos, no sería honorable.

Lucian se puso de pie con gracia letal, acechándola como un lobo que olfatea a su presa.

—Pero son ciertos. Me mientes ahora para servir a tu propósito. No quieres que duelemos. —Su voz bajó a un susurro peligroso—. ¿Por qué? ¿Aún te importa tanto?

—¡No! —La palabra se desgarró de su garganta, cruda de rabia y algo mucho más peligroso—. Lo odio. Pero bien podría matarte.

—¿Qué? ¿Sufrirías un atisbo de conciencia si muriera? —La voz de Lucian cortaba como la espada de un noble: precisa, elegante y letal—. ¿O sería que echarías de menos a uno de los peones que has empleado? —Su risa amarga le rozó la piel—. No, milady, no me impedirás batirme en duelo. Si acaso, lo mataría porque fueron sus acciones las que te trajeron a mi mundo. Nunca te habría conocido si no fuera por él.

Las palabras golpearon más profundo que cualquier golpe físico. Lizzie levantó la barbilla, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con traicionarla. Había venido a suplicarle a Lucian, pero decirle ahora cómo temblaba ante la idea de que se enfrentara a la muerte sería peor que inútil. Sería munición para su desprecio.

Respiró hondo para calmarse, dejando que el hielo cubriera sus palabras. —En efecto, esa es razón suficiente para retar a Mordaunt. Ojalá nunca te hubiera conocido tampoco —la mentira le supo amarga en la lengua—. Pero si lo matas, será un desastre, milord. Interrumpirá mi vida y la hará extremadamente incómoda. No deseo ser el centro de atención durante nueve días.

—Así que por fin emerge la verdadera razón —la sonrisa de Lucian tenía toda la calidez de una helada invernal—. Es simplemente inconveniente para ti. Tranquiliza tu mente, Lizzie, el mundo no relacionará tu nombre con el duelo. No, hago esto para satisfacer mi propia conciencia, para poder regresar a casa sin volver a pensar en ti. Tú estarás fuera de mi vida, y yo ciertamente estaré fuera de la tuya —su risa tenía bordes lo suficientemente afilados como para hacer sangrar —. Podrás volver a tu gran vida social, con sus bailes, fiestas y caballeros galantes.

Lizzie se tensó, la flecha dando en el blanco. Él había descrito su vida perfectamente, la misma vida que la había llevado a aceptar tontamente a Mordaunt. Algo debió mostrarse en sus ojos, porque la sonrisa de Lucian se volvió depredadora.

—Sí, he aprendido mucho sobre la incomparable hoy. Parece que todos los hombres están dispuestos a alabar y reclamar a la gran Lady Elizabeth —cada palabra goteaba desdén—. Qué rompecorazones es usted, milady. No sé por qué parece preocupada por este duelo. Por lo que he oído, está bastante acostumbrada a que los hombres peleen por su honor.

La luz del fuego captó los ángulos de su rostro, volviendo extraños y salvajes los rasgos familiares. Por un momento, Lizzie vislumbró el propósito mortal que tanto había impresionado

a los caballeros en Brooks. El hombre frente a ella era realmente capaz de matar, y en ese momento, temió no por su vida, sino por su alma.

Los ojos de Lizzie se estrecharon, la luz de la luna que entraba por las altas ventanas proyectaba sombras plateadas sobre su rostro. —Hablas de Tommy Jamison y Lord Devington, sin duda. Lucharon por mí, según se dijo —su risa contenía siglos de desdén aristocrático—. En realidad, ambos estaban muy ebrios y lograron insultarse tanto que se vieron obligados a encontrarse al amanecer para preservar su honor. Decir que fue por mí era simplemente más conveniente, más de moda, que admitir que eran unos tontos cuyos temperamentos y lenguas los habían llevado a la locura.

El fuego crepitaba en la chimenea, su luz dorada captando la tensión que se extendía entre ellos como seda tensada. Lucian se apartó, sus movimientos conservando la gracia peligrosa de un depredador enjaulado.

—¿Y qué hay de los hombres que se quedaron con el corazón roto? —Las palabras emergieron ásperas, con algo más oscuro que la ira—. ¿Qué hay de todas las propuestas que has rechazado? Has acumulado corazones a diestra y siniestra, para luego quemarlos todos. —Se giró para enfrentarla, sus ojos reflejando la luz del fuego como acero pulido—. ¿Qué hay de Lord Hayden, que intentó suicidarse por ti?

La acusación quedó suspendida en el aire entre ellos, pesada como el incienso en una capilla a medianoche. Lizzie tragó saliva con dificultad, saboreando la amargura.

—Has estado escuchando todos los chismes hoy, ¿no es así? Lord Hayden estaba destrozado, había perdido todo en las mesas de juego. Apenas lo conocía, habiendo bailado con él una o dos veces. —Sus dedos se retorcieron en su falda, traicionando la compostura que su voz mantenía —. Cuando fracasó en su intento de suicidio, necesitaba una mejor historia. La encontró en mí.

—Siempre tienes una explicación plausible, ¿no es así? —Las palabras goteaban veneno.

—No sé si es plausible. Pero es cierta. —El orgullo enderezó su columna mientras sostenía su mirada—. Soy la incomparable de la temporada, milord. Está de moda enamorarse de mí. No importa si realmente me conocen, lo que les importa es la moda.

—Doy gracias a Dios por nunca haberme preocupado por la moda.

El desprecio en su voz encendió algo en el pecho de Lizzie, una rabia nacida del dolor y retorcida en algo feroz y ardiente. Se extendió por su sangre como brandy, cubriendo el dolor, ocultando sus emociones desgarradas bajo su calor.

—No, nunca te has preocupado por la moda —espetó, avanzando hacia él con toda la gracia letal que su escuela de modales le había enseñado a nunca usar—. Eres el gran Lord Thorncliff,

tan por encima del resto de nosotros. Te complace levantar una ceja ante las debilidades de los hombres, te complace ser grosero y descortés. —Cada palabra era una cuchilla cuidadosamente colocada—. Di lo que quieras de la sociedad educada, pero su crueldad proviene de su fragilidad, su falta de comprensión. La tuya proviene de la arrogancia.

Se irguió en toda su estatura, lo suficientemente cerca ahora para captar el aroma a sándalo y cuero que se aferraba a su abrigo de noche.

—Ten tu duelo, luego regresa a tus modales altivos, donde siempre tienes razón y tu mundo siempre está en orden. —Las palabras sabían a cenizas y arrepentimiento—. Tienes razón, no tienes lugar en la sociedad de moda. No tienes lugar en mi sociedad.

Algo brilló en los ojos de Lucian —algo que podría haber sido dolor, rápidamente enmascarado por un frío invernal— pero Lizzie no esperó su respuesta. No podía soportar escuchar otra palabra cortante de esos labios que una vez había besado con tanto abandono. Giró sobre sus talones, sus faldas ondeando como estandartes de batalla mientras huía hacia la puerta.

Mantuvo la cabeza alta mientras se marchaba, cada centímetro la incomparable dama que la habían criado para ser. Pero bajo su fachada cuidadosamente mantenida, su corazón sangraba angustia en lo más profundo de su alma, cada paso alejándose de él se sentía como otra pequeña muerte.

La puerta se cerró tras ella con una silenciosa finalidad, dejando solo al fuego crepitante como testigo de cómo las manos de Lucian se cerraron en puños a sus costados, sus nudillos blancos por el esfuerzo de no llamarla de vuelta.

Al final, el orgullo venció a la pasión. Usualmente lo hacía, en su mundo de apariencias cuidadosamente mantenidas y mentiras exquisitamente elaboradas. Pero algo se había roto en esa habitación dorada —algo que ni todos los caballos y hombres del rey podrían volver a arreglar.

A menos que el mañana lo cambiara todo.

Capítulo 23

El amanecer se arrastraba por Putney Heath como un penitente, la niebla matutina envolviendo por igual tobillos y hojas en una silenciosa súplica. Lucian estaba de pie en mangas de camisa, el fino lino casi translúcido por el rocío, y sentía el perfecto equilibrio del Manton de Thomas Ashworth en su palma. El peso de la pistola hablaba de un propósito mortal, sus accesorios de latón atrapando la poca luz que penetraba la niebla creciente.

No sentía miedo —esa emoción se había consumido horas atrás, dejando algo más duro, más cristalino en su pureza. La rabia, fría como la escarcha de enero, se había transformado en un propósito afilado como un diamante. Cada bocanada de aire que respiraba sabía a ello: rabia contra el hombre que se había atrevido a poner sus manos sobre Lizzie, que había intentado violar no solo su cuerpo sino su mismísimo espíritu, que había pensado convertir a un ángel en una vulgar ramera.

—¡Primo! —La voz sin aliento de Terrel rompió el hechizo de la mañana mientras llegaba tropezando a través de la niebla, agitando hojas de papel como banderas de batalla—. ¡Imagínate! ¡El Duque de Avon ha hecho su apuesta! ¡Envía sus disculpas por no poder asistir, pero ha enviado su pagaré!

El labio de Lucian se curvó mientras observaba la creciente multitud de caballeros, cada uno perfectamente arreglado a pesar de la hora intempestiva, todos esperando con una emoción apenas contenida lo que consideraban un mero deporte. —Creo que podemos sobrevivir sin él.

—¿Sin él? —El rostro delgado de Terrel mostró conmoción—. No lo entiendes. Es uno de los líderes de la alta sociedad. ¡Que haya tomado nota es un honor, sin duda!

—Terrel —Lucian escupió cada palabra, saboreando el cobre en su lengua—, si pudieras dejar de parlotear, necesitamos proceder.

—¡Oh! ¡Sí, sí!

—Ve a inspeccionar el arma de Mordaunt —dijo Lucian, extendiendo el Manton—. Y llévate la mía también.

Terrel aceptó la pistola como quien maneja una serpiente, sosteniéndola entre el pulgar y el índice mientras apretaba sus preciosas hojas de apuestas contra su pecho. Se alejó tropezando hacia el grupo de segundos y partidarios, sosteniendo el fino arma a la distancia del brazo como si fuera un pescado muerto.

Lucian observaba con ojos entrecerrados mientras el grupo inspeccionaba las armas, su charla emocionada se extendía por el campo brumoso como el graznido de cuervos particularmente bien vestidos. Todos ellos estaban locos, ridículamente locos. Su mirada se posó en Mordaunt, de pie en el centro de sus admiradores, claramente aceptando apuestas de último minuto sobre su propia supervivencia. La visión debería haber avivado aún más la ira de Lucian, pero algo cambió en su pecho en su lugar: un reconocimiento de lo absurdo que los había llevado a todos a este momento.

Los segundos asintieron satisfechos con las armas, y Terrel se apresuró a volver, ofreciendo el Manton con visible alivio.

—Por Dios, odio esas cosas.

—Ya lo he notado.

—¿Está listo, Thorncliff? —el acento refinado de Mordaunt resonó por el páramo, afilado como una navaja.

—Lo estoy —las palabras surgieron frías, controladas.

—Espero que su patrimonio pueda soportar sus pérdidas —dijo Mordaunt, ajustándose los puños con elegante precisión.

—No tendrá que hacerlo —Lucian sintió que la sonrisa curvaba sus labios, peligrosa como una espada desenvainada—. Y el mundo soportará con mayor facilidad su pérdida.

Los ojos de Mordaunt se estrecharon hasta convertirse en rendijas oscuras, pero antes de que pudiera responder, la voz de Terrel resonó por el páramo como un látigo.

—¡Muy bien, caballeros! El duelo está a punto de comenzar. ¡Por favor, apártense, apártense!

La multitud reunida guardó silencio, retirándose a una distancia adecuada con la gracia peculiar de hombres que habían presenciado tales escenas antes. La niebla matutina se arremolinaba alrededor de sus botas, el intento de la naturaleza de velar lo que estaba por venir. Lucian sintió que su ira aumentaba con cada formalidad cuidadosa: la reverencia medida, la vuelta de espaldas, la voz chillona de Terrel contando los pasos.

Uno.

El sonido de sus botas contra la hierba húmeda de rocío.

Dos.

El peso del Manton de Thomas, ahora cálido por su agarre.

Tres.

El recuerdo de las marcas en la garganta de Lizzie, moradas como violetas aplastadas.

Cuatro.

El latido salvaje de su corazón, marcando el tiempo con el conteo de Terrel.

Cinco...

El conteo se detuvo abruptamente, reemplazado por murmullos y susurros de la multitud. Lucian giró, maldiciendo.

—Terrel, ¿qué demonios está pasando?

—Lo siento, primo —su primo aferró las hojas de apuestas como un escudo—. Pero Lord Stanton deseaba cambiar su apuesta.

—¿Qué? —la palabra surgió estrangulada por la incredulidad.

Mordaunt también se había girado, sus facciones dispuestas en una elegante máscara de desdén.

—Entonces cámbiala rápidamente y terminemos con esto. Stanton, ¿exactamente qué estás apostando?

Lucian permaneció inmóvil, lo absurdo del momento quebrando el hielo de su ira como el deshielo primaveral. Estos hombres, estos pavos reales pintados de la alta sociedad, no eran más ridículos que él, preparándose para matar a un hombre por una mujer que había dejado abundantemente claro que no quería tener nada que ver con él. La única petición de Lizzie había sido que no hiciera las cosas complicadas.

Una risa seca escapó de sus labios, extraña a sus propios oídos. Si mataba a Mordaunt ahora, sería más que un desastre: sería indigno de él. No habría honor en ello, solo la satisfacción de una venganza básica. Y en ese momento de claridad, Lucian supo que su propósito había cambiado tan seguramente como el amanecer había transformado la niebla matutina en oro.

Caminó de vuelta hacia el grupo de apostadores concentrados, cada paso alejándolo más del hombre que había sido momentos antes.

—¿Ya han hecho todos sus apuestas?

El rostro delgado de Terrel se sonrojó.

—Sí, lo siento, primo. Olvidé decirles que las apuestas estaban cerradas. Fue mi culpa.

Lucian escudriñó a la multitud con una frialdad que habría enorgullecido a cualquier duque.

—Caballeros, he decidido que no mataré a Mordaunt.

Mordaunt se tensó, su fachada cuidadosamente mantenida resquebrajándose.

—No serías capaz.

—Por el bien de las apuestas —dijo Lucian, saboreando cada palabra como un fino brandy—, pensé que sería justo advertirles que no lo mataré. No vale la pena.

Los ojos de Mordaunt se encendieron con genuina emoción, lo primero honesto que Lucian había visto en él.

—Maldito seas, Thorncliff.

Lucian se rio, el sonido llevándose a través del páramo como campanas matutinas.

—Le dispararé en el hombro derecho —extendió la mano y señaló con precisión quirúrgica—. Ahí, para ser exactos.

—Ni lo sueñes —gruñó Mordaunt, su pulido aristocrático finalmente agrietándose para revelar la bestia debajo. Se echó hacia atrás como un semental asustado, abandonando toda gracia estudiada.

—¿Prefieres el otro hombro? —La voz de Lucian tenía la casual indiferencia de un hombre discutiendo el clima, aunque sus ojos brillaban con un propósito peligroso.

La risa se extendió entre la multitud reunida, el sonido llevándose a través de la bruma calurosa como el viento entre el trigo de verano. El rostro de Mordaunt se tiñó de un color desagradable, la máscara del duque deslizándose más con cada momento que pasaba.

—No, maldita sea —las palabras de Mordaunt surgieron cortantes, frágiles como el hielo quebrándose—. Y te mataré, sin importar este giro tuyo para salvarte.

La sonrisa de Lucian se desplegó lentamente, como una hoja siendo desenvainada.

—Caballeros, por favor hagan sus apuestas rápidamente esta vez.

El páramo estalló en un balbuceo de voces, los caballeros gritando nuevas apuestas con la excitación febril de colegiales. La mano de Terrel volaba sobre sus hojas, tachando y volviendo a tachar líneas con intensidad maníaca. A través de todo esto, Lucian se apoyaba contra un roble antiguo, tan quieto y mortal como un lobo eligiendo su momento.

Diez minutos pasaron antes de que Terrel volviera corriendo, prácticamente vibrando de energía nerviosa.

—Ya tengo todas las apuestas, primo. Me preocupo por los que no están aquí; no tienen oportunidad de cambiar su apuesta ahora.

—Es su pérdida —dijo Lucian, apartándose del árbol con gracia fluida—. Si decidieron no asistir a este fino evento.

—Sí, pero... —Terrel lo siguió apresuradamente como un terrier ansioso—. Avon apostó que matarías a Mordaunt.

—Terrel —la voz de Lucian se quebró como una rama en invierno—, si he decidido no matar a Mordaunt, entonces ya está decidido. No lo mataré por complacer al duque de Avon.

—Eh, no, por supuesto que no —el rostro de Terrel se iluminó con una súbita inspiración—. También apostó a que Mordaunt te mataría a ti.

Lucian hizo una pausa y luego echó la cabeza hacia atrás y rio, un sonido rico en auténtica diversión.

—¿Cubrió sus apuestas, eh? Pues perderá en ambos casos.

Esta vez, cuando tomaron sus posiciones, algo había cambiado en el aire mismo. La niebla matinal había comenzado a disiparse, y la luz dorada se filtraba entre los jirones restantes como los dedos del destino tejiendo un nuevo patrón. Terrel contó los pasos con una voz que por fin había encontrado su fuerza, sin titubear.

Lucian se movía con la fluidez certera de un hombre que había hecho las paces con su propósito. A la señal, se giró, apuntó y disparó a Mordaunt exactamente donde había prometido: en el hombro derecho, con la precisión de un bisturí.

El brazo de Mordaunt se sacudió por el impacto, y su Manton cayó olvidado sobre la hierba húmeda de rocío.

—¡Maldita sea!

La multitud reunida estalló en aplausos y gritos, mientras un alma emprendedora se apresuraba a examinar a Mordaunt, que se agarraba el hombro con dedos que se habían puesto blancos por la conmoción. Tras un momento de inspección, el hombre se volvió hacia el público expectante con evidente alegría.

—¡Demonios, justo en el blanco, caballeros! ¡Justo en el blanco!

Lucian se dio cuenta de que algunas muertes no requerían sangre en absoluto. No había necesidad de hacer un desastre.

***

Lizzie intentaba concentrarse en su bordado. Su aguja subía y bajaba en movimientos precisos y medidos que desmentían el caos de su corazón. Cada pocos momentos, su mirada se desviaba hacia el reloj de bronce dorado sobre la mesa auxiliar; cada tic de sus manecillas doradas marcaba otro instante en el que Lucian podría estar encontrando la muerte en Putney Heath.

No debería importar, se dijo con fiereza, aunque el hilo de seda temblaba entre sus dedos. Lucian había dejado dolorosamente claro que el duelo no tenía nada que ver con ella. Él no se

preocupaba por ella en absoluto, y ella tampoco debería preocuparse por él. Sin embargo, cada minuto que pasaba se sentía como otra puntada en el tapiz de su creciente temor.

—Lizzie —la voz de Adelaide contenía la gentil comprensión que hacía imposible la negación —, sabes que es un excelente tirador.

Lizzie apartó la mirada del reloj para encontrar a Adelaide observándola con ojos suavizados por la simpatía. Alzó la barbilla, envolviéndose en el orgullo como si fuera una armadura.

—No estaba pensando en Lucian en absoluto —la mentira brotó de sus labios con practicada facilidad—. Estaba pensando que ahora que estamos de vuelta en la ciudad, deberíamos organizar un baile.

Los ojos de Adelaide se ensancharon antes de volver a su propio bordado.

—Ya... ya veo.

Thomas, atrincherado frente a las damas detrás de su periódico, bajó las páginas lo suficiente para revelar unos ojos verdes bailarines.

—¿De veras?

Antes de que Lizzie pudiera urdir otra mentira, la puerta se abrió y Lucian entró en la habitación, sano y salvo, su presencia llenando el espacio como nubes de tormenta de verano que se acumulan.

—¡Lucian! —Adelaide se levantó de un salto, dejando caer su costura olvidada al suelo mientras corría hacia él—. ¡Gracias al cielo que no estás herido!

Lizzie permaneció inmóvil, su corazón ejecutando un gavotte salvaje bajo su corsé. Cada fibra de su ser clamaba por la necesidad de correr hacia él como lo había hecho Adelaide, de apretarse contra su pecho y sentir su calor vital, de saber con todos sus sentidos que vivía y respiraba. En su lugar, forzó sus labios en una sonrisa fría.

—Qué agradable verlo vivo, milord. Habría sido una molestia sin fin si Mordaunt lo hubiera matado.

Adelaide jadeó y Thomas tosió, un sonido sospechosamente parecido a una risa reprimida.

Los ojos gris tormenta de Lucian se encontraron con los de ella por encima de la cabeza de Adelaide, estrechándose peligrosamente.

—En efecto.

—¿Puedo preguntar cómo le fue a Mordaunt? —Lizzie arqueó una ceja perfecta, cada palabra precisa como cristal tallado—. ¿Deberíamos tener sus maletas listas para una huida inmediata al Continente?

—¡Oh, cielos! —Las manos de Adelaide volaron a su garganta—. Lucian, no... no mataste a Mordaunt, ¿verdad?

—No —La comisura de la boca de Lucian se elevó mientras sonreía a Adelaide, aunque sus ojos permanecían fijos en Lizzie como un depredador olfateando a su presa—. Simplemente le rozé —Su voz bajó a un ronroneo aterciopelado—. Fue un disparo muy limpio y preciso en el hombro.

—Excelente trabajo, Thorncliff —asintió Thomas, con evidente satisfacción en cada línea de su porte.

La mirada de Lucian sostuvo la de Lizzie, el aire entre ellos chisporroteando con cosas no dichas.

—Se me instruyó que no hiciera las cosas desordenadas.

—¿Qué? —El jadeo desconcertado de Adelaide quedó suspendido en la atmósfera cargada.

La rica risa de Thomas rompió la tensión como el sol a través de nubes de tormenta. Levantándose, se movió al lado de Adelaide con la gracia fluida de un hombre que sabía precisamente cuándo hacer su salida.

—Señorita Devon, ahora que sabemos que Lucian está a salvo, preparémonos para ese paseo en carruaje que le prometí. No ha visto suficientemente los lugares de interés de Londres, y es un día hermoso —Sus ojos verdes brillaron con diversión apenas contenida mientras miraba entre Lucian y Lizzie—. ¿Les gustaría acompañarnos?

—No, gracias —logró decir Lizzie, apartando la mirada de Lucian mientras el calor florecía bajo su piel.

—No —La voz de Lucian contenía el frío del invierno—. Tengo la intención de que nos vayamos pronto.

—¿Debemos hacerlo? —El rostro de Adelaide cayó como el de una niña a la que se le niega un dulce.

—Entonces haré que preparen sus maletas —dijo Lizzie, aferrándose a las rutinas familiares de una anfitriona como una mujer ahogándose que se agarra a un madero a la deriva—. Ordenaré a las doncellas que lo hagan de inmediato.

—Las empacaré yo mismo —intervino Lucian, cada palabra otra pequeña violencia.

—Thorncliff, no puedes irte hoy —el tono de Thomas no admitía discusión—. Seguramente necesitas un día o dos para cobrar las apuestas. De hecho, yo mismo soy un hombre más rico. Aposté a que herirías a Mordaunt.

La mirada fija de Lucian se encontró con la de Thomas.

—Esa fue una apuesta arriesgada, milord. No había decidido permitir que Mordaunt viviera hasta unos minutos antes del duelo.

Una sonrisa cómplice se dibujó en los labios de Thomas.

—Tenía fe en que entrarías en razón y harías lo correcto.

Sus ojos se mantuvieron fijos, algo profundo pasando entre ellos antes de que Lucian riera, el sonido áspero como madera sin lijar.

—Me había convertido en tal necio que no podía hacer otra cosa, milord.

—Entonces fue la providencia —dijo Thomas, su risa rica como un brandy añejo—. No tengo duda de que Mordaunt quedó bastante contrariado.

La sonrisa de Lucian se desplegó lentamente, peligrosa como una espada desenvainada.

—Se podría decir eso. Ya que todos apostaban tan en serio, me aseguré de decirles exactamente dónde pensaba marcar a Mordaunt.

—¿Lo hiciste? —los ojos de Thomas se agrandaron con comprensión encantada.

—¡Y lo golpeaste ahí! —Adelaide aplaudió con emoción infantil—. ¿No es así?

—Sí. —La única palabra contenía volúmenes de orgullo satisfecho—. Lo hice.

La risa de Thomas llenó el salón como el calor del fuego amortiguado.

—No tengo duda de que Mordaunt está haciendo las maletas en este mismo instante... o lo estará, una vez que el cirujano haya terminado con él. Será el hazmerreír de la ciudad. El dolor en su hombro nunca igualará el dolor de su orgullo. Especialmente porque ha hecho que quienes apostaron por él pierdan una buena suma.

Los ojos de Lizzie se entrecerraron, las profundidades esmeraldas conteniendo peligrosas chispas.

—Sí, milord. Me alegra tanto saber que ha sido bien pagado por su honorable acción.

La mirada de Lucian se fijó en la de ella, gris tormenta encontrándose con verde mar en un combate silencioso.

—No me importa el dinero. Mi satisfacción estará en regresar a Thorncliffe Manor.

—En efecto —la voz de Thomas mantuvo una cuidadosa neutralidad—. Seguramente puedes quedarte un día más, ¿no? Aunque solo sea para permitir que la señorita Adelaide vea Londres. Sería una pena que perdiera la oportunidad, ya que está aquí ahora.

—Por favor, Lucian —la súplica de Adelaide llevaba toda la nostalgia de una niña vislumbrando el país de las maravillas—. Londres es tan interesante.

Lucian la miró, algo suavizándose en sus severas facciones. Suspiró, el sonido cargado de resignación.

—Muy bien. Supongo que hay ciertas cosas que podríamos hacer hoy. Partiremos temprano mañana por la mañana en su lugar.

—¡Oh, gracias! —los ojos de Adelaide brillaron como peniques pulidos.

—Vengan, ordenaré el carruaje —dijo Thomas, moviéndose hacia la puerta con práctica facilidad. Adelaide lo siguió veloz como una sombra, pero Thomas se detuvo en el umbral, mirando hacia atrás a Lizzie y Lucian con ojos conocedores—. ¿Están seguros de que ninguno de ustedes desea acompañarnos?

—¡No! —La palabra brotó simultáneamente de los labios de ambos, quedando suspendida en el aire como una confesión.

—Muy bien. —La sonrisa de Thomas guardaba secretos mientras alejaba a Adelaide, cerrando la puerta con una silenciosa determinación.

El silencio se extendió entre ellos como la más fina seda, listo para rasgarse ante la más mínima presión. Lizzie miró apresuradamente a Lucian, su corazón ejecutando una cuadrilla desenfrenada bajo su corsé. —Ha sido muy amable de tu parte permitirle a Adelaide este día, considerando lo ansioso que estás por partir.

—Se merece ese placer —dijo Lucian, su voz conteniendo peligrosas corrientes subterráneas —. A la luz de sus dificultades estos últimos días, es justo que tenga algo de diversión.

—En efecto. —Lizzie dejó a un lado su costura, la seda deslizándose entre sus dedos como agua, como recuerdos de caricias que era mejor olvidar—. Por supuesto, se habría ahorrado toda esa prueba si no hubieras salido con Mordaunt.

—No. —Sus palabras cortaron como la escarcha de pleno invierno—. Se habría ahorrado toda esa prueba si nunca te hubiera conocido.

La verdad de ello escocía, pero Lizzie se negó a dejar que el dolor se reflejara en su rostro. —Muy bien, no pretendo discutir contigo sobre ese punto. —Se levantó, cada movimiento cuidadosamente coreografiado mientras cruzaba el salón hacia él, fijando una sonrisa en sus labios como una mariposa sobre terciopelo—. Dudo que vuelva a verte antes de que te vayas. Ahora voy a ver a mi modista y asistiré al concierto esta noche. Sin duda partirás mañana antes de que me levante.

Los ojos gris tormenta de Lucian la observaban con intensidad depredadora, siguiendo cada sutil movimiento de sus faldas de seda, cada respiración cuidadosamente medida que elevaba sus pechos contra la restricción del corsé y la propiedad. Se encogió de hombros, fingiendo una ligereza que no sentía. —Tal vez mientras estés en la ciudad, puedas echar un vistazo a algunos arados nuevos y cosas por el estilo. Eso debería encantarte.

Su silencio la envolvió como un toque físico. Tomando una respiración para calmarse que no hizo nada por apaciguar su pulso acelerado, Lizzie extendió su mano. —Adiós, Lucian.

Fue un error. En el momento en que sus dedos se cerraron alrededor de los de ella, un rayo recorrió sus venas, encendiendo cada nervio con la pasión recordada. Sus miradas se encontraron, dejando caer toda pretensión como hojas de otoño en una tempestad. Se miraron fijamente, despojados de artificios, de orgullo, de todo excepto esta conciencia crepitante que los había perseguido desde aquel primer beso.

Sin pensarlo conscientemente, atraída por fuerzas más antiguas que la civilización misma, Lizzie se balanceó hacia él. La mano libre de Lucian se elevó para curvarse alrededor de su cuello, su toque despertando fuego bajo su piel mientras la acercaba más y más, hasta que el espacio entre ellos no contenía nada más que aliento compartido y deseo reprimido.

Cuando sus labios se encontraron, el mundo dejó de existir más allá de los puntos donde se tocaban. Lizzie se rindió con un suave sonido que podría haber sido placer, podría haber sido dolor —podría haber sido ambos, porque ¿cómo podría una sensación tan exquisita ser otra cosa que agonía? Sus ojos se cerraron mientras las lágrimas ardían bajo sus párpados, pero no le importaba. Necesitaba esto —necesitaba absorber su aliento en sus pulmones como los marineros que se ahogan necesitan aire, necesitaba memorizar su aroma a sándalo, cuero y calor masculino, necesitaba sentir el calor vital de él presionado contra ella, aunque solo fuera por este momento robado.

Este era el único bálsamo que podía aliviar el miedo que se había aferrado bajo sus costillas, la única medicina que podía curar el dolor que su inminente partida tallaba en su alma. Su boca se movía contra la de ella con una ternura desesperada, cada caricia una confesión que ninguno de los dos se atrevía a expresar en voz alta.

Lucian rompió el beso como ella sabía que lo haría, la pérdida de contacto una nueva herida floreciendo bajo su pecho. Permaneció inmóvil, con los ojos aún cerrados, mientras él soltaba sus manos entrelazadas, mientras se alejaba, llevándose todo el calor consigo.

—Adiós, Lizzie —su voz surgió baja y áspera, ronca por emociones demasiado peligrosas para nombrar.

Ella solo pudo inclinar la cabeza, temerosa de lo que sus ojos pudieran revelar.

—Adiós.

Esperó, contando latidos, hasta que sus pasos se desvanecieron y la puerta se cerró con una tranquila finalidad. Solo entonces abrió los ojos, dejando caer las lágrimas.

Capítulo 24

Lucian recorría a zancadas las atestadas calles de Londres, cada paso lo alejaba más de Ashworth House, pero de alguna manera no lograba distanciarse del calor persistente del beso de Lizzie. El sol del atardecer se reflejaba en los escaparates de las tiendas y en los carruajes dorados, proyectando fragmentos de luz que parecían burlarse de sus intentos de escape. Había jurado que se alegraría de marcharse, ansioso por extirpar a Elizabeth Ashworth de su vida como un cirujano que extrae una bala. Sin embargo, el mero roce de su mano había barrido todas sus defensas cuidadosamente construidas, dejándolo vulnerable y anhelante.

La sociedad la llamaba la Incomparable. Deberían haberla llamado el Diablo, pues seguramente ningún simple mortal podría poseer tal poder para hacer que un hombre actuara en contra de su propia naturaleza. Esa misma mañana casi había matado a un hombre por ella, aunque nunca admitiría en voz alta la verdad de ello. Sin importar sus negaciones y mentiras, el simple hecho permanecía: no había sido más que ira andante y respirante desde que Lizzie había sido arrebatada de su casa.

Había recuperado una parte de su cordura en el campo de duelo, pero un beso había sido suficiente para sacudir su determinación. Antes de que pudiera perderse de nuevo, antes de que pudiera probar una vez más el dulce veneno de Lady Elizabeth Ashworth, se marcharía. Rompería el control que ella ejercía sobre él aunque fuera lo último que hiciera.

—Buenas tardes, milord —la voz áspera emergió de las sombras como una hoja desenvainada.

Antes de que Lucian pudiera girarse, su brazo izquierdo fue apresado con un agarre de hierro cuando un hombre corpulento se materializó a su lado. Otra figura apareció a su derecha, presionando frío acero contra sus costillas.

—Vendrás con nosotros —gruñó el segundo hombre, con un acento puro de los barrios bajos.

Lucian se dejó guiar hacia un callejón cercano, cada músculo tenso con un propósito letal. Estos hombres podrían pensar que era su presa, pero él no había sobrevivido a cargas de caballería y duelos matutinos siendo una presa fácil para las sombras de Londres.

—Tenemos un mensaje para usted, milord —dijo el primer hombre, amartillando su pistola con deliberada amenaza.

Lucian no esperó el mensaje. Cambió su peso y giró al hombre que lo sujetaba directamente hacia la trayectoria de la bala. Entonces, el estruendo del disparo quebró la tranquilidad de la tarde.

***

Las sombras se alargaban sobre los suelos de mármol de Ashworth House mientras Lizzie recorría el salón como una tigresa enjaulada, cada paso marcando otro momento de pánico cuidadosamente contenido. Su padre y Adelaide aún no habían regresado de su paseo en carruaje, y Lucian... Lucian se había ido. No se había aventurado a visitar a su modista como había prometido, ni siquiera se había cambiado el vestido de mañana que aún conservaba el fantasma de su contacto. Su mundo se había reducido a esta elegante prisión de damasco y dorados, donde cada tic-tac del reloj parecía burlarse de su compostura.

Se presionó los dedos fríos contra los labios, que aún ardían por ese devastador beso de despedida. Ridículo, se dijo firmemente, que estuviera en tal agitación por un simple caballero de campo que había dejado muy claro que deseaba eliminarse de su vida para siempre. Más ridículo aún que realmente hubiera llorado por él. Ella, que había permanecido con los ojos secos incluso cuando se creía una asesina, había derramado lágrimas por Lucian Rothwell.

—Es absurdo —susurró a la habitación vacía, con la voz entrecortada por las palabras. Podría tener casi a cualquier hombre que deseara; los lores más elegibles de la alta sociedad competían por su favor como pavos reales exhibiendo su mejor plumaje. Sin embargo, aquí estaba, actuando como una tonta enamorada por el único hombre que nunca podría tener. Su risa emergió frágil como el azúcar hilado. ¿Enamorada? ¡Imposible! La mera noción de que el amor y Lucian Rothwell pertenecieran a la misma frase era absurda. Habitaban mundos diferentes, y así debía seguir siendo.

—¡Mi señora! —La voz de Graves destrozó su ensoñación, su compostura normalmente impecable mostrando signos evidentes de tensión.

Lizzie se giró, sorprendida de que el mayordomo hubiera entrado sin que ella lo notara.

—¿Qué sucede, Graves?

—Hay un cochero de alquiler en la puerta que insiste en hablar directamente con usted —Su nariz aristocrática se crispó con desaprobación apenas contenida—. El individuo parece... preocupado por el pago.

—¿Un cochero de alquiler? —Lizzie frunció el ceño, sintiendo algo frío asentarse en su pecho —. ¿Qué podría querer conmigo?

—Se niega a discutir el asunto con nadie más que usted, mi señora —La expresión de Graves hablaba volúmenes sobre la impropiedad de tal arreglo—. Parece muy ansioso por su compensación.

—Muy bien —Lizzie cuadró los hombros, agradecida por la familiar armadura del porte aristocrático mientras seguía a Graves al vestíbulo de entrada. Allí encontró a un hombre pequeño y nervudo que se balanceaba de un pie a otro en el umbral de mármol, su rostro curtido por el clima arrugado de incertidumbre.

—¿Deseaba hablar conmigo? —Infundió su tono con generaciones de mando.

La mirada suspicaz del hombre recorrió su fino vestido de mañana.

—¿Es usted Lady Elizabeth?

—Lo soy.

—Tengo un caballero en mi coche que me dio esta dirección —Sus palabras salieron atropelladamente—. Dijo que usted pagaría bien por traerlo.

Algo se retorció bajo las costillas de Lizzie.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es este caballero?

—No podría decir con certeza, mi señora. No estaba en condiciones de dar su nombre —el rostro del cochero se ensombreció con el recuerdo—. Parecía la muerte en vida cuando me encontró. No quería llevarlo al principio, pero siendo un tipo grande y no aceptando un no por respuesta...

—¿Un tipo grande? —las palabras surgieron estranguladas mientras la comprensión la iluminaba—. Dios mío. Lucian.

Lizzie recogió sus faldas y corrió, olvidando el decoro ante el creciente terror. Detrás de ella, las protestas del cochero sobre el pago cayeron en oídos sordos mientras llegaba al coche de alquiler que esperaba. Sus dedos temblorosos encontraron el pestillo de la puerta, y el mundo dejó de girar.

Lucian estaba desplomado en el rincón, su elegante levita matutina oscurecida por la sangre, su orgulloso rostro pálido como un fantasma en el crepúsculo que se cernía. Algo vital dentro de ella se hizo añicos ante la visión.

—¡Lucian! —Estaba en el carruaje sin pensarlo conscientemente, sus manos revoloteando sobre él como pájaros asustados—. ¡Lucian!

Sus ojos se abrieron con dificultad al oír su voz, los iris gris tormenta nublados por el dolor pero aún dolorosamente familiares.

—Hola —logró decir, la palabra emergiendo áspera como granito sin pulir.

—¿Qué ha pasado? —Lizzie luchó por mantener su voz firme aunque su corazón amenazaba con hacerse pedazos bajo su corsé. La sangre que se filtraba por su pecho parecía burlarse de sus anteriores exigencias de pulcritud.

—Dos hombres —graznó, cada palabra costándole claramente—. Callejón. E-enviados por...

—Mordaunt —el nombre le supo a bilis y furia en la lengua—. Deberías haberlo matado esta mañana.

El fantasma de su familiar sonrisa curvó sus labios, transformando sus facciones devastadas por el dolor por un momento.

—No. Demasiado desordenado.

—Eres tú quien está desordenado ahora —replicó ella, esforzándose por sonar ligera aunque el terror le atenazaba la garganta.

—S-sí —su cabeza cayó hacia atrás contra los gastados cojines del carruaje—. L-lo siento. No estoy acostumbrado a los cuchillos.

—¿Cuchillos? —la palabra surgió apenas como un susurro antes de que se sacudiera—. No importa. No quiero saberlo —se acercó más, la pesada seda de sus faldas susurrando contra el suelo del coche—. ¿Puedes moverte?

Lucian gimió mientras se movía, logrando apoyar un brazo pesado sobre los hombros de ella.

—Eso creo.

—Bien —lo rodeó con sus brazos, tratando de ignorar cómo su cuerpo habitualmente vital temblaba contra ella. Su brusca inhalación le clavó puñales en el corazón—. ¿Te he hecho daño?

—No.

—Mentiroso.

—Sí.

El intercambio, tan dolorosamente familiar en su patrón, casi deshizo su compostura.

—Vamos —ordenó, vertiendo toda su fuerza en la palabra. Juntos se tambalearon hacia la casa, cada paso vacilante una plegaria, cada respiración trabajosa de él un cuchillo en su pecho.

De repente, su peso presionó más fuertemente sobre ella cuando sus rodillas se doblaron.

—N-no voy a lograrlo —susurró contra su pelo.

Los brazos de Lizzie se convulsionaron alrededor de él mientras se hundían lentamente en el suelo.

—No puedes morirte, Lucian, ¿me oyes? —las palabras surgieron feroces como una leona defendiendo a su pareja—. ¡No puedes!

—No m-moriré —su aliento resopló contra el cuello de ella—. A menos que me estrujes hasta quitarme la vida.

—¡Oh! —Aflojó su agarre al instante, con lágrimas que se negaba a reconocer ardiendo detrás de sus ojos—. Lo siento.

—Quería decir... —jadeó él— que n-no llegaré a la casa. Estoy d-demasiado débil.

—No subestimes mis poderes, milord —logró soltar una risa acuosa para ocultar la forma en que su corazón sangraba en su pecho. ¿Cuándo se había vuelto tan llorona?

—Nunca —la palabra emergió apenas como un suspiro contra su piel—. Tienes demasiados... sobre mí.

—¿Qué? —Pero él ya se había desvanecido, su peso volviéndose más pesado en sus brazos.

Parpadeando para contener las lágrimas traicioneras, Lizzie levantó la mirada para encontrar a Graves y al cochero aún de pie como estatuas, observando el cuadro con expresiones atónitas.

—Graves, ¡no te quedes ahí parado! Haz que los lacayos lleven a Lord Thorncliff arriba inmediatamente. Envía a dos hombres por el Dr. Kingsley; diles que no regresen sin él. Y que las criadas traigan agua caliente y vendas —su voz se quebró solo un poco cuando se volvió hacia el cochero de ojos desorbitados—. Le pagaré, señor. Le pagaré lo que me pida por traérmelo de vuelta.

Por traerlo a casa, susurró su corazón. *Por darme una oportunidad más de decirle lo que no pude decir antes*.

Pero primero tenía que mantenerlo con vida.

***

La luz de las velas bailaba sobre los cortinajes de damasco como espíritus inquietos mientras Lucian emergía lentamente de las profundidades de la oscuridad. El resplandor de la llama se reflejaba en los hilos plateados de la tela, creando patrones que se movían y ondulaban como sueños febriles. Parpadeó, esperando que su visión borrosa se resolviera en algo más sustancial que sombras y luz.

Cuando lo hizo, su respiración se entrecortó dolorosamente en su pecho. Lizzie estaba sentada en una silla acercada a su cabecera, su postura habitualmente perfecta rendida al agotamiento. Sus ojos estaban cerrados en un sueño inquieto, las oscuras pestañas proyectando sombras en

forma de media luna sobre sus pálidas mejillas. Su glorioso cabello se había soltado parcialmente, mechones de color cobre y oro escapando de sus horquillas para caer sobre su hombro como el sol de otoño. Una de sus delicadas manos se extendía hacia él sobre la colcha, como si incluso en sueños necesitara mantener alguna conexión.

Lucian la estudió con la intensidad voraz de un hombre memorizando el rostro de un ángel, medio convencido de que era simplemente otro sueño conjurado por el láudano y la pérdida. A través de la bruma de recuerdos nublados por el dolor, recordó la pelea en el callejón: un hombre recibiendo la bala destinada a él, pero el cuchillo del otro encontrando su blanco antes de que Lucian pudiera someterlo. Un asunto sucio, ciertamente. Terriblemente sucio.

Lo único que lo había arrastrado fuera de ese infierno empapado de sangre en los adoquines había sido la necesidad de verla una vez más. De traer su cuerpo herido y su espíritu maltratado de vuelta al único lugar al que realmente pertenecían: a los pies de Lizzie.

Ahora ella montaba guardia sobre él como un improbable ángel guardián, aunque le había dicho palabras tan crueles. Aunque se había declarado indigno de su reluciente sociedad. Sin embargo, aquí estaba ella, su presencia desafiando todos sus muros cuidadosamente construidos.

¿Quién era ella realmente? ¿La infame coqueta y provocadora de la alta sociedad? ¿Un ángel guardián vestido de muselina y encaje? ¿O simplemente Lizzie—su Lizzie—la mujer que llamaba a su corazón y lo volvía loco de deseo?

Luchando contra el dolor que convertía cada movimiento en una silenciosa agonía, extendió la mano y aferró la que ella le ofrecía. Una calidez lo inundó ante el contacto, más sanadora que cualquier poción de doctor. Ella era real. Ella estaba aquí.

Los ojos de Lizzie se abrieron lentamente, el sueño suavizando su habitual aguda inteligencia a un aguamarina oscuro que le recordaba a mares tropicales. Una suave sonrisa curvó sus labios, transformando todo su rostro en algo dolorosamente vulnerable.

—Hola.

Fuera ángel o demonio, el corazón de Lucian se retorció dolorosamente en su pecho.

—¿Quién eres?

—¿Quién? —Lizzie se enderezó en su silla, repentinamente alerta como una cierva que capta el olor de un cazador—. ¿Qué quieres decir con quién soy?

Lucian apretó su agarre en la mano de ella a pesar de la protesta de la carne desgarrada y el hueso magullado. Había jurado dejarla, pero incluso ahora no podía soportar soltar este único punto de contacto.

—¿Y quién soy yo?

—¿No lo sabes? —El miedo que oscureció sus ojos a un azul medianoche envió una inesperada punzada de dolor a través de su pecho, más aguda que cualquier herida de cuchillo.

La comprensión amaneció entonces, y una sonrisa tiró de sus labios.

—No, no lo sé.

—Lucian —su nombre emergió como mitad súplica, mitad oración—. Por favor, dime que sabes quién soy. Por favor, di que me recuerdas.

—Te recuerdo —murmuró, dejando que el recuerdo lo bañara como lluvia de verano. El aroma del heno fresco, el sabor de sus labios, la forma en que la luz del sol había quedado atrapada en su cabello en ese primer momento robado—. Tu nombre es Anne, ¿no es así?

El color se drenó del rostro de Lizzie, dejando solo esos extraordinarios ojos ardiendo a la luz de las velas.

—No, no, no lo es.

—Pero te recuerdo como Anne —saboreó el juego ahora, esta delicada danza de verdad y pretensión—. Si no eres Anne, entonces ¿quién eres?

—No me tomes el pelo —las palabras temblaron entre ellos como hojas de otoño en una tormenta.

Lucian cerró los ojos, de repente cansado de todas sus cuidadosas mentiras.

—No creo ser yo quien toma el pelo.

Su mano se sobresaltó en su agarre, un pájaro preparándose para volar.

—Me estás tomando el pelo ahora. ¡No lo hagas!

—Sí —concedió, abriendo los ojos para encontrarla mirándolo con una expresión que hizo que su corazón tartamudeara bajo su pecho vendado—. Mi lady.

—Vuelve a dormir, mi lord —intentó retirarse, pero sus dedos se apretaron reflexivamente alrededor de los de ella.

—¿Vas a irte? —La pregunta surgió cruda, despojada de toda pretensión.

Las emociones parpadearon en su rostro demasiado rápido para nombrarlas, como sombras proyectadas por la luz de las velas.

—No —susurró finalmente. Una sonrisa se deslizó por sus labios, tierna como una caricia—. Podrías... tener una pesadilla. Podrías necesitarme.

Lucian la estudió por un largo momento, ahogándose en las profundidades de esos ojos imposibles. No había ningún "podría" al respecto. La necesitaba. Quienquiera que ella fuera, quienquiera que él fuera, lo que sea que hubiera entre ellos—la necesitaba como necesitaba el aire para respirar, como una brújula necesita el verdadero norte.

Qué haría con esa verdad, no tenía la más remota idea. Pero por esta noche, con el dolor y el láudano conspirando para bajar sus defensas, no importaba. Ella estaba aquí, su mano cálida en la suya, su presencia más sanadora que cualquier poción de médico.

Se fue quedando dormido otra vez sin soltar su mano.

Los dedos de ella se apretaron alrededor de los suyos mientras se sumergía en los sueños, y habría jurado que sintió el roce de sus labios contra su frente.

Capítulo 25

El elegante servicio de desayuno bien podría haber estado lleno de arena, dada la poca atención que recibía. Thomas observaba a las dos damas sentadas frente a él, cada una perdida en su vigilia privada. La habitual presencia vibrante de Lizzie se había atenuado a algo sombrío y distante, mientras que la silenciosa preocupación de Adelaide se manifestaba en la forma en que desmenuzaba su tostada intacta en un arreglo artístico de ansiedad.

—Lizzie —dijo Thomas, observando cómo el tenedor de su hija trazaba patrones sin sentido en su plato—, no estás comiendo mucho, querida.

Ella parpadeó como si emergiera de aguas profundas, mirando sus huevos intactos con leve sorpresa.

—Lo siento, padre. Me temo que no tengo hambre.

Thomas desplazó su mirada perspicaz hacia Adelaide, notando cómo parecía encogerse bajo su atención.

—¿Usted tampoco tiene hambre, señorita Devon?

Los ojos de Adelaide permanecieron fijos en su plato mientras negaba con la cabeza.

—No, me temo que no.

—Creo que nuestro paciente está con una dieta restringida —Thomas mantuvo un tono ligero, aunque su significado llevaba peso—. Sería una lástima que Lucian se recuperara solo para encontrar que ambas han enfermado.

—Estaremos bien —dijo Lizzie, finalmente tomando su tenedor, aunque solo lo usó para separar sus huevos en patrones geométricos precisos.

—En efecto —Thomas observó la innecesaria redistribución del desayuno con diversión cuidadosamente oculta—. Al igual que Lucian. Es un hombre muy fuerte. El doctor Kingsley dijo que las heridas de cuchillo en su pecho no son tan profundas como esperaba inicialmente.

En verdad, sospecho que la parte más difícil de la recuperación de Lucian será permanecer confinado en su habitación de enfermo.

La primera chispa de vida entró en los ojos apagados de Lizzie.

—Definitivamente se quedará allí hasta que el médico diga lo contrario.

Adelaide miró a Lizzie, con algo de complicidad en su expresión.

—Seguramente lo hará.

Thomas no pudo reprimir su risa mientras se levantaba de la mesa.

—Creo que saldré por un rato. Tengo algunos asuntos pequeños que atender —sus ojos verdes bailaban con satisfacción apenas contenida—. No tengo duda de que Lucian está en manos capaces entre ustedes dos encantadoras damas. Sin embargo, sugeriría que ambas se turnen para sentarse con él. Adelaide, espero que tome las próximas horas. Claramente a Lizzie le falta dormir.

—Estoy perfectamente bien —protestó Lizzie, aunque las sombras bajo sus ojos contaban una historia diferente.

—Estoy seguro, pero creo que la señorita Devon, como prometida de Lucian, debería tener permitidas unas horas de tiempo con él también —dijo Thomas, observando cómo ambas damas se sonrojaban profundamente. Ocultó su sonrisa mientras salía del salón, enderezando su corbata expertamente anudada.

Después de todo, tenía una cita con un duque. Y la venganza, como el mejor brandy, se servía mejor en el momento preciso.

Mordaunt estaba sentado en la cama, con el hombro palpitando como el fuego del infierno y su humor tan negro como las nubes de tormenta fuera de la ventana. Fulminó con la mirada a Hillard, su ayuda de cámara, quien se movía silenciosamente por la habitación, doblando cuidadosamente las prendas como si el mismo diablo no estuviera respirando en su nuca.

—No olvides lo que te dije, Hillard. Empaca las joyas por separado esta vez, mentecato —espetó Mordaunt, con la paciencia tan fina como su temperamento.

—Sí, Su Gracia.

—Y deja fuera la chaqueta de ante y la ropa interior. Me las pondré hoy —se movió, haciendo una mueca por el agudo dolor que irradiaba de su hombro—. No hace falta un baúl, me las arreglaré sin él.

—Sabio —dijo una voz suave desde la puerta—. Podría recordarte la soga del verdugo.

Mordaunt se tensó, girando bruscamente la cabeza hacia la puerta. Sus ojos se abrieron con incredulidad.

—¡Ashworth! ¿Qué demonios haces aquí?

Thomas Ashworth entró en la habitación como si fuera suya, sacudiéndose pelusas invisibles de su abrigo de paño fino antes de reclamar la única silla que no estaba abarrotada con las pertenencias de Mordaunt.

—Actúas sorprendido. Seguramente me esperabas. Te han llamado de muchas maneras, Mordaunt, pero nunca un tonto.

Mordaunt lo miró fijamente, abriendo y cerrando la boca como un pez boqueando por aire, antes de rugir:

—¡Beckman! ¿Dónde demonios está mi mayordomo?

Thomas sonrió, imperturbable.

—No hace falta gritar. Tu hombre está... ocupado en otra cosa. Un tipo bastante capaz, realmente. Ahora trabaja para mí.

Mordaunt se recostó contra las almohadas, su rostro oscureciéndose.

—Ya que tu hija ha decidido arruinarme, no me quedaré para llevar mi corazón en la manga. Al diablo con la lesión.

—Ah, un discurso admirable —el tono de Thomas era ligero, casi divertido—. Ligeramente dramático, considerando tu duelo con Thorncliff ayer, pero supongo que uno debe aplaudir el esfuerzo.

Mordaunt sonrió con desprecio.

—Mi devoción por Lady Elizabeth es inquebrantable, a pesar de su cruel indiferencia. ¿Rechazarme en mi estado actual? Despiadado.

Thomas se rio, jugueteando con sus gemelos.

—Elizabeth tiene muchas más razones que la mayoría para detestarte. Después de todo, tu reciente humillación le costó a medio ton sus apuestas. ¿Quién podría respetar a un hombre vencido por un advenedizo del campo?

Mordaunt se incorporó de golpe, solo para caer de nuevo con un siseo de dolor.

—¿Te divierte regodearte, Ashworth? —gruñó, con el rostro pálido.

—Solo un poco —Thomas se inclinó hacia adelante, su expresión cambiando a una falsa preocupación—. ¿Cómo va el hombro?

—Bien —gruñó Mordaunt entre dientes apretados—. El disparo fue limpio. Me recuperaré.

—Me alegra oírlo —dijo Thomas alegremente—. Thorncliff también se recuperará. Aunque, entre nosotros, la emboscada mohawk lo dejó peor que a ti.

—¿Emboscada mohawk? —Mordaunt frunció el ceño, desviando la mirada—. He estado confinado en esta cama de enfermo. ¿Qué sabría yo de tales cosas?

—Oh, por supuesto —dijo Thomas, su sonrisa afilada como una navaja—. Has estado muy... incapacitado. Thorncliff, sin embargo, está aprendiendo rápidamente lo peligrosa que puede ser esta ciudad.

Thomas dirigió su atención a Hillard, que se había quedado congelado a medio movimiento.

—Dime, Hillard, ¿tienes planes de unirte a tu amo en las Américas? ¿O debo encontrarte una posición más adecuada aquí?

Hillard dejó caer el abrigo que tenía en las manos, boquiabierto.

—¿Las Américas, milord?

Mordaunt soltó una carcajada, aunque no había humor en ella.

—¡Ridículo! Voy a Francia.

Thomas juntó las puntas de los dedos, recostándose en su silla. —Ah, Francia. Sí, bueno, los planes cambian. Verá, me he tomado la libertad de adquirir sus deudas, sus hipotecas y sus pagarés. Una suma considerable, realmente. Se irá a las Américas, Mordaunt, le guste o no.

—Se ha vuelto loco —siseó Mordaunt—. No voy a ir a ninguna parte.

—Oh, pero sí que irá. —La sonrisa de Thomas se volvió más fría—. Verá, mientras usted ha estado ocupado enfurruñándose, yo me he ocupado de asegurar su exilio. Hay dos hombres esperando abajo para escoltarle a su barco. Las acomodaciones son, digamos, rústicas... quizás demasiado rústicas para un hombre de sus delicadas sensibilidades. Pero dada su situación actual, encajará perfectamente con el ganado.

—No puede hacer esto —gruñó Mordaunt—. ¡Me arruinará!

—¿Arruinarle? —Thomas se puso de pie, cernándose sobre la cama—. No, Mordaunt. Usted se arruinó solo. Considérese afortunado de que no le haya enviado a la prisión de deudores. Aunque, tenga por seguro, que su finca será puesta a buen uso. Quizás como refugio para madres solteras y mujeres reformadas... un legado apropiado, ¿no le parece?

Mordaunt palideció, sus puños temblando. —Que se pudra en el infierno.

—Cuidado —dijo Thomas, ajustándose los puños de la camisa—. Necesitará cada onza de fuerza para lo que le espera. —Sacó una tarjeta de su bolsillo, entregándosela a Hillard—. Ven a verme, Hillard. Lord Fawnsworth busca un ayuda de cámara, y es un placer servirle.

Con eso, Thomas salió de la habitación a grandes zancadas sin mirar atrás. Mordaunt le vio marchar, con la furia y la desesperación arañando su pecho. —¡Hillard! —ladró—. ¡Ayúdame a vestirme!

Pero Hillard, con la tarjeta fuertemente apretada en su mano, ni siquiera se detuvo mientras desaparecía por la puerta.

—¡Hillard!

Capítulo 26

Lizzie, sintiéndose aún cansada a pesar de las pocas horas de sueño, se dirigió por el pasillo hacia la habitación de Lucian. Sus sueños habían sido caóticos, arañando su mente con una claridad aterradora. En ellos, estaba de vuelta en el burdel, su futuro dictado por los perversos planes de Mordaunt. Solo que esta vez, Lucian no había venido a salvarla. Él estaba allí, apostando con Mordaunt que ella se convertiría en la Cortesana Incomparable en un año.

Ella le había suplicado que se detuviera, pero Lucian simplemente se había encogido de hombros, con una expresión indiferente. —No te conozco —había dicho fríamente—. Ni me interesa conocerte. Thorncliff Manor me espera, y no tengo tiempo para distracciones.

Lizzie sacudió la cabeza, forzando la pesadilla hacia los rincones de su mente. No era real. Nada de eso era real. Se concentró en el pasillo que tenía delante y se quedó paralizada cuando vio a Adelaide avanzando hacia ella, con una bandeja cubierta balanceándose precariamente en sus manos.

—Adelaide —dijo Lizzie, esbozando una sonrisa forzada—. ¿Cómo está el paciente?

Adelaide se detuvo bruscamente, con las mejillas sonrojadas. —Oh, Lizzie. Yo... pensé que aún estarías descansando.

—No podía —respondió Lizzie, desviando la mirada hacia la bandeja—. ¿Lucian aún no ha comido?

—No —el rubor de Adelaide se intensificó—. Rechazó el caldo, así que la cocinera preparó otra cosa.

Las cejas de Lizzie se fruncieron con sospecha. —¿Otra cosa? —Se acercó y levantó la tapa. Debajo había una generosa porción de bistec, huevos y tostadas. Volvió a cerrar la tapa con un fuerte estrépito—. ¡El médico ordenó específicamente caldo e infusiones! ¡No puede comer esto!

Adelaide se retorció las manos. —Dice que no aceptará el caldo ni las infusiones. Está de... humor contrario.

Los labios de Lizzie se tensaron, su temperamento aumentando. —¿Contrario, eh? Pues, contrario o no, está en mi casa y seguirá las órdenes del médico. Yo me encargaré de esto. Dámela.

—Lizzie —se aventuró Adelaide con cautela—, Lucian no comerá nada más que esto.

—Eso ya lo veremos —dijo Lizzie enérgicamente, arrebatando la bandeja—. Devolveré esto a la cocina y haré que suban el caldo.

Adelaide dudó, luego suspiró derrotada.

—Muy bien. Si insistes.

—Insisto —replicó Lizzie, con un tono que no admitía discusión. Con pasos decididos, marchó hacia las escaleras, su irritación aumentando. El desafío arrogante de Lucian era una cosa, pero poner en peligro su salud por pura terquedad era otra completamente distinta.

Para cuando llegó al vestíbulo, su frustración estaba a punto de ebullición. Al doblar la esquina camino a la cocina, casi chocó con Graves, quien retrocedió tambaleándose, con los ojos muy abiertos. Sostenía un gran cuenco de plata en sus manos, con expresión agobiada.

—Por todos los cielos, Graves —espetó Lizzie—. ¿Y ahora qué?

—Debo informarle —dijo Graves, apresurándose tras Lizzie—, que hemos recibido muchas llamadas esta mañana.

—Ahora no, Graves —respondió Lizzie sin detenerse. Su agarre en la bandeja se tensó—. Les dijiste que no estamos recibiendo, espero.

—Sí, mi señora —dijo Graves, con voz agitada mientras la seguía—, pero...

—Entonces, asunto zanjado —dijo ella con brusquedad—. Disculpa, debo cambiar la bandeja de Lord Thorncliff antes de que coma algo completamente inadecuado.

—Pero...

La voz de Graves se desvaneció cuando ella dobló una esquina y lo dejó atrás. Aliviada de haberse librado de él, Lizzie entró como un vendaval en la cocina, su irritación aún latente. Después de dar instrucciones claras al chef, golpeteó impaciente con el pie mientras él servía un cuenco fresco de caldo. Tan pronto como estuvo listo, lo arrebató con un gesto de agradecimiento y marchó de vuelta hacia el vestíbulo.

Su humor no había mejorado cuando cruzó el umbral, solo para detenerse en seco por una voz tan empalagosa como el jarabe de azúcar.

—¡Oh, Lizzie, querida! ¡Qué *gusto* verte!

Lizzie se quedó helada, su mirada saltando hacia la puerta principal. Allí estaba Lady Emma Cole, vestida de punta en blanco con un vestido azul que hacía alarde de todos los volantes y lazos que la temporada podía ofrecer. A su lado, la señorita Mallory Stanton soltó una risita y saludó con la mano, sus grandes ojos azul cornflor recorriendo el vestido arrugado y el cabello despeinado de Lizzie.

—Graves dijo que no estaban recibiendo —gorjeó la señorita Stanton, con tono meloso—, y está *muy* claro por qué. Debes estar sintiéndote... indispuesta. —Su vacilación antes de la última palabra dejaba claro que quería decir que *se veía* indispuesta.

Lizzie esbozó una sonrisa forzada. —Me encuentro perfectamente bien, gracias. Pero tendrán que disculparme. Uno de nuestros huéspedes ha sufrido una lesión y requiere mi atención.

—¡Oh, sí, el divino Lord Thorncliff! —Lady Emma se llevó una mano al pecho con un suspiro dramático—. ¡La ciudad está absolutamente *conmocionada* por su duelo con el Duque! ¡Su valentía! ¡Su destreza! Vaya, me deja sin aliento.

Lizzie deseaba fervientemente que se quedara sin aliento de forma permanente.

El bonito puchero de la señorita Stanton se acentuó. —Emma y yo hemos venido a ofrecerte nuestro apoyo, querida Lizzie. Tu compromiso roto con Mordaunt debe ser un golpe tan duro. Pero lo entendemos, tú, como la Incomparable, difícilmente podrías casarte con el Duque después de semejante bochorno. Debe ser tan humillante para ti.

—¡En efecto! —convino Lady Emma, con una sonrisa felina tan afilada como una garra—. Pero con Lord Thorncliff bajo tu techo, me atrevería a decir que tu ánimo está... levantado. Dicen que es tan apuesto como valiente. Qué *astuta* eres, Lizzie. ¿*Cómo* lo conociste?

Lizzie le dirigió una sonrisa almibarada. —Es un conocido de mi padre. Ahora, si me disculpan, debo llevarle este caldo a Lord Thorncliff antes de que se enfríe.

La señorita Stanton jadeó. —¿Pero seguramente tienes una doncella para eso?

Lady Emma soltó una risita. —No seas absurda, Mallory. ¿*Tú* dejarías que una doncella se acercara a Lord Thorncliff cuando podrías... cuidarlo personalmente?

Ambas se deshicieron en risitas. Lizzie apretó la mandíbula con tanta fuerza que fue un milagro que no se le rompieran los dientes. Obligándose a relajarse, dijo dulcemente: —Que disfruten su tarde, señoras. Estoy segura de que nos volveremos a ver... cuando realmente esté recibiendo visitas.

Lady Emma no mostró la más mínima incomodidad. —¡Por supuesto! Sabíamos que perdonarías nuestra pequeña indiscreción, ya que somos tan *queridas amigas*. —Pestañeó coquetamente—. Oh, y trae a Lord Thorncliff a nuestra reunión social el próximo jueves.

La señorita Stanton aplaudió. —¡Sí, hazlo! Estaríamos *encantadas* de darle la bienvenida.

Lizzie sonrió forzadamente. —Dejen sus tarjetas con Graves.

Las mujeres prácticamente destrozaron sus bolsitos para sacar sus tarjetas. Lady Emma ganó la competencia y, con un gesto triunfal, dejó caer la suya en el cuenco de plata que llevaba Graves. Luego, para creciente horror de Lizzie, Emma se asomó al cuenco.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Ya hay tantas? —Sin previo aviso, hundió la mano en el montón, haciendo que Graves diera un respingo.

Lizzie entornó los ojos. —Lady Emma...

—¡Ah, aquí está! —exclamó Emma triunfante, sacando su tarjeta con una sonrisa victoriosa. Se acercó contoneándose y la colocó en la bandeja de Lizzie—. Ya que vas directamente a ver a Lord Thorncliff, preséntasela personalmente. Dile que estamos esperando *ansiosamente* su llegada a nuestra reunión social.

—¡Oh, y la mía también! —gorjeó la señorita Stanton, añadiendo su tarjeta encima de la de Emma con un floreo.

Lizzie miró fijamente las tarjetas y luego levantó la vista para dirigir a las mujeres su expresión más imperiosa. La satisfacción floreció cuando ambas se sonrojaron y retrocedieron apresuradamente, murmurando tópicos sobre amistad y apoyo. Graves, siempre el mayordomo astuto, les cerró la puerta con una velocidad que casi atrapó sus risitas en el aire.

Lizzie se volvió hacia él, entrecerrando los ojos. —¿Mencionaste otros visitantes, Graves?

—Sí, mi señora —Graves tosió nerviosamente—. Ha habido un... flujo constante de visitas. Algunos vinieron a pagar sus deudas, pero la mayoría fueron visitas sociales. Y las damas... no quisieron aceptar un no por respuesta.

La mirada de Lizzie cayó sobre el cuenco de plata. —¿Qué tan lleno está?

Graves suspiró. —Muy lleno.

Los labios de Lizzie se torcieron. —Ponlo en la bandeja. Si voy a hacer de lacaya para Lady Emma y la señorita Stanton, bien puedo llevar el resto a Lucian.

De repente se echó a reír, su irritación se convirtió en diversión. —Oh, no puedo esperar a ver su cara. Saldrá corriendo hacia Thorncliff Manor en cuanto se dé cuenta de que toda la sociedad londinense lo está persiguiendo. Si cree que *yo* soy frívola, esas dos deberían darle un buen susto.

Graves, con una sonrisa cómplice, colocó el cuenco en su bandeja. —Como desee, mi señora.

Lizzie subió las escaleras con una sonrisa satisfecha en los labios, el cuenco de plata con las invitaciones firmemente sujeto bajo un brazo y el caldo de Lucian equilibrado en el otro. No

podía esperar a ver su reacción ante el montón de tarjetas de visita. Por Dios, por una vez entendía su desprecio por las mujeres de la sociedad. Se estaban comportando como una bandada de cercetas, agolpándose a la puerta de un hombre que nunca habían conocido simplemente porque era la nueva sensación. Bueno, pronto aprenderían que Lucian Thorncliff no era un hombre con quien se pudiera jugar.

El pensamiento le provocó una risita. No era del todo amable, pero había un pequeño bálsamo para su orgullo al imaginar a esas damas frívolas uniéndose a ella en las filas de las despreciadas.

Recomponiéndose, Lizzie abrió la puerta de Lucian, arreglando cuidadosamente su expresión en una de calma neutral. Su mirada recorrió la habitación. Adelaide estaba posada junto a la cama, y Lucian —molestamente pálido pero aún irritantemente guapo— estaba sentado erguido, su oscura mirada estrechándose cuando ella entró.

—Su comida, mi señor —anunció alegremente, colocando la bandeja en la mesita de noche.

Su ceño se profundizó. —No me habrás traído caldo, espero.

—Oh, pero sí lo he hecho —su tono era tan dulce como la melaza, su sonrisa tan amplia como su determinación.

Adelaide se estremeció ante el desafío en los ojos de Lucian cuando este gruñó: —No lo comeré.

—Lo harás —respondió Lizzie con una risa—. Es lo que el médico ordenó.

—Necesito alimento de verdad si he de sanar —replicó Lucian, su ceño frunciéndose aún más.

—Qué vergüenza, Lucian —dijo Lizzie, meneando un dedo—. Recuerdo claramente una ocasión en la que te supliqué por algo sustancioso, y tú no quisiste desafiar las órdenes del médico entonces. ¿Cómo puedes pedirme que lo haga ahora?

Su frente se arrugó. —Si mal no recuerdo, mi señora, cedí en aquella ocasión.

—Recuerdas mal —dijo Lizzie, batiendo las pestañas—. Me vi obligada a arrastrarme hasta el comedor para tomar una comida apropiada.

—Entonces haré lo mismo —dijo Lucian, apartando las sábanas y balanceando las piernas hacia el borde de la cama.

—¡Lucian, no! —gritó Adelaide, poniéndose de pie de un salto.

—¡No lo hagas! —exclamó Lizzie, apresurándose a colocar una mano firme sobre su hombro. La tensión era evidente en su rostro mientras se desplomaba contra las almohadas, su respiración rápida y superficial.

La mano de Lizzie tembló mientras la retiraba rápidamente, decidida a ocultar su preocupación. —Por favor, no seas difícil —dijo, esforzándose por mantener una calma que no sentía.

Lucian abrió los ojos, oscuros y penetrantes. —No estoy siendo difícil. Simplemente solicito una comida apropiada. Cuando estabas bajo mi techo, te serví lo que necesitabas. Solo pido lo mismo a cambio.

Lizzie contuvo el aliento. —En efecto, lo hiciste —dijo suavemente. Luego, con un gesto decidido de su barbilla, añadió—: Y ahora haré lo mismo, aunque por el momento será caldo.

Ignorando su mirada fulminante, se sentó recatadamente en el borde de la cama, tomó el cuenco y la cuchara, y sonrió dulcemente. —No permitiré que me acuses de ser una anfitriona peor de lo que tú fuiste, mi señor.

Los labios de Lucian se tensaron. —No me llames "mi señor" si pretendes alimentarme como a un bebé.

Lizzie se rio, levantando la cuchara. —Dios me libre de tener alguna vez un hijo como tú.

Lucian se puso rígido, y Lizzie se sonrojó cuando el significado no intencionado la golpeó. —Yo... me refería a un niño recién salido de la cuna exigiendo carne. Sería... desconcertante.

Los labios de Lucian se curvaron. —Seguramente uno de tus hijos se arrastraría desde la cuna vestido a la moda y alcanzaría de inmediato el cordón de la campanilla.

Lizzie se rio mientras acercaba la cuchara hacia él. —Y uno de los tuyos se arrastraría directamente a un campo exigiendo cuentos para dormir sobre ovejas y arados.

Los ojos de Lucian brillaron divertidos. —Y una de las tuyas coquetearía descaradamente con el médico que la está trayendo al mundo hasta que se olvidara de darle una palmada en el trasero.

Lizzie sonrió, limpiando el caldo que goteaba por su barbilla. —Y uno de los tuyos exigiría saber por qué la palmada no se dio según sus exigentes especificaciones.

Lucian se rio. —Tendríamos una raza de gigantes.

—Seguramente no una raza —bromeó Lizzie—. Quizás uno o dos.

—Cinco —dijo Lucian con voz firme.

—¡Cinco! —Lizzie dejó caer la cuchara, salpicando caldo sobre el pecho de él—. ¡Oh, lo siento mucho! —jadeó, azorada mientras buscaba una servilleta. Sus manos temblaban mientras limpiaba el desastre, pero Lucian las atrapó, con un agarre cálido y firme.

—Tendrían que ser cinco —dijo con una sonrisa burlona—. Dos granjeros, dos debutantes y uno para desempatar.

Lizzie se quedó inmóvil, mirándolo fijamente. Algo en su expresión hizo que su corazón diera un vuelco doloroso en su pecho. Con una repentina sacudida de vergüenza, liberó sus manos y se giró hacia el cuenco plateado con invitaciones.

—Olvidé darte estas —dijo, levantando el cuenco con una alegría forzada—. Son invitaciones de casi la mitad de la alta sociedad. Te has hecho todo un nombre, Lucian.

—¿Invitaciones? —preguntó él, arqueando una ceja.

—Sí —respondió ella, agitando un puñado de tarjetas—. Come tu caldo y recobra fuerzas. Necesitarás hasta la última gota para escapar de vuelta a Thorncliff Manor.

—¿Escapar? —repitió él, con una mirada extraña en sus ojos—. Quizás no me recupere tan rápido después de todo.

Lizzie frunció el ceño. —Lucian, creo que no lo entiendes. Estas son de *damas*. Damas frívolas, vanidosas y de mente ligera. Las odiarás.

—¿Lo haré? —Sus labios se curvaron en una sonrisa exasperante.

—Sí —espetó Lizzie, con una punzada de celos oprimiéndole el pecho—. No son como yo. Las despreciarás.

Su sonrisa se ensanchó. —Ya veremos.

—Ridículo —murmuró Lizzie—. Huirás de vuelta a Thorncliff antes de que siquiera abran sus abanicos.

—Oh, no —dijo Lucian, recostándose con aire de suficiencia—. He cambiado de opinión. Déjame ver esas invitaciones.

Lizzie abrazó el cuenco contra su pecho. —No puedes hablar en serio.

—Pero lo hago —dijo Lucian, con los ojos brillantes de desafío—. Me has enseñado a no ser grosero, después de todo.

Furiosa, Lizzie avanzó y dejó caer el cuenco en su regazo sin cuidado por sus heridas. —Es un placer —dijo, con una dulzura empalagosa. Luego, haciendo una pausa, agarró dos tarjetas y se las lanzó—. No te olvides de estas. Lady Emma y la señorita Stanton estaban especialmente ansiosas por tu atención.

Lucian sonrió mientras las tomaba. —¿Son hermosas?

Lizzie se encogió de hombros. —Algunos dirían que sí. Yo no.

—¿No están a la altura de los estándares de la Incomparable? —se burló él—. Bueno, como pueblerino que soy, debo rebajar mis expectativas.

Lizzie sintió el golpe de sus palabras como una bofetada. Levantando la barbilla, dijo fríamente: —En efecto. —Y con eso, se dio la vuelta y huyó, sin querer presenciar cómo examinaba las invitaciones.

***

Adelaide paseaba por la galería de cuadros, su mirada revoloteando sobre los grandes retratos sin mucha atención. Los rostros de los antepasados de Ashworth le devolvían la mirada desde sus marcos dorados, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

—Señorita Adelaide —se oyó una voz profunda detrás de ella—. Graves me dijo que podría encontrarla aquí.

Adelaide se giró bruscamente, conteniendo el aliento al encontrar a Thomas Ashworth parado más cerca de lo que esperaba. El espacio entre ellos se sentía demasiado pequeño, demasiado cargado. Su corazón saltó —y luego se aceleró, el ritmo constante al que se había aferrado toda la mañana ahora completamente desaparecido. ¿Por qué su presencia siempre la perturbaba tanto?

—Oh, yo... no lo oí —balbuceó, juntando las manos frente a ella.

—No —dijo él, con una sonrisa jugando en sus labios—. Parecía bastante cautivada por las pinturas. Curioso, en realidad. Creo que le gustan mis antepasados mucho más que a mí.

Adelaide forzó una risa. —Me gusta la historia —dijo rápidamente, volviéndose hacia el retrato más cercano para ocultar su rostro. El calor de su mirada era demasiado para soportar.

—¿Qué sucede, querida? ¿Algo anda mal?

Su voz era suave, su mirada escrutadora, y ella odiaba lo fácilmente que la leía. ¿Cómo podía ver tanto, cuando ella se esforzaba tanto por ocultarlo? El calor inundó sus mejillas, y se apartó, fingiendo estudiar el retrato más cercano. Sus dedos se aferraron a los pliegues de su vestido, como si sostener algo tangible pudiera anclarla.

Thomas asintió. —Eso escuché. Pero no debe preocuparse. Es simplemente su manera de ser.

—Sí, es su manera de ser —murmuró Adelaide, retrocediendo un paso cuando la mano de él rozó la suya. Su piel hormigueó donde la había tocado, y ella apretó los dedos para detener la sensación—. Sus naturalezas son… intensas. Casi apasionadas, diría yo.

Thomas guardó silencio por un momento. Cuando Adelaide lo miró de nuevo, sus ojos verdes mostraban demasiada comprensión. Ella se sonrojó y rápidamente se dirigió a otro cuadro.

—¿Era así… entre tú y tu esposa?

—¿Maria? —La risa de Thomas fue queda, casi nostálgica—. Ella era muy parecida a Lizzie.

Adelaide vaciló, observándolo con cuidado. Había una calidez en su tono, una ternura que no había esperado, y eso le oprimió el pecho. Con qué facilidad llevaba sus recuerdos, con qué naturalidad hablaba de amor y pérdida. Ella envidiaba esa facilidad, y también la admiraba.

—Ojalá hubiera una imagen de ella —dijo suavemente, sin darse cuenta de que las palabras se le habían escapado hasta que fue demasiado tarde.

Thomas la estudió pensativamente.

—¿Te molesta tanto?

Ella se encogió de hombros, tratando de parecer indiferente.

—Entiendo por qué no tienes una, pero… me lo pregunto.

Su risa fue cálida e inesperada.

—No creo que sea necesaria. Lizzie es el reflejo de Maria en más aspectos de los que me atrevo a admitir. A pesar de mi insistencia en que no me detengo en el pasado, la verdad es que no necesito una imagen. Cuando miro a Lizzie, veo a Maria. Aunque Lizzie, quizás, tiene un toque mío para templar su espíritu ardiente.

Adelaide sonrió levemente.

—Así que tu esposa también era fuerte y… apasionada.

Thomas se acercó, su voz baja.

—Hay muchas formas de fuerza, querida. Y muchas formas de pasión.

Adelaide contuvo la respiración y forzó una risa temblorosa, alejándose.

—Sabes, he conocido a Lucian toda mi vida. Nosotros… estamos prometidos. Siempre ha sido tan constante. Autoritario y descuidado con sus modales, quizás, pero confiable. Sin embargo, desde que llegó Lizzie… es diferente.

Thomas inclinó la cabeza, su voz suave.

—¿Y qué hombre crees que es realmente?

Los labios de Adelaide se entreabrieron, sus mejillas se colorearon mientras susurraba:

—El que es cuando está con Lizzie.

La expresión de Thomas no cambió, aunque su tono se suavizó.

—Se necesita una mujer fuerte no solo para ver eso, sino para admitirlo. ¿Te duele?

—No —la frente de Adelaide se arrugó mientras encontraba su mirada—. Eso es lo que me sorprende. Debería sentirme devastada, pero... los observé hoy —hizo una pausa, tomando una respiración profunda—. Lizzie le estaba dando caldo. Estaban discutiendo, por supuesto. Pero luego comenzaron a hablar, y... pude verlo. Su amor el uno por el otro.

Sacudió la cabeza, como para aclarar el pensamiento. —No me lastimó. Todo lo que podía pensar era en lo afortunado que es Lucian de haber encontrado a alguien que lo hace sentir vivo.

Thomas la estudió en silencio. —¿Y qué harás?

—No lo sé —dijo ella, con voz vacilante.

—Ellos tampoco —dijo él, con voz firme y cálida—. Pero si crees que Lizzie es la adecuada para Lucian, entonces él no es el hombre adecuado para ti. ¿Has pensado en qué tipo de hombre

lo sería?

Adelaide dudó, luego agarró su mano, negándose a encontrar su mirada. —No —susurró—. No, no lo he pensado.

La mano de Thomas se cerró suavemente alrededor de la suya, dándole apoyo. —Lucian ha decidido quedarse en Londres por un tiempo —dijo después de un momento—. Por favor, acepta mi hospitalidad mientras estés aquí. Es una excelente oportunidad para que conozcas a otras personas. Quizás, con el tiempo, descubras qué tipo de hombre quieres a tu lado.

Adelaide parpadeó para contener las lágrimas, aún aferrada a su mano. —Quizás —murmuró.

Thomas no dijo nada más, simplemente dejando que el momento descansara entre ellos. El calor de su mano persistió mucho después de que él la soltara suavemente, y Adelaide, sintiéndose vulnerable y extrañamente reconfortada, volvió a mirar los retratos, con sus pensamientos hechos un lío.

Capítulo 27

Buenas tardes, Graves —dijo Lizzie cuando el mayordomo abrió la puerta principal. Sus brazos estaban cargados de paquetes, cuyo peso casi hacía tambalearse a su doncella, que venía detrás de ella cargada de cajas y bultos.

—Por favor, pida al lacayo que traiga el resto del coche —indicó Lizzie con brusquedad. Forzando una sonrisa brillante, añadió—: He tenido una expedición de compras bastante *productiva*.

Una mentira. En realidad, había vaciado casi por completo la tienda de Madame Celeste, y aunque la modista estaba extasiada, Lizzie encontraba poca satisfacción en su botín. Cada volante, cada cinta de seda se había sentido como una distracción, un intento fútil de desterrar los pensamientos sobre el irritante inválido en su casa.

Resopló en silencio. Lucian Thorncliff podría convocar a un rinoceronte en el salón, hacer malabares con antorchas encendidas por las escaleras o proclamarse rey de Inglaterra, y a ella *no le importaría*. Su cordura dependía del desapego emocional, y tenía la intención de lograrlo aunque fuera lo último que hiciera.

Una ráfaga de risa femenina flotó por el vestíbulo, aguda y demasiado alegre.

Lizzie se quedó helada, frunciendo el ceño. —¿Quién es *esa*? —preguntó con brusquedad.

Graves, con aspecto decididamente incómodo, se aclaró la garganta. —El señor tiene compañía, mi lady.

—¿*Mi padre* está recibiendo visitas? —El ceño de Lizzie se profundizó.

—No, mi lady. —Graves tragó saliva—. Es... Lord Thorncliff quien recibe.

—¿Qué? —La voz de Lizzie se elevó con incredulidad—. ¡Imposible!

—Me temo que no —dijo Graves, inclinando ligeramente la cabeza.

Otra oleada de risitas se filtró a través de las pesadas puertas del salón, arañando los nervios desgarrados de Lizzie. Sus ojos se entrecerraron. —Debería estar *descansando* —espetó.

La expresión de Graves se tornó cautelosa, pero asintió. —Así es, mi lady.

Las risas se hicieron más fuertes, burlándose y ridículas. Los labios de Lizzie se apretaron en una fina línea. —Ya *basta* —murmuró.

Sin decir una palabra más, empujó sus paquetes a los brazos sorprendidos del mayordomo. Graves se tambaleó ligeramente bajo el peso mientras Lizzie pasaba junto a él, sus faldas ondeando con furia determinada. Abrió la puerta del salón sin ceremonias y se detuvo en seco.

La habitación parecía un cuadro, uno de esos obscenos harenes orientales. Lucian estaba reclinado en el sofá como un sultán, apoyado contra un número excesivo de cojines. A su alrededor se sentaba un pequeño batallón de damas con ropajes de seda, sus carabinas acechando como helechos decorativos en los márgenes. En ese preciso momento, Lady Emma Cole —con una expresión de triunfo sin aliento— le ofrecía a Lucian una taza de chocolate como si fuera el Santo Grial.

—Luc... mi *señor* —dijo Lizzie, su voz cortando la charla como una cuchilla—. ¿Qué está haciendo exactamente?

Lucian levantó la mirada. Sus ojos gris tormentoso brillaron con diversión al encontrarse con los de ella. —Estas damas se han apiadado de mí —dijo con voz arrastrada—, y han tenido la amabilidad de entretenerme.

—*Vaya, milord* —Lady Emma soltó una risita, con los ojos resplandecientes—. *Jamás imaginamos* que nos recibiría. Simplemente pasamos para interesarnos por su salud.

—¿De veras? —El tono de Lizzie destilaba un escepticismo seco.

—Imagine nuestra sorpresa —arrulló la señorita Lucy Dillington, con la mirada posada descaradamente en Lucian—, cuando su señoría se *dignó* a recibirnos.

—Qué terriblemente amable de su parte —replicó Lizzie, con voz plana como una tabla.

—¡Pobre Lord Thorncliff! —suspiró Lady Emma dramáticamente—. Estaba positivamente *muerto de aburrimiento* hasta que llegamos. Dijo que no había tenido compañía decente.

—Y no podíamos permitir *eso* —intervino Lady Amelia Chandler—. Después de todo, ¡es un héroe!

Lizzie se atragantó. —¿Un *héroe*?

—¡En efecto! —Emma parpadeó sorprendida—. No me diga que no se ha enterado.

—¿Enterado de *qué*, exactamente? —preguntó Lizzie, conteniendo apenas su exasperación.

—De lo de Mordaunt —dijo Emma con deleite—. Lord Thorncliff lo derrotó por completo. El Duque ha abandonado Londres.

—No me sorprende —dijo Lizzie fríamente—. Mordaunt no es del tipo que tolera que lo conviertan en el hazmerreír.

—Y usted debería saberlo —ronroneó Emma, con voz dulcemente afilada—, ya que estuvo comprometida con él.

La columna de Lizzie se endureció. —No me causa dolor —dijo bruscamente—. Si vio el anuncio en el periódico, sabrá que fui *yo* quien rompió el compromiso.

—Por supuesto —murmuró la señorita Dillington con falsa simpatía—, y *todas* lo entendemos. ¿Qué más podía hacer, después de que Lord Thorncliff humillara así a Mordaunt?

—¡No dejé a Mordaunt por lo que hizo Lucian! —La voz de Lizzie se elevó, el color inundando sus mejillas.

—¿Lucian? —repitió la señorita Dillington, con los ojos muy abiertos de apenas contenido júbilo. Las damas soltaron risitas, mientras sus acompañantes lanzaban miradas de desaprobación a Lizzie.

—Por supuesto que no —intervino Emma suavemente—. Pero hablemos de cosas más alegres. Para levantar el ánimo de todos, tengo la intención de ofrecer un baile. —Se volvió hacia Lucian con un aleteo de pestañas—. Espero que asista, milord. Será en su honor.

Lucian vaciló. Lizzie aprovechó el momento. —Me temo que a Lord Thorncliff no le gustan tales frivolidades —dijo dulcemente—. Las encuentra tediosas.

Lucian le lanzó una mirada penetrante antes de volverse hacia Emma con una sonrisa. —Estaré *encantado* de asistir.

—¡Me hace *tan feliz*! —exclamó Lady Emma, juntando las manos—. Pensaba celebrarlo dentro de tres semanas.

—¿Tres semanas? —Los ojos de Lizzie se clavaron en Lucian, su voz peligrosamente calmada —. Seguramente mi señor no tiene intención de permanecer en la ciudad tanto tiempo.

La mirada de Lucian se encontró con la suya, con diversión bailando en sus ojos. —Por el bien de la querida Lady Emma, lo haré. Sería galante asistir, ¿no es cierto? —Sonrió levemente—. Eso es, si usted y su padre no tienen inconveniente en extender su hospitalidad hacia mí.

Las otras damas murmuraron su entusiasmo, con los ojos brillantes y esperanzados. La mirada de Lucian nunca se apartó de la de Lizzie.

Un sabor amargo llenó la garganta de Lizzie, pero forzó una sonrisa. —Por supuesto. Puede quedarse todo el tiempo que desee. No me importa en absoluto.

La mirada de Lucian se estrechó. —Es usted la amabilidad personificada.

—Gracias —respondió Lizzie con falsa dulzura, su mente dando vueltas furiosamente. ¡*En absoluto*, ciertamente! No permitiría que se quedara más de lo debido—. Pero me temo que no estaba preparado para una visita tan prolongada. ¿Debería enviar a un sirviente a buscar su guardarropa?

—No será necesario —Lucian sonrió con suficiencia—. Me encargaré de adquirir uno nuevo mientras esté aquí.

—¡Oh, qué maravilloso! —exclamó Lady Emma—. Y debe prometerme que bailará conmigo en el baile.

Lizzie se rio abiertamente. —Lord Thorncliff no *baila*, Emma.

—Tal vez aprenda —respondió Lucian, dirigiendo una mirada divertida a Lizzie—. ¿Qué dice usted, Lady Lizzie? ¿Debería probar mis pies con usted?

Lizzie tragó saliva con dificultad. —Si *elige* aprender, no me necesitará.

—¿Teme que le pise los pies? —murmuró Lucian suavemente. Las damas cacarearon como gallinas.

—Esa sería la menor de mis preocupaciones —respondió Lizzie, con la voz tensa.

—Si me disculpan —dijo, reuniendo su dignidad—. Los dejaré con sus planes.

—¿No desea unirse a nosotros, Lady Lizzie? —preguntó Emma inocentemente.

—No —dijo Lizzie con fingida indiferencia—. Ya tengo demasiados compromisos.

—Qué lástima —respondió Emma, dirigiendo una sonrisa satisfecha a Lucian—. Me temo que queda en *nuestras* manos, milord.

—Estoy seguro de que me irá bien —respondió Lucian con suavidad.

Lizzie giró bruscamente sobre sus talones y huyó de la habitación. —¿Le irá bien? —murmuró entre dientes—. *No bajo mi techo.*

Apretó los dientes. Lucian Thorncliff no tenía por qué quedarse en Londres. Tenía obligaciones —*Adelaide* tenía obligaciones. Bueno, si lo había olvidado, ella se encargaría de recordárselo.

Lizzie sonrió con tensión, la satisfacción arremolinándose en su pecho mientras buscaba a Graves.

—¿Dónde está la señorita Devon? —preguntó bruscamente.

—La señorita Devon está en la biblioteca, milady —respondió Graves, ajustando la pila de paquetes que ella le había arrojado sin ceremonias—. Con su padre.

Las cejas de Lizzie se alzaron. *¿Con Padre?* Agradeció a Graves y se dirigió hacia la biblioteca, sus pasos ligeros pero su mente en ebullición. Cualquier asunto que Adelaide tuviera

con su padre era de poca importancia, seguramente. Sin embargo, la sensación persistente de curiosidad aceleró su paso.

Al abrir la puerta de la biblioteca, Lizzie se detuvo en seco.

Adelaide estaba sentada acurrucada en un sillón de orejas, su padre posado casualmente en el brazo a su lado. Los libros los rodeaban como una fortaleza, y uno yacía abierto en el regazo de Adelaide. Estaban riendo—una risa ligera y genuina que sorprendió a Lizzie y la dejó en silencio.

—Hola —dijo finalmente Lizzie, su voz más vacilante de lo que pretendía. Ni Adelaide ni su padre parecieron notarla al principio, demasiado absortos en la anécdota que él había estado compartiendo. Entonces Adelaide levantó la mirada, sus ojos marrones brillando con un resplandor que Lizzie nunca había visto antes.

—¡Lizzie! —saludó Adelaide calurosamente, sus mejillas sonrojadas—. Tu padre me ha estado contando las historias más maravillosas de sus viajes. ¡Apenas puedo creer la mitad de ellas! África, especialmente... suena como algo salido de un cuento de hadas.

Señaló el libro abierto, un boceto de alguna criatura salvaje en trazos audaces. —Y mire. Aquí está la prueba. Es exactamente como él lo describió.

—Sí, yo misma las he visto —respondió Lizzie automáticamente, su mirada alternando entre los dos. *¿Adelaide siempre había sido tan hermosa?* La tranquila simetría de sus rasgos, junto con el brillo vibrante que iluminaba sus mejillas, golpeó a Lizzie con una extraña punzada de envidia —o quizás culpa.

Adelaide inclinó la cabeza. —¿Las ha visto? Qué extraordinario. Es difícil imaginar tales cosas, incluso después de ver los dibujos. Solía pensar que Londres era extraño, pero ahora me pregunto si mi imaginación es terriblemente limitada.

—Por extraño que sea, el hogar tiene sus propios encantos peculiares —dijo Lizzie con cuidado, entrando en la habitación—. Y hablando de hogar, he venido a hablar con usted sobre el suyo. Acabo de hablar con Lucian...

—¿En serio? —interrumpió Thomas, con un tono ligeramente divertido—. Me sorprende que haya logrado decir una palabra. Parecía bastante preocupado antes... con sus admiradoras.

Los labios de Lizzie se apretaron en una línea plana. —*En efecto*. No debería haber estado recibiendo visitas en absoluto, mucho menos manteniendo una corte.

La expresión de Adelaide se suavizó. —Pero usted conoce a Lucian. Rara vez escucha los buenos consejos. Ha estado de un humor tan... sombrío últimamente, pensé que quizás la compañía podría ayudar. Él mismo lo dijo.

—La compañía de damas —corrigió Lizzie bruscamente, irritada—. O debería decir, un *harén* de damas. Dígame, Adelaide, ¿sabía que ha prometido asistir al baile de Lady Emma?

Las cejas de Adelaide se alzaron. —¿El baile? Eso no suena como Lucian. Detesta tales eventos... apenas puede tolerar las asambleas del campo.

Lizzie cruzó los brazos. —Sin embargo, tiene la intención de quedarse aquí durante *tres semanas*.

—Ah —murmuró Adelaide, un ligero ceño frunciendo sus labios—. Para entonces, debería estar lo suficientemente recuperado para irse.

—Recuperado o no, no estaba pensando con claridad cuando lo prometió —dijo Lizzie, su tono rozando la exasperación—. Ninguno de ustedes puede permanecer lejos de casa por tanto tiempo. Hay heno que recoger...

—¿Heno? —interrumpió Thomas, arqueando las cejas con incredulidad.

—Sí, heno —repitió Lizzie, imperturbable—. Debe ser recogido antes de que cambie la estación.

Thomas estalló en carcajadas, el sonido rico y sin restricciones. —¡Por Dios! Querida, es un día raro cuando usted se preocupa por el estado de los campos.

Lizzie se sonrojó pero mantuvo su posición. —Alguien debería preocuparse —dijo, volviéndose intencionadamente hacia Adelaide—. Su madre debe estar frenética sin su compañía. Seguramente no puede permanecer ausente tanto tiempo.

El brillo alegre de Adelaide se apagó, su rostro decayendo. —Oh cielos, tiene razón. No había pensado...

—Tonterías —interrumpió Thomas, su tono volviéndose severo mientras lanzaba una mirada de reproche a Lizzie—. No debería angustiar innecesariamente a la señorita Devon. Ya me he encargado de ello.

—¿Qué? —Adelaide lo miró, sobresaltada—. ¿Encargado de qué, milord?

Los ojos de Lizzie se estrecharon. —En efecto, ¿de qué?

Thomas sonrió amablemente. —Envié una institutriz y una niñera para ayudar a su madre. Después de todo, usted está aquí debido al... contratiempo de mi hija. Es lo mínimo que podía hacer.

Las manos de Adelaide volaron a su boca. —¿Ha hecho esto por nosotras? ¿De verdad?

—No es molestia —le aseguró Thomas con un asentimiento—. También les he dado instrucciones de que nos informen sobre cómo se encuentra su familia. No tiene por qué preocuparse.

Lizzie parpadeó, atónita. —Debo decir, padre, que nunca pensé verlo preocupándose por institutrices y niñeras.

Él le sonrió con una serenidad exasperante. —Tú también fuiste niña alguna vez, querida. Recuerdo esas cosas.

—Es usted muy amable —dijo Adelaide suavemente, con los ojos brillantes de gratitud.

—Tonterías —dijo Thomas, rechazando su agradecimiento con un gesto. Luego su expresión se iluminó—. Eso me recuerda... la prima Esmeralda llegará mañana.

Lizzie casi dejó caer el libro que había cogido inconscientemente. —¿La prima Esmeralda?

—Ha accedido amablemente a actuar como su nueva carabina —dijo Thomas.

—¿Mi carabina? —repitió Lizzie, con evidente incredulidad.

—Y la de la señorita Devon —añadió Thomas, asintiendo hacia Adelaide—. Confío en que Esmeralda no será demasiado intrusiva.

Lizzie apretó los labios para contener una carcajada. —Encontrarla podría resultar más difícil que soportar su presencia.

Adelaide soltó una risita. —Nunca he tenido una carabina —admitió—. No desde mi madre, por supuesto.

—Pues ahora tendrá una —dijo Thomas con firmeza—. Si alguien pregunta, Esmeralda ha estado con ustedes desde el día que llegaron. Ella comprende la necesidad de discreción.

—Por supuesto —dijo Lizzie, empezando a ver la lógica de su plan. *Una poetisa distraída era mucho más segura que una extraña entrometida.* Sonrió con ironía—. Parece que lo has pensado todo.

—Me esfuerzo —dijo Thomas, devolviéndole la sonrisa antes de volverse hacia Adelaide—. Y así, ya ve, no hay razón para que no pueda asistir al baile de Lady Emma.

Adelaide dudó, retorciendo los dedos en su regazo. —Yo... no sé si debería...

Lizzie intervino rápidamente. —Sería una lástima que no lo hiciera. ¿Dónde más llevaría el vestido que ya he comprado para usted?

Los ojos de Adelaide se abrieron de par en par. —¿Qué?

Lizzie sonrió. —Es impresionante. Y totalmente egoísta, se lo aseguro... disfruto demasiado de las compras como para resistirme. Si desea que lo envíe a su casa, lo haré, pero tengo toda la intención de que lo lleve puesto.

Adelaide miró a Lizzie y a Thomas, su incertidumbre se convirtió en risa. —En ese caso, lo llevaré al baile.

—Bien —dijo Lizzie, aplaudiendo—. Madame Celeste necesitará su opinión para hacer los ajustes finales. Iremos mañana.

Adelaide sonrió, pero echó un vistazo hacia el pasillo. —Tal vez no deberíamos dejar a Lucian sin vigilancia...

—Estoy segura de que se las arreglará —dijo Lizzie con despreocupación. *Que se las arregle con todo, por lo que a ella le importaba.*

Capítulo 28

Lizzie estaba sentada junto a Adelaide en el carruaje mientras John, el cochero, navegaba lentamente a través de la elegante multitud en Hyde Park. Frente a ellas estaba sentada Esmeralda, quien finalmente había llegado dos días antes. La pequeña mujer de cabello blanco se posaba serenamente en su asiento, sus ojos grises desvaídos mirando la escena con una mirada distante. Su rostro estaba compuesto y agradable, como si su cuerpo pudiera estar aquí pero sus pensamientos estuvieran en otro lugar—quizás en una de sus épicas historias sobre antiguas reinas y juramentos melodramáticos.

Lizzie reprimió una sonrisa. Sabía que era mejor no interrumpir el ensueño de Esmeralda. No valía la pena perturbar cualquier gran saga que se estuviera desarrollando en su mente.

En su lugar, se volvió hacia Adelaide, cuya expresión era un fuerte contraste. El suave vestido rosa de Adelaide resaltaba los tonos dorados de su cabello y hacía que sus ojos marrones brillaran con una silenciosa apreciación mientras observaba el desfile de carruajes, damas y caballeros con atención absorta.

—Te ves encantadora —dijo Lizzie, con un tono cálido—. Me alegro tanto de que Madame Celeste haya podido tener ese vestido listo para ti tan rápidamente.

—Yo también —respondió Adelaide suavemente—. Realmente debo agradecerte de nuevo.

—Por favor, no lo hagas —dijo Lizzie con una risa—. La gratitud no me sienta bien. Soy terriblemente egoísta cuando se trata de vestidos y cintas, y vestir a otros es casi tan satisfactorio como vestirme a mí misma —Saludó con un gesto a un conocido, su sonrisa pulida.

Adelaide sacudió la cabeza con una expresión de asombro.

—¿Hacen esto todos los días?

—Sí —respondió Lizzie en un tono más seco—. Es muy importante ver y ser visto —Su voz se apagó mientras su mirada se congelaba en algo—o alguien—en la distancia. Su sonrisa vaciló.

—Padre está aquí —murmuró, tragando saliva—. Y Lucian.

El rostro de Adelaide se iluminó al instante.

—¿Lo están? Me alegro tanto de haberle dicho a tu padre que estaríamos aquí.

—¿Qué has hecho qué? —La cabeza de Lizzie giró hacia Adelaide, su voz aguda, pero no pudo mantener su atención allí. Su mirada se deslizó inexorablemente de vuelta a los jinetes que se acercaban.

Y allí estaba él—Lucian.

No podía apartar los ojos de él, por mucho que lo intentara. No era justo. ¿Cómo podía el hombre que había conocido como un tosco y rudo granjero ahora montar a horcajadas un reluciente semental negro como algún héroe gallardo sacado de una novela? Su chaqueta de superfino azul estaba tan perfectamente confeccionada que se amoldaba a la anchura de sus hombros y a las duras líneas de su pecho, y su corbatín blanco y almidonado le otorgaba un aire de autoridad refinada. Su cabello rubio, recortado al ras, brillaba bajo la luz del sol, enfatizando los ángulos marcados de su mandíbula y la belleza masculina de su rostro.

El corazón traidor de Lizzie dio un fuerte latido.

—Maldito sea —murmuró entre dientes—. ¿Desde cuándo le importa la moda de la ciudad?

Adelaide se volvió, alzando las cejas.

—¿Dijiste algo?

—No —espetó Lizzie, obligándose a mirar a cualquier parte menos a Lucian. La visión de él —tan devastadoramente apuesto y demasiado seguro de sí mismo— era más que inquietante. Era exasperante.

Para cuando Thomas y Lucian llegaron al carruaje, Lizzie ya había esbozado una sonrisa cortés en su rostro. Fijó su atención firmemente en su padre como si no hubiera notado a Lucian en absoluto.

—Buenas tardes, señoras —dijo Thomas, con sus ojos verdes brillando de diversión—. Esmeralda, ¿has conocido a Lord Thorncliff?

Esmeralda parpadeó y lentamente emergió de sus reflexiones literarias. Su mirada se agudizó al posarse en Lucian.

—Un placer conocerlo.

Lizzie miró a su pariente con asombro. *¿Concentrada? ¿Esmeralda?*

—Esmeralda —dijo Lizzie suavemente, como si le recordara algo olvidado—, ya has conocido a Lord Thorncliff. Reside con nosotros.

—Oh —dijo Esmeralda, sacudiendo la cabeza—. ¿Usted es *ese* Lord Thorncliff?

Lucian sonrió levemente.

—Lo soy, señora Carstairs.

—Vaya, vaya —murmuró Esmeralda, parpadeando rápidamente.

Adelaide rió suavemente, con las mejillas resplandecientes.

—Me siento igual que la señora Carstairs. Yo misma casi no lo reconocí, milord.

Lucian inclinó la cabeza.

—Ni yo a usted, señorita Devon. Es un hermoso vestido.

Adelaide se sonrojó, claramente encantada.

—Gracias. Lizzie tiene un gusto excelente.

La mirada de Lucian se deslizó hacia Lizzie. Sus ojos grises no mostraban nada de su habitual sarcasmo; en cambio, eran ligeros y provocadores, como si la desafiaran a admitir algo.

—¿Y usted, Lady Elizabeth? ¿Lo aprueba?

Lizzie esbozó su sonrisa más radiante y desdeñosa.

—Como parece estar tomando el asunto de la moda tan en serio, milord, diría que lo hace bastante bien.

Sus labios se curvaron.

—Un gran elogio, sin duda.

Thomas intervino con una sonrisa.

—Pero creo que nuestras damas se ven demasiado encantadoras como para que nos quedemos aquí sin hacer nada. Yo, por mi parte, no tengo intención de perder ni un momento en asegurarme de bailar con ellas en el baile de Lady Emma.

Miró a Adelaide.

—Señorita Devon, ¿me concedería el honor del primer vals?

Adelaide se sonrojó y bajó la cabeza.

—Me encantaría, milord. Pero me temo que nunca he bailado un vals antes.

—No importa —dijo Thomas con una sonrisa—. Es un milagro que le enseñara a Lizzie los pasos correctos. Tenía el terrible hábito de querer llevar en lugar de seguir.

—¡Padre! —Lizzie lo fulminó con la mirada mientras Thomas se reía.

Lucian rio suavemente. —Debe de haber sido todo un desafío, milord.

—Lo fue —dijo Thomas secamente.

Lucian volvió su mirada hacia Lizzie, sus ojos grises brillando con algo demasiado inquisitivo, demasiado perspicaz. —Permítame solicitar el segundo vals, Lady Elizabeth. Me gustaría tener la oportunidad de demostrar lo que valgo.

Lizzie se tensó, su pulso acelerándose. Alzó la barbilla y sonrió. —Si insiste, milord.

—Insisto.

La tranquila confianza en su voz la inquietó mucho más de lo que debería.

Thomas se inclinó hacia Adelaide y dijo alegremente: —No se preocupe, señorita Devon. Si mi hija pudo aprender, le aseguro que es posible.

Bajo sus pestañas, Lizzie observó cómo Lucian se reía de la broma de su padre, todo encanto y desenvoltura. Se mordió el interior de la mejilla. No se suponía que fuera encantador. No se suponía que *encajara* aquí. Y sin embargo, ahí estaba, atrayendo la mirada de todas las mujeres del parque, incluida Adelaide.

¿Y lo peor? No parecía importarle.

—Excelente —dijo Thomas con una amplia sonrisa—. Deberíamos irnos. Por mucho que nos encantaría monopolizar su compañía, difícilmente sería justo para los demás. —Asintió hacia la izquierda—. Torrington, por ejemplo, parece estar deseando acercarse, si tan solo se le diera la señal.

Lizzie siguió la mirada de su padre hacia donde el joven Conde de Torrington rondaba a distancia, sus ojos esperanzados dirigiéndose hacia su carruaje como un niño espiando el último dulce en la confitería. Miró de reojo a Lucian, sus labios curvándose ligeramente en una sonrisa triunfante. Si él podía pasearse encantando a todas las damas de la alta sociedad, entonces ella podría divertirse con la misma facilidad.

—En efecto —dijo, con voz dulce como el jarabe—. Torrington es un hombre tan *encantador*. Adelaide, simplemente *debes* conocerlo.

Adelaide parpadeó. —¿Debo?

—Ciertamente —respondió Lizzie, su tono ligero mientras saludaba al joven conde. El movimiento hizo que las cintas de su sombrero ondearan como estandartes de victoria.

Torrington se sobresaltó tan violentamente que su caballo se espantó con un resoplido indignado, levantando sus cascos en el aire. Lizzie reprimió una risa, aunque su diversión brillaba en sus ojos mientras se inclinaba hacia Adelaide. —Qué entusiasmo. ¿Ves? Ya viene galopando hacia ti.

—Hm —dijo Thomas, riendo entre dientes—. Quizás sea mejor que nos retiremos, Lucian, antes de que el caballo de Torrington nos haga dispersarnos a todos.

Lucian inclinó la cabeza hacia Lizzie. —Una sabia decisión. Estoy seguro de que Lady Elizabeth será más que capaz de manejar el... entusiasmo de Torrington. —Su voz destilaba una

silenciosa burla, aunque el brillo en sus ojos grises sugería que estaba completamente entretenido.

Thomas rio con ganas. —Bien dicho. Vamos, Lucian. Veo a Deidre Wolvington saludándonos.

Ante *eso,* la diversión de Lizzie se desvaneció en un instante. Giró la cabeza bruscamente hacia su padre. —¿Deidre? —repitió con brusquedad.

—Sí —respondió Thomas, completamente impenitente—. La viuda Wolvington. Muy rica... muy amigable.

—Será un placer —añadió Lucian suavemente, con lo que solo podría describirse como una sonrisa de suficiencia curvando sus labios.

Lizzie olisqueó y giró la cabeza, fingiendo desinterés aunque su columna se enderezó rígidamente. —Estoy segura de que encontrarás a la señora Wolvington *muy* amistosa —dijo con tensión—. Que os divirtáis.

Mientras Lucian y Thomas cabalgaban hacia el carruaje azul pálido de Deidre —con su ostentoso sombrero de plumas balanceándose a lo lejos—, Lizzie se negó deliberadamente a mirarlos. El hecho de que las curvas de Deidre Wolvington fueran legendarias no tenía absolutamente nada que ver con su repentino mal humor.

—La señora Wolvington... es extremadamente atractiva —murmuró Adelaide, con voz queda mientras su mirada seguía a los dos hombres.

—Sí —intervino Esmeralda con una animación poco característica, sus ojos grises muy abiertos—. Parece muy sofisticada.

—Lo es —dijo Lizzie secamente, manteniendo un tono tan frío como una limonada helada. En su lugar, dirigió su atención al joven Lord Torrington, que ahora intentaba guiar a su rebelde caballo a través del laberinto de carruajes con toda la gracia de un borracho navegando por un salón de baile.

Sonriendo forzadamente, Lizzie murmuró entre dientes apretados: —Por qué mi padre siente la necesidad de presentar a Lucian a Deidre está más allá de mi comprensión. No es una conexión que deba fomentarse.

—Tal vez a tu padre le guste su compañía —sugirió Adelaide, con voz inocentemente ligera.

—A él no —respondió Lizzie bruscamente—. Ella lo ha perseguido durante años, y aunque él es demasiado educado para ser grosero, sabe que es mejor no caer en sus garras.

Adelaide se relajó visiblemente ante eso, aunque trató de disimularlo alisando sus faldas.

—Es por Lucian por quien deberías preocuparte —continuó Lizzie, incapaz de contenerse—. No está acostumbrado a mujeres como Deidre.

—Oh, vaya —intervino Esmeralda de repente, olvidando su comportamiento distraído—. Un apuesto héroe arrastrado por la bella y malvada hechicera. ¡*Qué* historia! Debo escribirla.

Lizzie se volvió hacia su acompañante, arqueando las cejas. —¿Una historia?

Esmeralda asintió fervientemente, sus ojos grises brillantes y llorosos. —¡Un lord gallardo! ¡Una astuta encantadora! Y un campo de batalla de corazones —su voz se elevó dramáticamente —. Qué *epopeya escrita* será.

Adelaide se tapó la boca con la mano, escapándosele una risita a pesar de sus esfuerzos.

Lizzie solo pudo sacudir la cabeza, incapaz de contener la sonrisa reluctante que tiraba de sus labios. Cualquier historia absurda que Esmeralda hubiera conjurado en su cabeza, ciertamente era mejor que pensar en Lucian y Deidre.

Se volvió justo cuando Torrington finalmente llegaba a su carruaje, con el rostro casi carmesí bajo su alegre sombrero. Su caballo se movió de lado, casi derribando a un lacayo, pero el joven conde recuperó el control justo a tiempo.

—Lord Torrington —dijo Lizzie, con voz melosa—. Qué placer volver a verle.

El hombre delgado y de aspecto agradable inclinó la cabeza, su nuez de Adán moviéndose furiosamente. —Y... y yo a usted, mi lady. Y yo a usted.

Lizzie sonrió serenamente, aunque detrás de su agradable fachada, sus pensamientos volvían a Lucian y a la forma irritante en que se veía mientras cabalgaba hacia el carruaje de Deidre Wolvington. Miró de reojo a Adelaide y Esmeralda, que seguían mirando a los hombres con ojos soñadores.

—Oh, deja de mirar —murmuró entre dientes, aunque ella misma no pudo evitar echar un último vistazo hacia el carruaje azul celeste.

Capítulo 29

El salón de baile resplandecía como si mil estrellas hubieran caído a la tierra. Las arañas de cristal captaban cada destello de la luz de las velas, proyectando calidez sobre el mármol pulido y el remolino de vestidos de seda. El corazón de Adelaide latía al compás de la música mientras Thomas la guiaba hacia la abarrotada pista de baile.

El murmullo de risas y conversaciones se desvaneció. No importaba cuántos ojos los observaran; solo importaba la sensación de la mano de Thomas estabilizando su cintura y la fuerza en sus dedos mientras sostenían los de ella.

—Gracias por reservarme este baile —murmuró Thomas, con voz baja, solo para sus oídos.

Adelaide se sonrojó y levantó la mirada.

—¿Cómo no hacerlo? Después de todo, tú eres mi maestro.

Su sonrisa se inclinó, indulgente y cálida.

—Mi mejor alumna, señorita Devon.

La música se elevó, y él la hizo girar para ponerla en movimiento. Adelaide contuvo el aliento con una leve risa mientras se movían, entrelazándose sin esfuerzo entre el remolino de bailarines. El suelo se difuminó, pero la mirada de Thomas la anclaba. El mundo pareció encogerse hasta que no quedó nada más que su tacto, su sonrisa y el ritmo que guiaba sus pasos.

—Supera usted a todas las damas presentes —dijo él, con un tono tranquilo pero firme.

El pecho de Adelaide se llenó de calidez, una emoción palpitante surgió en su interior. Por primera vez, sintió que pertenecía a todo este brillo y elegancia. Sus miradas se encontraron, emociones no expresadas pasando como un susurro entre ellos, tan suave, tan frágil, pero imposible de ignorar.

Pero entonces Thomas rompió la conexión, apartando la mirada abruptamente. La pérdida de su atención fue como una vela apagada, y un escalofrío se coló donde antes había calidez.

Adelaide bajó la mirada hacia sus pies, su risa se había desvanecido.

—Gracias, señorita Devon —dijo Thomas suavemente mientras el vals llegaba a su fin. La guio fuera de la pista, siempre el caballero—. Será usted la bella del baile esta noche.

Adelaide forzó una pequeña risa, ocultando el extraño dolor en su pecho.

—No, creo que Lizzie se ha ganado ese título.

La mirada de Thomas se deslizó hacia donde estaba sentada Lizzie, rodeada de una multitud de caballeros ansiosos. A su lado, Esmeralda estaba medio enterrada en los cojines del sofá, completamente ignorada.

—En efecto —dijo, con una sonrisa tenue—. Parece que todos en nuestro grupo están disfrutando de la velada.

Adelaide siguió su mirada hacia donde Lucian estaba de pie, cautivando sin esfuerzo a un círculo de admiradores.

—Me pregunto si siquiera recordará que me prometió un baile.

—No lo olvidará —dijo Thomas con tranquila certeza—. Pero si lo hace, estoy seguro de que no te faltarán otros compañeros. ¿No está ya llena tu tarjeta de baile?

—Casi —admitió Adelaide. Dudó, reuniendo valor—. Excepto... por el segundo vals.

Las cejas de Thomas se alzaron.

—Imposible. Seguramente no lo dejaste en blanco a propósito, ¿verdad?

Adelaide desvió la mirada, con voz suave.

—Pensé... que quizás te gustaría bailarlo conmigo.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por algo más serio.

—No puedo.

—Oh. —Sus mejillas se encendieron—. Ya se lo has pedido a otra dama.

—No lo he hecho —dijo Thomas, con tono cuidadoso—. Pero lo haré.

Adelaide parpadeó mirándolo.

—¿Qué quieres decir?

—Una dama no debería bailar dos valses con el mismo caballero —dijo en voz baja—. A menos, por supuesto, que esté comprometida con él.

Comprometida. La palabra resonó como una campana en su mente.

—Oh —susurró—. Yo... no lo sabía.

—Pensé que no lo sabías —dijo Thomas con suavidad—. Nuestras posiciones pueden permitirnos cierta indulgencia, pero no daré pie a los chismes. No sería justo para ti.

Adelaide tragó el nudo en su garganta.

—Ya veo.

No lo veía, no realmente. No entendía por qué sentía esta aguda punzada de decepción. Ni tampoco entendía por qué de repente no le importaba si el mundo chismorreaba, si eso significaba otro baile con él.

—Esta es tu noche, señorita Devon —dijo Thomas, forzando un tono alegre en su voz—. No tendrás problemas para encontrar otros compañeros. —Miró a su izquierda—. De hecho, si no me equivoco, aquí viene uno ahora.

Adelaide se giró. Un joven caballero cuyo nombre no podía recordar se acercaba, con rostro ansioso. Forzó una sonrisa educada mientras Thomas inclinaba la cabeza y retrocedía.

—Disfruta tu velada —dijo. Y luego, se había ido.

Mientras permitía que el joven la guiara de vuelta a la pista, Adelaide echó un vistazo por encima del hombro. Thomas estaba en el extremo opuesto del salón de baile, bailando con una mujer que casi le doblaba la edad. Una punzada de algo agudo y desconocido oprimió el corazón de Adelaide.

Esta noche no se sentía en absoluto como su noche.

***

Lizzie despidió al grupo de admiradores que persistía con una sonrisa encantadora y un gesto de su mano enguantada.

—Vamos, caballeros. Insisto en que busquen a sus parejas antes de que la orquesta vuelva a tocar.

—Pero Lady Elizabeth...

—Debo sentarme en este baile —dijo con ligereza, aunque su sonrisa no llegaba del todo a sus ojos—. Me perdonarán, estoy segura.

Los hombres se dispersaron a regañadientes, algunos se demoraron lo suficiente para lanzar un último cumplido o suspirar con nostalgia al marcharse. Todos menos Lord Torrington, que permaneció a su lado como un perro fiel.

—Tampoco me agrada este próximo baile —anunció Torrington, hinchando el pecho con orgullo, como si fuera una gran declaración de solidaridad.

Lizzie reprimió un suspiro y le sonrió. El joven conde tenía buenas intenciones, pero su atención —constante y sincera— se estaba volviendo más agotadora que halagadora. Resistió el impulso de abanicarse y en su lugar se concentró en el espectáculo del salón de baile.

La sala resplandecía de riqueza y brillo. La luz de las velas centelleaba en las tiaras de diamantes y los espejos de las paredes. Sedas, satenes y gasas se arremolinaban mientras las

parejas giraban por la pista, las notas de la orquesta entretejidas con las risas y charlas como un hilo dorado.

Y en el centro de todo —por supuesto— estaba Lucian.

Se encontraba al otro lado de la sala, un sultán sonriente rodeado de su devota corte. Jóvenes debutantes, viudas audaces e incluso respetables matronas parecían atraídas hacia él como polillas a la llama. Se inclinó cerca de una joven risueña, murmurando algo que tiñó sus mejillas de un encantador tono rosado. La visión de esto envió un calor inexplicable directamente por la columna de Lizzie.

¿Cómo *se atrevía* a verse tan... tan *amable*? Como si no hubiera pasado su vida frunciendo el ceño en los campos o ladrando órdenes a sirvientes acobardados. Londres parecía haberlo transformado en una especie de caballero pulido y ocioso —un libertino, nada menos— que no podía decidir qué dama aduladora merecía su atención a continuación.

Era exasperante.

Su estómago dio un vuelco incómodo al darse cuenta de que no había intercambiado más que una palabra de pasada con él en toda la noche. Lizzie, *su anfitriona*, reducida a nada más que otro rostro entre la multitud. Ni siquiera la había mirado, ni una sola vez.

—Bah —murmuró Lizzie entre dientes, agitando una mano como si espantara el pensamiento.

—¿Se encuentra bien, mi señora? —La voz de Torrington interrumpió su estado de irritación.

—Sí, perfectamente —respondió Lizzie con brusquedad—. Estaba simplemente... distraída.

El joven conde se sonrojó, su rostro adquiriendo el mismo color que su corbatín. —Yo... eh... estaba diciendo lo agradable que fue nuestro baile anterior.

—Sí —dijo Lizzie con una sonrisa tan brillante que podría haberlo atravesado—. Fue encantador. —No tenía ningún recuerdo de ello.

—Lady Elizabeth —comenzó Torrington, con voz ansiosa—, me preguntaba si...

Una sombra cayó sobre ellos, interrumpiendo las palabras de Torrington a mitad de la frase. Lizzie levantó la mirada y se quedó paralizada. Lucian estaba ante ellos, su presencia tan imponente como siempre. Hizo una reverencia con gracia exagerada, su mirada fija en la de ella.

—Lady Elizabeth —dijo, con voz profunda y un tono de diversión—. He venido a asegurarme de que recuerde nuestro vals prometido.

Sus mejillas se encendieron a pesar de sí misma. —Mi señor, me asombra que lo haya recordado.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que sugería travesura. —Mi memoria nunca ha estado en duda, mi señora.

—Me habría sido imposible saberlo —replicó Lizzie, levantando la barbilla—. Es la primera vez que lo veo esta noche.

—Y sin embargo, aquí estoy —dijo Lucian con suavidad, extendiendo su mano.

Lizzie dudó. Sus ojos grises brillaban, desafiándola a rechazarlo.

—Me temo que ha llegado tarde —dijo ella, forzando dulzura en su voz—. Olvidé por completo nuestro acuerdo y he prometido el próximo vals a Lord Torrington.

El joven conde se sonrojó furiosamente, su boca abriéndose de la sorpresa. —¿Lo ha hecho?

—Lo he hecho —dijo Lizzie con firmeza, volviéndose hacia Torrington. Se arrepintió de la mentira inmediatamente; Torrington estaba demasiado complacido.

La risa de Lucian, baja y conocedora, le erizó la piel a Lizzie. Ella le lanzó una mirada molesta, pero él solo sonrió más ampliamente, como si viera a través de su falsedad.

—Me prometiste un baile, Lizzie —dijo suavemente, bajando la voz a un nivel que solo ella podía oír—. No debería haber tenido que pedirlo de nuevo.

El corazón de Lizzie se retorció ante el indicio de algo más afilado bajo sus palabras burlonas, algo que dolía. Su sonrisa se congeló. —Lo siento, mi señor. Pero estoy segura de que encontrará*muchas* otras damas con quienes bailar.

La mirada de Lucian se detuvo en la suya por un largo momento, su diversión desvaneciéndose en algo más silencioso, algo que hizo que su pulso saltara dolorosamente. Luego hizo una reverencia. —Como desee.

Y se fue, desapareciendo de nuevo entre la multitud de mujeres ansiosas por reclamar su atención.

—No puedo simpatizar con ese tipo —murmuró Torrington, mirando con enojo la figura de Lucian mientras se alejaba—. Se toma demasiadas libertades.

—Sí —concordó Lizzie con calma, aunque su conciencia le reprochaba sus palabras—. En efecto, lo hace.

Pero mientras observaba a Lucian moverse entre la multitud, su encanto natural haciendo suspirar a todas las mujeres, Lizzie no pudo negar la amarga punzada de celos ni el dolor hueco que dejaba a su paso.

De repente, Esmeralda se animó, sus ojos grises se agudizaron.

—¡El caballero abandonado, desplazado por dandis y hombres de menor valor! —declaró dramáticamente, agitando las manos como si estuviera dibujando las palabras en el aire.

—¿Qué? —balbuceó Torrington—. ¿Cómo dice?

Esmeralda se volvió hacia Lizzie, con los ojos brillantes de inspiración.

—¡Una historia trágica, Lady Elizabeth! El noble pícaro, condenado a vagar, rechazado por aquella que él...

—Esmeralda —interrumpió Lizzie rápidamente, con voz tensa—, ¿quizás preferirías plasmar eso en *papel* en lugar de palabras?

Esmeralda parpadeó, desconcertada.

—¡Lo haría, pero no tengo pluma ni papel! ¡Ay! Una tragedia dentro de otra tragedia.

—Tal vez Lady Driscoll pueda ayudarte —sugirió Lizzie, forzando una sonrisa entre dientes apretados.

Esmeralda sonrió radiante y se puso de pie con aire distraído, alejándose como un gorrión despistado.

—Ella es... única —dijo Torrington, mirándola alejarse.

***

Adelaide sostenía firmemente su tarjeta de baile, con los nudillos blancos, mientras Marcus Driscoll se inclinaba demasiado cerca, su aliento cargado de brandy. El brillo turbio de sus ojos la inquietaba, pero era la sonrisa torcida que curvaba sus labios lo que realmente le provocaba un escalofrío de malestar.

—Señorita Devon —balbuceó, tambaleándose como un hombre en la cubierta de un barco sacudido por la tormenta—. Me gustaría *muchísimo* bailar este vals con usted.

—Lo siento, señor —dijo Adelaide, con voz tranquila pero tensa. Curvó los dedos alrededor de la tarjeta, aferrándose a ella como si pudiera protegerla—. Ya estoy comprometida para este baile.

—¿Comprometida, eh? —Su labio se curvó, su rostro demasiado cerca para la decencia. Sin previo aviso, su mano se lanzó, arrebatándole la tarjeta de baile de las manos.

—¡Señor! —exclamó ella, retrocediendo.

Marcus entrecerró los ojos mirando la tarjeta, girándola de un lado a otro como si las palabras nadaran ante él.

—¡Ja! Está en blanco, pequeña bribona. No hay ningún nombre aquí. Así que lo llenaré por usted —Se la devolvió con una sonrisa triunfante—. Eso lo resuelve.

Adelaide retrocedió bruscamente, con el corazón palpitándole en el pecho. —Ya he dado mi palabra a otro caballero —dijo con firmeza—. Una dama no falta a su palabra.

Su sonrisa se volvió más oscura. —No hay necesidad de ser tímida. Después de todo, solo es un baile...

Antes de que pudiera acercarse más, Adelaide se puso de pie rápidamente. —Si me disculpa, debo encontrar a mi pareja. —No esperó su respuesta, ni se *atrevió* a mirar atrás, sino que se alejó entre la multitud tan rápido como sus temblorosas piernas se lo permitieron.

El pánico la carcomía mientras escudriñaba el salón de baile. ¿Dónde estaba Lucian? ¿O Thomas? Al otro lado del salón, Thomas parecía estar sumido en una conversación con una dama, una mucho más elegante y sofisticada que ella. Adelaide tragó saliva, con el corazón hundiéndose. Lizzie y Esmeralda tampoco se veían por ningún lado.

La presencia de Marcus ardía a sus espaldas. Miró por encima del hombro y lo encontró de pie exactamente donde lo había dejado, con los brazos cruzados y el rostro malhumorado, observándola como un depredador.

Su corazón dio un vuelco. *Vete. Vete ahora.*

Levantando la barbilla, Adelaide se dirigió hacia la salida más cercana. Entró en el pasillo, dejando atrás la música y las risas. El aire fresco la recibió, pero su alivio fue efímero al doblar por un pasillo silencioso. Encontró una puerta a su derecha, ligeramente entreabierta, y echó un vistazo al interior: una biblioteca llena de libros, con el fuego crepitando cálidamente en la chimenea. Un santuario.

Adelaide se deslizó dentro, cerrando la puerta suavemente tras ella. Por un momento, se desplomó contra ella, presionando una mano contra su corazón desbocado.

No me seguirá. No se atrevería.

Pero antes de que el pensamiento se asentara, la puerta volvió a crujir. Adelaide se quedó paralizada, con el terror subiendo por su garganta mientras Marcus entraba tambaleándose, su sonrisa ensanchándose en una mueca repugnante.

—Aquí estás —arrastró las palabras, cerrando la puerta con deliberada finalidad—. Sabía que me gustabas. Las chicas de campo siempre son rápidas para correr, pero siempre más rápidas para... —Se interrumpió, sus pasos zigzagueando hacia ella.

—Señor Driscoll, ¿qué hace usted aquí? —exigió Adelaide, forzando firmeza en su voz mientras retrocedía.

—Terminando lo que empezamos —balbuceó—. Esto es mucho mejor que un aburrido baile viejo, ¿no estás de acuerdo?

Se abalanzó hacia adelante y la agarró del brazo. Adelaide se retorció, el pánico chispeando. —¡Suélteme!

—Vamos —dijo Marcus, arrastrándola más cerca, su agarre de hierro—. Solo un beso, pequeña señorita.

—¡No! —Adelaide giró la cabeza, tratando de evadirlo, pero él la aplastó contra su pecho. Ella se debatió, sus puños golpeando inútilmente contra él, pero su boca descendió, húmeda, asfixiante y empapada de brandy.

La repulsión la invadió. Tuvo arcadas, retorciéndose con más fuerza, su corazón latiendo con un terror nauseabundo. *Esto no puede estar pasando. No, no, no.*

—Disculpe, Driscoll —se oyó una voz fría y cortante.

Adelaide se quedó paralizada. Marcus también se puso rígido, levantando la cabeza. El alivio la invadió cuando miró más allá de él y vio a Thomas Ashworth de pie en la entrada, sus ojos verdes oscurecidos por la furia.

—¿Qué quieres, Ashworth? —gruñó Marcus—. ¿No ves que estoy ocupado?

—Oh, veo bastante —dijo Thomas con calma, entrando en la habitación con una tranquilidad letal—. Suelte a la señorita Devon. Ahora.

Marcus apretó su agarre sobre Adelaide, aunque le faltaba la fuerza de antes. —Ella me *invitó* aquí —se burló.

—¡No lo hice! —gritó Adelaide, empujándolo con todas sus fuerzas. Marcus retrocedió un paso, tambaleándose.

—No importa —dijo Thomas, su voz baja y peligrosa—. No se aprovechará de ella. Aléjese.

Marcus hinchó el pecho, aunque su equilibrio vacilaba. —¿Quién eres tú para...?

El puño de Thomas salió disparado, limpio y preciso. El impacto aterrizó justo en la mandíbula de Marcus. El hombre se tensó, se tambaleó y se desplomó como un árbol talado.

El jadeo de Adelaide resonó por la habitación.

Thomas sacudió su mano y murmuró: —Mandíbula de cristal. —Se volvió rápidamente hacia ella, su mirada suavizándose—. ¿Estás bien, Adelaide?

Ella asintió, aunque sus extremidades aún temblaban. —Él... me besó. Fue horrible.

La boca de Thomas se tensó. —Al tonto le faltó delicadeza. La juventud y el vino hacen una mala combinación. —Dudó, luego añadió suavemente—: Olvida que alguna vez sucedió. Me aseguraré de que no te moleste más.

Adelaide tomó un respiro tembloroso, la cercanía de Thomas la tranquilizaba de una manera que no había esperado. El feo recuerdo del beso de Marcus comenzó a desvanecerse, reemplazado por la conciencia de la presencia de Thomas, su toque en su codo, dándole estabilidad.

—No sé si *puedo* olvidar —murmuró, mirándolo.

Los ojos de Thomas escudriñaron los suyos. —Solo fue un tonto borracho, Adelaide.

Su voz tembló. —Pero fue tan *horrible*. Temo que nunca más querré ser besada.

Thomas se tensó, un músculo saltando en su mandíbula. —No digas eso.

Adelaide encontró su mirada, su voz pequeña pero decidida. —Entonces... tal vez podrías ayudarme a olvidar, milord.

Él se quedó inmóvil, atónito. —¿Qué?

—No estás borracho, ¿verdad? —susurró ella.

—No —dijo él con aspereza.

—Entonces bésame.

El silencio pendía entre ellos, denso y eléctrico. Lentamente, las manos de Thomas se alzaron para acunar el rostro de ella, su tacto suave y reverente. Adelaide contuvo la respiración cuando él inclinó la cabeza hacia la suya.

Sus labios rozaron los de ella con delicadeza —tiernos, vacilantes, como si estuviera tanteando el terreno. Un escalofrío la recorrió y, al no apartarse ella, el beso se profundizó. La boca de Thomas se movía sobre la suya con lenta y posesiva dulzura, instándola a responder. Los ojos de Adelaide se cerraron mientras sus dedos se aferraban a la tela del abrigo de él.

El mundo exterior se desvaneció. Todo lo que sentía era el calor del cuerpo de él contra el suyo, la fuerza de sus brazos al rodearla, atrayéndola más cerca. Su beso era todo lo que el de Marcus no había sido —dulce, firme y absolutamente embriagador. El calor se desplegó en su interior, extendiéndose en espiral desde su corazón hasta cada extremidad temblorosa.

Thomas gimió suavemente, el sonido vibrando a través de ella. Cuando se apartó, su respiración era entrecortada, sus ojos oscuros con algo que hizo que el pulso de ella se acelerara. Sus brazos se demoraron un momento más antes de que sus manos descendieran a los hombros de ella. Su toque era gentil, pero había determinación en él. Se echó hacia atrás lo suficiente para mirarla, su expresión tensa. —Debemos volver al salón de baile, Adelaide. Ahora.

—Pero me gusta estar aquí —murmuró ella, su voz suave pero atrevida mientras alzaba el rostro hacia él. La luz del fuego parpadeaba sobre sus facciones, resaltando la línea dura de su mandíbula, el conflicto en su mirada ensombrecida.

Los labios de Thomas se curvaron en una leve sonrisa reluctante. —Y eso, querida mía, es precisamente el problema.

Adelaide lo estudió, su corazón aún latiendo salvaje y errático en su pecho. —¿Cuál es exactamente el problema? —preguntó con una inocencia fingida que apenas velaba su atrevimiento.

Él gimió suavemente, pasándose una mano por el cabello oscuro mientras retrocedía otro paso, como si la distancia física pudiera calmar el fuego que se había encendido entre ellos. —Eres demasiado joven para esto. Para *mí*.

—No soy una niña —dijo Adelaide, irguiendo la espalda—. La mayoría de las mujeres de mi edad ya están casadas.

—Precisamente por eso no debes quedarte aquí conmigo —dijo él, con voz baja y tensa—. Es mi deber asegurarme de que tu reputación permanezca intacta.

—Quizás sea demasiado tarde para eso —bromeó ella suavemente, su sonrisa poniendo a prueba la determinación de él.

Thomas le lanzó una mirada de advertencia, aunque su boca volvió a temblar. —Adelaide...

—Pero me besaste —le recordó ella, su tono volviéndose más serio mientras daba un paso hacia él, su valentía aumentando—. Y fue... *nada* parecido a su beso.

Thomas se estremeció como si el pensamiento de Driscoll le amargara el alma. —No debería haber sucedido.

—Pero me alegro de que haya pasado —dijo ella, con voz temblorosa pero firme—. Necesitaba saber que... —Vaciló, con las mejillas sonrojadas—. Que besar no siempre es algo terrible.

Thomas exhaló un largo y torturado suspiro. Su mirada recorrió el rostro de ella —sus mejillas sonrojadas, sus labios entreabiertos, sus sinceros ojos marrones— y su expresión se suavizó. —Adelaide —murmuró, con un tono más suave ahora—, no puedes dejar que una mala experiencia defina algo tan... —Se interrumpió, como si no pudiera encontrar las palabras—. Algunos momentos merecen ser atesorados.

—Entonces quizás —dijo ella en voz baja, con un tono desafiante—, deberías besarme otra vez. Solo para estar segura.

La mirada de Thomas volvió a la suya, atónita e inquisitiva. —¿Qué?

—Si algún otro hombre intenta besarme, pensaré en el tuyo en su lugar —explicó ella, las palabras brotando de sus labios apresuradamente—. Y si el suyo es terrible, tú puedes reemplazar ese recuerdo también.

Él parpadeó, su boca contrayéndose en una sonrisa a pesar de sí mismo. —Tienes una lógica bastante peligrosa, señorita Devon.

—Creo que es muy práctica.

Thomas rió suavemente, sacudiendo la cabeza como si no pudiera decidir si estar exasperado o encantado. —Volvemos al salón de baile *inmediatamente*.

Adelaide sonrió triunfalmente. —Si nos damos prisa, aún podríamos alcanzar el último vals.

Él dejó escapar otro gemido, este teñido de diversión. —Eres imposible.

—Para nada —respondió ella alegremente—. Simplemente sé lo que quiero.

Thomas le ofreció su brazo, su mirada se detuvo en ella un momento más. —Entonces permíteme escoltarte, mi determinada jovencita.

Mientras tomaba su brazo, Adelaide miró hacia atrás al inconsciente Marcus Driscoll tendido en el suelo y soltó una risita. —Me había olvidado por completo de él.

—¿Ah, sí? —murmuró Thomas, su voz burlona mientras salían al pasillo—. Por todos los medios, sigamos haciéndolo.

***

—Gracias, Lord Torrington, por acompañarme hasta aquí —dijo Lizzie, saliendo al balcón. El fresco aire nocturno acarició su piel como un bálsamo, agudo y fresco después del sofocante calor del salón de baile—. Lamento que hayamos perdido nuestro baile juntos, pero realmente necesitaba algo de aire. El calor y... la multitud me abrumaron.

Torrington sonrió radiante, su expresión juvenil y ansiosa. —Considero un honor mucho mayor, mi lady, estar aquí con usted que estar allí dentro, bailando el vals.

Lizzie sonrió forzadamente, aunque por dentro suspiró. Su maniobra para escapar del vals la había puesto ahora en una posición igualmente precaria. Evidentemente, el conde pensaba que lo había traído aquí para un romántico tête-à-tête. Rápidamente miró hacia las puertas del salón de baile. —¿Podría complacerme un momento más y traerme un vaso de ponche, milord? El aire me ha reanimado, pero aún me encuentro sedienta.

—Por supuesto, milady. Lo que sea por usted —dijo Torrington galantemente, haciendo una profunda reverencia antes de desaparecer de nuevo por las puertas.

En cuanto se quedó sola, Lizzie exhaló, cerrando los ojos. La fresca brisa nocturna le susurró entre el cabello, tirando de un mechón suelto y refrescando el acalorado rubor de sus mejillas. Las estrellas centelleaban en la aterciopelada extensión de arriba, y por primera vez en horas, sintió que podía respirar.

—Una excelente jugada —dijo una voz grave desde detrás de ella.

Lizzie se giró bruscamente, conteniendo el aliento. —¡Lucian! ¿Qué haces aquí?

Lucian salió de las sombras, el brillo plateado de la luz de la luna jugando sobre su rostro, resaltando los ángulos afilados de su mandíbula y la curvatura de sus labios. Parecía más peligroso —y devastadoramente apuesto— de lo que ningún hombre tenía derecho a ser. —Escapando —dijo simplemente, con un tono suave y burlón—. Me preguntaba cómo te las arreglarías para evitar otro vals con Torrington. Esto ha sido bastante ingenioso.

—Presumes demasiado —replicó Lizzie, cruzando los brazos para calmarse—. No lo estoy evitando.

—¿No? —Lucian sonrió, sin arrepentimiento, y se acercó paseando hacia ella. El firme golpeteo de sus botas contra el suelo de piedra parecía resonar en su pecho—. Entonces quizás no te importe bailar *conmigo*.

Lizzie dio un paso atrás, con el pulso acelerado. —Ya te lo dije, milord, no lo haré.

—Ah —murmuró suavemente, acortando la distancia entre ellos—. ¿Has olvidado cómo se hace? Permíteme recordártelo... es muy sencillo.

Antes de que pudiera protestar, su mano se deslizó hasta su cintura, el tacto quemando a través de la fina seda de su vestido. Lizzie contuvo la respiración, pero se negó a moverse. La otra mano tomó la suya con firmeza pero con suavidad, su pulgar acariciando sus nudillos. La sensación era abrasadora, íntima... peligrosamente íntima.

Ella lo miró fijamente, sin palabras mientras su corazón retumbaba. El aroma de él —especias y algo puramente masculino— envolvió sus sentidos.

—Muy sencillo —dijo de nuevo, con voz baja y ronca.

Entonces se movió, arrastrándola al baile, y Lizzie no tuvo más remedio que seguirlo. Se balancearon, sus movimientos suaves y fluidos, su fuerza guiándola sin esfuerzo.

Se sentía *perfecto*.

El mundo desapareció. Los acordes del vals que llegaban desde el salón de baile se convirtieron en su melodía privada, el fresco aire nocturno los envolvía como en un abrazo secreto. Lucian la hizo girar, y Lizzie rio suavemente a su pesar, la emoción burbujeando en su pecho. Su mano se aferró al hombro de él, sintiendo el músculo firme bajo la fina tela de su chaqueta.

—Baila usted muy bien, milord —dijo ella, con la voz más entrecortada de lo que pretendía.

Lucian sonrió, con una expresión lenta y pícara. —Es fácil cuando me permites guiar.

—Quizás hayas aprendido las costumbres de la sociedad después de todo —dijo Lizzie, tratando de recuperar la compostura, aunque su cuerpo la traicionaba: cada centímetro era consciente de lo cerca que él la sostenía.

—¿Lo he hecho? —murmuró él, bajando la mirada a sus labios—. Eso es un gran elogio viniendo de ti, mi lady.

El calor encendió sus mejillas, y Lizzie apartó la mirada rápidamente. —¿No es esto lo que querías? ¿Demostrar que me equivocaba? ¿Mostrar que perteneces aquí?

—No por esa razón —dijo él, con la voz más profunda.

Lizzie parpadeó mirándolo, sorprendida. Parecía... *sincero*. Por un fugaz momento, se asemejó al hombre que había conocido en el campo, aquel que trabajaba junto a sus arrendatarios, reía libremente y la provocaba sin artificio. Su pecho se oprimió. Echaba de menos a ese hombre. Lo echaba de menos demasiado.

Lucian ralentizó sus pasos hasta detenerse, su agarre en la cintura de ella persistiendo mientras su pulgar trazaba una línea lenta y deliberada en el dorso de su mano.

—Hay algo que echo de menos —dijo suavemente, con la voz apenas por encima de un murmullo.

—¿Qué es? —susurró Lizzie, con el corazón palpitando mientras lo miraba, incapaz de apartar la vista.

—Si vamos a ser amigos —dijo él, inclinándose más cerca—, ¿podrías volver a llamarme Lucian?

A Lizzie se le cortó la respiración. —Sí... *Lucian*.

Él sonrió levemente, y el sonido de su nombre en sus labios le provocó un escalofrío que la recorrió. —Y yo te llamaré Lizzie.

—De acuerdo —susurró ella, incapaz de contener la sonrisa que se dibujó en sus labios.

Por un momento, se quedaron allí, atrapados en un silencio cargado. Los brazos de Lucian se movieron, atrayéndola más cerca, su calor presionando contra ella. Lizzie inclinó la cabeza hacia arriba, su mirada fija en su boca, su pulso latiendo salvajemente en sus oídos. Quería que la besara. *Dios mío*, cómo deseaba que la besara.

Lucian inclinó la cabeza, su aliento mezclándose con el de ella mientras sus labios se cernían a un suspiro de distancia. Los ojos de Lizzie se cerraron, sus labios se entreabrieron—

—*¡Mi lady!*

El grito destrozó el momento. Lizzie se echó hacia atrás sobresaltada, abriendo los ojos de par en par mientras Lucian se enderezaba bruscamente, mascullando una maldición entre dientes.

Torrington estaba de pie en el umbral, con dos copas de cristal llenas de ponche en las manos y una expresión de agravio en el rostro. —¿Qué está pasando aquí?

Lucian se apartó de Lizzie, su expresión volviendo a ser serena mientras se giraba para enfrentar al Conde. —Lady Lizzie ha tenido la amabilidad de concederme un baile —dijo con suavidad, haciendo una educada reverencia—. La dejaré a su cuidado.

Tomó la mano de Lizzie una última vez, depositando un beso prolongado en sus nudillos, su mirada encontrándose con la de ella como si hiciera una promesa silenciosa. —Gracias por la lección, Lizzie.

Luego se dio la vuelta, dejándola allí de pie, con la mano aún hormigueando por su contacto.

—¡Lady Elizabeth! —balbuceó Torrington, con el ponche oscilando peligrosamente en las copas mientras se dirigía hacia ella—. ¡La llamó Lizzie! ¿Y usted se lo permitió?

Lizzie observó a Lucian desaparecer en las sombras más allá del balcón, su mente era un torbellino de confusión y anhelo. Se volvió hacia Torrington distraídamente, tomando una de las copas de él como si pudiera estabilizarla.

—Sí, mi lord —dijo distraídamente, sorbiendo el ponche—. Y yo lo llamé Lucian.

Torrington la miró boquiabierto, su rostro tornándose de un alarmante tono rojizo. —Pero... Pero usted...

—Lo siento mucho, Lord Torrington —murmuró Lizzie, ya caminando hacia las puertas, con el corazón aún acelerado y la mente llena de preguntas. ¿*Quién* era Lucian realmente? ¿Y por qué sentía que acababa de deshacer cada pieza de su cuidadosamente construida armadura?

—¡Lady Elizabeth! —llamó Torrington tras ella, pero Lizzie no miró atrás.

Capítulo 30

¿Qué sucede, Thomas? —preguntó Lucian, entrecerrando sus ojos grises mientras estudiaba al hombre mayor.

Thomas lo había convocado a la biblioteca después del desayuno, pero algo no andaba bien. Sus movimientos, usualmente serenos, eran bruscos y tensos, y había una vacilación en su andar que puso a Lucian inmediatamente en alerta.

—Tengo algo que debo preguntarte —la voz de Thomas sonaba inusualmente áspera. Sin más explicación, se dirigió al bar y se sirvió una generosa medida de brandy—. ¿Te apetece una copa?

Lucian arqueó una ceja.

—¿No es un poco temprano para eso?

Thomas lo miró, sin una pizca de humor.

—Creo que ambos la necesitaremos —sirvió una segunda copa y se la entregó a Lucian antes de sentarse rígidamente en una silla, indicándole a Lucian que hiciera lo mismo.

Lucian se acomodó en la silla opuesta, tomando la copa pero sin beber de ella.

—Parece que estás a punto de confesar un asesinato. Suéltalo ya.

Thomas exhaló pesadamente, sus dedos tamborileando inquietos sobre el vaso.

—Primero, permíteme decir esto: no deseo batirme en duelo contigo.

Lucian se quedó inmóvil.

—¿Por qué demonios nos batiríamos en duelo?

—Porque —dijo Thomas secamente—, tengo la intención de pedir la mano de Adelaide en matrimonio.

Lucian casi deja caer su copa.

—*¿Qué?*

Thomas enfrentó su mirada atónita, su propia expresión oscilando entre la gravedad y el desconcierto. El silencio se prolongó mientras la comprensión inundaba a Lucian, los recuerdos de las últimas semanas encajando de repente: cada mirada compartida, cada momento de atención que Thomas le había dedicado a Adelaide.

—Santo cielo.

—Sí —murmuró Thomas, bebiendo profundamente—. Santo cielo, en efecto.

Lucian exhaló una breve risa, aunque más aturdida que divertida.

—¿Te has enamorado de ella?

La mandíbula de Thomas se tensó, pero asintió.

—La amo —admitió con un suspiro—. Ese no es el problema. El problema es que quiero casarme con ella.

Lucian sacudió la cabeza con incredulidad, aún asimilando la situación.

—No veo por qué eso *es* un problema. Si Adelaide te acepta...

—Sí, *si* —Thomas se puso de pie abruptamente y empezó a caminar de un lado a otro, pasándose los dedos por el pelo—. No sé qué haré si no lo hace. No puedo... No puedo seguir besándola cada vez que sufra alguna tonta decepción.

Lucian se quedó paralizado, mirándolo fijamente. —*¿La has besado?*

—Ella me lo pidió —Thomas dejó de caminar y le lanzó una mirada sombría—. Ahora entiendes por qué estoy bebiendo.

Lucian soltó una risa sorprendida y por fin alcanzó su propia copa. —Ciertamente no me has dejado otra opción que unirme a ti —Tomó un rápido trago—. ¿*Ella* te pidió que la besaras?

Thomas agitó la mano como si espantara las palabras del aire. —No se suponía que oyeras eso.

Lucian sacudió la cabeza, perplejo. —Thomas Ashworth, sin palabras. Realmente estás desconcertado.

—Estás disfrutando esto demasiado —refunfuñó Thomas.

—Al contrario, estoy considerando retarte a un duelo después de todo —replicó Lucian con fingida seriedad, aunque sus ojos brillaban de diversión—. No puedo permitir que beses a Adelaide y no le pidas su mano. No jugarás con ella, milord.

Thomas se detuvo, enderezando la espalda. —No estoy jugando con ella.

Lucian sonrió con suficiencia. —Bueno, me alegra oírlo.

—Pero soy demasiado viejo para ella —dijo Thomas, aunque las palabras carecían de convicción—. Por Dios, Lucian, he vivido toda una vida más que ella.

Lucian lo estudió por un largo momento, su expresión suavizándose. —Ella te pidió a *ti* que la besaras, Thomas —dijo con suavidad—. Eso no es algo que una mujer haga a menos que lo desee.

Thomas resopló, sus labios curvándose en una sonrisa reluctante. —Adelaide también mencionó que no está en tu naturaleza ser demostrativo. Realmente deberías haberla besado más a menudo.

Lucian soltó una risa ahogada, sacudiendo la cabeza. —¿Quieres que rectifique ese descuido ahora?

Thomas le lanzó una mirada fulminante que podría haber sido amenazante de no ser por la diversión que persistía en los bordes. —No, yo me encargaré de eso.

—Muy bien —dijo Lucian, aún sonriendo—. Tienes mi bendición para pedir la mano de Adelaide —Luego hizo una pausa, como si se le ocurriera algo—. ¿Le has contado a Lizzie?

Thomas se puso serio de inmediato, la ligereza abandonando sus facciones. —No. Pedir la mano de una mujer que amo es suficiente por hoy sin tener que enfrentar a la otra.

Lucian frunció el ceño mientras lo estudiaba. —Puede que Lizzie no se lo tome tan mal como temes.

—Puede que no —concedió Thomas, aunque la duda ensombreció su expresión—. Pero esta es una de las veces en que no puedo predecir su respuesta.

La mirada de Thomas se volvió penetrante, fijándose en Lucian. —Y tú, mi amigo, podrías ayudarla en este aspecto.

Lucian se puso rígido. —¿Cómo dices?

—Ya no estás atado a ningún otro lado —dijo Thomas con suavidad—. Y Lizzie necesitará una amiga en estos momentos.

Lucian apretó la mandíbula, irritado. —Un matrimonio en la casa será suficiente, Thomas. En cuanto a Lizzie, lo mejor que podemos manejar es una amistad. Nada más.

Los ojos de Thomas brillaron con divertida complicidad. —¿Es esa tu intención?

—Sí —dijo Lucian con firmeza—. ¿Qué querrías que hiciera?

—Nada —respondió Thomas con inocencia, aunque su expresión lo traicionaba—. La amistad puede ser algo maravilloso.

Lucian lo fulminó con la mirada. —Eres insufrible.

—Y Lizzie necesitará apoyo —dijo Thomas con suavidad, sentándose de nuevo y terminando su bebida—. Me alegra saber que estarás ahí para ella.

La mirada de Lucian se intensificó, pero forzó una sonrisa. —Bueno, será mejor que te deje con lo tuyo. Tienes una propuesta que hacer, ¿no es así?

—Una vez que reúna el valor —dijo Thomas, sacudiendo la cabeza—. Soy un tonto. Debería dejar que Adelaide encuentre a un hombre más joven, pero... no puedo.

Lucian se puso de pie, con los labios curvándose ligeramente. —No parece que Adelaide *quiera* un hombre más joven. Y no eres tan viejo como para que una segunda vida sea imposible.

***

Adelaide estaba sentada en el salón con Lizzie y Lucian, su sonrisa suave y genuina. La velada era inusualmente agradable, llena de una conversación fácil y cordial. Era raro que todos se quedaran en casa antes de la cena, y más raro aún que la atmósfera se sintiera tan... pacífica.

La puerta se abrió y Thomas entró. El corazón de Adelaide dio un pequeño salto antes de que el calor inundara sus mejillas. Bajó la mirada rápidamente, alisando sus faldas para calmarse. No lo había visto en todo el día y no podía evitar preguntarse si era debido a su atrevimiento de la noche anterior. Quizás se había excedido —demasiado audaz, demasiado impropia. *Seguramente*, él encontraba su comportamiento desvergonzado desagradable.

—Buenas noches —dijo Thomas, inclinándose brevemente. Su mirada se paseó por ellos con una expresión extrañamente fija, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte—. Veo que estamos todos aquí. Lizzie, creí que cenaría con los Tindleton esta noche.

—Decidí no ir —respondió Lizzie, con los ojos brillantes de diversión—. Esmeralda está actualmente sumida en los embates de la inspiración. Está escribiendo una "historia conmovedora", y me resisto a apartarla de ello. Interrumpir a su musa puede ser peligroso, ¿sabe? Además, ha prometido acompañarme al concierto de los Randle más tarde. Se rumorea que Madame Pavo cantará, y me atrevo a decir que eso elevará sus ánimos a alturas aún mayores.

Adelaide soltó una risita. —Eso podría ser peligroso, Lizzie. ¿Quién sabe qué inspiración proporcionará Madame Pavo?

Lizzie sonrió, su mirada se desvió hacia Lucian como si compartieran alguna broma privada. —Solo el cielo sabe qué le hará realizar a su galante caballero a continuación.

—Ya veo —murmuró Thomas, aunque su tono sugería que en realidad no estaba escuchando. Asintió distraídamente y volvió su mirada hacia Lucian.

Lucian, que había estado observando atentamente a Thomas, rompió el silencio.

—¿Y cómo estuvo su día, mi lord?

—Ocupado —respondió Thomas secamente, frunciendo el ceño—. Pero aún hay algo que debo lograr.

Los ojos grises de Lucian brillaron con interés.

—No hay mejor momento que el presente, ¿no es así?

Thomas asintió brevemente, su expresión ahora completamente resuelta.

—Tienes razón —Se volvió hacia Adelaide, sus ojos verdes firmes e indescifrables—. Señorita Devon, ¿puedo hablar en privado con usted antes de la cena?

El corazón de Adelaide trastabilló. Su tono era formal —algo inusual en él— y había un peso detrás de sus palabras que hizo que su estómago se hundiera. *¿De qué se tratará?*

—Por supuesto, mi lord —logró decir suavemente.

Thomas se volvió hacia Lucian y Lizzie.

—No tardaremos mucho. Si nos disculpan.

Lucian se levantó y ofreció una leve sonrisa cómplice.

—Tómense todo el tiempo que necesiten, mi lord.

Adelaide se puso de pie rápidamente, sus movimientos nerviosos mientras seguía a Thomas fuera de la habitación. Un pesado silencio se extendió entre ellos mientras caminaban, sus anchos hombros tensos e indescifrables.

Los nervios de Adelaide zumbaban mientras seguía a Thomas por los silenciosos pasillos. El sonido de sus pasos resonaba suavemente en las paredes, el aire entre ellos denso con algo no dicho. No pudo soportar el silencio por más tiempo.

—¿Adónde vamos? —preguntó, su voz más baja de lo que pretendía.

—A la galería —dijo Thomas, su tono firme pero suave—. No la ha visitado tan a menudo últimamente.

Adelaide se sonrojó.

—Usted dijo que no debería pasar tanto tiempo estudiando historia.

—En efecto —murmuró, pero las palabras no llevaban reproche.

Cuando entraron en la galería, Adelaide sintió que el familiar silencio se apoderaba de ella, como si la historia misma se inclinara para escuchar. Miró a Thomas, pero su expresión no revelaba nada. Lentamente, él la guió por el largo pasillo.

Y entonces ella se detuvo.

Su respiración se cortó cuando su mirada cayó sobre una nueva pintura —una que no había estado allí antes. Era de una hermosa mujer, elegante y con porte, su expresión serena, sus ojos llenos de tranquila inteligencia. El parecido con Lizzie era inconfundible.

—Esa es... —La voz de Adelaide vaciló—. ¿Esa es su esposa?

—Esa *era* mi esposa —dijo Thomas suavemente, poniéndose a su lado.

Adelaide lo miró, una punzada aguda como un cuchillo atravesando su pecho. Por primera vez, miró el rostro de la mujer que había tenido su corazón. *¿Por qué ahora?*

—¿Por qué está su retrato aquí? —preguntó en voz baja, tratando de calmarse.

La mirada de Thomas se suavizó al volverse hacia el retrato. —Te dije una vez que ella vivía en mi corazón y que no necesitaba una imagen en la pared para recordarla. Eso sigue siendo cierto. Pero... es hora.

—¿Hora?

Se volvió para mirarla, su expresión sincera, llena de la gravedad del momento. —Hora de que ocupe su lugar legítimo en la historia de mi vida... y en la de esta familia.

Adelaide tragó con dificultad, sus ojos volviendo rápidamente a la mujer del cuadro. —Ya veo —susurró, bajando la mirada para ocultar el repentino escozor de las lágrimas.

Thomas se acercó, tomando sus manos temblorosas entre las suyas, cálidas. —Te traje aquí por otra razón, Adelaide. Quería que la vieras. Que conocieras su rostro. Que supieras que nunca será un fantasma entre nosotros.

Adelaide jadeó suavemente, sus ojos volando para encontrarse con los de él.

—Ella tiene mis recuerdos —continuó Thomas, su voz firme, reverente—. Pero *tú* tienes mi corazón.

El pulso de Adelaide se aceleró, la incredulidad luchando contra la alegría que de repente la invadió. —¿Qué?

Una sonrisa tocó sus labios—tentativa, triste, y sin embargo llena de esperanza. —Sé que no debería pedírtelo —dijo suavemente—, pero ¿te casarías conmigo?

Su corazón se elevó incluso mientras retumbaba. —¿Casarme contigo?

—Sí —dijo Thomas, su tono a la vez tierno y resuelto—. Te amo, Adelaide. Y no volveré a besarte a menos que seas mi esposa.

—¿No *volverás*? —preguntó sin aliento, una luz juguetona brillando en sus ojos a pesar del torrente de emociones en su interior.

—No *puedo*. —Thomas negó con la cabeza, un ceño fruncido tirando de su frente antes de que su expresión se suavizara—. No solo es impropio, sino que... cuando te beso, Adelaide... —Hizo una pausa, su voz enronquecida, su mirada intensa—. Llegará un día en que ya no podré seguir siendo un caballero.

Sus labios temblaron, la alegría desbordándose en una sonrisa temblorosa. —Entonces supongo que *tendré* que casarme contigo, ¿no es así?

Thomas rio—un sonido tembloroso y lleno de alivio. —Así es.

Se acercó, acunando su rostro entre sus manos antes de bajar su cabeza hacia la de ella. Sus labios rozaron los de ella, suaves y buscadores, y Adelaide se derritió contra él, sus brazos deslizándose alrededor de su cuello. Lo besó de vuelta con todo el amor y la pasión que se había acumulado dentro de ella—ya no vacilante, sus miedos borrados.

Thomas gimió suavemente en su garganta, y cuando se apartó, su sonrisa era irónica, sus ojos verdes brillando con amor y advertencia. —Tú, mi querida, te estás volviendo demasiado experta en esto.

—Eso es porque tengo un excelente maestro —dijo suavemente, sus mejillas sonrojadas—. Y porque te amo.

Thomas se quedó inmóvil, sus ojos oscureciéndose mientras la miraba, como si esas palabras fueran todo lo que siempre había querido escuchar.

—Doy gracias al Todopoderoso por eso —murmuró. Luego, con un suspiro tembloroso, añadió —: Me temo que no he manejado tu tiempo en Londres con mucha delicadeza. Pensé que podrías... encontrar a un hombre más joven.

La mirada de ella se suavizó.

—No me interesan —dijo simplemente—. Y tú... —Vaciló, su voz flaqueando—. ¿Crees necesario volver al lugar donde nos conocimos por primera vez?

Thomas frunció el ceño, levantando el mentón de ella para que no tuviera más remedio que mirarlo a los ojos.

—Cuando entré en esa habitación, Adelaide, fue por última vez. Encontré todo lo que quería ese día. —Su voz bajó a un tierno murmullo—. Te encontré a *ti*.

Adelaide tomó aire temblorosamente, la alegría burbujeando en su pecho.

—Entonces tendremos que idear una mejor historia para contar a nuestros hijos, mi lord.

Las cejas de él se alzaron, su sonrisa volviéndose pícara.

—¿No te importaría tener hijos?

Adelaide se sonrojó, pero no apartó la mirada.

—No si son tuyos.

Thomas parpadeó, una sonrisa tirando de sus labios.

—Si continúas besándome tan a fondo, querida, *ciertamente* habrá hijos.

Adelaide rió, ligera y radiante, el sonido haciendo eco por la galería.

—Ven ahora —dijo Thomas, alejándose reluctantemente—. No más charla de hijos hasta que haya un anillo en tu dedo. —Metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo. Al abrirla, reveló un diamante en forma de pera, grande y resplandeciente contra el forro de seda.

Adelaide contuvo el aliento.

—Es hermoso.

Thomas deslizó el anillo en su dedo, sus grandes manos gentiles.

—Hermoso... y tuyo.

Ella miró fijamente la piedra, las lágrimas amenazando de nuevo.

—¡Lucian! Oh no, me olvidé de Lucian.

Thomas se rió entre dientes.

—Tengo su permiso.

—¿Le *pediste* permiso a Lucian?

—Por supuesto. No habría sido apropiado hacer lo contrario. Casi me desafía a un duelo, ¿sabes?, una vez que confesé haberte besado sin proponerte matrimonio.

Adelaide soltó una risita, negando con la cabeza.

—Es un buen amigo.

—Sí —dijo Thomas, sonriéndole—. Y ahora, me gustaría mucho decirle a mi hija que tengo la intención de casarme con la mujer que amo. ¿Vamos, Adelaide?

—Sí, mi lord —susurró ella, su voz suave de felicidad.

Mientras se volvían para salir de la galería, Adelaide se detuvo, mirando hacia atrás al retrato de Maria Ashworth.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Thomas suavemente.

Adelaide sonrió, su voz una promesa silenciosa.

—Solo le estaba asegurando que cuidaré de ti lo mejor que pueda.

Thomas levantó la mano de ella hasta sus labios, presionando un beso en sus nudillos.

—Ya lo has hecho, amor mío. Ya lo has hecho.

Capítulo 31

Al principio, Lizzie se había sentido un poco incómoda bajo la mirada de Lucian, pero su constante charla intrascendente —sobre el próximo baile, los últimos absurdos de la familia real— había aliviado la tensión.

Entonces se dio cuenta de lo extraño que era escuchar a Lucian hablar de algo que no fueran cosechas o caballos obstinados. Una risita escapó de sus labios.

—¿Qué te divierte? —preguntó él, arqueando una ceja.

—Nada, excepto que no has mencionado ni una sola palabra sobre la agricultura en tu conversación —dijo ella con ligereza.

Él le dedicó una media sonrisa.

—Eso difícilmente interesaría a una dama, ¿no es así?

Lizzie se mordió el labio. Antes, quizás habría estado de acuerdo. Pero ahora echaba de menos a ese Lucian, el hombre que hablaba con tanta convicción y enfoque, que hacía que incluso los rendimientos de las cosechas sonaran como si importaran más que los asuntos del *ton*.

—Cierto —murmuró, sorbiendo su té para ocultar el rubor en sus mejillas.

Antes de que él pudiera decir más, la puerta se abrió. Thomas y Adelaide estaban en el umbral, con las manos entrelazadas y sus expresiones —la de él grave, la de ella radiante— enviaron una chispa de presentimiento a través del pecho de Lizzie.

—Lizzie. Lucian —la voz de Thomas era firme mientras se detenía justo dentro de la entrada —. Me gustaría anunciar que Adelaide ha consentido en casarse conmigo.

Por un instante, Lizzie no se movió. No respiró.

Luego, la taza de té se deslizó de su mano, chocando contra el platillo y derramando té en una amplia mancha sobre sus faldas.

—¡Lizzie! —exclamó Adelaide.

Lucian se puso de pie al instante, sacando un pañuelo de su bolsillo y entregándoselo.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

—Sí, por supuesto —dijo Lizzie, aunque su voz tembló. No pudo encontrar la mirada de nadie mientras secaba apresuradamente sus faldas. El té se filtró en la tela de seda, pero apenas lo notó.

La voz de Adelaide llegó suave, vacilante.

—Lizzie, ¿estás... estás bien?

Lizzie tragó el nudo que se le formaba en la garganta. Se forzó a reír —una risa que sonó quebradiza incluso para sus propios oídos—. —Por supuesto que lo estoy. Solo me... sorprendí —hizo una pausa, mirando a Adelaide y Thomas con una sonrisa temblorosa—. Qué torpe soy. Iré a ocuparme de esto. Por favor, no me esperen.

El ceño de Thomas se frunció con preocupación, y el rostro de Adelaide palideció. Pero Lizzie no podía quedarse para tranquilizarlos. Se levantó, con las manos temblorosas, y salió apresuradamente de la habitación antes de que su compostura se desmoronara por completo.

Una vez a salvo en su habitación, Lizzie se desplomó en el borde de su cama, mirando a la nada. Su padre iba a casarse con Adelaide.

Su padre —que siempre había sido solo suyo.

Su pecho dolía ante esta realización. No era culpa de Adelaide; ella *apreciaba* a Adelaide, de verdad. Pero desde que Lizzie podía recordar, Thomas había sido *todo*. Amigo, familia, padre. El suyo siempre había sido un mundo de dos, estable e inmutable.

Y ahora estaba cambiando.

Las lágrimas le escocían los ojos, pero las apartó parpadeando. Nunca había echado de menos a una madre, nunca había anhelado hermanos —Thomas siempre había sido suficiente. Y sin embargo, ahí estaba, sintiéndose tontamente abandonada, como si una parte de sus cimientos se hubiera agrietado.

Estás siendo absurda, se reprendió en silencio. *Deberías estar feliz por él. Estarás feliz por él.*

Pero por ahora, todo lo que podía hacer era mirar fijamente la habitación en penumbra e intentar acallar la punzada aguda y dolorosa de soledad.

Sonó un golpe en la puerta, fuerte e insistente. Lizzie se enderezó en la cama, tratando de calmar sus nervios. Pero antes de que pudiera encontrar su voz, la puerta se abrió y Lucian entró, sin ser invitado pero resuelto.

Lizzie se tensó. —¿Qué haces aquí? Por favor, vete.

Él ignoró su demanda y examinó la habitación, posando su mirada gris en el armario intacto. —Veo que no has llamado a tu doncella —dijo con naturalidad.

Lizzie apartó la cabeza. —En un momento.

—Debes darte prisa —dijo Lucian mientras se acercaba al armario y lo abría con aire decidido. Hojeó sus vestidos hasta que sacó uno —una creación de seda dorada que brillaba a la luz—. Creo que este servirá.

Sus cejas se fruncieron. —¿Qué demonios estás haciendo?

Lucian giró el vestido en sus manos, sosteniéndolo para que ella lo viera. Su voz era tranquila pero firme. —Ayudándote a elegir. Si te dejamos a tu aire, tardarás una hora, y cada momento que te escondas aquí arriba herirá a todos —sobre todo a tu padre y a Adelaide.

—¿Están heridos? —preguntó Lizzie bruscamente, poniéndose de pie. Una risa hueca y amarga se le escapó—. ¿Y qué hay de mí? ¿Eso no importa?

La expresión de Lucian se suavizó, aunque su mirada permaneció firme. —Por supuesto que importa. Pero, Lizzie, no puedes negar que tu padre ha encontrado la felicidad. ¿Se la negarías?

Lizzie le dio la espalda, con los brazos cruzados protectoramente sobre el pecho. —Pareces muy tranquilo con todo esto. ¿Se te ha olvidado que Adelaide se suponía que iba a ser *tu* novia?

Lucian suspiró. —No, no lo he olvidado. Pero cuando tu padre me pidió mi bendición, me di cuenta de la verdad. El hecho de que no lo viera venir demuestra que no tengo ningún derecho. Nunca lo tuve.

Los hombros de Lizzie se tensaron, sus palabras eran como un cuchillo retorciéndose en su pecho. Se dio la vuelta bruscamente, con la voz baja y temblorosa. —¿Te lo pidió a ti? ¿Y no a mí?

—A la luz de tu reacción, ¿puedes culparlo? —preguntó Lucian con suavidad.

Su ira se encendió. —Vete, Lucian.

—No —dijo él simplemente, sin moverse—. No vas a quedarte aquí enfurruñada mientras el resto de nosotros seguimos adelante. No lo permitiré.

—No estoy enfurruñada —replicó Lizzie, aunque el calor en sus mejillas la traicionaba—. Simplemente... no puedo volver abajo. Aún no.

Lucian cruzó la habitación, deteniéndose justo frente a ella. Su voz era tranquila, pero inflexible. —Sí puedes.

—¡Te digo que no puedo! —exclamó ella, levantando una mano—. No lo entiendes. No espero que lo hagas.

Él la estudió por un largo momento, su mirada era inquisitiva y demasiado perspicaz. —Entiendo más de lo que crees, Lizzie.

Ella parpadeó mirándolo, sorprendida por la ternura en su voz.

—Me has molestado sin cesar por mi resistencia al cambio —continuó él, con los labios curvándose en algo parecido a una sonrisa—. Ahora es tu turno de demostrar que puedes manejarlo mejor que yo.

Lizzie soltó una risa temblorosa. —Eso era sobre reorganizar muebles. Esto es sobre mi vida.

—No —dijo Lucian con calma—. Esto es sobre la vida de tu padre. Él merece esta felicidad, y Adelaide también. Así que necesitas estar a la altura de las circunstancias y bajar.

Lizzie lo miró fijamente, con un nudo en la garganta. ¿Cómo podía hacer que sonara tan simple cuando su mundo parecía haberse puesto patas arriba? —¿Crees que nunca he estado a la altura de las circunstancias? —susurró.

Él negó con la cabeza. —Sé que lo has hecho. Lo he visto más veces de las que me gustaría contar, demasiado a menudo a costa mía —sonrió levemente—. Pero no me decepcionarás ahora.

Su ira se desvaneció, dejando sólo una dolorosa vulnerabilidad. —Tal vez —murmuró, con la voz casi quebrada.

—No hay "tal vez" —dijo Lucian. Su tono se volvió burlón, aunque sus ojos permanecieron suaves—. Si yo puedo aceptar que tu padre me robara la novia, tú ciertamente puedes soportar compartirlo con Adelaide. Después de todo, ella no te lo está robando.

Lizzie levantó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos mientras jadeaba suavemente. —Yo nunca dije...

—Ambos te quieren —interrumpió Lucian con suavidad, acercándose—. Y yo... —Vaciló, su mirada vacilante como si estuviera atrapado en algún pensamiento no expresado.

El corazón de Lizzie dio un salto doloroso. —¿Sí?

Algo brilló en sus ojos —una emoción que ella no pudo nombrar— antes de que él apartara la mirada, ocultándola. —Soy tu amigo —terminó en voz baja.

Un suspiro entrecortado escapó de sus labios. —Ya veo.

Lucian sonrió levemente, aunque la curva de sus labios no llegó a sus ojos. —Estaré a tu lado, Lizzie. Lo prometo.

Ella asintió, tragándose el picor de las lágrimas. El orgullo vino en su rescate, alejando el dolor crudo en su pecho. Forzó una risa. —Muy bien. Pero debo decir que te has tomado esta "amistad" demasiado literal si ahora me ofreces vestirme.

La sonrisa de Lucian se volvió genuina, y los bordes afilados de su dolor se suavizaron. —Ah, ahí está. Esa es la Lady Lizzie que conozco.

—Sí —respondió Lizzie suavemente, aunque no pudo evitar sentir como si algo precioso se hubiera perdido para siempre. Se dio la vuelta, alcanzando el vestido dorado que él aún sostenía

—. Y este vestido es demasiado elegante para la cena, sin importar la feliz ocasión.

Lucian se rió, ofreciéndoselo. —Mi error.

Su sonrisa vaciló, pero se aferró a ella. —Aceptaré tu amistad, Lucian, pero no tus consejos de moda.

Sus miradas se encontraron por un momento prolongado —la de él tierna, la de ella cautelosa. Finalmente, Lizzie se volvió rápidamente, tirando del cordón de la campana para llamar a su doncella. —Ahora, si me disculpas, vete. Me estás retrasando.

Lucian dudó como si quisiera decir algo más, pero simplemente inclinó la cabeza. —Como desees, mi lady.

Se dio la vuelta para marcharse, deteniéndose en la puerta cuando Lizzie lo llamó. —Lucian.

Él miró hacia atrás, con las cejas levantadas.

—¿Tienes la intención de tomar prestado ese vestido?

Lucian miró el vestido que aún tenía en las manos e hizo una mueca. —No, no la tengo.

Lizzie dejó escapar una suave risa, sorprendiéndose a sí misma. —Bien. Sin duda eclipsarías a las damas en el próximo baile, y odiaría que lo usaras antes que yo.

Inclinó la cabeza, estudiándola con leve diversión. —Creo que no te había visto usar esto antes. Es encantador.

Lizzie se quedó inmóvil, sus mejillas sonrojándose. Nunca había pensado que Lucian se fijara en lo que llevaba puesto.

—En efecto —respondió suavemente.

Él cruzó la habitación y colocó el vestido cuidadosamente en sus manos. —Te quedará mucho mejor que a mí.

—Demasiada tela para ti —bromeó Lizzie débilmente.

La voz de Lucian bajó. —No, Lizzie. No creo que ese sea el caso en absoluto.

El momento se extendió entre ellos, cargado de algo no dicho. Luego él retrocedió, haciendo una leve reverencia. —Tu padre y Adelaide están esperando. Te veré en la cena.

Cuando se fue, Lizzie sostuvo el vestido dorado contra su pecho por un largo momento, mirando fijamente la puerta cerrada. Respiró profundamente, murmurando: —Está a la altura de las circunstancias, Lizzie.

Colocó el vestido cuidadosamente sobre la cama y alcanzó los cierres de su vestido, deshaciéndolos con manos rápidas y expertas. No dejaría que Lucian —ni nadie— la viera flaquear.

Menos de quince minutos después, Lizzie entró en el comedor. Sus rizos estaban recién arreglados, aunque dedos temblorosos los habían retocado más de una vez. Se detuvo, inhaló profundamente y fijó una sonrisa brillante y ensayada en sus labios.

—Espero no haber hecho esperar a todos demasiado —dijo con ligereza.

Thomas se levantó ante su entrada, seguido por Lucian, cuya mirada se detuvo en ella un momento demasiado largo. —En absoluto, querida —respondió Thomas, con voz cálida—. De hecho, estoy asombrado por la rapidez con la que te has cambiado.

Los labios de Lucian se curvaron en una sonrisa. —Es asombroso lo que uno puede lograr —dijo secamente—, cuando se tiene los excelentes servicios de...

—...los sirvientes —terminó Lizzie por él, lanzándole una mirada de reojo mientras se acercaba a la mesa—. Sí, ciertamente.

Se acomodó en su silla, notando la copa de champán que la esperaba y el lugar vacío que delataba que habían retrasado la cena por su llegada. Algo en eso le oprimió el pecho, pero levantó la barbilla y sonrió. —No quería entretenerme en una ocasión tan emocionante.

Adelaide, sentada al lado de Thomas, la miró vacilante, como intentando medir su estado de ánimo. Lizzie captó la mirada y forzó su sonrisa a ser más brillante. —Ahora díganme, ¿qué planes me he perdido?

—No te has perdido ninguno —dijo Thomas suavemente, volviendo a tomar asiento—. Te estábamos esperando para discutirlos.

Lizzie lo miró directamente, esforzándose por mantener la voz firme. —¿Enviarás el anuncio a los periódicos mañana?

Adelaide se sobresaltó, sus ojos marrones se abrieron con incertidumbre. —Si crees que deberíamos esperar, lo haremos —dijo suavemente.

—¡Por Dios, no! —respondió Lizzie rápidamente, encontrando la mirada de su padre antes de volverse hacia Adelaide con un cálido tono burlón—. Ni papá ni yo tenemos intención de permitirte ninguna oportunidad de escapar de ser parte de esta familia.

Los labios de Thomas se curvaron en una pequeña sonrisa, con gratitud brillando en sus ojos. Adelaide parpadeó rápidamente, su expresión suavizándose con emoción.

—Ahora estás verdaderamente atrapada, Adelaide —añadió Lizzie con una risa que brotó un poco demasiado alegre.

Adelaide bajó la mirada, parpadeando para contener el sospechoso brillo de lágrimas. —Yo... no me molesta en absoluto.

—Oh, ya lo hará —dijo Lizzie juguetonamente, decidida a mantener la atmósfera ligera—. Cuando empiece a llamarte Mamá.

—¿Mamá? —se atragantó Adelaide, pareciendo horrorizada.

—O *Madrastra*, si lo prefieres —bromeó Lizzie, con un tono dulcemente malicioso.

El rostro de Adelaide se tornó carmesí. —Oh, cielos.

—¡No pongas esa cara! —Lizzie estalló en carcajadas, esta vez genuinas y sin restricciones—. Será muy divertido. Pondremos al *ton* de cabeza.

—No había considerado cómo se vería —murmuró Adelaide, sonrojándose aún más.

Thomas se rio, compartiendo una mirada divertida con su hija. —No te preocupes, mi amor. Lizzie y yo estamos bastante acostumbrados a alterar las expectativas de la sociedad.

—Y a darles la vuelta completamente para que nos convengan —añadió Lizzie, asintiendo con fingida solemnidad.

Se volvió hacia Adelaide entonces, suavizando su expresión. El dolor y la preocupación en el rostro de Adelaide no habían pasado desapercibidos, y la sonrisa de Lizzie se volvió más gentil. —Solo ten fe en nosotros, Adelaide. La sociedad llegará a adorarte, igual que nosotros. Te lo prometo.

Adelaide susurró un suave: —Gracias.

El momento se prolongó, pero Lizzie se enderezó y tomó el control de nuevo, con voz enérgica. —Creo que deberíamos organizar una fiesta de compromiso dentro de dos semanas. Los romances relámpago deben celebrarse apropiadamente, después de todo.

—¿Dos semanas? —preguntó Adelaide, sobresaltada—. Parece tan pronto.

—¡Por supuesto! —respondió Lizzie, con toda la seguridad que pudo reunir—. El tuyo *es* un cortejo relámpago. Sería una pena no reconocerlo.

Thomas inclinó la cabeza, con expresión cariñosa. —Un plan excelente.

—Una *estrategia* excelente —corrigió Lucian, con la voz rica en diversión.

Lizzie volvió su mirada hacia él, su tono burlonamente conspirativo. —Ya has causado tanto revuelo, Lucian, que parece justo que le demos a la sociedad algo nuevo de qué cotillear. El matrimonio de Lord Ashworth los dejará completamente desconcertados.

Los ojos grises de Lucian brillaron. —Me atrevo a decir que ya no te llamarán la *Incomparable*. Te llamarán la *General* en su lugar.

Lizzie sonrió con suficiencia, aunque sus ojos revelaron un destello de calidez ante la broma.

Adelaide, sin embargo, frunció el ceño. —Pero ni siquiera se lo he dicho a mis padres—

—Querida —interrumpió Thomas, arqueando una ceja—, ¿debería temer un rechazo en ese frente? No me digas que tu padre es tan estirado que me rechazaría. Mis propiedades son tan grandiosas como las de Lucian y mucho más antiguas.

Adelaide rió a pesar de sí misma, la tensión abandonando sus hombros. —Cuando lo pones así, no. No es *tan* estirado.

—Absolutamente temblando ante la perspectiva, estoy seguro —dijo Lucian arrastrando las palabras, su tono tan seco como siempre.

La risa que siguió fue cálida, genuina. Lucian se levantó entonces, tomando su copa de champán y alzándola. —Un brindis —dijo—. Por la futura Lady Ashworth y su esposo, Lord Ashworth.

—¡Bravo! —exclamó Lizzie, levantando su copa en alto y encontrando la mirada de Lucian a través de la mesa.

Sus copas tintinearon suavemente, y Lucian le sonrió —una pequeña sonrisa cómplice— mientras la saludaba con su copa. El corazón de Lizzie dio un extraño e inoportuno vuelco, pero ella devolvió el gesto, su propia sonrisa brillante pero cansada.

Tomó un sorbo de champán, las burbujas cosquilleando en su garganta mientras luchaba por calmarse. Podía sonreír. Podía reír. Podía estar a la altura de las circunstancias.

Y lo haría.

Capítulo 32

Lucian se recostó en su silla, intentando —en vano— relajarse. Al otro lado de la habitación, Lizzie estaba sentada en el escritorio de la biblioteca, con papeles esparcidos desordenadamente sobre su superficie y un pequeño niño acurrucado cómodamente en su regazo. El pequeño Andrew Devon, que se había declarado su sombra en el momento en que la familia llegó para el baile de compromiso, permanecía perfectamente quieto, mirando a Lizzie con pura adoración.

Lucian no podía culparlo.

Apretó los dientes, tratando —sin éxito— de no envidiar la posición del niño. En un momento de insensatez, imaginó a un niño con su propio cabello dorado y los ojos insondables de Lizzie acurrucado allí. Un niño *suyo*. El pensamiento lo atravesó, absurdo y peligroso. Amigos, se recordó con dureza. Ahora eran amigos. Y a los amigos se les permitía mirarse, pero no de esta manera.

Lizzie garabateaba notas en sus papeles con su determinación habitual.

—Estarás sentado a la derecha de Lady Amelia Chandler y a la izquierda de Lady Driscoll durante la cena, Lucian. ¿Te parece bien?

—¿Qué? —La pregunta lo sacó de sus pensamientos traicioneros.

Ella levantó la vista, arqueando las cejas con exasperación.

—Tu ubicación para la cena. Lady Amelia y Lady Driscoll.

—Sí, por supuesto. Perfectamente bien.

—Eso pensé —murmuró ella, volviendo a su tarea.

En ese momento, la pequeña mano de Andrew se alzó, agarrando un rizo oscuro que se había soltado del peinado de Lizzie. Ella se rio, liberando sus dedos con suma paciencia.

—No, señor, eres demasiado joven para ser ya un granuja.

Su suave reproche hizo que el pecho de Lucian se tensara. Los niños la adoraban. *Todos* la adoraban. Incluso él, un hombre que durante mucho tiempo se había considerado inmune a tales asuntos, había sido atraído irremediablemente a su órbita.

—Todavía no estoy segura de qué hacer con Lord Cotham —continuó Lizzie distraídamente, colocándose un mechón suelto detrás de la oreja—. Cuando lo siento al lado de alguien, no conversa, ruge.

Lucian logró soltar una risita.

—Tal vez podrías sentarlo junto a Lady Beecham. Ella ruge igual de fuerte. Podrían asustarse mutuamente hasta el silencio.

Lizzie sonrió, pero antes de que pudiera responder, el mayordomo, Graves, entró en la habitación con una sincronización impecable.

—Disculpen, Lady Lizzie. Lord Thorncliffe. —Llevaba un gran ramo de rosas en una mano y una nota de color azul pálido en la otra—. Han llegado estas flores para usted, mi lady, y esta nota para usted, mi lord.

Lizzie hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Ponlas con las otras.

—Sí, mi lady.

Lucian echó un vistazo a la mesa ovalada ya sepultada bajo una explosión de flores. Rosas. Lirios. Flores de todos los colores imaginables. Ella había recibido más ramos en un día que la mayoría de las mujeres en toda una vida. Y los *desdeñaba*.

—Gracias —murmuró Lucian al mayordomo, deslizando el sobre perfumado en su bolsillo sin abrirlo.

—¿No vas a leerlo? —preguntó Lizzie, deteniendo momentáneamente su pluma.

—No hace falta.

Los labios de Lizzie se curvaron mientras volvía su mirada a sus papeles.

—¿No hace falta? Es de Lady Wolverton, ¿verdad? El azul celeste es su color, y su perfume es imposible de ignorar.

Lucian se puso tenso.

—No veo cómo podrías saberlo. Toda la habitación huele como una floristería.

—Como dije, es *imposible* de ignorar —alzó la mirada, con diversión brillando en sus ojos—. Me imagino que Lady Wolverton te ha echado de menos estas últimas semanas.

Lucian luchó contra el impulso de gruñir.

—Te aseguro que ella no es asunto mío.

—Hmm —murmuró Lizzie, con un tono deliberadamente inocente mientras mojaba su pluma de nuevo—. Entonces dime, mi lord, ¿hay otra dama que haya ganado tu particular atención? ¿Una lo suficientemente afortunada como para distraerte de tus *muchas* admiradoras?

Lucian se removió en su silla, sintiendo un calor que se encendía en su pecho.

—No.

—¿De verdad?

—¡Lizzie! —una voz aguda los interrumpió antes de que Lucian pudiera replicar. La joven Beth irrumpió en la habitación, con nubarrones de tormenta en su rostro—. ¡Adelaide dice que no puedo asistir al baile de esta noche!

Lizzie suspiró, dejando su pluma a un lado.

—Eso es correcto. Aún no has sido presentada en sociedad, Beth.

—Pero *quiero* ir —protestó Beth, dando una patada en el suelo.

—No puedes —el tono de Lizzie era suave pero inflexible—. Debes esperar a tu presentación formal en sociedad. Cuando llegue el momento, tomarás la ciudad por asalto, pero solo si eres paciente.

—¿De verdad lo crees así? —la tormenta de Beth se disipó en una brillante esperanza.

—Lo *sé* —afirmó Lizzie con firmeza.

El rostro de la chica se iluminó de alegría.

—¡Gracias, Lizzie! ¡Eres la mejor de... bueno... todo! —se sonrojó furiosamente y salió corriendo de la habitación, hecha un manojo de alivio y emoción.

Lucian observó a Lizzie, asombrado por su facilidad para tratar con la chica.

—Lo has manejado muy bien.

Lizzie rio suavemente, aunque una mueca tiraba de sus labios.

—Me siento claramente fuera de mi elemento, lo confieso.

—Al contrario —dijo Lucian, incapaz de contenerse—. Cautivas a los niños tan fácilmente como a los adultos.

Su ceja se arqueó con sorpresa.

—¿Eso es un cumplido, mi lord?

—¿Preferirías un insulto?

Antes de que pudiera responder, Adelaide apareció en la puerta, riendo al ver la escena.

—Aquí estás, Andrew. Es hora de tu siesta.

El pequeño Andrew gimoteó, aferrándose a Lizzie con un agarre de hierro. Lizzie murmuró palabras tranquilizadoras, desenredando sus pequeños brazos y entregándoselo a Adelaide con

infinito cuidado.

—Sé un buen chico ahora. Te veré más tarde.

Adelaide sacó al niño, cuyos llantos se suavizaron en murmullos somnolientos. El rostro de Lizzie se dulcificó mientras los veía salir, una expresión tan tierna que el corazón de Lucian dio un vuelco en su pecho.

Incapaz de soportarlo, se levantó bruscamente, cruzando hacia el bar de Thomas. Se sirvió una copa de brandy, ignorando la mirada interrogante de Lizzie.

—Vaya —dijo ella, ligeramente divertida—. Las cosas se complican con niños en casa.

—Sí —respondió Lucian secamente, bebiendo su copa de un trago.

Lizzie ladeó la cabeza, estudiándolo. —¿Te desagrada?

—¿A ti? —replicó él.

Ella desvió la mirada. —Yo...

El mayordomo reapareció. —Señora, han llegado las flores para el salón de baile.

—Informe a Adelaide —dijo Lizzie con brusquedad—. Ella se encarga de las decoraciones.

—Pero, mi señora, pensé que...

—Pensó *mal* —espetó Lizzie—. La señorita Devon será su nueva señora en breve. Debe aprender a recibir órdenes de ella.

El mayordomo se sonrojó, haciendo una reverencia apresurada antes de retirarse. Lucian frunció el ceño, sorprendido por el tono cortante de Lizzie.

Ella captó su mirada, con la suya propia cansada. Entonces, sorprendiéndolo, se levantó y se unió a él en el bar. —Creo que tomaré esa copa después de todo, Lucian.

Él arqueó una ceja. —¿Brandy?

—Sí. —Su rostro era una cómica mezcla de determinación y aprensión.

Lucian se rio entre dientes, sirviéndole una copa. —Mientras esto no se convierta en un hábito.

Ella dio un sorbo cauteloso, arrugando la nariz. —Te aseguro que no lo será.

Permanecieron en silencio por un momento, la biblioteca cálida y tranquila.

—Gracias —dijo ella suavemente, con los ojos fijos en la copa entre sus manos—. Por todo. Has sido un verdadero amigo.

Algo centelleó en su mirada, algo que Lucian no pudo identificar, antes de que ella apartara la vista.

—Lizzie...

—¡Lady Lizzie! —la voz de la señora Devon llamó desde el pasillo, interrumpiéndolo.

Lizzie dejó su copa con una sonrisa resignada. —Parece que mi respiro ha terminado. —Se apresuró a salir de la habitación, dejando a Lucian mirándola fijamente, con el ceño fruncido, aferrándose a su copa como si fuera un salvavidas.

***

—Estar a la altura de las circunstancias —murmuró Lizzie suavemente, mirando su reflejo en el espejo. Se veía en su mejor momento —su mejor momento absoluto— el satén dorado de su vestido captando la luz de las velas, un contraste deslumbrante con su cabello oscuro. El vestido había sido elección de Lucian, sacado con despreocupada confianza la noche en que su padre y Adelaide anunciaron su compromiso. Qué apropiado, entonces, llevarlo ahora.

Inhaló profundamente. *La vida ha cambiado,* se recordó a sí misma. Y no tenía sentido añorar lo que se había ido o lo que nunca podría ser. Su padre y Adelaide estaban enamorados. Verdadera y profundamente enamorados. Eso, al menos, le traía una extraña especie de felicidad —una felicidad que venía con su propio y particular dolor.

Su mirada bajó hacia la superficie de la mesa, cubierta con el desorden familiar. Un pañuelo blanco reposaba allí, sus bordes bordados suaves y gastados. Alargó la mano para cogerlo, sus dedos trazando el delicado patrón.

Lucian.

Tragó saliva y dejó caer el paño rápidamente. Su amistad había crecido en las últimas semanas, inesperada y constante, como una llama que no había pretendido encender. Era ridículo cómo el pañuelo podía despertar tales sentimientos: recuerdos de sus sonrisas burlonas, su fuerza silenciosa. En otro tiempo, había deseado sus besos solo para atormentarlo. ¿Y ahora?

Se rio secamente, sacudiendo la cabeza. Ahora deseaba sus besos por razones mucho más peligrosas. *Insensatez.* Eran amigos, nada más. Tan imposible era pedirle a Lucian que se casara con ella como volar a la luna.

Se volvió hacia su reflejo, endureciendo su resolución. No, era hora de enfrentar la verdad. La vida *había* cambiado, y no podía permanecer en la casa de su padre como una sombra incómoda e innecesaria. Adelaide merecía el control de la casa, su legítimo lugar como señora. En los últimos días, Lizzie había notado las lealtades inciertas de los sirvientes y sentido su propia obstinada resistencia a dejar ir.

Era humillante. Si no tenía cuidado, pronto se convertiría en lo que más temía: una solterona entrometida y amargada. La sociedad ya revoloteaba como buitres, alimentándose de chismes sobre su compromiso fallido y el supuesto romance de mayo y diciembre de su padre.

Pero no les dejaría ganar.

Los ojos de Lizzie se agudizaron en el espejo. No permitiría que «La Incomparable» fuera degradada a solterona. Ni dejaría que Adelaide sufriera una autoridad fracturada. No, Lizzie actuaría. Se casaría.

Sus labios se apretaron al pensar en Beth, que la miraba en busca de orientación, y en el pequeño Andrew, cuyos diminutos brazos se habían aferrado a ella con tanta fuerza. Un extraño anhelo se apoderó de ella, uno que ya no podía negar. Quería su propio hogar, sus propios hijos para abrazar y amar. Su propia vida.

No cometería el mismo error otra vez. Había aprendido bien la lección con Mordaunt. Esta vez, su elección sería sabia. Sin aventuras. Sin peligro. Necesitaba seguridad y estabilidad.

Lord Torrington.

Lizzie exhaló lentamente, asintiendo para sí misma. Torrington era la respuesta. Amable. Respetable. No tenía vicios conocidos, ni le interesaban los placeres hastiados de Londres. Lo más importante, la adoraba. La veneraba, incluso. Había consuelo en eso. Un marido que la vería como perfecta e intachable, y nunca sospecharía lo contrario.

Su mano se cernió de nuevo sobre el pañuelo. *Lucian nunca te vería así*, susurró una voz. La conocía demasiado bien. La Lizzie imprudente y coqueta. La Lizzie de lengua afilada y difícil. Lucian Thorncliffe nunca la veneraría. La desafiaría, la frustraría, igualaría su ingenio.

Y serías más feliz por ello, insistió la voz.

—No —dijo en voz alta, arrojando el pañuelo a un lado. Lucian era su amigo. Eso era todo. Torrington era su futuro, una elección segura y sensata.

Se levantó abruptamente, alisando con las manos los pliegues dorados de su vestido. —Estás a la altura de las circunstancias —susurró una vez más, alzando la barbilla mientras miraba su reflejo. La sociedad no la vería flaquear. Ni Lucian, ni nadie más, sabría cuánto había caído.

***

—¿Se siente... mejor, mi lady? —preguntó Torrington vacilante mientras estaban en el balcón bañado por la luz de la luna.

—Sí, mucho mejor —respondió Lizzie, con voz suave pero firme. Volvió hacia él una mirada luminosa, su vestido dorado resplandeciendo como luz líquida—. Gracias por escoltarme.

—Ha sido un placer —balbuceó Torrington, claramente nervioso por su atención—. ¿Puedo traerle un vaso de ponche?

La risa de Lizzie rompió la tensión, un sonido suave y musical. —No, mi lord.

—¿No... quiere? —Torrington parpadeó, su incertidumbre evidente.

—No —murmuró Lizzie, negando con la cabeza, bajando la mirada hacia sus manos como si estuviera reuniendo sus pensamientos. Cuando volvió a levantar la vista, había algo deliberadamente vulnerable en su expresión—. Disfruto demasiado de su compañía como para alejarle.

Torrington inspiró bruscamente. —¿De verdad? —susurró, su voz casi infantil de esperanza.

—Sí —dijo ella, girándose ligeramente para que la luz acariciara sus pómulos. Por un momento, Torrington no pudo hacer más que mirarla. La luz de la luna doraba su cabello oscuro con plata, su vestido dorado brillando como la luz del sol atrapada en seda. Parecía etérea, plata y oro, la belleza misma.

—Usted es... —Su voz se quebró—. Es la mujer más hermosa del baile esta noche. La más hermosa en cualquier lugar.

Lizzie sonrió levemente, sus ojos juguetones. —¿Se refiere a este balcón?

—¡No! —soltó Torrington, sonrojándose—. En el baile. En todas partes.

Su risa volvió a sonar, suave y baja. —Es usted muy amable, mi lord. Pero el honor de la dama más hermosa debe recaer en la señorita Devon. Seguramente eso es lo apropiado, dada la ocasión, ¿no?

—Ella no puede compararse con usted —insistió él con sinceridad.

Lizzie ladeó la cabeza, acercándose un poco más. —Vaya, mi lord —murmuró, con voz casi susurrante—. Habla usted de la futura Lady Ashworth.

La garganta de Torrington se movió, sus nervios palpables. —Ella... ella nunca será Lady Ashworth para mí. *Usted* lo es.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, y Lizzie permitió que el silencio se prolongara. Finalmente, dijo en voz baja: —Pero no lo sería, mi lord, si me casara.

Torrington parpadeó, como aturdido por la idea. —No, por supuesto que no. Usted sería... alguien diferente entonces.

—Sí —respondió Lizzie, su voz como seda, sus oscuros ojos suaves pozos de invitación—. Y creo que me gustaría eso.

El corazón de Torrington latía con fuerza. ¿Estaba insinuando lo que él pensaba? Su tono, sus palabras, su presencia, todo parecía decirlo. Ahora o nunca. Sus rodillas casi se doblaron, pero reunió su valor, arrodillándose.

—Lady Elizabeth... —logró decir, con voz temblorosa de emoción—. ¿Quiere... quiere casarse conmigo?

Ella le sonrió, una sonrisa dulce y suave que parecía casi triste. —Sí, mi lord —dijo—. Acepto.

—¿Usted... acepta? —La voz de Torrington se elevó antes de contenerse—. Acepta —repitió, más bajo, como si temiera creerlo.

—Sí —dijo Lizzie de nuevo con un suave asentimiento.

—¡Oh, mi señora! —Torrington se levantó rápidamente, radiante de orgullo y asombro—. Me has hecho el hombre más feliz del mundo... el más feliz de los hombres. —Con valentía, tragó saliva para calmar sus nervios y cambió el peso de un pie al otro—. ¿Puedo... puedo besarte?

Por un momento suspendido, Lizzie dudó. Luego susurró:

—Puedes.

Tomando aire como si se preparara para la batalla, Torrington se inclinó hacia adelante y presionó un beso rápido y casto en sus labios. Se apartó, con el pulso retumbando como un trueno, pero Lizzie desvió la mirada demasiado rápido para que él pudiera evaluar su reacción.

—¿No fui demasiado atrevido? —preguntó ansiosamente.

—No —dijo ella en voz baja, aunque algo extraño cruzó por su rostro. Luego, mirándolo con repentina compostura, añadió—: Pero creo que es mejor que no compartamos esta noticia esta noche.

Torrington parpadeó.

—¿No compartirla? Pero... ¿por qué?

Lizzie sonrió suavemente.

—Es el baile de compromiso de mi padre, y no sería correcto distraer la atención de su felicidad. Hablarás con él mañana, por supuesto, pero por esta noche... dejemos que este momento sea solo entre nosotros.

El pecho de Torrington se hinchó de orgullo.

—Por supuesto. Tienes razón, sería egoísta de mi parte. —Alcanzó su mano, apretándola con reverencia—. Eres tan considerada. Verdaderamente, eres la mujer más maravillosa del mundo.

—Gracias —dijo Lizzie con una leve sonrisa, aunque sus ojos permanecieron distantes—. Ahora, si fueras tan amable, mi lord, creo que necesitaré esa copa de champán después de todo. Para celebrar.

—¡Champán! Sí, por supuesto. Debes tener champán. —Torrington se irguió, rebosante de euforia—. Volveré antes de que te des cuenta.

Ella asintió, su vestido dorado susurrando en la brisa nocturna mientras se alejaba.

—Date prisa en volver, mi lord.

Torrington, prácticamente saltando, se apresuró a entrar en el salón de baile, con la cabeza en alto y el corazón rebosante. Ella lo había aceptado: la incomparable Lady Elizabeth Ashworth.

Pronto, el mundo sabría que era suya.

Cuando las puertas se cerraron tras él, Lizzie se volvió hacia la barandilla del balcón, su sonrisa transformándose en algo más cansado y frágil. Se tocó los labios con dedos inestables, mirando fijamente hacia la noche.

—Qué magnífico premio has ganado, mi lord —murmuró para sí misma.

Pero las palabras tenían un sabor hueco.

Capítulo 33

Thomas y Lucian estaban sentados solos en la mesa del desayuno, la hora temprana aseguraba que eran las únicas almas despiertas en Ashworth House. Ambos hombres se ocultaban detrás de sus periódicos, el crujido de las páginas y el tintineo de la plata contra la porcelana eran los únicos sonidos que rompían la quietud de la mañana.

Graves apareció en la puerta, su habitual comportamiento digno de alguna manera más pronunciado.

—Lord Ashworth, le ruego me disculpe, pero el Conde de Torrington desea hablar con usted.

—¿Ah, sí? —Thomas bajó su periódico con un suspiro que contenía más satisfacción que resignación—. Supongo que ha comenzado.

—¿Qué ha comenzado? —El ceño fruncido de Lucian emergió por encima de su periódico, su voz afilada con un interés que no podía disimular del todo.

—Esperaba la visita del joven Torrington antes de esto —el tono de Thomas contenía una cuidadosa reflexión mientras se levantaba de su asiento—. Sin duda Hampton, Avery y Tembleton también encontrarán su camino hacia mí, eventualmente. Ella estuvo bastante deslumbrante anoche.

Una oleada de calor invadió el pecho de Lucian, sus dedos apretando el papel de periódico hasta que crujió en protesta.

—Lo estuvo —logró decir entre dientes apretados. Lizzie había estado más que deslumbrante; había sido vivaz, ingeniosa y completamente encantadora. Le había costado cada onza de su cuidadosamente mantenido control permanecer distante mientras veía a hombre tras hombre caer bajo su hechizo. ¡Y ahora ese cachorro de Torrington se atrevía a pedir su mano en matrimonio! —. ¿Qué harás con Torrington? —Las palabras surgieron más como un gruñido que como una pregunta.

Los labios de Thomas se crisparon con una diversión mal disimulada.

—Negarle la mano de Lizzie, sin duda.

—Bien —esa única palabra contenía volúmenes.

La risa de Thomas llenó la sala de desayuno.

—Si me disculpas, no tomará más que unos minutos. Tengo esta rutina particular perfeccionada.

Lucian agarró su periódico de nuevo, mirando sin ver la letra impresa mientras esperaba el regreso de Thomas. Cada minuto se alargaba como horas, su impaciencia creciendo hasta que los bordes del periódico se arrugaron en su agarre. Cuando Thomas finalmente regresó tranquilamente a la habitación, Lucian forzó un tono de indiferencia casual.

—¿Lo rechazaste?

—No —Thomas volvió a sentarse con una leve expresión de sorpresa—. No lo hice.

—¿Qué? —El periódico golpeó junto al plato de Lucian, sus cejas oscuras juntándose como nubes de tormenta.

Thomas suspiró, sacudiendo la cabeza con resignación paternal.

—Parece que Lizzie aceptó su propuesta de matrimonio anoche.

—¡Imposible! —La palabra explotó del pecho de Lucian—. Ella nunca aceptaría la propuesta de ese joven tonto.

—Parece que lo hizo —Thomas untó mantequilla en su tostada con cuidadosa precisión—. El joven Torrington parecía bastante sincero. No creo que mienta.

—¿Qué importa si dice la verdad o no? —La voz de Lucian tenía bordes peligrosos—. ¿O si Lizzie dice que se casará con él? No deberías permitirlo.

—¿Qué esperas que haga? ¿Decirle que no se case con él?

—¡Sí, maldita sea! —rugió Lucian, la rabia envolviéndolo como fuego griego.

Los ojos de Thomas bailaron con satisfacción apenas disimulada.

—Si aún no has llegado a entender a Lizzie, pensé que seguramente me habrías llegado a conocer a mí. No le prohibiré a Lizzie que se case con Torrington.

—Entonces lo haré yo —Lucian golpeó su periódico directamente sobre su plato, haciendo tintinear la porcelana mientras se ponía de pie de golpe—. Si la dejas salirse con la suya, bien podría casarse con ese imbécil.

—¿Sería eso tan terrible? —Thomas extendió mermelada sobre su tostada con estudiada indiferencia—. Torrington parece un tipo respetable. Está muy lejos de ser Mordaunt. Sería un

marido conveniente para Lizzie, y si ella realmente lo desea, no veo razón para negárselo. En verdad, es una mejor opción que muchos de sus otros admiradores.

—Ella no se va a casar con él —Cada palabra salió precisa como disparos de pistola a través de los dientes apretados de Lucian—. Y más le vale saberlo ahora mismo, antes de que lleve al pobre diablo a una danza alegre.

—¿Piensas decírselo en este mismo instante? —Los ojos de Thomas se abrieron con preocupación teatral.

—Sí, lo haré —Lucian ya se alejaba de la mesa, cada músculo tenso con determinación.

—¡Lizzie nunca está en su mejor momento por la mañana! —le gritó Thomas, con risa entrelazándose en su advertencia.

—Sé perfectamente cómo es ella por la mañana —lanzó Lucian por encima del hombro, el sonido de las risitas de Thomas siguiéndolo fuera de la habitación como alegres demonios.

Lucian cargó por los pasillos como un ángel vengador, su furia creciendo con cada paso. La bruja. Le hablaba de amistad y luego, a sus espaldas, aceptaba propuestas de alguien como Torrington. Estaba tan enfurecido que no se percató de Esmeralda hasta que chocó directamente con su diminuta figura. Su grito sobresaltado lo hizo extender la mano para estabilizarla antes de que pudiera caer. —¿Se encuentra bien, señora Carstairs?

—Oh, cielos, sí —jadeó Esmeralda, aferrándose a su abrigo con una fuerza sorprendente para una mujer tan pequeña—. Lo siento.

—Fue mi culpa —dijo Lucian secamente, ya intentando liberarse de su agarre—. Ahora, si me disculpa, señora.

—Sí, sí. —Lo miró fijamente con intensidad de búho, sin soltar las solapas de su abrigo—. Pero ¿adónde va con tanta prisa, Sir Lucian... quiero decir, Lord Thorncliff?

—A hablar con Lizzie.

—A la más hermosa doncella de todas —suspiró Esmeralda con aire soñador. Su ceño se frunció de repente con preocupación—. ¿Ya se ha levantado?

—No, pero lo hará —gruñó Lucian, finalmente desprendiendo los dedos de ella de su abrigo. Sin ceremonias, levantó a la diminuta mujer y la apartó, reanudando su determinada marcha por el pasillo.

—¡Sir Lucian! —La voz de Esmeralda lo siguió como un eco persistente.

—No piense en detenerme, señora Carstairs —lanzó por encima del hombro, sin romper el paso.

—Por supuesto que no —respondió ella, imperturbable—. Solo me preguntaba si podría ayudarme. ¿Conoce por casualidad otra palabra para caballeroso?

Lucian se detuvo en seco, girándose para clavarle una mirada que habría acobardado a un alma más valiente. —Sí, la conozco. Es estupidez.

—¿Estupidez? —Esmeralda parpadeó hacia él como un búho confundido.

—Estupidez, señora Carstairs. —Sus manos se cerraron en puños a los costados—. ¡Pura estupidez!

Se alejó furioso, dejando a la pequeña mujer mirándolo con la cabeza ladeada, sin duda añadiendo este encuentro a cualquier historia romántica que estuviera creando en esa mente fantasiosa suya. Que escribiera lo que quisiera—él tenía asuntos más urgentes que atender.

Como informar a Lady Elizabeth Ashworth que ciertamente no se casaría con el Conde de Torrington. Ni con nadie más, de hecho, que no fuera...

Cortó ese peligroso pensamiento antes de que pudiera formarse por completo.

—¡Lizzie! —La voz de Lucian retumbó a través de sus sueños inquietos—. ¡Despierta!

La violenta sacudida que acompañó su orden la sobresaltó del sueño. Lizzie entreabrió los ojos para encontrar el rostro de Lucian flotando sobre ella, sus facciones oscurecidas por alguna tormenta que estaba demasiado aturdida para comprender. Gimió y cerró los ojos con fuerza. Seguramente, esto no era más que una pesadilla particularmente vívida.

—¡Lizzie! —Su gruñido tenía un tono peligroso—. ¡Despierta!

Ella se obligó a abrir los ojos de nuevo. No era una pesadilla entonces: Lucian aún se cernía sobre ella, una presencia muy real y muy enojada en su cámara privada. La impropiedad de la situación hizo que su corazón se acelerara, aunque no podía decir si era por el escándalo o por algo mucho más peligroso.

—Lucian, ¿qué haces aquí? —Las palabras surgieron ásperas por el sueño mientras se incorporaba para mirarlo. Su visión se negaba a enfocarse correctamente, sin duda un castigo por el exceso de champán que había consumido la noche anterior.

—¿Que qué hago aquí? —Su voz atravesó su delicado cráneo como los rayos de Zeus—. He venido a ver si es cierto. ¿Aceptaste anoche una propuesta de ese tonto de Torrington?

La pregunta la despertó por completo, enfocando su rostro con una nitidez indeseada.

—¿Cómo...? ¿Quién te lo dijo?

—Torrington vino esta mañana a hablar con tu padre —cada palabra caía entre ellos como piedras—. Dijo que lo aceptaste. ¿Lo hiciste?

El calor inundó las mejillas de Lizzie mientras aferraba las sábanas más arriba, aunque la fina seda ofrecía poca protección contra su ardiente mirada.

—Eso no es asunto tuyo, Lucian —dijo, inyectando una aguda irritación en su tono.

—¿Lo aceptaste? —La silenciosa amenaza en su voz le provocó escalofríos en la espalda.

—No puedo creer —levantó la barbilla en desafío, arrepintiéndose inmediatamente del movimiento incauto cuando su cabeza protestó— que te hayas atrevido a despertarme... y a hacerme semejante pregunta.

—¿Lo hiciste? —Las palabras surgieron como un terrible retumbo—. Dímelo, maldita sea.

—Muy bien —apretó los dientes, la ira cortando a través de los vapores del champán que aún nublaban su mente—. Lo hice. ¿Y qué?

—Que el diablo me lleve —la voz de Lucian bajó a algo oscuro y peligroso—. ¿Por qué lo aceptaste? ¿Estabas ebria?

—No estaba ebria —dijo Lizzie con gélida dignidad, aunque en realidad no había empezado a beber hasta después de aceptar la propuesta de Torrington, una decisión que parecía mucho menos sabia a la fría luz de la mañana con la ardiente mirada de Lucian fija en ella.

—No vas a casarte con él —cada palabra surgió precisa y mortalmente silenciosa—. ¿Me oyes?

La boca de Lizzie se abrió, la indignación luchando con algo mucho más traicionero en su pecho.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no vas a casarte con él —se alejó de su cama como un depredador enjaulado, sus movimientos conteniendo una violencia apenas controlada—. Es ridículo que te cases con semejante cachorro. ¡Sabes muy bien que no quieres casarte con él!

El calor inundó las mejillas de Lizzie. Por supuesto que no quería casarse con Torrington, pero preferiría morir antes que confesarlo ahora. —Te equivocas. Sí quiero casarme con él.

Lucian se detuvo, girándose para escrutarla con una mirada que parecía despojarla de todas sus cuidadosas pretensiones. —No te creo.

—No me importa si me crees o no —dijo ella con los dientes apretados y la cabeza palpitando al ritmo de su corazón acelerado—. Voy a casarme con Torrington y punto.

—¿Por qué? —Él volvió a acercarse, cada paso devorando la distancia entre ellos hasta que se cernió sobre su cama una vez más—. ¿Por qué querrías casarte con él?

Lizzie lo miró con furia, tratando de ignorar cómo la luz de la mañana se reflejaba en su cabello oscuro, cómo su corbatín se había aflojado ligeramente, revelando la fuerte columna de

su garganta. —No tengo por qué decirte por qué deseo casarme con él.

—No tienes que decírmelo —dijo él, inclinándose para plantar sus manos a ambos lados de ella, encerrándola entre sus brazos—. Pero lo harás.

Su rostro se cernía a escasos centímetros del de ella, lo suficientemente cerca como para captar el aroma a sándalo y pasión apenas contenida. Su corazón ejecutó una gavota salvaje bajo su camisón de seda. —N-no lo haré.

—Lo harás —insistió él, hundiendo el colchón bajo su peso al sentarse, el movimiento deslizándola peligrosamente más cerca de él—. No me iré hasta que me lo digas.

Lizzie retrocedió, eligiendo la prudencia sobre la dignidad, pero las sábanas de seda conspiraron contra su retirada. —Bájate de mi cama, Lucian.

—No —se inclinó aún más cerca, el calor de su cuerpo alcanzándola como una llama buscando yesca—. No hasta que me lo digas.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando las señales de alarma estallaron en su mente aturdida por el champán. El hombre se había convertido en un demonio de alguna manera. La tentación hecha carne. Todo lo que ella quería era apoyar su dolorida cabeza en su hombro y confesarlo todo, no solo lo de Torrington, sino también cómo su corazón se negaba a latir correctamente cada vez que Lucian entraba en una habitación, cómo había aceptado esa tonta propuesta porque no podía soportar verlo bailar con todas las mujeres menos con ella. Quería contarle cosas que él no desearía saber, secretos que destrozarían este cuidadoso juego que jugaban.

Reprimió el peligroso impulso y arrojó las sábanas a un lado, escapando de los traicioneros confines de la cama. En el momento en que se puso de pie, un mareo la invadió, pero lo combatió por pura fuerza de voluntad. Al girarse, clavó en Lucian lo que esperaba fuera un frío desdén en lugar de la conciencia sin aliento que corría por sus venas.

—Muy bien, te lo diré si eso hace que te vayas —las palabras surgieron más firmes de lo que se sentía—. Voy a casarme con Torrington porque... porque deseo estar casada.

—¿Deseas casarte? —Su mirada la recorrió de arriba abajo, y ella de repente recordó su estado de desnudez: uno de sus negligés más caros pero muy reveladores, la seda francesa se aferraba a las curvas que normalmente ocultaban los vestidos de mañana apropiados. El calor floreció en su piel mientras los ojos de él se oscurecían hasta un gris de tormenta.

—Sí, deseo casarme. —Alzó la barbilla, negándose a huir en busca de refugio ahora que había reclamado este terreno peligroso—. ¿No es ese el objetivo de toda mujer?

Lucian soltó una carcajada, el sonido áspero con algo que hizo que su pulso saltara y bailara. —Si eso es todo lo que quieres, entonces bien podrías casarte conmigo en lugar de con

Torrington.

—¿Qué? —La palabra surgió estrangulada por la incredulidad.

—Cásate conmigo. —Se encogió de hombros, tan casual como si estuviera sugiriendo dar un paseo por el jardín—. Sería mejor que casarte con Torrington.

Una furia repentina ardió en Lizzie, aún más potente por la ternura que buscaba enmascarar. Había recibido propuestas de todo tipo: hombres ofreciendo sus corazones con poesía y anillos de diamantes, con promesas de devoción eterna y amor eterno. Ahora Lucian ofrecía matrimonio con un encogimiento de hombros y un "bien podrías", como si ella fuera una solución conveniente para su mutuo inconveniente.

—¡Eres un grosero, odioso... patán! —Las palabras brotaron de su garganta, ásperas por la emoción reprimida—. Nunca me casaría contigo. ¿Me oyes? ¡Nunca!

Algo brilló en sus ojos: un destello de dolor crudo rápidamente enmascarado por la oscuridad. Lucian se inclinó hacia adelante, cerrando la distancia entre ellos como una tormenta que se acerca. —Lizzie, no quise decir...

—No. —Retrocedió instintivamente, aunque su cuerpo traidor anhelaba acercarse más—. No has cambiado. Sigues siendo el palurdo de campo que siempre has sido.

Él se puso rígido, irguiéndose en toda su estatura. Sus ojos ardían como plata fundida en la luz de la mañana, su mirada penetrando hasta su alma. —No, no lo soy. —Su voz bajó a profundidades peligrosas—. Pero no aceptarás que he cambiado, ¿verdad? Puedo cortejar y jugar al galante lo suficientemente bien como para complacer a todas las demás damas, pero aún así no es suficiente para La Incomparable, ¿no es así?

—No, no lo es. —Levantó la barbilla, aunque el gesto le costó mucho—. Te conozco mejor que eso.

—Sí —suspiró, la palabra una caricia que la hizo estremecer—. Me conoces mejor que eso.

Lizzie apartó la mirada, incapaz de soportar el peso de la verdad en su mirada. Lo conocía mejor que eso porque lo amaba mejor que eso: amaba al hombre debajo de los cuidadosos modales de sociedad, amaba incluso su terco orgullo y su rápido temperamento. Tomó un respiro para calmarse, forzando acero en su voz. —Por favor, vete.

—Lizzie... —Su voz tenía una peligrosa suavidad mientras se acercaba a ella, extendiendo una mano como si quisiera salvar el espacio infinito entre ellos.

—Voy a casarme con Torrington —dijo ella rápidamente, desesperadamente, porque algo en los ojos de Lucian estaba haciendo que sus rodillas flaquearan—. Él... él es una opción mucho mejor que tú. Y... y yo... ¡lo amo!

Lucian se quedó completamente inmóvil, como un hombre al borde de un precipicio. Por un momento interminable, sus miradas se encontraron, el aire entre ellos chisporroteando con una peligrosa posibilidad. Entonces algo se rompió en ambos simultáneamente.

Se unieron como el pedernal golpeando el acero, sin saber quién se movió primero. Las manos de él atraparon sus hombros mientras las de ella se aferraban a las solapas de su abrigo, acercándose mutuamente mientras sus bocas se encontraban en un beso que no tenía nada de suavidad y todo de necesidad desesperada. Era posesión y rendición, reclamar y ser reclamado, una confesión que ninguno se atrevía a expresar en voz alta.

El cuerpo de Lizzie se fundió con el suyo como si hubiera encontrado su verdadero hogar, sus labios se separaron con un suave jadeo que su lengua atrapó y saboreó. Él sabía a café y calor masculino y promesas prohibidas, cada caricia de su boca contra la de ella enviando fuego líquido por sus venas. Sus dedos se retorcieron más profundamente en la fina lana de su abrigo, dividida entre acercarlo más y salvarse de ahogarse en la sensación.

El beso se profundizó, se volvió más salvaje, hasta que ambos se perdieron en un torbellino de pasión compartida. Cada roce de sus labios, cada caricia de su lengua hablaba de un deseo apenas contenido, de sentimientos demasiado peligrosos para nombrar. Ella le devolvió el beso con igual fervor, vertiendo toda su confusión, deseo y anhelo desesperado en este único momento de perfecta comprensión.

Lucian apartó su boca de la de ella, su pecho agitándose mientras la miraba con ojos oscurecidos como la medianoche. —¿De verdad amas a Torrington? —Las palabras surgieron ásperas de emoción en lugar de acusación.

La realidad cayó sobre Lizzie como agua helada, la vergüenza y la mortificación quemando a través del calor persistente de su pasión compartida. Esto era una locura: prácticamente se había arrojado a sus brazos, lo había besado como si el mañana nunca fuera a llegar. Y aún así él podía hablar de Torrington, podía cuestionar sus elecciones mientras que su propia oferta de matrimonio no había sido más que una conveniencia casual.

La realidad cayó sobre Lizzie como olas invernales contra los acantilados de Dover, dejándola temblorosa y en carne viva. Dio un paso atrás, aunque cada fibra de su ser protestaba por la pérdida de su calor. Su cuerpo aún vibraba con una peligrosa conciencia, sus labios ardiendo con el recuerdo de la pasión libremente dada y recibida.

Vio cómo algo se cerraba detrás de sus ojos, el gris tormentoso oscureciéndose hasta la medianoche mientras él se retiraba detrás de sus propias murallas. La cuidadosa distancia entre

ellos ahora se sentía como leguas en lugar de meros pasos, el aire de la mañana repentinamente frío donde momentos antes solo había habido calor.

—Me voy a casar con Torrington —Las palabras surgieron firmes, aunque sabían a arrepentimiento. Se envolvió en su orgullo como si fuera un escudo, aunque ofrecía poca protección contra la persistente conciencia de cuán perfectamente habían encajado juntos, cuán correcto se había sentido rendirse a lo que ardía entre ellos.

La risa de Lucian tenía bordes lo suficientemente afilados como para hacer sangrar.

—Una elección conveniente.

—Al menos él conoce su propia mente —replicó ella, alzando la barbilla, aunque el gesto le costó caro—. Al menos cuando él ofrece matrimonio, proviene de un genuino aprecio en lugar de... en lugar de mera conveniencia.

Sus ojos la recorrieron, deteniéndose en sus labios hinchados por los besos, y por un momento pensó que podría volver a acortar la distancia entre ellos. Su traicionero corazón saltó ante la posibilidad, incluso mientras su mente gritaba advertencias.

—¿Es eso lo que realmente quieres, Lizzie? —Su voz bajó, íntima—. ¿Alguien que nunca te desafiará? ¿Que nunca te hará sentir como si el mundo se hubiera incendiado? ¿Alguien que te dejará gobernar su mundo sin jamás gobernar tu corazón?

El calor floreció en su piel, pero se negó a apartar la mirada.

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero.

La mentira le quemó la garganta, pero se obligó a mantener su postura orgullosa mientras él se giraba y salía con paso airado de su habitación. Solo cuando la puerta se cerró tras él con tranquila finalidad, permitió que su fachada cuidadosamente mantenida se agrietara.

Se hundió en el borde de su cama, presionando dedos temblorosos contra labios que aún hormigueaban con la pasión recordada. Qué tonta era, llorar por un hombre que pensaba tan poco en su conexión que ofrecería matrimonio tan casualmente como quien sugiere dar un paseo por el parque. Un hombre que podía besarla como si fuera su propio aliento, y luego alejarse como si ella no significara nada en absoluto.

El orgullo era, ciertamente, un compañero frío, pero al menos nunca había prometido ser otra cosa.

***

Lucian bajó furioso por la gran escalera, cada paso haciendo eco de los latidos atronadores de su corazón. El beso de Lizzie aún ardía en sus labios como brandy, su rechazo era una marca

grabada a fuego en su propia alma. Ella podría negarse a escuchar la razón, pero por Dios, Torrington no tendría elección en el asunto.

Su decidido descenso se detuvo abruptamente ante la vista que lo esperaba. Thomas se apoyaba contra la puerta de entrada con una despreocupación calculada, flanqueado por tres lacayos y Graves, el cuadro dispuesto con toda la precisión cuidadosa de un bloqueo militar.

—¿Cómo fue tu pequeña charla con mi hija? —La sonrisa de Thomas contenía siglos de diversión aristocrática.

—Dice que se casará con el idiota —Las palabras surgieron entre dientes apretados, sabiendo a amarga derrota.

—Así que ahora deseas matar a Torrington —No era una pregunta.

Lucian se puso rígido, su orgullo luchando contra la cruda verdad de la evaluación de Thomas. —Tengo la intención de hablar con él.

—Si procedes como lo has hecho esta mañana —la risa de Thomas contenía un conocimiento oscuro—, no dudo que lo habrás retado a duelo en menos de una hora.

—Tal vez. —Lucian avanzó con deliberada lentitud, notando cómo los lacayos se tensaban como sabuesos que captan un rastro. Uno incluso se atrevió a levantar el puño, como si estuviera preparado para derribar a un conde en defensa de los deseos de su señor.

—No voy a permitirlo. —La voz de Thomas contenía acero bajo seda.

—¿Cómo dices?

—Fuiste hábil al tratar con Mordaunt. —Thomas se enderezó, su pose casual disolviéndose en algo más decidido—. Pero si también retas a Torrington, el mundo finalmente verá la verdad del asunto. Habrá demasiado escándalo.

—No permitiré que Lizzie se case con ese idiota. —Los ojos de Lucian se estrecharon peligrosamente.

—Entonces, discutamos el asunto. Verbalmente, eso sí. —Los ojos de Thomas bailaban con diversión apenas contenida.

Lucian escaneó los rostros determinados de los lacayos antes de soltar una carcajada, la tensión abandonando sus hombros. —Muy poco deportivo de tu parte, ¿no? ¿Emplear también a tus lacayos?

—Ven. —Thomas hizo un gesto hacia su biblioteca como un general ofreciendo términos de rendición—. Retirémonos a un lugar más civilizado.

La biblioteca de Thomas los envolvió como un coñac añejo, todo cuero y luz de lámparas y sabiduría cuidadosamente madurada. Lucian se arrojó en una silla con violencia apenas

contenida mientras Thomas se acomodaba en su propio asiento con la paciencia de un hombre que había dominado hace mucho el arte de esperar.

—¿Alguna vez has pensado —dijo Lucian, sus dedos tamborileando un patrón inquieto en el brazo de la silla—, que podría ser mejor para ti simplemente casarte con Lizzie, en lugar de seguir retando a duelo a sus admiradores? Podría resultar un proceso extremadamente repetitivo y agotador.

—Ella no se casará conmigo —admitió Lucian, las palabras sabiendo a derrota y recuerdos bañados por el amanecer—. Acabo de pedírselo.

Las cejas de Thomas se elevaron hacia su línea del cabello. —¿Irrumpiste en su habitación, la despertaste, le prohibiste casarse con Torrington y luego le propusiste matrimonio? —Su voz contenía siglos de ironía aristocrática—. Por supuesto, ¿cómo pudo Lizzie ser tan tonta como para rechazar una declaración tan romántica?

El calor trepó por el cuello de Lucian. —No estaba pensando.

—Y lo arruinaste espectacularmente —concluyó Thomas por él, cada palabra precisa como el bisturí de un cirujano.

—Dice que ama a Torrington. —La confesión emergió áspera con emoción reprimida.

—¿La provocaste tanto, eh? —Los ojos de Thomas bailaban con una diversión impía.

Lucian suspiró, pasándose los dedos por el cabello ya desordenado. —Esa sería la forma más educada de decirlo.

—Si has acorralado a Lizzie de tal manera que declaró amor por Torrington —la voz de Thomas contenía una cuidadosa consideración—, ¿te das cuenta de que cualquier presión adicional asegurará que camine hacia el altar con él, aunque tenga que arrastrarlo ella misma?

—Sí, me doy cuenta de eso... ahora. —Lucian hizo una mueca, recordando el destello de desafío en esos ojos verde mar—. ¿Por qué demonios no me detuviste?

Una sonrisa jugueteó en los labios de Thomas. —Me temo que era simplemente demasiado divertido.

—Me alegra saber que te he entretenido —dijo Lucian, entrecerrando los ojos peligrosamente.

Thomas simplemente se encogió de hombros, el gesto tan elegante como una espada desenvainada. —Tú eras el que afirmaba no sentir más que amistad por Lizzie.

La comprensión amaneció como un relámpago de verano. —Muy bien —concedió Lucian con un breve asentimiento—. Pensaste que me lo merecía, y así fue.

—También intento mantenerme al margen de tus asuntos y los de Lizzie —dijo Thomas, su expresión un estudio de virtud aristocrática.

La risa de Lucian contenía un genuino calor por primera vez esa mañana. —¿Ah, sí?

—Sí. —Los ojos de Thomas brillaron como la luz atrapada en un fino cristal antes de volverse más serios. Su tono cambió a una cuidadosa despreocupación—. ¿Sabías que tuve una conversación bastante esclarecedora con Mordaunt antes de que partiera hacia América? De hecho, fue apenas unos minutos antes de que se fuera.

El abrupto cambio de tema tomó a Lucian por sorpresa. Entonces la comprensión llegó, aguda como el amanecer invernal. —Ya veo. Me había preguntado sobre su apresurada partida.

—Sí. —Thomas examinó su anillo de sello con estudiada indiferencia—. Mordaunt había pensado en retirarse a París, pero yo... lo persuadí de lo contrario. Se mostró reacio a entrar en razón, pero como yo había adquirido todos sus pagarés, deudas y propiedades, sus opciones se vieron bastante limitadas.

Lucian miró a Thomas, una apreciación atónita recorriéndolo. Tomó un respiro medido. —Veo que fui mucho más amable con él de lo que tú fuiste.

—No soy un hombre al que le gusten las demostraciones públicas —dijo Thomas, su tono ligero como el vilano aunque sus ojos contenían acero.

—Recuérdame nunca ponerme en tu contra. —Las palabras de Lucian surgieron suaves con un nuevo respeto.

Una leve sonrisa jugó en los labios de Thomas. —Quizás soy demasiado celoso. Pero entonces, tú nunca tratarías a Lizzie de esa manera, ¿verdad?

—Si lo hiciera —Lucian igualó su sonrisa—, me sentiría insultado si me trataras con más ligereza de lo que trataste a Mordaunt.

Thomas asintió, con un brillo de satisfacción en los ojos. —Muy bien. Dicho esto, quizás te resulte interesante saber que el joven Torrington no está tan bien situado como aparenta. Su finca, aunque no es un desastre como la de Mordaunt, está lejos de ser próspera. Es joven y, creo, no es un individuo particularmente fuerte. Fácil de persuadir, se podría imaginar —su mirada se encontró con la de Lucian con un significado cuidadoso—. Esta es la razón principal por la que Lizzie no debería casarse con él. No está a su altura.

—No —dijo Lucian, levantándose con un nuevo propósito—. No lo está —hizo una reverencia, mientras la comprensión florecía en su pecho—. Le agradezco esta esclarecedora conversación, milord. Independientemente de lo que ocurra entre Lizzie y yo, espero que me permita ser yo quien visite a Torrington.

La sonrisa de Thomas contenía siglos de satisfacción aristocrática. —Si prometes ser gentil con él. Una mano ligera es todo lo que se necesitará.

—Un arte que claramente necesito practicar —dijo Lucian con ironía—. Prometo que no lo decepcionaré esta vez.

Lucian hizo una reverencia y salió de la biblioteca con paso tranquilo, sus pasos más ligeros ahora que el propósito había reemplazado la ira ciega. Había llegado a la mitad de la extensión de mármol del vestíbulo cuando un pensamiento lo asaltó. Al volverse, encontró a Thomas aún sentado en su sillón de cuero, emanando satisfacción como el calor de las brasas.

—Thomas —dijo Lucian, incapaz de reprimir una sonrisa irónica—, ¿puedo sugerir que retire a sus lacayos? Siguen haciendo guardia como los Guardias del Palacio de St. James.

La ceja de Thomas se alzó con elegante interrogación. —Los olvidé, ¿no es así?

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron, fluyendo entre ellos la comprensión como un fino brandy compartido entre caballeros. Mucho quedaba sin decir —sobre Lizzie, sobre corazones y honor, sobre la delicada danza de proteger a una mujer que los estrangularía a ambos por atreverse a pensar que necesitaba protección. Sin embargo, en ese momento de diversión compartida, emergió una verdad más profunda: ya no eran adversarios en este juego de amor y orgullo, sino más bien aliados improbables para asegurar la felicidad de Lizzie.

Aunque ella los maldijera a ambos por su interferencia.

—Graves —llamó Thomas sin apartar la mirada de Lucian, su voz rica en risa contenida—, puede informar a los demás que sus servicios ya no son necesarios. Lord Thorncliff parece haber recuperado el juicio.

—Más o menos —concordó Lucian, su propia sonrisa ensanchándose al escuchar el movimiento de los lacayos aliviados dispersándose—. Aunque imagino que eso aún está por verse en lo que concierne a su hija.

—En efecto —Thomas levantó su copa de brandy vacía en un brindis simulado—. Ve y sé gentil con el joven Torrington. Pero quizás no demasiado gentil —no querríamos que Lizzie pensara que te has vuelto completamente manso.

La risa de Lucian resonó por la biblioteca mientras se giraba para marcharse. La furia de la mañana se había transformado en algo mucho más peligroso—esperanza, templada con paciencia. Se encargaría de Torrington, sí, pero con la sutil precisión que Thomas había demostrado, en lugar de la fuerza bruta de sus intenciones anteriores.

Después de todo, tenía una dama que conquistar, y esta vez, pretendía hacerlo correctamente.

Capítulo 34

Lizzie estaba sentada en la sala de la mañana de Ashworth House, con la luz del atardecer proyectando largas sombras sobre la alfombra Aubusson mientras miraba fijamente la misiva en sus manos temblorosas. Imposible. Lord Torrington la estaba dejando plantada. No llevaban comprometidos ni medio día, y la estaba abandonando como si fuera una jovencita inexperta en su primera temporada.

El cobarde ni siquiera había tenido el valor de enfrentarla. En su lugar, había redactado esta insípida carta, cada frase cuidadosamente elaborada era un nuevo insulto:

Le ruego su perdón, pero me temo que le pedí su mano en matrimonio cuando verdaderamente no tenía derecho a hacerlo. No la merezco, y nunca lo haré. Dado que nuestro compromiso no ha sido anunciado, y nadie más que su padre y usted está al tanto, deseo corregir este error lo más rápidamente posible. Aunque me veo en la necesidad de abandonar la ciudad por un tiempo prolongado, seguiré siendo eternamente su fiel admirador y servidor...

Lizzie arrugó la carta en su puño, el fino papel crujiendo como hojas de otoño. Si tan solo fuera cierto que solo ella y su padre conocían el compromiso. Pero Lucian lo sabía. Dios mío, Lucian lo sabía.

Gimió, presionando su frente contra su mano cerrada. Cómo se reiría él. Ella, la Incomparable del ton, había sido abandonada por ese cachorro de Torrington. Era una suerte que el traidor del conde ya hubiera partido de Londres, de lo contrario, ella misma podría haberlo matado, de verdad que sí.

Pero bajo su rabia acechaba el conocimiento de que había aceptado la propuesta de Torrington no por un genuino aprecio, sino por una desesperada necesidad de demostrar que no le importaba que Lucian le hubiera ofrecido matrimonio tan casualmente como quien sugiere un paseo por el parque.

El orgullo, al parecer, estaba decidido a hacerla quedar como una tonta a cada paso.

Las sombras se alargaban en la sala de la mañana de Ashworth House mientras Lizzie se levantaba de su silla, la carta arrugada cayendo de sus dedos como orgullo descartado. Cada tictac del reloj de la repisa parecía burlarse de su locura —no por aceptar la propuesta de Torrington, sino por pensar que un intento tan transparente de escape podría salvarla de la verdad que atormentaba sus sueños.

El beso de Lucian aún ardía en sus labios, un recordatorio fantasma de todo lo que había intentado olvidar. Su despreocupada proposición resonaba en su mente, hiriendo más profundamente que la cobarde retirada de Torrington jamás podría. *Si eso es todo lo que quieres, entonces bien podrías casarte conmigo en lugar de con Torrington.*

Se acercó a su espejo, estudiando su reflejo con ojos críticos. La Incomparable de la alta sociedad le devolvía la mirada, pulida y completamente falsa. Detrás de esa cuidadosa fachada se escondía una mujer que una vez se había revolcado en pajares y bailado bajo la lluvia, que había encontrado libertad fingiendo ser alguien completamente diferente. Que se había enamorado de un hombre que veía a través de cada una de sus cuidadosamente construidas murallas.

—¿Mi señora? —Graves apareció en la puerta, su expresión cuidadosamente neutral—. El baile de Lady Chandler comienza en dos horas. ¿Debo hacer que planchen su ropa de noche?

Los labios de Lizzie se curvaron en una sonrisa peligrosa.

—Sí, Graves. El vestido de seda azul, creo. El que me hace parecer una reina de hielo.

—Muy bien, mi señora. —¿Fue eso un destello de aprobación en los ojos del mayordomo?—. ¿Y debo enviar un mensaje diciendo que está indispuesta?

—No. —Levantó la barbilla, sintiendo que algo salvaje e imprudente se agitaba en su sangre —. La Incomparable de la alta sociedad no se esconde del escándalo. Lo crea.

Que murmuren. Que se pregunten por qué Torrington había huido de la ciudad con tanta prisa indecorosa. Que Lucian se entere de cuán rápidamente se había recuperado de su descuidada proposición. Asistiría al baile de Lady Chandler y demostraría a todo Londres —y a sí misma— que Elizabeth Ashworth no necesitaba la aprobación de ningún hombre para reinar suprema.

Pero al apartarse del espejo, sus dedos rozaron el lugar donde los labios de Lucian habían marcado su alma, y su corazón susurró verdades traidoras sobre exactamente cuya aprobación realmente anhelaba.

***

El salón de baile de Lady Chandler brillaba como un sueño febril, cientos de velas reflejándose en espejos dorados hasta que la realidad misma parecía desdibujarse en los bordes. Lizzie se

movía entre la multitud como la reina del invierno, la seda azul de su vestido atrapando la luz como escarcha en rosas de jardín. Su entrada causó el habitual oleaje de susurros y miradas significativas, pero esta noche esos susurros tenían un peso diferente.

—¿Te enteraste de lo de Torrington? —Las palabras flotaron a su alrededor como hojas de otoño—. Se fue de la ciudad sin decir una palabra...

—La Incomparable parece imperturbable... —Otra voz, otra observación cuidadosamente elaborada.

Lizzie se permitió una pequeña sonrisa enigmática. Que se pregunten. Que murmuren. Había jugado este juego desde su primera temporada, y nadie había visto jamás más allá de la máscara que llevaba con tanta facilidad practicada. Nadie excepto—

—Lizzie. —Adelaide apareció a su lado, la preocupación ensombreciendo sus delicadas facciones—. No esperaba verte aquí esta noche.

—¿Y por qué no? —La risa de Lizzie surgió perfectamente calibrada: musical, ligera, completamente falsa—. Seguramente no pensarás que un poco de chismorreo social me mantendría alejada, ¿verdad?

La mirada de Adelaide contenía demasiada comprensión.

—Tu padre mencionó...

—¿Que recibí una carta? —interrumpió Lizzie con suavidad—. Qué amable por parte del querido Lord Torrington ahorrarme la molestia de romper nuestro compromiso yo misma. Estas cosas pueden ser tan incómodas, ¿no crees?

Pero incluso mientras las palabras salían de sus labios, su mirada recorría la multitud reunida con peligrosa intensidad. Se decía a sí misma que no estaba buscando ojos grises como la tormenta y hombros anchos, que no se preguntaba si él habría oído hablar de la apresurada partida de Torrington. Que no estaba imaginando su sonrisa conocedora al enterarse de cuán rápidamente se habían desmoronado sus intentos de escape.

—Mi querida Lady Elizabeth —una voz cultivada interrumpió sus pensamientos—. Qué encantador volver a verla.

Lizzie se giró para encontrarse frente al Vizconde de Torvel, recién regresado de sus viajes continentales. Sus ojos oscuros contenían apreciación y algo más peligroso mientras la recorrían: la mirada de un hombre acostumbrado a coleccionar cosas hermosas.

—Bienvenido de vuelta a Londres, milord —ofreció su mano con gracia calculada, incluso cuando su pulso se aceleró ante la súbita posibilidad. La reputación de De Torvel como un

libertino consumado solo era superada por su famosa incapacidad para resistir un desafío. Y esta noche, Lizzie se sentía precisamente como para desafiar al destino mismo.

No vio a Lucian entrar en el salón de baile, no notó cómo se quedó completamente inmóvil al ver su mano en el agarre de De Torvel. Pero lo sintió: sintió el peso de su mirada como un relámpago de verano a punto de estallar.

Las notas del vals se derramaban por el salón de baile como miel goteando sobre navajas: dulce y peligrosa. Lizzie se balanceaba en los brazos de De Torvel, ofreciéndole una sonrisa que contenía partes iguales de desafío y cálculo.

—Estoy tan complacida de verlo de vuelta en la ciudad, milord. ¿Cuándo llegó?

—Hace solo unas pocas horas —su sonrisa en respuesta contenía un encanto practicado, sus brazos apretándose ligeramente alrededor de su cintura—. Si lo notó, me apresuré a su lado de inmediato.

—Me siento honrada —murmuró Lizzie, su mente corriendo detrás de su fachada cuidadosamente mantenida. De Torvel no podía haber oído los susurros aún, no podía saber cómo sus admiradores habían estado alejándose lentamente como hojas de otoño. Esta era su oportunidad, quizás su última oportunidad, de probar que no había perdido su poder para comandar la atención masculina.

—¿Sabe? —la voz de De Torvel bajó a profundidades íntimas—, en todos mis viajes, no he conocido ni una sola vez a una mujer más hermosa que usted —sus brazos la acercaron más, los límites de la propiedad estirándose peligrosamente—. En verdad, he soñado con usted cada noche.

—Palabrería —La risa de Lizzie emergió perfectamente calibrada, incluso mientras lanzaba una mirada deliberada hacia el borde de la pista de baile. Se le cortó la respiración al encontrarse con la mirada furiosa de Lucian. Alzó la barbilla desafiante y se volvió hacia de Torvel con renovado propósito—. Estoy segura de que eso se lo dice a todas las damas.

—No —Sus ojos brillaron con maliciosa intención—. Soy su devoto servidor. Si me lo permitiera, se lo demostraría.

Algo temerario y salvaje recorrió la sangre de Lizzie, ahogando la pequeña voz de la razón que susurraba advertencias.

—Muy bien —Sostuvo su mirada con un desafío igual—. Cásese conmigo, mi lord.

Los brazos de De Torvel se tensaron a su alrededor, sus ojos oscuros se abrieron de par en par.

—¿C-casarme con usted?

—Sí, cásese conmigo —Le lanzó una sonrisa brillante y peligrosa—. ¿No dijo que deseaba demostrarme su devoción?

Al otro lado del salón de baile, más que ver la reacción de Lucian, la sintió; sintió la tormenta creciente de su furia como un rayo a punto de caer. Pero ya estaba más allá de importarle, atrapada en este juego desesperado de su propia creación.

—Sí —de Torvel se recuperó con una risa baja—. Pero el matrimonio no era lo que tenía en mente, debo admitir.

—¿Entonces desea retirarse? —Su sonrisa se volvió dulcemente viciosa. De Torvel era famoso por nunca echarse atrás ante un desafío, y ella acababa de ofrecerle el más grande de todos.

—No, traviesa —dijo de Torvel, su mano en la cintura de ella presionándola más cerca de lo que la propiedad permitía—. No me echaré atrás. Con gusto me casaré con usted. Solo pensé que estaba demasiado lejos de mi alcance.

—Nunca ha encontrado nada fuera de su alcance —replicó Lizzie, incluso cuando el triunfo se volvió amargo en su lengua. Había ganado su juego, pero la victoria se sentía hueca como una corona vacía.

—En verdad, nos llevaremos bien juntos —se rió de Torvel, el sonido rico en satisfacción masculina.

—Sí, así será —logró decir Lizzie, el alivio inundándola cuando las notas finales del vals se desvanecieron.

De Torvel tomó su brazo para llevarla fuera de la pista de baile, pero apenas habían dado dos pasos cuando la amplia figura de Lucian cortó la multitud como una cuchilla a través de la seda. A Lizzie se le cortó la respiración. Él estaba de pie frente a ellos, cada línea de su cuerpo prometiendo retribución, sus ojos ardiendo con cruda posesión.

—Ella retira la oferta —Cada palabra cayó entre ellos afilada como cristal roto.

—Lucian, no vayas a... —comenzó Lizzie, pero él ya se estaba moviendo. Su puño conectó con la mandíbula de de Torvel con devastadora precisión, enviando al sorprendido noble tambaleándose hacia atrás a los brazos de Lord Hampton.

—¿Qué demonios? —balbuceó de Torvel, con sangre goteando de la comisura de su boca mientras se ponía de pie.

—No te vas a casar con Lizzie —la voz de Lucian tenía la silenciosa amenaza de una espada desenvainada—. Ella se va a casar conmigo.

—¡¿Qué?! —La palabra brotó de los labios de Lizzie, mezcla de indignación y desesperada esperanza—. No me voy a casar contigo, Lucian Rothwell. Preferiría...

—¡Atrápalo, de Torvel! —El gruñido de Hampton interrumpió su protesta mientras empujaba al todavía aturdido noble hacia adelante—. ¡Hazle pagar por lo que nos ha hecho a todos!

La confusión se extendió por el salón de baile de Lady Chandler como el viento por el trigo de verano cuando de Torvel cargó. El impacto envió a ambos hombres contra un espejo de bordes dorados, la colisión puntuada por el delicado sonido de una copa de champán rompiéndose en algún lugar entre la multitud reunida.

Pero lo que comenzó como un simple enfrentamiento entre rivales se transformó en algo mucho más revelador. Hombres con los que Lizzie había bailado, coqueteado, mantenido cuidadosamente equilibrados en su intrincada red social, ahora convergían sobre Lucian con expresiones que hablaban de semanas de resentimiento acumulado.

—¡Lucian! —El grito se desgarró de su garganta cuando Lord Hampton se unió a la refriega, seguido rápidamente por tres más de sus antiguos pretendientes. La cuidadosamente mantenida fachada de civilización se agrietó y se astilló mientras las máscaras aristocráticas caían, revelando las fuerzas primarias que siempre habían acechado bajo los chalecos de seda y las corbatas impecablemente anudadas.

—Apártate, Lizzie —la voz de su padre llevaba un humor inesperado mientras aparecía a su lado, ya despojándose de su chaqueta de noche—. Esta no va a ser una pelea justa.

Ella observó con fascinación atónita cómo Thomas Ashworth, Conde de Ashworth y uno de los pares más respetados de la alta sociedad, tranquilamente entregaba su chaqueta a un lacayo boquiabierto antes de propinar un golpe perfectamente ejecutado a la aristocrática mandíbula de Lord Avery.

—¡Ven, Lizzie! —Adelaide se materializó a su lado, práctica como siempre, a pesar de que sus ojos bailaban con una alegría apenas contenida. Tiró de Lizzie alejándola del círculo en expansión del combate justo cuando Lord Stanton pasó volando, sus elegantes zapatos de corte describiendo un arco sorprendentemente grácil en el aire.

Las damas de la alta sociedad respondieron a esta impactante disolución del comportamiento apropiado con todo el dramatismo que sus posiciones exigían. Se desmayaban en brillantes cascadas de seda y encaje, aunque Lizzie notó que más de una observaba los acontecimientos a través de abanicos apenas bajados, sus ojos brillantes de fascinación más que de horror.

—¡Cásate conmigo, Lizzie! —La voz de Lucian se elevó por encima del caos mientras luchaba por acercarse a ella, su ropa de noche atractivamente desarreglada, un corte sobre su ojo de alguna manera haciéndolo más apuesto en lugar de menos. Un hombre intentó taclearlo por

detrás, pero Lucian simplemente cambió su peso, enviando a su atacante tambaleándose hacia un grupo de jugadores de cartas que habían estado apostando sobre el resultado.

—¡Ella acepta! —exclamó Thomas alegremente, esquivando un golpe descontrolado de Lord Hampton antes de devolverle el favor con considerablemente más precisión.

—¡Padre! —la indignación de Lizzie surgió entre risas a pesar de sí misma—. Yo no...

—Cásate con él, por favor, Lizzie —la voz sin aliento de Adelaide transmitía una sabiduría inesperada—. Por fin está de rodillas ante ti, aunque sea porque Lord Pembrooke acaba de barrerle las piernas.

A través del magnífico caos de la alta sociedad londinense, olvidándose por completo de sí mismos, Lucian se abrió paso hasta el lado de Lizzie. La sangre goteaba de un corte sobre su ojo, su corbatín colgaba en un elegante desorden, pero aún así se movía con esa gracia letal que primero había capturado su corazón.

—¡Cásate conmigo, Lizzie! —su voz se elevó por encima del estruendo de la batalla mientras despachaba a otro de sus antiguos admiradores—. Adoro el suelo que pisas.

Lizzie lo observó abrirse camino hacia ella, sintiendo algo salvaje y temerario agitarse en su sangre. Los muros cuidadosamente construidos de su mundo se habían desmoronado, dejando solo este momento, esta elección. Aquí estaba Lucian, declarándose ante toda la sociedad, luchando por ella mientras lo mejor de Londres hacía todo lo posible por detenerlo.

Pero ella ya no iba a ser una mera espectadora de su propio destino.

Sin dudarlo, se agachó y se levantó las faldas, haciendo crujir la seda mientras exponía sus esbeltos tobillos ante el escandalizado ton. —Esta noche —anunció ante la mirada atónita de Adelaide—, creo que seré una dama de campo.

Con esa declaración, se adentró en la refriega, su altura poco común sirviéndole de ventaja mientras comenzaba a golpear con alegre abandono. Su primer puñetazo conectó con la mandíbula de Lord Hampton, cuya expresión de absoluto asombro casi valía el escozor en sus nudillos. Las reglas del enfrentamiento jugaban decididamente a su favor: una vez que había golpeado a un caballero, este solo podía tambalearse hacia atrás en confuso horror, incapaz de devolver el ataque.

—¡Lizzie! —la voz de Lucian contenía partes iguales de exasperación y admiración mientras ella luchaba por llegar hasta él—. ¿Qué estás haciendo?

—Respondiendo a tu pregunta —le contestó, levantando aún más sus faldas para propinar una patada decisiva en la espinilla de Lord Templeton cuando este se quedó boquiabierto demasiado

tiempo mirando sus tobillos expuestos. Le dio un empujón mientras saltaba sobre un pie, enviándolo a desparramarse por el suelo pulido.

La risa encantada de Adelaide resonó detrás de ella mientras su amiga se unía al ataque poco convencional, demostrando ser una excelente retaguardia. Juntas se abrieron paso entre la multitud asombrada, los puños de Lizzie y los rápidos golpes de Adelaide despejando el camino hasta que llegó al lado de Lucian.

Adelaide demostró ser una luchadora natural, sus rápidos golpes y empujones estratégicos abrieron un camino a través de la multitud. Sin embargo, su mirada se desviaba constantemente hacia donde Thomas peleaba con elegante precisión, su chaqué hacía tiempo descartado y las mangas de la camisa arremangadas para revelar antebrazos sorprendentemente musculosos.

—Ve con él —gritó Lizzie por encima del hombro mientras abofeteaba a un admirador particularmente persistente—. Parece que hemos iniciado toda una tendencia romántica esta noche.

La risa de Adelaide resonó con alegría mientras cambiaba de rumbo, abriéndose paso hacia el lado de Thomas con una determinación decididamente poco femenina. Él se giró justo cuando ella lo alcanzó, su expresión transformándose de violencia controlada a tierna apreciación.

—Querida —dijo, esquivando un golpe salvaje sin apartar los ojos de su rostro—, ¿no considerarías un viaje a París? Dicen que es encantador en esta época del año, y considerablemente menos... pugilístico.

—Sí —exhaló Adelaide, justo antes de que Thomas la atrajera hacia sí para protegerla de un noble tambaleante.

El corazón de Lizzie se encogió ante lo correcto que parecía: su padre y su más querida amiga encontrando el amor en este momento de glorioso caos. Pero su propio destino la esperaba, y los ojos de Lucian ardían con posesión mientras ella luchaba por llegar a su lado, con las faldas escandalosamente alzadas para una mejor movilidad.

—Creo —dijo, propinando una patada certera a Lord Hampton— que deberíamos hacer nuestra salida antes de que alguien mande llamar al magistrado.

—Guía el camino, mi amor —la sonrisa de Lucian contenía una promesa perversa mientras tomaba su mano—. Aunque debo decir que tus modales campesinos están saliendo a relucir.

—Pareces aprobarlo —ella igualó su sonrisa con una igual de peligrosa.

—Inmensamente.

Juntos se abrieron paso hacia la puerta, dejando atrás una estela de nobles aturdidos y muebles volcados. En algún lugar detrás de ellos, la voz de Thomas resonó con alegre autoridad:

—¡Apresúrense con su escape! Creo que he ganado una suma bastante considerable apostando por este desenlace en particular.

—¡Su carruaje, mi lord! —gritó Thomas tras ellos mientras irrumpían en el aire nocturno, su risa llevándose por encima de los sonidos de la continua batalla en el interior. Lizzie miró hacia atrás para ver a su padre despachando hábilmente a otro aspirante a retador mientras Adelaide observaba con admiración mal disimulada.

—¿Pero dónde está Esmeralda? —la pregunta de Lizzie surgió sin aliento mientras se detenían en lo alto de las escaleras. Debajo de ellos, una fila de elegantes carruajes esperaba como perlas negras ensartadas a lo largo de la curva de la calle.

—Allí —Lucian asintió hacia las ventanas del salón de baile donde su otrora carabina permanecía sentada exactamente donde la habían dejado, garabateando frenéticamente en su omnipresente cuaderno, completamente ajena al caos que la rodeaba.

Algo parecido al destino susurró en la sangre de Lizzie. Una vez antes, había huido sin carabina, aquella noche en que la lluvia y el miedo la habían llevado a la puerta de Lucian. Ahora elegía dejar atrás las reglas de la sociedad, pero esta vez con los ojos claros y el corazón despejado.

—Buen hombre —la voz de Thomas resonó mientras se unía a ellos, con Adelaide firmemente sujeta a su lado—. ¿De quién es este carruaje?

El cochero, con los ojos como platos, miró boquiabierto al desaliñado grupo. —De De Torvel, mi señor.

Una sonrisa maliciosa curvó los labios de Lucian. —Excelente.

Thomas metió la mano en su bolsillo y sacó una moneda reluciente. —Acabo de hablar con de Torvel. Desea que nos lleve.

Los ojos del cochero se fijaron en el soberano con repentina comprensión. —Así es, mi señor. Así es, en efecto.

Se desplomaron en el interior forrado de terciopelo del carruaje como burbujas de champán escapando de su botella, con el triunfo y el deseo burbujeando en su sangre. Lizzie se encontró presionada contra el costado de Lucian, cada punto de contacto ardiendo a través de capas de seda y decoro. Frente a ellos, Thomas y Adelaide parecían perdidos en su propio mundo privado de miradas tiernas y alegría apenas contenida.

—Muy amable de parte de de Torvel —murmuró Lucian al oído de Lizzie mientras el carruaje se ponía en marcha, su aliento agitando los rizos sueltos en su sien—. Proporcionar tanto a su prometida como su carruaje.

—No su prometida —Lizzie se volvió para encontrarse con su mirada, hallando ojos oscuros como la tormenta que contenían partes iguales de posesión y duda—. Nunca suya.

—¿No? —Su mano encontró la de ella en las sombras, entrelazando sus dedos con una intimidad devastadora—. ¿Entonces de quién?

La pregunta quedó suspendida entre ellos como encaje español, delicado pero lo suficientemente fuerte para unir dos corazones. Lizzie levantó su mano libre para trazar la curva de su mandíbula, sintiendo el calor de él bajo sus dedos. —Tuya —susurró—. Si aún quieres a una mujer que pelea como una campesina descarada y rompe todas las reglas de la sociedad respetable.

—¿Quererte? —Su risa contenía emoción pura—. Lizzie, mi amor, te he querido desde que caíste en mi vida fingiendo ser alguien completamente diferente. Quiero cada parte de ti: la dama respetable y la chica de campo, la feroz luchadora y el corazón tierno. —Sus dedos se apretaron alrededor de los de ella—. Cásate conmigo. No porque sea conveniente o esperado, sino porque te amo más que al aire que respiro.

—Sí. —La palabra surgió suave como una plegaria, pero pareció llenar todo el carruaje con su poder—. Sí, me casaré contigo, Lucian Rothwell, porque te amo con una pasión que desafía todas las reglas que jamás he conocido.

En las sombras parpadeantes proyectadas por las farolas al pasar, los ojos de Lucian se oscurecieron hasta el negro medianoche. Su mano soltó la de ella solo para curvarse alrededor de su nuca, con los dedos enredándose en los rizos suaves como la seda que se habían soltado durante su frenética huida. El contacto envió escalofríos en cascada por su columna, cada punto de contacto entre ellos ardiendo como estrellas caídas a la tierra.

—Mi hermosa luchadora —murmuró, atrayéndola más cerca hasta que sus alientos se entremezclaron en el escaso espacio entre ellos—. Mi pareja perfecta.

Cuando sus labios encontraron los de ella, no fue nada parecido a sus besos anteriores —ni la desesperada posesión en su alcoba, ni siquiera su encuentro bañado por el sol en el heno. Este beso contenía el peso de la elección, de la claridad, de dos almas reconociendo su otra mitad. Su boca se movía sobre la de ella con una ternura exquisita que lentamente se encendió en un fuego consumidor, cada caricia una promesa de todo lo que estaba por venir.

Lizzie se derritió en él, sus manos aferrándose a la fina lana de su frac de noche, sin importarle que estuviera salpicado con evidencia de su batalla en el salón de baile. Podía saborear el más leve rastro de sangre de su labio partido, sentir el rápido trueno de su corazón bajo su palma.

Cada sentido se llenó de él —su fuerza, su pasión, el embriagador aroma a sándalo y calor masculino que era únicamente Lucian.

El carruaje pasó por un tramo irregular de la calle, sacudiéndolos más cerca. El brazo de Lucian se ciñó alrededor de su cintura, estabilizándola incluso mientras su beso se profundizaba en algo salvaje y posesivo. Ella lo igualó medida por medida, volcando todo su amor, desafío y rendición en este momento perfecto.

Una discreta tos desde el otro lado del carruaje finalmente penetró su paraíso privado. Se separaron para encontrar a Thomas estudiando el paisaje que pasaba con exagerado interés mientras Adelaide ocultaba mal su sonrisa encantada detrás de una mano enguantada.

—Quizás —sugirió Thomas suavemente, aunque sus ojos bailaban con aprobación—, deberíamos discutir planes de boda en lugar de proporcionar demostraciones tan extensas de su mutuo aprecio.

Lizzie sintió que sus mejillas se calentaban incluso mientras la risa burbujeaba en su pecho. El brazo de Lucian permaneció firmemente alrededor de su cintura, su pulgar trazando círculos enloquecedores contra su costado a través de capas de seda.

—Creo —dijo, presionando un beso en su sien que de alguna manera logró ser tanto apropiado como pecaminosamente prometedor—, que una ceremonia muy pequeña y muy rápida sería lo más apropiado.

—Lo más apropiado, en efecto —coincidió Thomas, alcanzando la mano de Adelaide con una ternura reveladora—. No imagino que la sociedad londinense sea particularmente receptiva a invitaciones de boda por algún tiempo.

Epílogo

Las grandes puertas del granero estaban cerradas, el aroma del heno se mezclaba con débiles rastros de humo de leña y champán. Desde el pajar de arriba, resonaban risas, ricas e íntimas, como si el mundo más allá del granero ya no existiera.

—Lee esta parte, Lucian —dijo Lizzie, sentada sobre una manta extendida sobre el heno, con las mejillas sonrojadas por la risa y el calor. Sostenía el manuscrito en una mano y una copa vacía de champán en la otra, agitando las páginas triunfalmente—. "El valiente Sir Lucian, con puños como espadas, luchó valientemente para salvar a la bella Lady Lizzie de villanos bribones, traidores canallas y persistentes mentecatos". —Sacudió la cabeza, su risa como el suave tintineo de campanas—. Vaya, la prosa de Esmeralda es tan... *poderosa*.

Lucian, recostado perezosamente detrás de ella, se movió para mirar por encima de su hombro, su aliento rozando su cabello.

—¿Menciona cómo Lady Lizzie luchó como una campesina revoltosa?

—No —respondió Lizzie, hojeando las páginas—. Aunque hay algunas tonterías sobre mi "dulce y virtuosa dama de compañía". Esa debe ser Adelaide. —Hizo una pausa, su risa suavizándose mientras pensaba en su amiga. La última carta de Adelaide había sido una misiva alegre, toda ternura y felicidad; ya no era una dama de compañía, sino una mujer amada y una esposa apreciada.

—¿Qué es tan divertido? —La voz de Lucian era baja y curiosa, su ronquera una caricia malvada contra su oído.

—Nada —dijo Lizzie rápidamente, guardando el recuerdo de la carta cerca de su corazón. Algunos secretos, aquellos llenos de sabiduría femenina y verdades susurradas, era mejor mantenerlos para una misma. Volvió a las páginas y frunció el ceño, entrecerrando los ojos en la última línea—. "Sir Lucian, llevando a su dama sobre su corcel, gritó *¡Que viva la estupidez!*"

Lucian se rio suavemente, besándola justo debajo de la oreja, el calor enviando escalofríos por su piel.

—Creo —murmuró, sus labios trazando una delicada línea por su cuello—, que ella quiso decir *caballerosidad*.

—¿Caballerosidad? —logró decir Lizzie, sus ojos cerrándose mientras los brazos de él se deslizaban alrededor de su cintura, atrayéndola hacia su cuerpo—. ¿Cómo podría alguien confundir esas dos palabras?

—Algún tonto se lo dijo —respondió él, su voz amortiguada mientras su boca encontraba el hueco sensible justo encima de su clavícula.

—Lucian... —La protesta de Lizzie fue débil, más un suspiro que una palabra. Se reclinó más en su abrazo, su cuerpo ya derritiéndose mientras el manuscrito se deslizaba de sus manos, olvidado.

—Ya es suficiente lectura por ahora, esposa —dijo Lucian, la promesa ronca en su tono acelerando su pulso.

—Ay, mi señor —murmuró Lizzie, girándose ligeramente para mirarlo, aunque los brazos de él seguían siendo una sólida jaula a su alrededor. Sus ojos brillaban con un desafío juguetón—. ¿No querrás que te vean como un patán de campo que no se preocupa por la literatura, verdad?

La mirada gris tormentosa de Lucian brilló con picardía mientras alcanzaba el manuscrito descartado, arrojándolo sin ceremonias junto con su copa vacía. —Me temo que soy precisamente eso: un pueblerino grosero —dijo, sus dedos ya aflojando los cordones de su blusa campesina con deliberada lentitud—. Y encuentro a mi «hermosa moza» mucho más cautivadora que cualquier prosa.

—¡Lucian! —jadeó Lizzie, sintiendo un calor que la invadía mientras las manos de él rozaban su piel desnuda bajo la blusa entreabierta—. Soy una *dama* —bromeó, aunque su respiración se volvió inestable y su voz tembló de deseo.

—Eres mía —dijo él, con voz aterciopelada y grave. Se inclinó más cerca, sus labios flotando justo sobre los de ella—. Una dama en sociedad, una guerrera en el salón de baile, y aquí... —Sus ojos se oscurecieron mientras la estudiaba—. Aquí, eres simplemente mi Lizzie.

La cruda posesividad en su voz la deshizo. —Y tú eres mío, bruto campesino —susurró, rodeando su cuello con los brazos, atrayéndolo más cerca hasta que sus bocas se encontraron. Su beso fue lento al principio, lánguido y minucioso, una reivindicación que le robó el aliento y la dejó anhelante.

Lucian se movió, haciéndola rodar suavemente sobre la suavidad de la manta, el heno crujiendo levemente debajo de ellos. —Desde que te besé en el pajar —murmuró contra sus labios—, he deseado esto.

—¿Esto? —bromeó Lizzie, sus manos enredándose en su cabello mientras él presionaba una línea de besos a lo largo de su mandíbula.

—No, no solo esto. —Levantó la cabeza, su mirada encontrándose con la de ella, llena de una ternura que hizo que su corazón tartamudeara—. Te he deseado a *ti*, conocerte en todos los sentidos, amarte tal como eres.

Lizzie sintió que su corazón dolía con una alegría tan pura que le trajo lágrimas a los ojos. —¿Y ahora? —preguntó suavemente, su voz quebrándose.

—Ahora lo sé —respondió Lucian, apartando un mechón de cabello de su mejilla—. Te amo, Lizzie. Recuérdalo siempre.

Su sonrisa tembló, y ella levantó la mano para acunar su rostro. —Podría perder todos mis recuerdos, pero tu amor nunca lo olvidaría. —Entonces, la picardía volvió a su mirada, suavizando el momento—. Aunque no me importa si me lo recuerdas a menudo.

Lucian sonrió, sus manos comenzando una lenta y reverente exploración de su forma. —Un caballero galante difícilmente podría negar la petición de una dama.

—Y sin embargo, sigues siendo tan maravillosamente *poco galante* —murmuró ella, sin aliento mientras su toque se volvía más audaz, despojándolos de las últimas barreras entre ellos.

Los ojos de Lucian brillaron con un calor juguetón. —¿Objetas?

—Nunca —respondió Lizzie, su voz apenas un susurro mientras lo atraía hacia ella una vez más—. Estos placeres campestres me sientan muy bien, esposo.

—Y siempre lo harán —prometió Lucian, antes de silenciar su risa con un beso que hablaba de eternidad.

***

Mansión Thorncliff, Primavera de 1822

Los sonidos de la risa de los niños resonaban a través de las extensas tierras de la Mansión Thorncliff, transportados por una cálida brisa primaveral. Bajo el viejo roble en el huerto, Lucian se apoyaba contra el tronco, acunando a un recién nacido envuelto en sus brazos. Su sonrisa reflejaba tanto satisfacción como agotamiento.

—Estabas tan seguro, Lucian —bromeó Lizzie mientras se acercaba, sus faldas rozando la hierba. Su cabello oscuro se había soltado de sus horquillas, cortesía del pequeño que tiraba de su mano, uno de los dos niños enérgicos ya manchados de barro.

—¿Seguro de qué? —preguntó Lucian, sin apartar los ojos del rostro pacífico del bebé.

—Cinco hijos —dijo Lizzie, con un tono irónico pero afectuoso—. Dos granjeros, dos debutantes y uno para desempatar.

—Y aquí estamos *nosotros* —murmuró Lucian, su sonrisa ensanchándose mientras la miraba —, los orgullosos padres de nuestro desempate.

—¿Pero es granjero o debutante? —La voz de Adelaide flotó hacia ellos, sus faldas susurrando mientras se unía al grupo. Llevaba un niño en la cadera, y el más pequeño la seguía con la cara pegajosa y uno de los sombreros viejos de Thomas precariamente equilibrado en su cabeza.

—Que se lo pregunten —dijo Lucian con una sonrisa pícara, acercando al bebé mientras Lizzie se inclinaba para besar la frente de su hijo.

—Thomas —llamó Adelaide hacia la casa donde su marido descansaba con una copa de vino —, ¿no crees que deberíamos saberlo?

Thomas levantó su copa en un saludo. —El misterio es la mitad de la diversión.

Lizzie se volvió hacia su padre, sacudiendo la cabeza con fingida exasperación. —Padre, eres incorregible.

—Y tú estás radiante —respondió Thomas, con orgullo brillando en sus ojos mientras observaba a la bulliciosa familia de su hija.

Los dos mayores —enlodados e impenitentes— corrieron hacia los hijos de Adelaide, gritando algo sobre un estanque de ranas, mientras que las hijas de Lizzie se sentaban bajo un árbol más pequeño, sumidas en una consulta sobre coronas de flores.

—Cinco —dijo Lucian en voz baja, mirando a Lizzie mientras ella se acomodaba a su lado en el césped—. Dudabas de mí.

—Siempre dudo de ti —bromeó Lizzie, aunque su mirada se suavizó mientras acariciaba la mejilla aterciopelada del bebé—. Y sin embargo, siempre tienes razón cuando importa.

Lucian se inclinó para besarle la sien. —Estupidez, mi amor.

Lizzie rió, baja y feliz, el sonido mezclándose con el parloteo de los niños y el susurro de las hojas. —No, esposo. *Caballerosidad*.

Y mientras el sol se hundía hacia el horizonte, pintando el mundo de oro y rosa, Thorncliff Manor resonaba con vida, risas y la promesa duradera del amor —un amor lo suficientemente fuerte como para construir una familia, sanar corazones e inspirar cada final feliz aún por escribirse.

Step Into a World of Romance and Revelry!

Do you dream of dashing dukes, secret scandals, and heroines who always manage to outwit their heroes? Then you're exactly where you need to be.

By joining Violet Sinclair's exclusive reader list, you'll unlock a world of swoon-worthy stories, behind-the-scenes mischief, and delightful extras you won't find anywhere else. Imagine exclusive sneak peeks of my upcoming books, special Regency-inspired surprises, and the occasional juicy tidbit about the characters you love (or love to hate).

What's waiting for you behind the velvet curtain?

- **Exclusive Previews** of my latest novels before anyone else
- **Bonus Content** you won't find in the books (think love letters, secret scenes, and more)
- **Updates and News** about releases, sales, and delightful Regency tidbits
- **A Chance to Chat** with me about what you'd like to see next!

Best of all, you'll never miss a moment of romance—or the next rogue who sweeps in to steal your heart.

Don't Let the Next Great Adventure Pass You By!

Join today, and together, we'll conquer the ballrooms, scandals, and heart-pounding moments that make Regency romance an irresistible escape.

Click below to join the fun:

👉 **Join Violet's Reader List**

(No spam, just charm—and you can unsubscribe anytime.)

Come for the passion. Stay for the adventure. Let’s fall in love with romance, one page at a time.

Also by Violet Sinclair

Standalone Novels

Explore passionate and sweeping love stories that stand entirely on their own:

Her Viscount's Secret

In Regency-era England, Jane Seymour dreams of publishing her illustrations of rare birds, but societal expectations threaten to clip her wings. Enter Sebastian Westwood, the brooding Viscount with secrets as dark as his estate's shadowy corridors. When circumstances force them into a marriage neither expected, Jane and Sebastian must navigate a landscape of half-truths and hidden passions.

The Lady Who Dared

Lady Juliet Farnsworth has always played by society’s rules, but when she stumbles upon a dangerous conspiracy, she discovers a fire within her that refuses to be extinguished. As her world collides with the enigmatic and morally ambiguous Lord William Blackwood, Juliet must decide whether risking her reputation—and her heart—is worth uncovering the truth. Secrets, scandal, and a forbidden passion burn at the heart of this gripping Regency romance.

A Marquess for Christmas

Lady Emmeline St. Clair never intended to be the center of attention. As the substitute guest at Hollybrook Manor’s grand Christmas gathering, she’s resigned to navigating the perils of high society: meddling relatives, biting scandals, and her aunt’s unrelenting matchmaking schemes. But when she encounters the infuriatingly charming Marquess of Hawthorne—who also happens to be hiding a dangerous secret—Emmeline finds herself drawn into a web of intrigue far more thrilling than she bargained for.

An Offer from the Colonel

When battle-scarred Colonel Nicholas Montgomery arrives with news of her brother’s bravery—and an unexpected marriage proposal—Catherine Somerville’s world is turned upside down. Striking a bargain to protect her family’s future, Cate soon finds herself drawn to Nick’s steadfast honor and blazing passion. As Christmas draws near, meddling relatives and past heartaches threaten their fragile bond, but love may be the greatest gift of all.

The Black Earl and His Rose

A Beauty. A Beast. A love that defies all odds. When sharp-witted and scandalous Lady Rose Sheffield is forced from London, she takes an unlikely position with the reclusive Henry Grayson, Earl of Ashbourne, a man whose dark reputation earned him the name "The Black Earl." Sparks fly as Rose's fierce independence clashes with Henry's brooding nature, but their undeniable chemistry threatens to unravel the walls they've both built. In the untamed countryside, will love heal their wounds, or will their pasts tear them apart forever?

The Countess of Chaos

When the sharp-tongued and resourceful Lizzie awakens in the care of the brooding Earl of Thorncliff, secrets abound. With her memory missing—or so she claims—and Lucian determined to unearth the truth, sparks fly as their lives collide in a battle of wit, will, and undeniable passion. In a world of hidden identities and simmering desire, can love thrive amid the chaos?

The Duchess Diaries Series

Dive into a daring, erotic series following Lilly's journey through passion, self-discovery, and scandalous escapades.

1. Awakening Wicked: Duchess Diaries Book One

At the scandalous Rycroft house party, Lilly, the Dowager Duchess of Devonshire, begins her journey of passion, exploring uncharted desires under the guidance of her friend, Lady Anne.

2. Wicked Widow's Club: Duchess Diaries Book Two

Embracing her awakened sensuality, Lilly joins an exclusive club for widowed women, indulging in erotic escapades amidst London's high society and its hidden debauchery.

3. Wicked Wager: Duchess Diaries Book Three

Lilly and Lady Anne devise seductive tests to vet suitors for the innocent Lady Jane, blending pleasure with a protective scheme in a society on the brink of scandal.

4. The Art of Being Wicked: Duchess Diaries Book Four

Continuing their high society adventures, Lilly and Lady Anne navigate a web of intrigue and romance, discovering that being wicked involves understanding one's heart as much as seduction.

5. A Hauntingly Wicked Eve: Duchess Diaries Book Five

At a mysterious All Hallow’s Eve masquerade ball, Lilly encounters dark delights and a passionate tryst with a masked stranger, blurring the lines between the living and the spectral.

6. A Very Wicked Highland Christmas: Duchess Diaries Book Six

In this full-length novel, during a festive visit to Glenmoor Castle, Lilly embarks on a journey of seduction and rediscovery, rekindling a past love amidst the magic of the Scottish Highlands.

The Duchess Diaries—The Wicked Collection

For a comprehensive collection, you can explore all six steamy installments in one volume for more than 500 pages of wickedness.

The Lady's Side Series

A seductive exploration of empowerment, friendship, and desire within Regency London's elite circles.

Silk & Discretion: The Lady's Side: Book One

Widowed Lady Anne Hayworth discovers The Lady's Side Club—a haven for elite women—and embarks on a journey of self-discovery and passion.

Diamonds & Defiance: The Lady's Side: Book Two

A defiant Lady Josephine Hartley trades her gilded cage for the scandalous freedom of London's most exclusive women's club, where she discovers unexpected passion in the arms of the enigmatic Mr. Thorne even as the ruthless Duke she fled plots to reclaim his would-be bride.
[COMING SOON JANUARY 2025]

Where to Begin Your Journey?

Whether you’re captivated by steamy series or standalone tales of romance, each Violet Sinclair novel promises passion, intrigue, and unforgettable characters. Books available in English, Italian, Spanish, French, and German.

About Violet Sinclair



Violet Sinclair has always had a penchant for mischief, which might explain her love for crafting spirited heroines and the dashing rogues who dare to cross them. Armed with an MFA in Writing Popular Fiction and a deep passion for all things historical, she creates stories brimming with chaotic charm, sweeping romance, and just enough wit to keep you turning pages past bedtime.

When she’s not conjuring dukes, debutantes, and dramatic misunderstandings, Violet can be found wandering cobblestone streets, concocting herbal remedies in her home apothecary, or wrestling her unruly garden into something resembling order. She splits her time between the sun-soaked palm trees of Florida and the picturesque landscapes of Italy—two places that inspire the lush, romantic settings of her novels.

Violet shares her adventures with her husband, their four lively boys, two scheming cats, and a very opinionated dog. You might spot her sipping espresso in a tucked-away café or

daydreaming in a Regency-inspired dress. But one thing is certain: wherever she is, a story is never far behind.